

BESOS DE CAFÉ Y CERVEZA



BESOS DE CAFÉ Y CERVEZA



Besos de café y cerveza

Besos de
café y cerveza
Ivonne vivier



1.^a edición: Junio 2018

Copyright

© Ivonne Vivier 2018

© Editorial LxL 2018

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17516-22-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Diseño cubierta – LxL Editorial

Maquetación – LxL Editorial

Agradecimientos

A mi familia por la paciencia y el apoyo. Les robo demasiadas horas y, aun así, no se quejan.

A mi esposo que me impulsa a cumplir mi sueño.

También quiero agradecer a mis compañeras Rosa y Begoña por el sostén y las enseñanzas, además de los consejos.

A mis lectoras del grupo «Historias de Ivonne», sus comentarios son siempre un gran aporte.

A la gente que conforma la editorial, en especial a Angy, sin ellas esta novela sería distinta.

A mis lectores, los de siempre y los nuevos.

Y una vez más, gracias por elegirme.

Sabrina se volvió a emocionar hasta estremecerse y terminar por sonreír ahogando un suspiro que nació desde la más profunda necesidad de dejar fluir su felicidad. Esa felicidad que le recorría la espalda, desde la cintura hasta la nuca, erizándole la piel y elevando más aún las comisuras de sus labios, era la misma que le retorció su estómago y quitaba su aire por cortos segundos. Ese preciso instante, era uno de esos momentos que merecían una carcajada, pero se contuvo.

Dio otro sorbo del exquisito café que, de seguro, extrañaría cada mañana, como tantas otras cosas a las que se había acostumbrado y de las que disfrutaba. No obstante, no extrañaría nada tanto como había extrañado a sus padres, a sus hermanos y a sus sobrinos, de los que seguramente disfrutaría más que de ese café. Por supuesto que era diferente, ellos la abrazaban como nadie lo había hecho desde hacía ya bastante tiempo. ¡Y, por Dios, cómo necesitaba sus abrazos!

Su hermano gemelo se quedó unos segundos más en sus pensamientos. Tenía tantas ganas de verlo... Sonrió con resignación; ella era capaz de aguantar en silencio sus molestas burlas y abrazos brutos o esa mirada traviesa que le anunciaba que algo malo estaba por hacer. A ella no le importaban sus travesuras, siempre esperaba ansiosa el desenlace, porque lo ayudaría a sobrellevar las consecuencias de cualquier manera y ante quien fuera. Tampoco le eran demasiado molestas las órdenes tapadas con esa misma sonrisa que a su madre sacaba de sus casillas. Sí, despotricaba y a veces a gritos, pero las cumplía igual porque venían de Iván. Nunca aprendería a fastidiarse con él ni a culparlo de algo por más terrible que fuera. Siendo la mayor de los gemelos se sentía como la responsable de los dos, como si esos diez minutos de más le otorgaran cierto poder u obligación ante él. Patrañas, ella lo sabía... y tampoco le importaba. Como tampoco lo hacía el explicarle a nadie más ese incondicional e irracional amor por su otra mitad, como ella solía decir: «Solo otro gemelo entiende la relación que hay entre nosotros», concluía y no explicaba nada más. «Las críticas son envidia», pensaba suspirando.

Recordando varias anécdotas terminó su café entre sonrisas tapadas (tampoco era cuestión de quedar como la loca que reía sola) y ojitos mitad alegres, mitad nostálgicos.

Un nuevo mensaje llegó a su móvil mientras volvía a mirar las calles romanas que con su vista abarcaba.

Iván:

Ya lo tengo, es este, Sabri.

Lo leyó, se quedó pensativa unos instantes y analizó las opciones, todas las que creía tener. Con su hermano, la conversación podía ser sobre cualquier cosa, hasta la más descabellada. Pensó y pensó, no sabía si por estar distraída o porque su hermano estaba tan loco como ella pensaba, pero el caso era que no llegaba a sacar ninguna conclusión. No entendía el mensaje, definitivamente no lo hacía.

Sabrina:

¿De qué me estás hablando, Iván?

Iván:

Hermanita, hermanita..., estoy en el departamento.

Es ideal para nosotros. Te va a encantar.

Sonrió más emocionada que antes.

La había convencido, no estaba del todo segura al principio si había sido una buena idea, sin embargo, era su sueño hecho realidad, ese que tenían desde... desde... siempre tal vez. ¿Cómo decir que no? Vivir juntos y solos, sin padres ni hermano mayor ni parejas; manejándose con sus propias reglas, terminando sus riñas sin intermediarios y volviendo a unir lo que la distancia había separado. Claro que la había convencido, y con pocas palabras, además. Era tarde, sí, no se habían apurado mucho a cumplirlo en realidad, estaban casi llegando a los treinta años. Es que los caminos de la vida son tan variados que...

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Tarde o no, había llegado el momento, por fin, de cumplir unos de sus sueños de adolescencia.

—Maldito período femenino —dijo en voz susurrante y enojada con ella misma ante las lágrimas que recorrían sus mejillas.

Si a toda la emocionante situación de volver a su país, tras largos tres años, se le sumaba la angustia femenina de «esos» días, el cóctel resultaba, por lo menos, incómodo y más si se estaba en un bar a plena luz del día en la vereda, por la que demasiada gente transitaba.

—Perdón, no quisiera molestarte, pero... ¿estás bien? —La voz masculina que la había sobresaltado no era electrizante, tampoco el rostro varonil y angulado, pero su boca...

Si al menos dejara de fruncirla de esa forma que pareciera que fuera a besarla... ¡Cómo le gustaba el italiano hablado por hombres con buena apariencia!

Bajó la vista al instante, estaba casi abochornada por sus propios pensamientos.

—Sí, sí. Estoy bien. Gracias.

Secó sus mejillas maldiciendo en los tres idiomas que sabía, en silencio, por supuesto. Por fuera era todo sonrisas... y vergüenza. Tanta que era incapaz de volver a mirar a ese muchacho a la cara, inventando cualquier excusa. Buscar el dinero para dejar la cuenta pagada era una buena opción.

—Discúlpame, es que te he visto llorando y creía...

—No te preocupes, es solo de emoción —dijo interrumpiéndolo.

Ahora era la sonrisa masculina la que atrapaba su mirada, por fin, con valor lo había logrado. No se sentía cómoda, de más estaba decirlo, y se puso de pie dejando los billetes necesarios en la mesa a la que ya no volvería, al menos por un tiempo largo si de ella dependía. Levantó la mano saludando al simpático mesero que cada mañana servía su consumición y empezó a caminar. Todavía le quedaban cosas por organizar.

—Voy para el mismo lado, podemos caminar juntos unas manzanas. —El muchacho estaba insistente y reticente a dejar ir a esa mujer de carita nostálgica y mirada esquiva.

—No te molestes, vivo en la esquina. —Lo vio tragarse su simpatía, guardarse su sonrisa y darse por vencido. Él comprendía, ella no aceptaba su compañía—. Lo siento.

Vio al joven levantar los hombros y las manos en señal de haberse rendido y se sonrieron.

No se sentía cómoda en esas situaciones, no eran muchas las que tenía, a decir verdad, pero ni a esas pocas las sabía manejar. Sí, era una mujer adulta y todo eso, hasta podría decirse que versada a su edad. Podría... Sin embargo, no, nada de eso. Lo de adulta, sí; lo de versada, era una deuda pendiente.

Los hombres o su vida amorosa completa, en realidad, no eran compatibles con su vida laboral ni con sus tiempos ni con su cerebro que estaba demasiado ocupado en el pasado maravilloso que no había podido conocer. Ese pasado que la apasionaba y la hacía vivir experiencias nuevas solo cerrando los ojos e imaginando lo que sabía. Era una realidad que ese pasado le gustaba muchísimo más que el presente tan chato en el que vivía.

Nada era una excusa. De verdad no tenía tiempo ni le preocupaba tenerlo y si a todo esto, se le sumaba su personalidad, el resultado para su situación de escasez afectiva, era catastrófico.

Ser historiadora le resultaba, como poco y para resumirlo en una sola palabra, excitante. Al menos para ella que anhelaba saber cada detalle de los tiempos pasados y conocer siempre más. «Un poco más», se decía al mirar el reloj, y pasaban las siguientes tres horas cuando pensaba que eran quince minutos.

Al comenzar sus estudios se indignaba mucho porque no entendía la forma de pensar de la gente de antes o las acciones que se tomaban para una u otra cosa, pero claro, comprendía que su joven mente estaba acostumbrada a cosas que antiguamente ni se consideraban. Incluso algunas eran tan inauditas para entonces que hasta imposibles parecían, y ahora eran tan normales... Comenzando con todo lo relacionado al trato de las féminas y los derechos de las mismas, por ejemplo. Tema que le resultaba tan interesante como frustrante y que estudiaba hasta el cansancio, ahora ya reconociendo y aceptando que la historia era un hecho y ella no podía modificarlo. Había aprendido a entender e ignorar sus prejuicios desubicados, desubicados solo por modernos ni más ni menos.

Se apasionaba metiéndose en la intimidad de las relaciones de aquella gente que investigaba. No solo le importaban sus hazañas o sus hallazgos o su carrera y sus logros, mucho decía de la gente el trato para con los demás, los amigos, las familias y los lugares. Al menos eso consideraba ella.

También las editoriales, empresas e instituciones de enseñanza con las que trabajaba se sentían atrapados por esas investigaciones y la forma en que ella las ponía en palabras. La verdad era que su trabajo tenía más interesados de los que ella misma imaginaba. Porque Sabrina era de las que no se quedaba con la historia conocida por todos, ella buscaba más, esos detalles que eran los atrapantes y tal vez desconocidos por muchos, los porqués de cada idea, los amores escondidos, las ropas, los colores, la forma de vivir, los motivos, las ideas por las que alguien se rebelaba o actuaba..., ese pequeño y a su vez tan amplio «más».

Volvió a observar al joven simpático que no le regateaba su mirada y lo saludó con la mano sintiéndose linda, como pocas veces. Casi nunca.

¿Qué podría ver en ella para haber quedado así? Se preguntó y caminó su corto recorrido pensando en silencio:

«Soy tan común que no vale la pena ni una descripción, no sé qué llamará la atención a un hombre de lo que puede ver en mí. No me considero fea, pero tampoco soy una belleza. No tengo un atractivo especial, un algo que llame la

atención con solo verme. Mis colores son comunes, piel blanca, ojos marrones y pelo castaño al que cuido mucho, eso sí, es suave y largo. Bien, podría contarlo como un punto a favor y algo digno de observar. Mi cuerpo, otra cosa normal y tirando a voluminoso en algunas partes. Todos dicen que no, y yo digo que sí, podría ser más armonioso, porque mis pechos son pequeños con respecto a mi cadera ancha o según mis propias palabras (vetadas por la mayoría de los integrantes de la familia), tengo culo gordo. Bueno, puedo ser benévola y decir que tal vez mi cintura es demasiado estrecha para el ancho de mis caderas y mi pancita está llena de exquisitas pastas. Puede ser, depende de dónde se empiece a mirar. Siempre digo que cada cosa tiene diferentes puntos de vista. Tengo sonrisa agradable porque mi ortodoncia fue de las caras, mi padre no escatimó recursos en mi adolescencia. Nariz, no puedo decir pequeña, pero sí fina y femenina, termina bien en punta y eso es un detalle lindo. No me disgusta, tampoco la forma ovalada de mis ojos grandes a los que maquillo para hacer resaltar mis tupidas pestañas, que adoro, porque me hacen ahorrar en maquillaje para destacarlas...».

Tan absorta iba en sus pensamientos que no vio al chiquilín en bicicleta que casi la atropella al salir del edificio que había sido su hogar. Todavía lo era técnicamente, al menos por un poco más de veinticuatro horas.

Mamá:

¿Emocionada? Falta tan poco, corazón.

Otra vez sus ojos se humedecieron. Contestó el mensaje de su madre una vez que estuvo dentro del departamento a medio vaciar, con ropa desparramada y amontonada según la necesidad: invierno para una valija, verano para otra, la que no usaba más y era para regalar estaban cerca de las bolsas en las que las metería... Lo importante ya estaba guardado y a buen recaudo. Por las dudas, echó una fugaz mirada. Sus apuntes, libros e investigaciones, eran sus tesoros y de lo primero que se había encargado.

Sabrina:

No te haces una idea, mamá.

Ya quiero que llegue mañana.

Un par de mensajes más y pidió disculpas. No podía seguir distrayéndose o no acabaría con todo lo que aún faltaba por hacer.

Por suerte contaba con Marco, su vecino viudo que, al no tener muchas actividades diarias, colaboraba con las suyas y se había encargado de lo que ella no podía. También se encargaría de las donaciones, de la comida que le

quedaba en la heladera y la despensa, de devolver la llave al dueño y de disfrutar de sus regalos que, por habérselos ganado con creces, no habían sido pocos.

No tuvo mucho tiempo de pensar ni sonreír ni llorisquear más, una vez que se puso en marcha.

Llegó la noche, el cansancio la tomó por sorpresa y se quedó dormida vestida. La mañana inevitablemente también llegó, como lo hizo la tarde y la hora de abandonar Roma.

Se despidió por teléfono de quienes habían sido sus compañeros de vida durante esos (cortos para algunos y largos para ella) tres años de los que jamás se arrepentiría. Como no se arrepentía de haber conocido tantos lugares de la historia que contaba.

Incluso antes de haber terminado su carrera siendo una joven veinteañera adoraba tomarse un avión sola y recorrer lugares que para ella eran muy interesante y para sus pocos amigos, muy aburridos.

Tal vez, si sumaba las horas que había pasado viajando con su mochila a cuestas, resultaban ser la misma cantidad que las que había pasado viviendo con sus padres en su casa de las afuera de la ciudad, a la que parecía que ya no volvería más que de visita, recordó. Esto, si contaba con los planes de su hermano a los que jamás osaría oponerse. La verdad era que él no se lo permitiría, pero tampoco era mentira que ella no quería hacerlo, si de eso habían hablado casi cada noche desde la adolescencia. «Hagámoslo antes de casarnos y separarnos para siempre, solo nosotros y nuestras normas de convivencia», decían emocionados, y proyectaban un futuro que hasta entonces se les había escapado de entre las manos por una u otra cosa.

Tomó ese avión cargada de ilusiones y sentimientos encontrados. Volvía a su país y a su gente, para hacerse una nueva rutina, una nueva vida.

De la vieja vida, aquella que había dejado atrás hacía años, ya nada quedaba. Tal vez algún recuerdo dañino que a veces rasguñaba las heridas y una personalidad retraída que se había anclado en ella tan fuerte como su poca capacidad de socializar. Pero nada más.

—Vamos, Iván. Con esa mirada están pidiendo que lo hagamos.

—No son feas, pero me tengo que ir. Mañana me espera un día muy ocupado —dijo el nombrado, sin dejar de repasar con la vista los atractivos cuerpos de las dos mujeres que los miraban sin disimulo.

—Como todos, amigo. Últimamente no te he visto más que en la oficina.

Era cierto, con el afán de tener el departamento listo para recibir a su hermana había utilizado horas de descanso y salidas. Horas que Sabrina pagaría con cosquillas primero, abrazos de oso después y, para rematar, tiempo parada en la cocina, cocinando sus maravillosos platos, esos que le debía desde hacía años. Agregaría a esa lista, largas charlas para conocer un poco más de su vida, sin embargo, para sonsacar sus secretos costaría un poco más que la sola intención y las charlas. La palabra reservada, a su hermana, le quedaba chica.

—Me voy, Matías. ¿Te las arreglas con las dos? —le preguntó en broma a su amigo.

—Sería una buena experiencia. —Se rieron a carcajadas abrazándose a modo de saludo—. Nos vemos, descansa.

Iván caminó lentamente, como luciéndose, por delante de la mesa de las dos señoritas extrovertidas que le regalaron enormes sonrisas y él las premió con un guiño de ojo.

«Bien, no puedes quedar como un cobarde», se dijo en voz baja Matías terminando su cerveza, sin alcohol esta vez. Con tres de las otras estaba bien si quería volver manejando y en una sola pieza a su casa. Además, su madre tenía oídos demasiado atentos y olfato de sabueso.

Sí, tenía treinta y dos y vivía con su madre, ¿qué otra cosa podía hacer si la pobre no podía ver más que por sus ojos? Mentira, o al menos, no del todo cierto. Eran mutua compañía, ella no había rehecho su vida después del divorcio y él no había empezado a hacerla siquiera, ¿para qué alterar la realidad? Matías no era como su hermana mayor que, con pocos años más que él, ya tenía su familia completa con un marido y dos hijos.

—Señoritas —dijo en tono alegre, al llegar a la mesa, dejando fluir su sonrisa más atrevida. Eso intentaba al menos. Ya dependía de ellas que les gustase o no lo que veían.

—Hola —dijeron a coro las mujeres—. Si te has quedado solito puedes sentarte con nosotras.

—Con mucho gusto —aseguró.

No creía que pudiera ser tan fácil, si lo hubiese sabido lo habría intentado antes. A esa altura poco le extrañaba cualquier accionar femenino, había visto demasiado, aunque así, sin disimulo y en un bar... Movi6 la cabeza alejando esos pensamientos algo machistas que de a poco intentaba desaparecer de su inconsciente, sonrió y se sent6.

Volvió a pensar en eso de no haberlo intentado antes, al menos cuando lo del sexo en grupo era la novedad en su cabecita de hormonas alborotadas. Tal vez sus ideas estaban adelantándose a los hechos, podía ser, sus fantasías no eran pocas con esas dos atrevidas muchachas que le sonreían tan descaradamente.

Matías había hecho mucho y de todo. También había estado en fiestas alocadas en las que todo valía. Sin embargo, la experiencia de tres personas en una sola cama, poniéndolo a él como centro de atención y siendo el único hombre, ciertamente el poseedor del valioso tesoro que tenía entre las piernas, nunca. Y no porque creyese que lo que tenía fuese valioso, no obstante, y para ese momento, el valor era otorgado por ser el único presente que, contara de forma natural, con algo como eso.

«Interesante», se dijo en silencio.

Volvió a pensar con ahínco, y no, nunca había tenido la experiencia o al menos, no lo recordaba.

No necesitó siquiera invitarlas, ellas lo hicieron. Tal vez le vieron la cara de desesperado o libidinoso, o notaron sus ganas cuando les miraba los pechos (apenas cubiertos por esas escasas telas que ellas llamaban vestidos) mientras él se imaginaba lamiéndolos con su lengua. ¿Quién podía adivinar el motivo? Y, por otra parte, ¿a quién le podía importar? Ya era mayor, esas posibilidades no se le presentaban tan seguidas como para pensar siquiera en negarse, además, era hombre. «El hombre no rechaza una buena sesión de sexo», susurró una vocecita en su interior.

El departamento en el que entró era acogedor, desordenado, perfumado con esos espantosos inciensos que le daban alergia y lo suficientemente grande para poder caminar mientras se toqueteaban y besaban de forma atrevida, chocando con cada mueble que se interponía en su camino.

—Tranquilas. Vamos más despacio —pidió al sentir su rodilla adolorida. La mesa baja que estaba pegada al único sofá del pequeño *living* era lo bastante dura como para lastimar si se la chocaba tan fuerte; pudo comprobarlo.

Además, tampoco era cosa de que todo pasara sin darse cuenta. Al menos él no estaba borracho, era muy consciente de lo que iban a hacer y quería disfrutarlo. Ellas..., no estaba seguro de en qué estado se encontraban.

—OK. Vamos despacio —dijo la más bonita, por decir algo, porque no lo era del todo, sin embargo, era la más agraciada de las dos.

Ella sacó un cigarro de marihuana de su cartera, lo encendió dando una buena bocanada y se lo pasó a su amiga.

De pronto se sintió nervioso. Hacía bastante que esos estímulos ya no pasaban por su vida. No sería su primera vez, había probado cosas más fuertes también en otros tiempos, pero el hecho de que ellas lo invitasen le producía la nefasta sensación de necesitar desinhibirse un poco más para estar a la altura. Ahora deseaba haber consumido más cerveza con alcohol para estar en el estado en que ellas se encontraban. Ese tipo de estado que te deja un poquito más exaltado e inconsciente. Patético pensamiento sí, pero eso fue lo que lo llevó a aspirar con fuerza para permitir que esa droga llegara a hacer su efecto.

Sabía lo que le producía y en las condiciones que lo dejaba y no le disgustaba, mucho menos si era para disfrutar del sexo. Otra cosa era el después... Ya vería cómo se las arreglaba con su madre por la mañana. Las consecuencias, no eran las mismas que una borrachera, para él, al menos, eran peor.

Si algo había aprendido de las cosas que se vivían en la noche, era que cada persona asimilaba de manera diferente el alcohol y las drogas, y todos actuaban de distinta forma bajo sus efectos. Ninguna era buena, sin embargo, ¿quién era él para decir nada, si había estado de los dos bandos? No era ejemplo de nadie, no podía dar consejos al respecto, solo huir cuando las cosas se ponían feas o ayudar a los amigos si era necesario. Por suerte eso tampoco pasaba ya.

Dos o tres pitadas más cada uno y el ambiente cambió. Las ropas desaparecieron, las carcajadas sonaron alto hasta que fueron acalladas con besos y la cama se cubrió de tres cuerpos ardientes.

—Me gusta esto de los tríos —dijo una de las mujeres, metiéndole la mano dentro del bóxer, la otra desde atrás acariciaba su pecho y mordía su espalda.

Él no podía ser menos, con una mano tocaba el trasero de la que estaba atrás y con la otra apretaba un pecho siliconado de la que lo besaba y lo tocaba entre sus piernas.

«A mí también me gusta», pensó en silencio, no era demasiado expresivo con las palabras destinadas a las mujeres y menos con las de ese tipo. «Machismo fuera...», se dijo, sacudió la cabeza y dejó de juzgar. Era un duro trabajo el que hacía, dando pequeños pasos de bebé ante pensamientos que parecían verdades en su cabeza, aun así, estaba decidido a cambiarlos. Se

había encontrado con que ya no comulgaba demasiado con ellos, al menos no con algunos de los tantos que su padre le había inculcado.

Jadeó ante el apretón que recibió en su sexo y enseguida su boca se llenó con una lengua ajena y entrometida.

Se le hacía todo más excitante y erótico al imaginar las mil posibilidades que se le presentaban, mientras una besaba la otra se dejaba besar, una lo manoseaba y la otra se dejaba tocar. Todos se daban atención entre todos, algunas de las caricias que las mujeres compartían eran dignas de apreciar solo con la vista, no con la piel. Verlas besarse y tocarse entre ellas era un plus y no lo dejaría pasar, después de todo, Matías, como todo hombre que se preciaba de tener fantasías, las había tenido con dos mujeres haciendo lo que esas hacían delante de sus narices en ese momento y, aunque lo había visto ya, no estaba de más volver a hacerlo.

Claro que tampoco era cuestión de perder protagonismo. Con esa intención se metió en medio de las dos bocas para que la suya fuera besada y mordida, mientras con sus manos podía disfrutar de los sexos femeninos (uno depilado completamente y el otro solo prolijo con poco vello) y jugar con sus dedos. Era estimulante el sonido de diferentes gemidos robados por él solito, a dos mujeres, y al mismo tiempo.

Sí, con la estimulación de la droga las sensaciones eran otras y el atrevimiento también, mejor o peor, nadie podía compararlo ni confirmarlo. Él tampoco y mucho menos en ese momento en que una habilidosa boca lo tomaba por sorpresa e intentaba darle su primer orgasmo, al que sin duda no se quería negar, pero todavía no quería terminar de jugar.

Una de las dos, la más atrevida, se dejaba tocar sin prejuicios incluso en esos lugares que muchas pedían evitar. La boca de Matías también quería investigar y esa mujercita excitada como estaba, se dejaba sin chistar. No todo era intentar dar placer, sino recibirlo, y estaba a punto de explotar con el que le daban. Tal vez si se apuraba con sus deberes podía lograr que los tres disfrutaran el primero de varios estallidos. Con una mano llegó a una de las féminas, no era una posición cómoda si quería que ella mantuviera con su boca obrando esa maravillosa acción sobre su entrepierna, aunque no era el momento de ser quisquilloso y sentó sobre su propia boca a la otra. «Dos a la vez, demasiada responsabilidad —pensó— y concentración», si tenía en cuenta que estaba recibiendo una buena estimulación en sus partes bajas, sin embargo, haría el intento. Aceleró los movimientos concentrándose en casi

todo. Aunque más en su placer, ya que ellas colaboraban con sus movimientos de cadera refregándose sin pudor alguno, y a los pocos segundos competían por quién gemía más fuerte mientras liberaban la tensión de sus cuerpos.

Todavía tenía los ojos cerrados y la respiración apenas si estaba normalizada cuando sintió que su boca se llenaba con otra. Su pecho todavía subía y bajaba con energía y la humedad de su sudor le refrescaba la piel acalorada.

—Vamos por más, bombón.

Por supuesto que estaba dispuesto, pero necesitaba que lo ayudasen un poco a remontar el ritmo, ya no era un jovencito de hormonas siempre despiertas. No se quejaba, solo era un tema a tener en cuenta.

«Las comparaciones a veces son efectivas», pensó y decidió que ese era el momento de hacer una. Tomó a la que no había probado su sexo y la guio hacia él. Era la atrevida, recordaba, en ese aspecto también aparentemente y lo mejor era que, de seguro, contaba con alguna experiencia diferente a la otra. Eso era evidente porque su eficiencia lo obligó a pedirle que se alejase a los pocos minutos y que se subiera sobre él si no quería acortar los tiempos.

La más tímida, que de tímida nada tenía, se arrodilló a su lado y se dispuso a besarlo mientras con una mano acariciaba el sexo femenino que se removía sobre el suyo. Miró a la mujer que estaba sobre su cuerpo pensando en lo agradecida que estaría, allá por las nubes, atacada por todos los flancos, porque él le pellizcaba los pechos mientras la llenaba como mejor podía, y la amiga la tocaba, mientras él entraba y salía hasta hacerla delirar. Eso parecía, porque ya no gemía, gritaba y lo cabalgaba de maravilla mientras acariciaba también a la amiga entre las piernas.

Sus ojos ya no sabían adónde mirar, todas las imágenes eran tan eróticas que lo apuraban demasiado sin querer hacerlo. Otra vez estaba al límite, por demás de exaltado y más que a punto para explotar. Esos pechos enormes y movedizos se le escapaban de las manos. Por supuesto que, con todo lo que le estaban haciendo a la mujer, la llevaron a su clímax en poco tiempo y quedó inmóvil por un instante, no podía más. ¿Quién podría?

Matías se incorporó, tomó a la otra mujer, la puso de espaldas a él y le pidió que apoyara sus rodillas y manos. Tenía un buen trasero para observar mientras se meneaba contra ella para el último acto, y eso hizo poniéndose también de rodillas. La que ya había alcanzado lo que quería, iba a por más, se recostó y puso su sexo en la boca de la que estaba por recibir sus estocadas y,

ante esa imagen, comenzó a golpear esa cadera que sabía cómo provocarlo con sus movimientos.

Ya no tenía más aire, ni fuerza. Su compañera estaba gritando y la otra que ya había tenido su segunda ración se dispuso a besarlo. Pero no era un beso cualquiera, sino uno descarado con bocas abiertas y lenguas afuera. Sus enormes pechos eran una tentación para sus dedos que gustaban de pellizcar con fuerza y todo se estaba descontrolando demasiado.

Los gemidos de la mujer que lo recibía sin queja alguna, eran desquiciantes y su propia necesidad de estallar por los aires, inminente. No tenía mucho más por lo que preocuparse, ambas estaban listas y satisfechas. Solo un poco más, dos, tres movimientos, a cuál más profundo y todo terminó.

Exhausto, agitado, pero contento como perro con dos colas, se dejó caer en la cama con los ojos cerrados. Parecía que las mujeres tenían otro tipo de atracción porque no dejaban de besarse a su lado. Él ya no necesitaba observar ni participar.

Miró su reloj y le pareció suficiente para una noche. Sin decir palabra tomó su ropa y se vistió. Recibió un par de efusivos besos de despedida y se fue a su casa a descansar y a dejar que todos los estímulos externos se disolvieran en su cuerpo de la manera más tolerable posible.

Odiaba las resacas, los mareos y dolores de cabeza, tanto como las quejas de su madre.

—Matías, ya no eres un adolescente... ni siquiera un joven. Ya eres un hombre, ¡por todos los cielos!, mira el estado en que estás.

—Ya lo sé, mamá, por lo mismo, déjame hacer mi vida.

—No si vives en mi casa y haces esas estupideces.

—Bien, mañana me mudo —dijo volviendo a poner la almohada sobre su cabeza, porque con las cortinas abiertas ya nada podía hacer.

Había vivido solo y lo disfrutaba. Pero no le gustaba ver las lágrimas de su madre sintiéndose desamparada en una casa tan grande y, para qué negarlo, le gustaban las riñas como la que estaban teniendo y la comida caliente siempre sobre la mesa, el desayuno preparado con amor, las charlas con su madre regañona y con la mimosa también, porque amaba los mimos maternos. Todo eso, a pesar de su edad, le gustaba.

Cuando su hermana, Carmen, decidió casarse, para su madre, Aurora, fue un duro golpe. No el casamiento de su primogénita, eso la tenía feliz. El golpe vino acompañado de la soledad de su enorme casa de la que no quería

desprenderse, el nuevo silencio que la habitaba y la ausencia de compañía la atormentaban. Entonces la familia, incluyéndose, decidió que él volviera a casa.

«Al menos un tiempo, hasta que te cases», había dicho su madre. Claro que con la esperanza de que fuera antes de los treinta, no después.

No tuvo más remedio que abrir los ojos y buscar el móvil que sonaba y sonaba. Al menos su madre se había ido y no la escuchaba cacarear enojada.

—Sí —gruñó al atender sin mirar a quién.

—Cuéntame cómo te fue. —La voz de Iván era tan clara y alegre como cada mañana ¿Por qué la suya sonaba a perro viejo y rabioso? Necesitaba un analgésico, un café amargo y fuerte y las cortinas cerradas.

—¿Puedo contártelo cuando mi cerebro funcione?

—Ven a la dirección que te envió por mensaje. Y mientras me cuentas me echas una mano.

Claro, para él era fácil pedirlo. Apenas si pudo leer el mensaje con la dirección. No era lejos, hasta podía ir en bicicleta, porque ir a nadar era imposible. Salvo que tuviese intención de ahogarse o ser rescatado por el musculoso y bronceado socorrista que parecía gustar de los hombres en general y de él en particular.

Se levantó haciendo movimientos lentos. Descubrió el vaso de agua y el analgésico que su atenta madre le había dejado en la mesa de luz. Sonrió con amor, era la única mujer que lograba que tuviese, para con ella, palabras cariñosas.

—¡Te quiero, preciosa! —le gritó a sabiendas de que andaba por ahí con sus quehaceres domésticos y lo escuchaba perfectamente.

—Yo también. El café está caliente.

Después de la ducha, se bajó media cafetera y un paquete de galletitas de chocolate mientras leía algunas noticias en su computadora.

—Me voy a casa de Iván, creo que a su nueva casa. Al menos tengo una dirección diferente.

—¿Ya volvió Sabrina?

—¿Sabrina?

—Su hermana.

—Ah, no... No sé..., creo que todavía no. ¿Sabrina se llama? —De seguro su amigo la habría nombrado en una de esas charlas que mantenía con Aurora mientras lo esperaba a que se acicalara para salir, pensaba. A él solo se la

nombraba como «mi hermana», ¿cómo iba a saber su nombre?

—Sí. Dile a Iván que venga un día de estos a visitarme. Al menos él me hace reír, no renegar como tú.

Matías le sonrió a su madre y la abrazó por los hombros. Ella le abrazó la cintura y apoyó su mejilla en el pecho para dejarse besar la cabeza. Era menuda y él alto.

—Se lo diré. Esta noche te llevo a comer a uno de esos restaurantes que te gustan. Así dejas de quejarte por el hijo que tienes.

Dejó a su madre con una enorme sonrisa acomodando las cosas de la cocina y limpiando lo que había ensuciado él en el desayuno.

Se anudó los cordones de las zapatillas y comenzó a pedalear.

—Por fin llegas —dijo Iván al abrir la puerta, casi tan sudado como él—. Necesito un par de brazos para acomodar estas cajas y estos muebles. ¿Sabes hacer las camas?

—No.

—Bueno yo las hago, échame una mano con esto —le pidió señalando las cosas que debía mover para dejar el departamento en óptimas condiciones para recibir a su hermana.

Ya estaba todo listo. Las camas podían mejorar, aunque Iván había puesto su mejor esfuerzo. En ese aspecto Matías no había colaborado nada, atribuyéndose una inutilidad que su amigo no ponía en dudas, y mucho menos después de conocer a su servicial y atenta madre.

—Espero tener recompensas —dijo Matías dejándose caer en el sofá.

—Sabrina cocina como los dioses, ya te invitaremos y te darás por recompensado. Ahora a lo importante..., lo de anoche, quiero detalles.

Matías se los dio, no necesitaba sacar a la luz su caballerosidad evitando los detalles con esas dos mujeres que no volvería a ver. Ni sus nombres sabía. Había sido una experiencia única, diferente, increíble y excitante, pero... no repetiría, al menos con ellas dos. Si no hubiese sacado a relucir sus dotes dominantes hubiese quedado afuera en más de una oportunidad...

—Tal vez eran novias —dijo pensativo Iván.

—Tal vez —corroboró Matías elevando los hombros y restando importancia.

En un corto silencio Matías se dio permiso para reconocer que, a él, después de tanto probar de todo, le gustaba el sexo de a dos. Y si había una atracción de algún tipo mejor aún. Mejoraba la situación si era él quien podía

elegir e invitar. ¿Antiguo, machista? Sí, tal vez. ¿Por qué no reconocerlo a esa altura de su vida?

Mientras los dos hombres conversaban y filosofaban sobre mujeres en el departamento, Amanda, la cuñada de Iván, cargaba a su hijo de tres años en brazos en el aeropuerto que, ante la ansiedad de volver a ver a su tía Sabrina, había dormido poco y entrecortado durante toda la noche. Su otro hijo, abrazado a su cintura, miraba atento hacia la puerta por la que la tía aparecería de un momento a otro. La amaban, la extrañaban y esperaban todos y cada uno de los regalos que les había prometido y enumerado en la última comunicación telefónica.

—Frank, no doy más, tu hijo pesa una tonelada —le dijo Amanda a su marido que estaba más nervioso que sus hijos. Después de más de un año de no verla estaba esperando a su hermana que, por fin, volvía, y todavía no podía con la idea. Le quitó de los brazos el niño a su esposa y lo cargó sobre su hombro sin dejar de mirar la puerta de vidrio por la que comenzaba a aparecer gente.

—Ya llega. ¡Estoy tan nerviosa! —exclamó María con lágrimas retenidas en la mirada, su hija era la niña mimada de la familia y era un tema fuera de discusión.

—Tranquila, mamá. —Amanda miró a su marido y a sus suegros. Tenía una sana envidia de esa unión familiar que no le era ajena, después de todo la trataban como a una más. Solo faltaba el menor, Iván, pero a él le gustaba dar la nota y llamar la atención. Había preparado la recepción en el departamento que habitaría desde ese mismo día con su hermana gemela. Todos intuían que Iván quería su especial atención cuando ella lo viera, no un saludo más entre tantos, como ocurriría en el aeropuerto. Él nunca lo reconocería, pero tampoco lo negaría.

—¿Es esa? —preguntó el mayor de los niños y, ante la afirmación de su madre, salió a su encuentro. El menor se despertó como si la hubiese escuchado llamarlo y peleó en brazos de su padre para bajarse y, a tropezones, llegar a los brazos de su tía. Sabrina, llorando como loca, los abrazaba y besaba arrodillada en medio del camino y molestando a todo el que pasaba. Qué poco le importaba eso en ese instante.

—¡Cómo los he extrañado, bomboncitos de chocolate! Están hermosos, tan grandes, tan lindos... —Sabrina levantó la vista después de comerse a besos a sus sobrinos y vio a sus padres, a su hermano mayor y a su cuñada, todos

llorando de emoción igual que ella. Se sentía amada y bien recibida. Estaba otra vez en casa—. ¡Mamá!

Los abrazos fueron efusivos y apretados, los besos sonoros y las risas de variadas intensidades.

Cargaron su equipaje (muchísimo equipaje) en ambos coches, el de su hermano y el de su padre y los hombres condujeron rumbo al nuevo departamento de los gemelos.

—Creo que me voy —dijo Matías al escuchar la comunicación. La familia de Iván estaba llegando a su casa y él poco tenía que hacer ahí.

—Quédate, la conoces y te vas —le pidió su amigo, refiriéndose a su hermana.

—Es que...

No era del todo sociable. Las reuniones familiares, esas a las que no estaba acostumbrado, no eran de su agrado. No era como su amigo, que se adaptaba a todas las situaciones, él más bien era reservado, tal vez huraño y hasta antipático a veces. Dependía del día y la compañía, por eso a veces era divertido también. Eso sí, los que lo rodeaban conocían y aceptaban su humor ácido.

—No te hagas de rogar.

No pudo hacerlo, el bullicio en la puerta le indicó que todos estaban ahí. Se puso de pie y palmeó el hombro de su amigo que estaba ansioso y no podía disimularlo. La puerta se abrió y dejó a la vista el rostro más alegre y a la vez más lloroso que había visto en su vida.

—¡Gruñona...! —gritó Iván al borde de las lágrimas.

—¡Tonto...! —respondió ella y se fundieron en un abrazo que a todos puso la piel de gallina.

El abrazo fue largo, con llanto incluido, palabras susurradas en secreto y sonoras carcajadas.

—Te he extrañado tanto —dijo ella mirando a Iván directo a los ojos y acariciando su mejilla.

—Yo nada —contestó el hermano acariciando su pelo. No podía creer que estaba con ella entre sus brazos—. Bueno, un poquito sí.

—Mentiroso. Hasta dormía en tu cuarto cuando se quedaba en casa —dijo su padre entrando la última maleta.

Matías se sentía sapo de otro pozo. Nada tenía que hacer ahí, sin embargo, allí estaba. Entonces, solo para matar el tiempo, se dedicó a estudiar a la

hermana desconocida de su amigo. Eran bastante parecidos, rasgos, gestos..., la sonrisa y la forma de los ojos. La altura también. Sin embargo, la personalidad no, o eso le parecía adivinar. Se hacía la idea de que esa mujer era tímida y retraída, no el alma de la fiesta como Iván. Entonces recordó que más una vez había escuchado que los gemelos se complementaban y no se asemejaban, nada sabía al respecto y como solo estaba tirando ideas en su mente para ver pasar el tiempo, así lo creyó, sin ganas de analizarlo y sin conocimiento alguno.

—Te presento a mi buen amigo y compañero de trabajo, Matías.

—Hola, Matías —saludó Sabrina ruborizándose ante el desconocido. Cómo odiaba que eso le pasara. Era eso y el calor en la espalda, a lo que su maldita timidez la enfrentaba en cada presentación de desconocidos, sin mencionar las palmas que le sudaban inoportunamente.

—Te aclaro, gruñona, que le debemos una de tus comidas. Me ha ayudado a armar todo esto.

—Entonces el que le debe algo eres tú, no ella —dijo su cuñada riéndose y arrastrando algunas de las cosas hacia el cuarto asignado para Sabrina.

—No es necesario, Sabrina —aseguró muy seriamente Matías, con más ganas de irse que de quedarse. Ella lo miró y sonrió bajando la mirada después, en un acto de absoluta vergüenza a la que ella estaba más que acostumbrada, pero no resignada. Aguantar las miradas masculinas no eran su fuerte, no obstante, trabajaba en ello.

Matías sonrió y se compadeció de ella. Parecía que estaban en la misma situación: ambos incómodos. Se dio cuenta de que no había saludado a los padres de Iván a los que sí conocía, y le caían más que bien, y a Francisco, al que había cruzado algún día. Con Amanda se presentó y se dejó abrazar por los niños con los que había jugado con la consola en casa de su amigo alguna que otra vez.

—Ha venido mi tía —le dijo el niño.

—La veo —le respondió al menor de los sobrinos que señalaba a la mujer más feliz del mundo. Si pudiese medir la felicidad le gustaría corroborarlo, pero eso parecía a simple vista.

—Gracias por ayudar a mi hijo. —Escuchó a su espalda y una mano se apoyó en su hombro.

—No es necesario que me lo agradezca, señor.

—Pato, dime Pato —pidió el padre de familia, sonriente.

—Pato. Bien..., creo que... Salude a su familia de mi parte, por favor. Yo mejor me voy.

—Claro, hijo. Nos vemos pronto.

Matías se fue antes de que Iván lo viera y se lo volviera a impedir, sabía que no lo dejaría escapar. Cerró la puerta a sus espaldas con un suspiro de alivio, sin embargo, cerrada no duró mucho. Uno de los niños salió a preguntarle por qué se iba y Sabrina se asomó para hacer entrar a su sobrino.

—No, bomboncito, no p... —se interrumpió al encontrarse con Matías en la puerta.

—Yo... me voy... Otra vez, bienvenida.

—Sí, claro. Gracias. —Intentó mantener la mirada en el sonriente muchacho, después de todo su hermano le había dicho que era un buen amigo y que ella estaba en deuda con él—. ¿Entonces no te quedas a comer?

—No, prefiero dejarlo para cuando cocines tú. —Matías se felicitó por el comentario, al menos logró que ella dejase de temblar en su presencia.

Lo irritaba y le gustaba en la misma medida ponerla en ese estado, no entendía muy bien el motivo y tampoco se pondría a analizar los porqués de la incomodidad de esa mujercita con aires europeos que no le mantenía la mirada. No la veía del todo atractiva, al menos eso era una ventaja ya que era la hermana de uno de sus mejores amigos, y la regla, por demás conocida por todos los hombres, decía que las hermanas y novias de los amigos eran intocables. Siempre la había cumplido.

—Bien. Lo voy a tener en cuenta. —Sabrina ya no soportaba las manos transpiradas. Ese hombre le ponía los pelos de la nuca de punta con esa sonrisita de lado y sus silencios—. Bueno...

—Sí, ya me voy. —Era bastante fácil de entender que ella estaba pidiendo que se fuera o que entrara, pero que hiciera algo. Y lo hizo—. Nos vemos.

Otra vez la puerta se cerró y ya no se volvió a abrir.

Matías inspiró profundo de nuevo y esperó al ascensor escuchando la algarabía familiar. Una sonrisa se dibujó en su cara. Entendía la alegría de Iván, tenía una familia hermosa.

—¡Te has pasado, tonto, el departamento es alucinante! —gritó Sabrina. Matías la escuchó como si la tuviese al lado y largó una carcajada.

Sabrina podía por fin soltarse sin estar al pendiente de un desconocido. Odiaba los desconocidos o, mejor dicho, odiaba en lo que ella se transformaba frente a desconocidos.

—Tonto..., es bueno saberlo —se dijo Matías, pensando en la peculiar forma que tenía esa mujer de llamar a su hermano, mientras se cerraba la puerta del ascensor.

—Para mi hermana lo mejor —respondió Iván abrazándola otra vez—. Hasta tenemos una habitación extra, con un escritorio y biblioteca para que no dejes tus papeles tirados por ahí.

Sabrina se escabulló para ver todo, y cerró los ojos con fuerza cuando logró estar sola. Eran momentos tan emocionantes y fuertes que apenas si podía disfrutarlos.

—¿Hija, estás bien?

—Papá. —Rompió en llanto ante el fuerte abrazo de su padre y se dejó mimar—. Los extrañaba..., este griterío, tenerlos a todos juntos, poder verlos con solo abrir los ojos y no a través de una pantalla... Extrañaba esto, papá, y no había notado cuánto hasta este instante.

—Ya estás aquí, hija. No llores más.

«Qué fácil decirlo», pensó, sin embargo, lo intentó. No quería llorar.

Esa noche, ya en soledad, en la oscuridad de su nuevo cuarto y acurrucada en su nueva cama, dejó caer lo que se prometió serían sus últimas lágrimas, porque por más que fueran de felicidad, eran lágrimas, y no le gustaba llorar.

—¿Vas a dejar de llorar? —le gritó entre risas su hermano desde el cuarto del final de pasillo.

Le estaba dando lo que sabía que ella necesitaba, tiempo a solas, ya se había sacado las ganas de abrazarla y fastidiarla mientras ella contaba algunas experiencias vividas.

—Deja de molestarme —respondió Sabrina.

Iván no cambiaría jamás, sabía que era más fácil para él hacerle una broma que darle un abrazo y consolarla. Como también sabía que ante cualquier cosa que necesitase recurriría a él sabiendo que la ayudaría sin poner condiciones.

Matías llegó a su casa con la esperanza de encontrar a su madre y a su hermana como cada sábado, tomando el té, haciendo alguna torta o arreglando las plantas del jardín. Haber compartido ese corto tiempo con una familia unida, aunque incómodo, había sido agradable y lo había llevado a reflexionar en su realidad, mientras volvía pedaleando.

No era poco común tener padres separados, tampoco lo era tener un padre con una nueva esposa. Aunque de nueva tenía poco, la verdad era que su padre había durado escasos meses en soledad. Era una buena mujer, la quería mucho

y desde siempre había sido dulce con él. Lo había consentido cuanto había podido y ahora, de grande, era parte de su familia. Muchas veces estaba más de acuerdo con ella que con su propio padre, por ejemplo, en los temas relacionados con la política y últimamente en lo referente a las mujeres.

No solía quejarse de sus relaciones familiar, quería y era querido, pero sí podía sentir ese bichito de celos o envidia sana al ver una familia entera riendo y abrazándose; sin problemas que solucionar, sin celos ni cuentas pendientes como las que su hermana tenía con su padre o las que su madre aún no había solucionado con su exesposo y ni hablar de sus madres, como él a veces llamaba a ambas esposas de su padre. Una lástima.

Por alguna razón que desconocía, Sabrina estaba despierta un domingo a las siete de la mañana, en un departamento que le resultaba hermoso y confortable, no obstante, todavía ajeno. Aún le resultaba ajena cualquier vida en esa ciudad en la que hacía muchos años no vivía, y había abandonado siendo una joven mujer insegura y tímida, al menos más tímida. Bueno, también más insegura.

Sabrina era curiosa por naturaleza, desde siempre, sin embargo, había aprendido que su curiosidad a veces disgustaba a los demás y entonces canalizaba toda esa necesidad en estar al tanto y conocer en sus investigaciones. Eso lo hacía desde adolescente, incluso antes, aunque su adolescencia era la que había marcado muchos rasgos de su personalidad y la que recordaba con más detalle.

Se había convertido, como consecuencia de sus interminables investigaciones y lecturas, en la alumna aplicada y sobresaliente. Su necesidad de saber todo de todos fue volcaba en sus estudios y olvidaba lo que la rodeaba. Había aprendido, en su corta vida, que el saber le redituaba más emociones que indagar en la gente de su entorno.

Tan aplicada había sido que había convertido su vida social en casi inexistente desde el comienzo de la universidad. Cuando todos salían a divertirse ella estudiaba y leía con el afán de saciar su propia curiosidad. Un espantoso día descubrió que sabía mucho de cultura general, historia, geografía y tantas otras cosas..., pero no sabía bailar, no conocía de música, no sabía cuál era el actor de moda, no tenía ni idea del trago que las jóvenes como ella consumían en los bares y para colmo de males, no sabía cómo huir del nerviosismo que le provocaban los momentos que ella consideraba «difíciles de manejar».

Esos momentos eran la mayoría, porque su real temor estaba en lo desconocido, fuera una situación o una persona, y eso la convertía, de manera inmediata, en una joven retraída que evitaba todos los momentos sociales por sentirlos «difíciles de manejar».

A temprana edad había llegado a la conclusión de que no le importaban los chicos o al menos no le gustaban demasiado. Los veía tontos, inexpertos, torpes, caraduras y atrevidos. Tenía un buen muestrario con los amigos de sus hermanos a los que espiaba cuando podía, solo por curiosidad. Así había descubierto que también eran infieles, mentirosos y charlatanes... Poco a poco les fue agregando más adjetivos calificativos hasta que llegó a los veintiún años sin haber tenido novio y habiendo adquirido la pobre experiencia de cinco besos. Tres con los labios cerrados; uno con cachetada incluida (de su parte claro), porque había sido robado, y el último y más recordado, con lengua y arcadas, debido al mal aliento del borracho besador que aceptó por estar también ella en malas condiciones. Eso de las malas condiciones, era algo inusual en Sabrina, no obstante, se había dejado convencer por una chica que decía ser su amiga, otra vez... por curiosidad.

Todo cambió cuando conoció a Paolo, sí, Paolo. Nombre atípico para un muchacho atípico también.

La tarde que lo conoció era una tarde más para ella. Una como tantas otras en las que se encontraba enfrascada en sus estudios, en el banco más apartado de la biblioteca de la universidad. Sin notar la hora ni al muchacho (divertido a juzgar por sus carcajadas) ni a la jovencita bonita que caminaba, o más bien corría, ruidosamente agarrada de la mano de él por el pasillo entre las mesas. Gracias a esos ruidos, Sabrina pudo desconcentrarse y verlos pasar por su lado.

Paolo había convencido a esa chica para que lo acompañase a buscar un libro y así poder robarle un par de besos y caricias atrevidas detrás de las estanterías. No era la primera vez que lo hacía, aunque sí con esa chica en particular.

Sabrina, que odiaba la falta de respeto y las interrupciones, los miró con la mirada más furiosa que tenía en su haber, a la que Paolo reaccionó, sí, pero de manera diferente a la esperada.

—¿¡Qué!?! ¿Has visto la hora que es, mujer? —le preguntó golpeando su mesa dos veces con la palma abierta para hacerla reaccionar y sin dejar de correr ni de tirar de la mano a la jovencita que la ignoraba—. ¿Acaso vas a

dormir aquí?

Paolo no logró más que un par de parpadeos confundidos de parte de Sabrina. A los dos minutos, tal vez tres, él volvió sobre sus pasos ya sin tanto apuro, y sin tirar de la chica que había desaparecido entre los jóvenes que caminaban y corrían por los pasillos de la universidad. Sabrina notó lo evidente, estaba solo, y volvió a parpadear confundida.

A ninguno de los dos muchachos les importaba mantenerse juntos. Habían sido solo un par de besos, no buscaban nada más. Y después de lograr eso y algún toqueteo debajo de la blusa de ella, el resultado había sido distintos caminos para el resto del día.

—La bibliotecaria nos dio cinco minutos. Vamos, muévete. Te ayudo —le dijo Paolo a Sabrina, todavía una desconocida para él, sin mirarla y poniendo un libro sobre el otro. Así lograron terminar en pocos minutos y salir de la biblioteca a tiempo.

Sabrina solo lo miró en dos oportunidades y en una sola atinó a sonreír con disimulo, fue cuando lo escuchó largar un insulto después de que los acomodados y pesados libros perdieran el equilibrio y cayeran sobre sus pies.

Paolo era de personalidad avasallante, hablador y simpático. Demasiado atrevido y cautivador para la templanza de ella. Sabrina no estaba acostumbrada a socializar y se dejó llevar por esa personalidad que la envolvió con una sola mirada.

—¿Eres muda? No me importaría..., solo para saber —le había preguntado él una vez fuera de la biblioteca, mirando cómo la amargada bibliotecaria cerraba las puertas ni bien habían puesto el último pie afuera.

—No, solo hablo lo necesario —respondió ella y ambos rieron sonoramente.

—No te preocupes yo hablo por los dos entonces. Vamos a tomar algo. Me llamo Paolo, ¿y tú?

Esa misma tarde nació una linda amistad que mutó en atracción con los días, pasó por el enamoramiento a las semanas y terminó en noviazgo a los pocos meses. Cada etapa, para ella, fue acompañada por nuevos descubrimientos, tales como los besos con lengua que ya no daban arcadas y las caricias desconcertantes al comienzo y atrevidas más adelante, tanto que le habían robado algún orgasmo distraído e inesperado con la ropa puesta.

Y, por fin, se enfrentaba al sexo como acción, ese tema tan atractivo como espinoso del que obviamente había leído, y por supuesto estaba más que

interesada. Con todo lo que sabía en teoría no podía no estarlo. No tenía práctica, pero vivía rodeada de jóvenes hormonales que la ponían al corriente de las cosas, y su observación curiosa le daba demasiadas visiones que archivaba en su mente.

Sentarse por ahí en el campus de la universidad, sola y con la vista enfocada le había servido para aprender cuantas clases de besos existían, con más o menos pasión, con lengua o sin ella, con labios abiertos o un simple roce, con manos fisgonas sobre la ropa o debajo y hasta sabía cuáles de los troncos de los árboles albergaba mejor, y con más disimulo, a los amantes que no tenían miedo de ser encontrados, y hasta podría aconsejar cuál era la postura que más los escondía.

Solo le faltaba vivirlo en carne propia, tener la experiencia que, en teoría, resultaba fácil, gratificante, estimulante, adictiva... Tantas cosas le habían llegado a su vista y oídos.

No era mojigata ni reprimida, suponía. Ni frígida, quería creer. Solo era virgen e inexperta y para colmo de males, tímida y reservada. El desconocimiento de la acción, le daba un pudor que a esa edad resultaba casi tonto e increíble y, visto por ojos masculinos, algo provocador, si de seducción se hablaba, cosa que ella no sabía.

Y el día llegó, a los veintiún años recién cumplidos se entregaba a su novio para hacer el amor. Fue un acto que Paolo catalogó de extraordinario, no por maravilloso, sino por lo poco ordinario. Quitarle la virginidad a su tímida novia de más de veinte años era, como poco, raro para los tiempos que corrían y hasta que no tuvo que romper esa barrera física no lo terminó de creer.

—¡Virgen! —repitió él a viva voz al escucharle decir a ella, en susurros, su condición.

La teoría no era comparable con la práctica. Esa había sido su conclusión al verse desnuda, expuesta en toda su gloria y observada por su novio con cara de... divertido, intrigado, incrédulo... Esa no era la cara que debería tener su novio antes de hacerle el amor por primera vez. Al menos no era la que ella esperaba.

—No lo digas así —pidió avergonzadísima y con muchas, muchas ganas de taparse primero y huir despavorida después.

—¿Y cómo quieres que lo diga? Eso dices que eres. Virgen.

Había dicho segundos antes de cubrirla con su cuerpo, besarla hasta estimularla lo suficiente y consumir el hecho. Se había sentido como un

cuerpo que completar con una acción necesaria, llenarlo hasta que rebosara, en lo posible, de placer y no de cansancio.

En conclusión, su primera vez había sido un poco... algo..., bueno, muchas eran las palabras que podrían describir esa noche, pero se resumiría en frustrante tal vez. Sí, podía decir que esa palabra era bastante descriptiva de las sensaciones experimentadas en su debut sexual que no había dado como fruto ese famoso e increíble éxtasis del que todos hablaban, y ella, por supuesto, esperaba.

Esa noche había fracasado dada la extraña combinación de personalidades. Ella introvertida y virgen, él extrovertido y experimentado. Por supuesto, no había funcionado como esperaban. Pero no se habían dado por vencidos y volvieron a intentarlo con mejores resultados a los pocos días, aunque no tan pocos como le hubiese gustado al novio, sin embargo, la novia se basaba en la experiencia, y las ganas de repetir no se hacían presentes. Hasta que él, por fin, las supo provocar.

Paolo, poco entendedor de los pensamientos femeninos y menos de los pensamientos cohibidos, sosegados y poco compartidos de su escrupulosa y virgen novia, la dejó a los pocos meses. No tuvo la sabiduría, ni la paciencia, ni los motivos suficientes para lidiar con ella y su poca práctica.

Otra vez, para Sabrina, los hombres pasaron a ser solo adjetivos, la lista se engrosaba y ahora descubría que muchas de esas cualidades lastimaban y causaban heridas profundas que tardaban en sanar.

El tiempo la había ayudado a cubrir sus lesiones, no a curarlas, y con su nueva experiencia adquirida, reconocía que algunas de esas cosas que los hombres brindaban, le gustaban. No las negativas, sino las positivas, esas que le habían hecho creer que ella podía enamorarse y disfrutar de todo lo que el amor traía consigo. Solo por eso estaba más interesada en ellos, ya sus ojos miraban más atentos a su alrededor y con un poco de esperanza hasta podía creer que la segunda oportunidad saldría mejor.

Tal vez sus ojos habían empezado a mirar siempre para un mismo lado con el afán de olvidar al apuesto y divertido Paolo. Tantas veces había mirado hacia el banco que se encontraba debajo de ese roble, mientras ese muchacho estudiaba, que se había enamorado del desconocido a los pocos meses de observarlo a diario. Lo había idealizado sin saberlo, convirtiéndolo en el más atractivo, simpático y estudioso de los hombres. Aunque ese hombre de tantos atributos, jamás reparó en ella.

Otro amor frustrado... o enamoramiento o mentira, no se animaba a ponerle nombre; solo sabía que volvía a doler. Ese dolor era demasiado angustiante y le impedía pensar, razonar, ser.

Fue entonces que se convirtió en un ratón de biblioteca y en la silenciosa estudiante modelo que, aunque atractiva y por suerte sin gafas, parecía rara a los ojos de los demás. Al menos eso imaginaba ella que los demás pensaban y nunca se atrevió a averiguar si sus pensamientos eran los correctos. Ya la curiosidad no ayudaría, porque primero tenía que pasar por uno de esos momentos «difíciles de manejar», como era el conocer a un desconocido.

Demasiado trabajo para nada, pensaba día tras día. Semana tras semana y año tras año.

Sabrina, inteligente como pocas, dejó que ese amor idealizado por aquel muchacho se muriera por su poco uso. También pensó que no era sabio eso de los novios, los hombres o el amor, y que era una buena idea mantenerse lejos de todo aquello que solo distraía, y lo hizo. Con mucha fuerza de voluntad, porque claro que más de una vez se había tentado de abandonar sus ideas. Alguno que otro de sus compañeros le había gustado no lo negaría, pero no había pasado más de ahí.

Si algo tenía Sabrina, era fuerza de voluntad, inteligencia y perseverancia.

Y entonces, a punto de graduarse, dejando las ganas de enamorarse para su otra vida, después de su reencarnación, por supuesto, si se daba por hecho que eso existía, o siendo un poco más optimista, para un futuro demasiado lejano; dedicó su tiempo a ampliar sus conocimientos de idiomas y empezar a trabajar.

—Buenos días, gruñona.

—Hola, tonto —dijo haciendo lugar en su cama para su hermano la abrazara.

—Algo que contarle a tu hermano del alma. ¿Lloró mucho? —preguntó en tono de broma y apretó sus costados para hacerla estallar en carcajadas debido a sus cosquillas.

—No fueron nada más que un par de salidas y no, no lloró, porque jamás le dije que me iba de Roma.

Se referían a un muchacho mulato que había conocido en su trabajo y con el que sí se había animado a salir y darse unos besos después. Besos que se convirtieron en lamidas atrevidas, en mordiscos excitantes y terminaron en el sexo, literalmente. Morris tenía una lengua hábil y labios gruesos que la

desarmaban con solo rozarla, mucho más cuando esa boca estaba entre sus piernas. Lo recordaba demasiado bien, porque había sido una sensación nueva que no había sentido en absoluto con Paolo, y ni se acercaba a lo que lograba con sus propias manos. Definitivamente Morris le había enseñado un poquito del firmamento y se había quedado con ganas de más viajes por esas alturas. «Ya no sin sentimientos», se había dicho. Y por Morris no sentía más que un poco de simpatía, eso si no hablaban demasiado en profundidad de algunos temas en los que no pensaban ni parecido.

Dos veces había estado con él y se había dado cuenta de que, a pesar de su avanzada edad, no estaba preparada para ese tipo de relaciones sin compromisos ni sentimientos. Tampoco para aquellas con compromisos y sentimientos. No estaba preparada para relaciones, punto. Eso creía ella, de tanto que se lo había repetido había terminado creyéndoselo sin duda alguna, porque sin amigos que la aconsejasen o desmintieran, sus palabras eran la pura verdad y, como no ventilaba su vida privada con nadie, ni con Iván, no podía obtener otros puntos de vista.

La vida para Matías había sido todo lo contrario. Desde los diecisiete años, cuando comenzó a ser el beneficiario de los favores sexuales de su vecina de veintisiete (la prima de uno de sus compañeros de deportes), no paró. Disfrutó de esas lecciones durante bastante tiempo hasta que la prima, como él la llamaba, se enamoró y se casó. Con otro.

No se molestó, no se había encariñado con ella, y para entonces, la experiencia adquirida era superior a la de cualquiera de sus amigos. ¡Qué más podía pedir! Esa experiencia lo había llevado a conquistar a mujeres que superaban los veinticinco años cuando él apenas tenía veinte; sumando así más conocimientos.

«Uno nunca termina de aprender», se había dicho un día, y se había metido en cada cosa para hacerlo... Jamás se arrepentiría. Lo hecho, hecho estaba. Y solía asumir sus errores y las consecuencias de estos.

En su juventud, las mujeres con las que practicaba ese tipo de sexo carente de sentimientos, tenían una estrecha comunión con la noche, el alcohol, la droga, la prostitución y las fiestas. No era fácil escapar de todo cuando uno se manejaba en esos ambientes, al menos alguna de esas opciones tenía que conocer y lo hizo, sin embargo, no le gustó y se alejó. Por suerte supo cómo hacerlo a tiempo.

Fue gracioso que, toda esa experiencia sexual, no le hubiera alcanzado al

conocer a Luli, de veintitrés años. Era divina, según sus propias palabras, y estaba loco por ella, aun así, sus conocimientos, todos más carnales que sentimentales, no habían servido para retenerla. No todo era sexo en una relación de noviazgo que aspiraba a ser seria, fue una importante y dolorosa lección aprendida que le había dejado el corazón un poco magullado.

Entonces decidió poner el freno, bajar un par de cambios, disminuir la velocidad con la que venía viviendo y fue ahí cuando descubrió su profesión, en la misma carrera que estaba cursando en la universidad desde hacía dos años. Solo prestando un poco más de atención pudo ver cuánto le gustaba y cayó en la cuenta de que nada había aprendido. Por culpa suya, de nadie más. Por vivir tonteando, pero ya había terminado con todo eso.

Comenzó a estudiar con gusto por lo que aprendía y sus notas subieron. Cada vez estaba más entusiasmado y ya quería dedicarse a vivir de lo que le gustaba. Su futura profesión se había convertido en su nueva pasión.

Mejorar su forma de vivir tuvo sus repercusiones familiares también. La relación con su madre se corrigió tanto como sus notas y ya no ocasionó interminables discusiones con su padre.

A los veinticuatro años recibió su título de ingeniero automotriz, con excelentes notas, una tutoría en la materia que más le gustaba y hasta fue ayudante de cátedra en otra.

Consiguió su trabajo soñado y, por si fuera poco, con la ayuda del destino o de la suerte (¿quién lo podría asegurar?), se enfrentó a un nuevo desafío. Ni siquiera sabía que en la empresa automotriz en la que trabajaba existía ese departamento de diseño, pero parecía que la gente del departamento sí lo conocía a él y a su trabajo y le pidieron colaboración en un proyecto en el que necesitaban de sus conocimientos. Esa colaboración se convirtió en una propuesta permanente, y muy interesante y ventajosa también en lo que a su economía competía.

Más conforme con su vida conoció a una chica. Probó nuevamente eso de los sentimientos y oficializó su noviazgo incluso con su madre y hermana. Tampoco funcionó. Aunque la relación se acabó, él estaba contento porque al menos no había sido por negligencias suyas y su corazón había practicado un poco con esas cosas del querer. Sin embargo, le costaba demasiado exteriorizar sus sentimientos cada vez más, porque los años asentaban ese tipo de defectos y eso sí que era un grave impedimento a la hora de tener novia seriamente.

—Mamá, me voy un rato a nadar.

—Hijo, te vas a quedar en piel y huesos si sigues a ese ritmo.

Sonrió a su madre, saludó a su hermana y a sus sobrinos que estaban de visita, y se fue.

Los domingos no eran sus días preferidos. Se aburría bastante ya que sus amigos más cercanos los pasaban en familia y la suya no tenía esa costumbre, pues su cuñado se pasaba el día en el campo de golf, las mujeres charlaban de cosas de... mujeres, y los niños eran demasiado pequeños todavía.

Como un rayo se cruzó en su mente el sobrino de su amigo Iván con quien había jugado en la consola alguna tarde y pensó en comprarle una al mayor de sus sobrinos para enseñarle, ya tenía cuatro años, edad más que justa.

Una cosa hilvanó con la otra en su cabeza y Sabrina apareció ahí, sin esperarla.

Así fue como, mientras pedaleaba rumbo al gimnasio donde practicaba natación, se encontró pensando en cómo habría pasado la noche la tímida Sabrina en su nueva casa.

«Otra vez sábado», pensó Sabrina ya más concentrada en organizar sus nuevas actividades. El departamento era más que agradable, entraba todo lo que ella tenía y de sobra. Sus libros y papeles tenían su lugar en ese cuarto extra que bien podía utilizar de estudio, aunque prefería trabajar en el comedor.

—Creo que voy a hacer algunas galletitas o algo dulce, tal vez una torta.

—No es necesario, Sabri, yo compré todo. Es tu bienvenida —dijo Iván despeinándola al pasar.

—¡Molesto! —le gritó quitándose el pelo de la cara—. Si es mi bienvenida, ¿para qué has invitado a tus amigos que ni conozco?

—Para que los conozcas. —«Buen punto», se dijo ella, no tenía palabras para refutarlo y tampoco podía discutir demasiado, después de todo, ella no contaba con muchos amigos que le dieran la bienvenida—. Quiero presumir de mi hermana gemela mayor.

Sabrina sonrió y se dejó abrazar. Adoraba esos abrazos apretados y dolorosos.

Otra vez leyó el contrato que tenía entre las manos y no encontraba nada que objetar. Ese trabajo que le ofrecían era lo mejor que podía esperar. Hacía mucho que no estaba en su país y el derecho de piso había que pagarlo. Su experiencia en Europa le había dado contactos importantísimos con los que

trabajaba a distancia, lo demás era solo para mantenerse activa y explorar cosas nuevas.

—¿Lo vas a tomar?

—Creo que sí. Prefiero un trabajo de investigación y recopilación de datos como este, a dar clases. Eso no es lo mío. Tal vez más adelante. Por ahora la propuesta de ser profesora la desestimo.

Matías tocó el timbre y esperó impaciente a ser atendido. Era impaciente...

No esperaba que ella fuera quien abriera la puerta y menos así.

—Hola, Sabrina.

—Hola.

Matías no tenía la suficiente confianza como para dejar salir la sonrisa que tenía reteniendo. No era una sonrisa de burla, sino de ternura y tal vez admiración y aprobación al verla tan altiva a pesar de su aspecto. Definitivamente era tímida, no obstante, segura de sí misma. Algo que él no podía comprender, porque pensaba que una cosa no estaba asociada con la otra. Era evidente que en ella sí.

Sabrina no podía disimular más los nervios ni las palmas de las manos sudadas, pedía en silencio a todos los dioses que colaboraran con ella y evitaran que él lo notase. No se había animado ni siquiera a darle un beso a modo de saludo. Su única respuesta había sido mostrar una personalidad que ni por asomo poseía, ante la presencia de un serio y desconocido muchacho. Ese era el mayor problema, era un desconocido. Su reacción había nacido del hecho de sentirse sorprendida, no lo esperaba tan temprano, ni a él ni a nadie, y sabía, con toda seguridad, que estaba exagerando su postura de espalda recta y actitud distante.

Había perdido la costumbre de ruborizarse tanto o ponerse tan nerviosa. No era muy sociable, todos los que la conocían bien lo sabían, y en Italia..., bueno, ahí hacía tiempo que había dejado de conocer gente; por lo que debía enfrentarse a esos renovados nervios y practicar para la noche que se avecinaba.

Cayó en la cuenta de que serían muchos desconocidos que conocer... y ya estaba empezando a odiar su hermano.

Sin percatarse de ser observada con mucho detenimiento, Sabrina recuperó la taza de café de la mesa y se sentó en el sillón, puso sus talones arriba y abrazó sus piernas apoyando su barbilla en las rodillas. Esa posición, a veces

la ayudaba a pensar y a relajarse. Eso último era lo que buscaba en ese momento en que no se animaba a huir tan cobardemente.

Matías volvió a mirarla cuando ella bajó la vista. No quería que lo descubriera, sin embargo, se sentía intrigado.

Pantuflas de peluche con dibujos de corazones que, dicho sea de paso, necesitaban sin duda un recambio. Pantalones de pijama, largos, a cuadros blancos, rojos y azules, y dos números más grandes de lo que en realidad necesitaba, pensó. La camiseta de un grupo de música que él desconocía tenía un nudo a la altura del bonito ombligo y le permitía ver un poco de piel de la cintura femenina. El pelo era un caso aparte, había intentado recogerlo, pero parecía que a medio camino había cambiado de parecer; no era ni una cola de caballo ni un nudo alto, ni... Eso no era un peinado, más bien un despeinado que le daba cierto aspecto interesante, y enmarcaba un rostro angelical que todavía conservaba aspecto adormilado.

Sabrina seguía rogando en silencio que los hombres decidieran irse al cuarto de Iván, mientras pensaba en por qué había aceptado hacer esa fiesta. Si ellos no permanecían tan cerca, ella podría escapar sin ser vista y ponerse algo decente. Jamás alguien la había visto tan impresentable y tampoco recordaba haber estado tan ansiosa, pero ansiosa para mal.

—¿Cerveza?

—Sin alcohol, si tienes —respondió Matías retirando la mirada de la hermana de su amigo, habiendo saciado su curiosidad. Por el momento.

—Permiso, yo me voy a... —No tenía que dar explicaciones, pensó y por eso se interrumpió.

Con la concentración puesta al ciento por ciento en caminar derecha y erguida, sin mostrar toda la vergüenza que sentía ante el escrutinio masculino, caminó hasta su cuarto y cerró la puerta para dejarse caer en su cama sintiendo las piernas como gelatina.

—¿Está bien? —preguntó Matías.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Parece enojada o asustada, qué sé yo. Molesta.

—No. Estaba analizando las propuestas de trabajo y debe estar concentrada en eso. De todas maneras, ella es especial. No vas a dejar de sorprenderte. Mi hermana es lo más..., es mi orgullo. Ella hace lo que quiere y no espera aprobación de nadie. Si quiere algo, aunque le cueste sudor y lágrimas, lo consigue. Tiene un corazón de oro y... es un sol, además de ser

muy inteligente.

Iván no tenía ni idea de cómo se veía ella misma, nadie en realidad conocía sus inquietudes. Sabrina no contaba su vida ni sus intimidades. Nadie más que Paolo y ella sabían que había sido virgen hasta los veintiuno. Y nadie conocía su poca experiencia en relaciones, tampoco sus negativas a tenerlas ni las inseguridades con las que se enfrentaba a la vida.

—¡Guau! Qué lindas palabras. Cuántos atributos. Ya me gusta.

—Mira para otro lado que te conozco.

Matías sonrió y dio un nuevo trago a su cerveza. Analizó lo que veía en esa mujer interesante, inquietante, tal vez atractiva, sí, no más que eso. Segura y por momentos arrogante. Por supuesto tímida, no podía negarlo y a veces hasta indiferente. Alegre y feliz se le notaba en la sonrisa que, aunque pequeña, ahí estaba. Con la vida en sus manos y capaz de lograr hasta los desafíos más inverosímiles, coincidía en eso con su amigo, y la adivinaba muy pasional.

Tal vez demasiadas conclusiones erróneas, pero no la había visto más de dos veces como para darse cuenta de sus errores y ella no colaboraba demasiado mostrando su verdadera personalidad.

A veces las apariencias engañan y Matías estaba demasiado engañado con la de Sabrina.

Sabrina no volvió a salir de su cuarto hasta escuchar a los primeros invitados y cuando lo hizo, fue en mejores condiciones. Condiciones que a más de uno llamó la atención tanto por su estilo europeo y refinado como por su simpleza y originalidad. Además de la femenina elegancia propia de quien no duda de poseerla, o tiene un temple decidido y bien ensayado para disimular que no se noten sus ganas de huir, como era el caso de ella.

Las personas terminaron de llegar casi a horario, no serían más de quince entre amigos de él y algún que otro conocido de ella.

Sabrina tuvo que dejarse llevar, no le quedaba otra opción. Sudada, nerviosa y con las mejillas acalambreadas por mantener su sonrisa, resistía la reunión, las preguntas y las conversaciones.

—¿Por qué la invitaste? —preguntó Matías ya alcanzado por la mirada de la atractiva rubia que entraba, con quien había tenido algún tipo de relación sin nombre.

—Pensé que... —intentó responder Iván, divertido ante el incómodo momento. Ella se acercaba y parecía que su amigo quería huir.

—Ya no.

—Hola, chicos.

Matías se dejó besar en los labios por Vivi porque no podía rechazarla frente a todos. Su mirada se cruzó con la de Sabrina en ese instante, aunque solo por cortos y casuales segundos. Ella bajó sus ojos como era su costumbre y muy a su pesar.

Matías suspiró, sabía que Vivi no se le despegaría en toda la noche y no era capaz de repetirle nada de lo que ya le había dicho a solas. Ella no entendía, o disimulaba que no lo hacía, con tal de estar con él. En otro momento de su vida, Matías la hubiese menospreciado por ser tan fácil, entregada y rebajarse como mujer al mendigar unos pocos mimos y momentos de placer, sin embargo, ahora intentaba pensar diferente y no juzgarla. La verdad era que desconocía las intenciones de Vivi para con él y poco le importaban, pero no la trataba mal y siempre le hablaba de manera cordial y tranquila, aunque sincera.

Las horas pasaron y la reunión estaba en su máximo apogeo cuando el timbre volvió a sonar. Esta vez fue Sabrina quien abrió la puerta. Además de la puerta, abrió los ojos y la boca, lo peor era que le resultaba imposible cerrar algo, su mente había dejado de funcionar.

—¿Sabrina? —Su nombre sonaba extraño dicho por esa maravilla masculina, eso pensó al ver al muchacho que tenía adelante.

—Steven, amigo. Has podido llegar —dijo Iván a sus espaldas—. Ella es mi hermana, sí.

—Un placer —dijo el desconocido, en un perfecto español.

—Lo mismo digo. —Sabrina se quedó muda y tal vez suspirando, no estaba muy segura, mientras recibía el beso en la mejilla acompañado de un abrazo.

—Steven es americano, Sabri. Está haciendo un par de trabajos en la empresa. Lo vamos a tener por aquí unos meses.

—Qué bueno, me alegro de conocerte —comentó ella asegurándose de no tartamudear, y huyó como la cobarde que era.

Era hermoso, el típico modelo americano de publicidad de perfumes o coches de lujo, pensaba Sabrina. Rubio, bonito, con cara de nene bueno, naricita perfecta y labios carnosos de esos que invitan a besar. Ojos celestes y brillosos y una sonrisa bella que aflojaba las rodillas. Todo enmarcado en un corte de pelo moderno y bien peinado.

Sabrina no podía dejar de mirarlo. Lo intentaba con toda su fuerza, aun así,

sus ojos volvían a él y lo recorrían de arriba abajo tantas veces como fueran necesarias para poder asimilarlo, porque no podía creer que ella, tan juiciosa y pensante, estuviera temblando ante la imagen de un hombre.

—¿Estás bien? —La pregunta la tomó por sorpresa y la tensión de su espalda también. ¿Qué tenía este hombre que la ponía tan alerta?

—Matías, me has asustado. Sí, estoy bien. —Sintió la mano en su cintura, fue solo un roce, no obstante, para ella fue una presión insoportable, tanto que se alejó como si la hubiese lastimado.

—Perdón, solo quería pasar —dijo él haciéndose hacia un lado. Entonces ella entendió que estaba en el medio del pasillo, obstaculizando el paso.

—Claro..., yo... no... —Sus miradas, por primera vez se mantuvieron firmes. Por fin ella pudo notar lo oscuros que Matías tenía los ojos y él pudo ver lo brillantes que eran los de ella y la cantidad de pestañas que los adornaban.

Matías necesitaba provocar que esos párpados bajaran, porque él no podía dejar de observarla y apenas si estaba respirando. Sonrió con esa sonrisa de arrogancia que tenía practicada hasta el cansancio para lograr parecer eso, arrogante, y ella, en respuesta, inclinó la cabeza un poco hacia abajo llevándose la mirada y exhalando el aire retenido. Él se inclinó hasta acercarse y susurró un «Permiso» muy cerca de su oído, calentando de pronto el ambiente. No podía entender le motivo, pero así lo hizo. Se alejó para internarse en el baño y apoyar su espalda en la puerta una vez que la hubo cerrado.

—¿Y eso? —se preguntó en voz baja. Su torso subía y bajaba y hasta se sentía agitado.

Sabrina se llevó la mano al pecho para verificar la velocidad de los latidos de su corazón y cerró los ojos con fuerza. Muchas emociones que desconocía la estaban atormentando. Volvió a levantar la vista, esta vez se encontró con los maravillosos ojos celestes de Steven y esa sonrisa que le debilitó otra vez las rodillas. Apenas si tuvo fuerza de devolvérsela. Caminó automáticamente hasta la cocina, agarró una botellita de cerveza y la tomó sin respirar. Su sabor era espantoso, no le gustaba en absoluto, pero la necesitaba y hubiese dado igual si era una botella de vino o de vodka, claro que con diferentes consecuencias.

—Sabri. Sabri. Vamos, hagamos el juego. —Iván, que no necesitaba tomar nada para tener las pilas recargadas, la tomó de la mano y la llevó casi a

rastras hasta el *living* donde los últimos invitados disfrutaban.

Sabrina intentaba recordar las palabras mientras analizaba todo. Matías la observaba ya de vuelta en su sitio junto a su compañera de noche. Steven, apoyando su cadera en el respaldo de un sillón, el preferido de ella para ser más exactos; hacía lo mismo. Más hombres y mujeres reparaban en ella y en su hermano.

Odiaba ser el centro de atención, Iván lo amaba. Ella amaba a Iván, entonces no podía negarse. Volvió a tomar unos tragos largos de una cerveza cualquiera mientras escuchaba a su hermano susurrar:

—Azul, París, María, Pablo, tomate, ocho. —Tantas veces lo habían repetido a través de los años que era imposible olvidarlo.

—Todos saben que somos gemelos. No idénticos, notarán las diferencias que están a simple vista —dijo el bromista y payaso de la familia. Ella sonrió ante esas frases y señas de ciertas partes del cuerpo en las que se diferenciaban. Hacía tanto que no le escuchaba ese discurso que hasta una lágrima quiso opacar sus ojos, sintiéndose nostálgica—. Pero, así y todo, tenemos una conexión particular. Tan particular que hasta podemos adivinar la palabra que el otro piensa. Por ejemplo...

—Sabrina, piensa en un número —pidió uno de los presentes interrumpiendo. No fallaba nunca, esa era la primera de las opciones, los números.

—Listo —aseguró ella sonriente, muchísimo más floja que antes y repasando con la vista a los presentes, sin dejar de reparar en Steven. Matías que la tenía a tiro con la mirada lo notó al instante y sonrió de lado.

—Ocho —dijo Iván en su pose de actor galardonado.

—Ocho —repitió ella.

—Acércate —le pidió Steven dando un par de pasos, tomándola de la mano y pegándola a su cuerpo. Toda ella se estremeció de pies a cabeza y sus mejillas se pusieron de un rosado suave y encantador que Matías no pasó por alto. Ella notó que él la observaba y lo confirmó guiando sus ojos hacia los de él, pero los bajó con rapidez (no resistía esa mirada tan directa) y humedeció inconscientemente sus labios que los tenía secos, por los nervios de estar entre los brazos de Steven. Matías contempló toda la acción y sintió cómo su pantalón comenzaba a apretarle justo ahí, entre las piernas, sin aviso.

—Mierda —dijo bajito, al notar cómo ese sutil gesto lo había excitado.

—¿Qué? —preguntó Vivi, quien estaba más que atenta a todo lo que él

hacía.

—No, nada.

—Sabri, piensa, por ejemplo, en una ciudad del mundo y un color —pidió su hermano intentando adelantarse al pedido del americano, no quería que descubrieran el truco. Steven abrazó la cintura femenina, puso su mano en una mejilla de ella y le giró la cara acercando la suya. «¡Por Dios!», pensó Sabrina al borde del desmayo.

—Dímelo primero a mí —le pidió sin dejar de mirar sus ojos y ella volvió a suspirar.

No podía ser más lindo, pensaba al verlo tan de cerca.

Sabrina murmuró las opciones ensayadas sobre su oído, intentando no rozarlo y mantenerse en pie a la vez, porque era muy consciente de esas dos manos sobre su cuerpo, además no podía negar que sabía que Matías la tenía en la mira y casi sin pestañear.

—¡París y azul! —gritó Iván emocionado como si hubiese descubierto un tesoro y Steven rio moviendo el cabello de Sabrina con su aliento.

—París y azul —repitió en su maravilloso español, dejando a todos anonadados y sonrientes.

Matías, con la mirada fija en la mano del rubio apoyada en la cintura de la tímida mujer, se acomodó en el asiento y con disimulo se apretó la entrepierna para ver si esa dureza aflojaba un poco. Su compañera lo vio y descubrió su movimiento, le sonrió con coquetería y se mordió el labio.

Pobrecita, se atribuía el logro, pensó él todavía molesto. No era su escote, ni sus hermosas piernas lo que lo habían puesto así. Era una mirada tímida, una caída de ojos vergonzosa, una lengua nada sensual y un rubor en las mejillas. ¡No lo podía creer!

Volvió a mirar a esa mujer que sin ningún arma visible lo había puesto en jaque y notó un suspiro profundo en ella mientras conversaba con Steven. Negó con la cabeza, no era posible ni lógico que tuviese esas enormes ganas de alejarla de él.

El domingo era su día preferido. Sabrina adoraba los asados familiares. Y se había perdido tantos...

—Si no te apuras me voy sola —advirtió tomando su café, a sabiendas de que esperaría todo lo que su hermano quisiera, porque no podía decirle que no. Era algo que tenía que aprender, seguro que mejoraría su vida sustancialmente. Pero... lo adoraba, a él y todas sus imperfecciones.

—Gruñona —dijo Iván, pasando a su lado todavía en ropa interior.

—¡Iván! —No la dejó terminar de reprenderlo por ser tan lento, le dio uno de esos abrazos que duelen y la levantó unos centímetros del suelo haciéndola reír.

—Dame unos minutos más. Ah, Sabri, Matías se olvidó su teléfono ayer y lo viene a buscar en un rato. ¿Se lo das? Yo me voy a dar una ducha, no tardo nada. Te doy mi palabra —le avisó robándole la taza de las manos y terminándose su café. Iván podía convencerla de casi cualquier cosa, incluso de que la nieve era caliente, si se lo proponía.

Sabrina se puso a ordenar todos los regalos que había comprado a sus sobrinos para que entraran en un solo bolso, y no en dos como los tenía, por haberlo hecho a las apuradas. Por fin había podido desarmar todo el equipaje que había traído de Roma y había encontrado todos y cada uno de esos juguetes y disfraces, por suerte, en perfecto estado. Estaba muy ansiosa por ver las caritas de ambos al descubrir lo que tenía para ellos. De más estaba decir que había para todos algún obsequio, pero los niños eran siempre los que disfrutaban las sorpresas y para ellos había mucho más.

Matías llegó a los pocos segundos, iba de paso, camino al gimnasio adonde practicaba natación.

Otra vez lo tomó desprevenido el hecho de que fuera ella quien abriera la puerta. Como su hermano le había dicho, ella lo sorprendía. Todavía le costaba asimilar todas sus apariencias. La del pijama había sido enternecedora, podría decir. La de la fiesta, tal vez, inquietante. Si cerraba los ojos podía volver a recordarla, con ese pantalón negro de cintura alta y botamanga ancha, muy ancha; acompañado por una blusa en color marfil (de seda tal vez, poco conocía de telas) que había metido dentro del pantalón ajustando su silueta; zapatos cerrados de tacón altísimo, cabello suelto y maquillaje muy bien distribuido y aplicado. Toda una perfecta imagen de chica europea, elegante y distinguida, y ahora... en *jeans* gastados y grandes, camiseta ajustada, zapatillas multicolor y cabello recogido tirante en una cola de caballo. Tan tirante que esos ojos brillantes tomaban una forma ovalada y felina que lo martirizaban.

Ella suspiró ante su mirada de repaso, fue un suspiro sonoro e incómodo, él lo notó y sonrió. Había descubierto que le gustaba incomodarla. Desconocía los motivos, pero le encantaba. Verla así, nerviosa, insegura y dubitativa, le provocaba cierto cosquilleo en la espalda.

—Buenos días, Sabrina —saludó mientras se acercaba hasta su mejilla y dejaba un beso húmedo. Por primera vez la saludaba con un beso y otra vez sus pantalones se tensaban. Esta vez no pasaría tan desapercibido porque tenía *shorts* deportivos, demasiado livianos. Puso su mochila delante de su cadera y dio los pasos necesarios para entrar sin importarle si era invitado.

Sabrina estaba muda. ¿Cómo se atrevía a besarla de esa manera? Hasta la había baboseado, sin embargo, por pudor no se atrevía a limpiarse y, además, tal vez, eso lo molestara, y por una razón desconocida por su inteligencia, no quería molestarlo.

—Parece que hubieses venido corriendo, estás sudado —dijo solo por decir algo y acallar a su mente.

—He venido en bicicleta —le respondió atosigándola con la mirada y logrando ver esa acción que lo tenía fascinado. Como era de esperar ella bajó la vista y él se tensó—. ¡Mírame! —le ordenó con voz ronca y ella obedeció. Matías no controló su cuerpo, ni su jadeo y ella se agitó ante esa orden que jamás dudó de cumplir.

—¿Habéis encontrado el teléfono? —preguntó Iván ajeno a la tensión del ambiente.

—No.

—Sí —respondieron al unísono sin dejar de mirarse. Matías puso la sonrisa estúpida que le otorgaba ese poder que necesitaba para doblegarla y ella gimió bajito alejándose.

—Vamos, Iván, no tengo todo el día para esperarte —gruñó malhumorada.

¿Cómo era posible que ese estúpido le dijera..., le hiciera..., la mirara...? No podía armar la frase en el orden correcto. Tampoco sabía cuál era el orden correcto porque no alcanzaba a definir qué le había molestado más. Entró a su cuarto para buscar el bolso con los regalos y volvió a salir furiosa chocando con su hermano que ya estaba listo, y caminaba hacia la puerta para saludar a su amigo.

—No es para tanto, Sabrina —dijo su mellizo mirándole los ojos furiosos después de recuperar la estabilidad.

Iván se acercó a Matías que no había abandonado su sonrisa y estaba satisfecho al máximo con la respuesta de ella. No podía entenderse. No tenía motivo alguno para haberle pedido que lo mirara, sin embargo, se lo había ¿exigido? ¿Con qué necesidad, con qué intención? ¿Y ella? Ella lo había hecho sumisa y contrariada, ¿por qué?

—Me voy —aseguró tomando el aparato y dándole una palmada en el hombro a Iván.

Miró a Sabrina que no le devolvía la mirada. Entendió perfectamente que no lo hiciera, y se fue con una erección ingobernable. En el ascensor se encargaría de darle un toque de presión, tal vez así su parte desatendida se asustaba y se retraía. Cerró los ojos y se permitió recordar el fuerte y tibio aliento con perfume a café que, lo había golpeado de lleno en el rostro, al acercarse a Sabrina. «Delicioso», rumió por lo bajo.

«Idiota», pensó ella, pero esta vez dedicándose el insulto. Salió a la galería para pedir el ascensor y se encontró con que Matías estaba todavía ahí con su mano en su...

—¿Todavía no ha llegado el ascensor, Mati? —preguntó Iván mientras cerraba la puerta con llave.

—No —respondió su amigo sin dejar de mirar a la mujer que estaba incómoda con su presencia y, acomodando sus manos para que quedasen visibles, levantó una ceja. Por supuesto se había dado cuenta de que ella lo había visto, él no tenía la culpa de que lo hubiera interrumpido, ¿no?

Sabrina llegó a casa de sus padres con un humor de perro rabioso que no podía contener. Al no saber a qué atribuírselo, aunque tenía una vaga idea de a quién (cosa que no diría), culpó a la tardanza de su hermano. Dicho humor se fue disipando con el correr de los minutos y las horas en buena compañía, esa compañía que adoraba: su familia y, por supuesto, el delicioso asado hecho por las maestras manos de su padre.

—Bomboncito, el abuelo me dijo que te armaste un escondite secreto. Me encantaría conocerlo. —Su sobrino mayor la miró como pensándose, ella le devolvió la mirada sonriendo y notando el terrible parecido, incluso en los gestos, con el padre, su hermano mayor, el protector de la familia.

En realidad, por ser la única mujer a parte de su madre, todos la protegían, incluso su cuñada por ser más grande. Era la mimada del grupo y no se quejaba, por el contrario, lo disfrutaba.

—Te lo muestro, pero para que lo sepas, ya no es secreto. Todos lo conocen.

—Bueno, eso no es importante. Lo importante es que sepan que es tuyo.

—Supongo —respondió el niño elevando los hombros. No le convencía mucho la idea, pero no tenía más remedio que aceptarla.

Sabrina tomó a ambos niños de la mano y comenzaron a atravesar el

parque, bastante grande y arbolado, de la casa de sus padres. Dejaba atrás una conversación familiar que incluía risas y refunfuños maternos. Todo eso que había extrañado y tanta falta le había hecho, todo eso que todavía no podía acomodar en sus emociones al estar de vuelta entre ruidos conocidos, aromas y afectos añorados. Situaciones tan viejas y repetidas se hacían nuevas y sorprendentes, y ahora la esperaban cada día..., todavía no sabía asimilarlas cómodamente.

Giró sobre sus talones y vio al grupo, padres y hermanos, su cuñada era ya como su hermana y sonrió con lágrimas incluidas. De a uno, comenzando por su madre, la miraron, pero fue Iván con su torpeza amorosa quien la ayudó a escapar de la nostalgia que de pronto quería acapararla.

—¡Prometiste no volver a llorar! —gritó levantándose de golpe y tirando, sin querer, la silla en la que estaba sentado.

—¡Oh, oh! —exclamó Sabrina al verlo avanzar hacia ellos. Tomó a sus sobrinos con más fuerza y comenzó a correr.

—¿Lo prometió? —preguntó Francisco ya de pie también y tomando impulso.

—Y no ha cumplido.

—¡Tía, papá, también viene! —gritó uno de los niños entusiasmado y excitado por sentirse perseguido.

—Tramposos, entre dos no vamos a poder escap... —Su sobrino menor gritó y se desprendió de su mano volando por el aire, quedando colgado boca abajo por sus tobillos y riendo a carcajadas atrapado por Iván. Segundos después la otra mano le quedaba vacía y más risas de niños se escuchaban a su espalda. Nada pudo hacer cuando su hermano mayor la tendió en el césped bajo su cuerpo y con manos fuertes le hizo cosquillas.

—Promete que no vas a volver a llorar —amenazó Iván a su lado con las manos como garras a punto de caer en los cuerpos pequeños de los niños que, sin dejar de reír, rogaban a gritos que lo prometiera.

—Por favor, promételo, tía. Promételo.

—Lo prometo, lo prometo.

Matías volvía a tocar el borde de la piscina con sus pies y se impulsaba nuevamente. Ya había perdido la cuenta de la cantidad de largos que había nadado, no era importante, todavía tenía energía para seguir y cosas para pensar, tal vez ahogar, mientras tanto.

«Mírame». Movi6 su cabeza negando en silencio.

«Mírame». Volvió a pensar y esos ojos brillosos e incautos se presentaron en su mente. Sí, eso eran, sin embargo, no se daba permiso a creerlo... Inexpertos, aturdidos, asustados. Así estaban sus ojos cuando los subió, pero también estaban brillosos y vivos, luminosos.

—Mierda, mierda, mierda —dijo poniéndose de pie y subiendo sus antiparras con enojo. Se recostó sobre la soga que dividía su espacio de los otros nadadores e intentó concentrarse en otra cosa. El socorrista estaría feliz de verlo tan excitado como estaba, eso si era tan gay como él intuía. Aunque estaba empezando a dudar de su intuición, tal vez solo lo miraba por precaución, ese era su trabajo, ¿no?

—Ni siquiera me gusta —dijo en voz alta y siguió en sus pensamientos. «Sí, es atractiva, pero poco más. Interesante, distinta... y asquerosamente tímida, incómodamente altanera y peligrosamente malhumorada». Ya ni sabía si eso era tan solo una apreciación errónea o una verdad enorme.

«Necesito una noche loca, mujeres, música, bullicio, descontrol hormonal, cervezas con alcohol. Muchas de esas».

Dos semanas sin sexo, una rubia toqueteona, un socorrista mirón y una mujer de ojitos miedosos y con aires europeos que le provocaba erecciones indomables, era su límite.

Definitivamente odiaba los domingos.

Llegaría a su casa y el único consuelo sería tirarse al suelo con sus sobrinos, dejarse trepar, armar rompecabezas y comer lo que fuera que sus mujeres hubiesen horneado. Pero primero compraría una consola, ese era un buen consuelo de tontos, una diversión segura que distraería sus pensamientos y necesidades. Sí. Eso haría, sí.

¿Cómo no lo había pensado antes? Porque no la había necesitado, Iván era su compañero de juegos incluso en los días de entre semana, sin embargo, desde que su hermana estaba en la ciudad él no lo había invitado. La verdad era que no necesitaba invitación, pero ya no vivía solo...

—Y una mierda..., esa nenita de papá, no me va a cambiar la vida —dijo apoyando las manos en el borde de la piscina y levantando su cuerpo entero sobre ellas, dejando caer una cascada de agua a su alrededor.

Apoyó un pie sobre los cerámicos y se incorporó girando la cabeza para deshacerse del agua de su cabello, mientras se quitaba las antiparras.

El socorrista gay no perdió detalle del erótico y sensual movimiento, al menos eso había sido para él, y suspiró. Cada gotita de agua salpicada por el

oscuro y corto pelo de su amor platónico le producía un escalofrío.

—¡Esto de ser gay en un mundo lleno de heteros, es un suplicio! —susurró.

—¿Entonces...? —Sabrina se sobresaltó.

Estaba sentada en ese bar, recordando otro bar donde servían el mejor café de Roma, pero donde no encontraba nada tan suyo, como el idioma, los colores, la gente y sus costumbres que veía ahora por todos lados. No, no podía comparar. Estaba donde quería estar. Roma era Roma y todo su esplendor y belleza estaban ahí, no obstante, su hogar era su hogar. El muchacho simpático, y atrevido como pocos, se sentó con sus femeninas formas interrumpiéndole la tranquilidad.

—¿Qué tal los primeros días? ¿Te tratan bien, te sientes cómoda, es lo que esperabas, te adaptas...? Vamos, son miles de cosas que tienes que contarme.

Sabrina sonrió, ya estaba acostumbrándose, con solo cuatro días, a ese personaje que era como la luz, estaba en todas partes y se metía sin permiso ni ser llamado. Tan avasallante era que ni su timidez tenía tiempo de aparecer cuando él estaba presente.

Como estaba allá por donde mirase, no podía terminar de entender cuál era su puesto, si recepcionista, secretario gerencial, reportero de chismes de alguna columna interna de la empresa o tal vez conocido de rápida confianza con aspiraciones de amistad, ese era bueno..., ese puesto podía encasillarlo sin dudas y ella pediría sus servicios, porque le gustaba su conversación, la tranquilizaba, incluso la animaba, como si él fuese un quitador de sus vergüenzas y sonrojos, con sus bromas. Hasta le había presentado a otros compañeros de trabajo y ella había mantenido su cobarde y escurridiza mirada en alto.

—Bueno... —dijo ella. Era la primera palabra para empezar a enumerar las diferentes apreciaciones, pero, qué demonios, el charlatán no dejaba espacio para meter bocado.

—Ni se te ocurra preocuparte por Yesy. Es una arpía, nadie la soporta y no aparece más que por su oficina. Y el jefecito, olvídalo, solo te mira con cara de perro malo para intimidar, pero es un peluche. Y...

—¿Me vas a dejar hablar? —preguntó riendo después de terminar su café, era algo así como adicta a ese brebaje. «Debería comenzar con el descafeinado», pensó al ver su segunda taza vacía.

—Sí, claro, perdón..., es que... Yo solo quería que...

—¡Por Dios, Antonio! Cállate de una vez.

—Eso es imposible, compañera —dijo otro acomodándose también. «Cartón lleno», pensó Sabrina, dos caraduras y una escrupulosa no eran buen conjunto, sin embargo, ahí estaban sus dos nuevos amigos haciendo su vida más divertida.

—Julito, mi amor. Hay cosas que podrían hacerme silenciar. Algo en la boca, por ejemplo.

—La mía no va a entrar en tu boca, ni lo sueñes. —Sabrina se sonrojó de solo imaginar lo que Julio había querido decir, su pecho se infló para dejar salir el suspiro y su mirada quedó en una interesante cucharita sucia con espuma de café.

—Ya la has hecho sonrojar, desubicado. —Por supuesto a nadie se le pasaba por alto la tonta timidez de una mujer madura y lo tomaban a gracia, ella incluida que, lidiaba con su tomentosa y molesta estupidez, como bien podía—. Me habéis hecho perder tiempo, ahora me tengo que ir. Sabri, bonita, el sábado estás ocupada.

—Creo que no.

—Mi vida, no es una pregunta..., estás ocupada. Conmigo. Pásame la dirección de tu casa, paso a buscarte a las cuatro —aseguró Antonio.

Sabrina lo miró riendo por sus exageradas formas de moverse, ese pelo de varios tonos de dorados, ojos saltones y verdosos, alto, musculoso, apuesto y con su personal forma de vestir. Un tanto original, rozando lo ridículo.

—Es un sol... —dijo Julito adivinando sus pensamientos, ambos miraban a Antonio con cariño mientras se alejaba sin escatimar movimientos—. No hay persona que resista sus encantos. Me refiero a encantos de amigo, no vayas a pensar que yo..., no. Yo voy derecho no me desvié todavía.

Largaron las carcajadas y se quedaron conversando. Era fácil estar con Julio, prefería que lo llamasen Julito, era más bien bajito y con una pequeña barriga de la que se sentía orgulloso porque amaba cocinar, y comer, para qué mentir.

Ambos hombres eran las personas que le habían hecho más ameno su nuevo trabajo. No le disgustaba la amistad con mujeres, sin embargo, se llevaba mejor con los hombres cuando lograba entablar algún tipo de relación amistosa, cosa que sucedía con menos frecuencia que para el resto de la gente.

Tal vez la poca relación con las mujeres era por esa falta de coquetería o frivolidad femenina, o por su apariencia nada similar a Barbie en ninguna tonalidad de piel o pelo, a ninguna muñeca, a decir verdad. También podía ser

un impedimento el que no gustase de hablar de hombres o mirarlos sin pudor como veía que las mujeres solteras, y de las otras, acostumbraban a hacer últimamente. O tal vez por sus modismos europeos adquiridos por costumbre y repetidos por necesidad durante los últimos años. O, simplemente, no había explicación atada a ninguna lógica y las mujeres no disfrutaban de su compañía.

Poco le importaba, ella tomaba lo que tenía a mano y con eso se acomodaba. Ya tenía experiencia. «Suficiente con Antonio y Julito por ahora», pensó.

—Me tengo que ir. Le prometí a mi hermano hacer la comida —le dijo a su compañero.

—Claro. Me alegra que te hayas adaptado bien y ya sabes que ser tu jefe directo en este caso no modifica nada, puedes consultarme todo. Soy jefe de departamento por mis conocimientos y experiencias, no para mandar, ¿OK?

Sabrina sonrió a su nuevo amigo y supo que, si bien eran pocos los que tenía, sabía elegir bien.

—Pásala comilón —gritó Iván con el control remoto de la consola en la mano intentando mantenerse sentado en el sofá.

—¡Gol, gol, goooool! Así es como se juega —cantó Matías saltando del sillón. Era el vencedor por segunda vez consecutiva y a su amigo eso le ponía los pelos de punta.

—La revancha queda pendiente, Sabri está por llegar.

Matías frunció el ceño. ¿Que Sabrina estuviese por llegar era motivo suficiente para dejar de divertirse? De seguro era regañona y mandona, no podía explicarse si no el motivo por el que su amigo levantara las botellas de cerveza y limpiara la mesa con tanto esmero y rapidez.

—¿Hey, todavía llevas los pantalones en casa? —se mofó.

—No seas estúpido, no es eso. Ella llega cansada y no me hace ni una mueca negativa cuando le pido que me cocine algo rico. Lo menos que puedo hacer es colaborar con la limpieza y el orden. No vivo con mamita que me lava hasta los calzones como otros.

Recibió un golpe en las costillas y un manotazo en la cabeza. Así era fácil golpearlo, llevaba las dos manos ocupadas.

—Idiota, le venganza será...

—Hola, tonto. Estoy en casa y tra... —Matías cruzó la mirada con ella antes de que tuviese tiempo de girarse para cerrar la puerta—. Ah, hola.

—Hola.

No era necesario, incluso era evitable, pero a él no le importó y le hizo un repaso visual solo para incomodarla, y lo logró. También logró que lo ignorara al pasar por su lado, abrazara a su hermano y le dedicara una sonrisa y un beso sonoro. Linda sonrisa, no podía discutir eso, tenía lindos dientes. «¿Lindos dientes? Estoy peor de lo que pensaba», gruñó por lo bajo.

—Me voy, Iván. La seguimos el fin de semana, mañana tengo un día largo y salgo con Laurita.

—Me lo imaginaba, ella te miró fijo durante el almuerzo, no pierde tiempo y tú, ni hablar. ¿Cuánto hace que entró como pasante, dos semanas, si mal no recuerdo?

Matías no estaba escuchando a su amigo que hacía vaya a saber qué en la cocina. Él solo estaba parado en el medio del camino esperando molestar a Sabrina cuando saliera de su cuarto. Quería y necesitaba ese estimulante gesto. Solo eso.

—Permiso. —Escuchó a su espalda y sin pensarlo sonrió de lado y la miró fijo. Entonces ella hizo lo esperado y también sin pensarlo, bajó sus párpados y el rostro se le tiñó de colorado intenso. Tenía miedo de que él volviera a obligarla a que lo mirara y esos ojos oscuros anclaran..., no sabía dónde, pero adonde fuera le producía escalofríos, nervios e imposibilidad de respirar.

—Chist. —Chistó él y ella no tuvo más remedio, lo miró—. ¿Te pongo nerviosa?

—Idiota. —Debería aprender a no demostrar sus nervios. O al menos a no ponerse nerviosa delante de semejante arrogante—. Déjame pasar. Y la respuesta es no.

—¿Qué respuesta? —preguntó Iván.

—Me ha preguntado si lo invitaba a comer, le he dicho que hoy no.

—Con las ganas que tenía de probar tu comida. —Jugó irónico, Matías.

—Qué lástima, otra vez será. Hoy solo cena de hermanos. Si no te molesta... —Le abrió la puerta de la calle y con un ademán educado lo invitó a retirarse.

—La venganza es muy, muy dulce, Sabrina —le susurró de pasada al oído y largó el aire para ver cómo su piel se erizaba. Iván, ajeno a todo, se reía. Para él el mundo era mejor con sonrisas y buen humor.

Matías estaba furioso. Se las cobraría. Ella no tenía que menospreciarlo, ni volverse firme, debía bajar su vista, incomodarse, temblar, sonrojarse..., así

era el juego, eso era lo divertido y excitante.

Tomó su teléfono y marcó el número de Laurita. Había inventado esa salida, no tenía nada arreglado. Lo había hecho para ver la reacción de Sabrina, por motivos injustificados e inexistentes, solo curiosidad. Y se sintió estúpido al ver que ella no había reaccionado, sin embargo, por orgullo propio bien valía en intento de cazar a su pequeña presa. Además, esa exasperante mujer con aires italianos lo tenía histérico. ¿O la histérica era ella? Sí, eso era, la histeria de esa mujer lo tenía caminando por las paredes, pensaba, sin analizar demasiado que Sabrina casi no lo miraba por la vulnerabilidad que le provocaba su presencia. A Matías le resultaba fácil descargar la culpa en Sabrina por todas las incomodidades que lo acechaban.

De Laura no se acordaba ni el color exacto de cabello que tenía. Pero si su amigo había dicho que lo había mirado, estaba con suerte, y además era de esas mujeres que... «No vayas por ahí», se dijo. Y esquivó el pensamiento machista tan incorporado por años. «Esa mujer tiene derecho a ser como quiera», se corrigió y siguió marcando el número.

Recordaba que Laura era atractiva y muy *sexy* con su osada juventud. Y, por su bien, necesitaba algo para entretenerse y no pensar. Por supuesto, no caería con Vivi, demasiado le había costado despegársela, eso estaba descartado de por vida.

—Hola, Laura, soy Matías.

—Matías, qué raro. No esperaba tu llamada.

—Lo imagino. Solo quería invitarte a salir. Tal vez mañana después del trabajo. Podemos ir a bailar, conozco un lugar interesante que abre los días de entre semana.

—Claro, por qué no. Mañana en la empresa lo concretamos bien.

Suspiró aliviado.

Tenía un plan.

Ya se estaba sintiendo un perdedor, tres semanas sin salidas ni mujeres ni sexo. Bueno, Laura no era garantía de eso, no creía que llegara a los veinticinco, por eso le decían Laurita. Aunque, analizó, las de veinte eran más desinhibidas que las de treinta. Las de treinta, como Sabrina.

—¡Carajo con Sabrina! ¿Qué ha hecho esta mujer conmigo? Antipática y antisocial mujer, dicho sea de paso. ¡Taxi! —gritó esa última palabra, el resto las había susurrado, tampoco quería parecer el loco que hablaba solo.

—¿Qué pasa con Mati, Sabrina?

—Nada, solo no me cae bien, Iván. No me molesta que venga, es tu amigo. Pero no me cae bien. —«Y me pone nerviosa», eso no podía decirlo. Jamás lo reconocería en voz alta. Tampoco reconocería ese escalofrío que había recorrido su espalda al olerlo y escucharlo tan cerca. Y ese susurro...

—Voy a hablar con él.

—¡Ni se te ocurra! No puedes decirle que no me cae bien. Prométemelo.

—Ya, OK, olvidemos eso. El sábado voy a invitar a unos chicos a casa, me toca una vez cada seis semanas. Pedimos *pizzas* y conversamos..., nada importante. No pretendo que te vayas, es más, me gustaría que te quedaras.

—No lo creo. Tal vez vaya a casa de Frank para ver a los bomboncitos o salga con amigos. Me organizo y te digo.

—Amigos, eso me interesa. ¿Nombres?

—Julio y Antonio —dijo entre risas.

Su pobre hermano creía que tenía una gemela tan rompecorazones como él. Iluso. Antonio gay y Julio enamorado de su concubina. Tal parecía que para el sábado solo quedaba la opción de visitar a su hermano.

—Preciosa, hora de recoger el carruaje —dijo Matías.

—Lindo sería que me trajeras una «preciosa» de una buena vez y me dijeras que es tu novia.

—Mamá, me partes el corazón. Eso solo significa que te has cansado de mí. Hago todo lo que está a mi alcance, incluso me tapo los ojos por la calle para no mirar mujeres y así seguir evitando encontrar, por casualidad, a mi alma gemela. He conseguido no enamorarme con un esfuerzo sobrehumano, solo para seguir contigo y esta es la forma de retribuirme.

—Payaso. —Le sonrió y besó su frente.

Amaba a su madre, sus cariños, sus abrazos y sus comidas, adoraba su compañía y sus consejos. Incluso ahora siendo un hombre se valía de esas sabias y sinceras palabras de una mujer que había vivido, se había divertido, había amado y había sufrido. Aun así, no soportaba la presión de casamentera, justificable por otra parte. Con treinta años debería por lo menos estar casado, con treinta y dos...

—¿Lista? —No era momento de analizar las vueltas de la vida y mucho menos las suyas.

Por fin se daba el gusto. Después de largos años deseándolo, lograba su sueño. Ya estaba tranquilo con sus inversiones, seguro con su tranquilidad económica con la que también ayudaba a su madre, su trabajo era reductible y

apasionante... no veía motivos por los que no darse un gusto, «el gusto» de su vida.

Ese coche con el que había soñado año tras año, que conocía viéndolo desde cualquier ángulo, del que se sabía cada detalle incluyendo, si lo dejaban pensar, la cantidad de tuercas y tornillos que tenía, sería suyo. Era de amores largos y deseos eternos, para qué negarlo. Su padre había tenido uno cuando era niño y desde entonces supo que nunca le gustaría otro. Claro que año a año el modelo cambiaba, sin embargo, nunca lo defraudó, por el contrario, cada vez le gustaba más. Y, enamorado como estaba de esas cuatro ruedas, lo había comprado.

Ya estaba cansado de andar en bicicleta (aunque era su segundo amor) o en el coche de su madre. Ella había sido quien lo había convencido de vender aquel trasto viejo que conducía antes, con pocas palabras y una mirada de madre buena que era incapaz de vencer. «Te doy el mío. Yo casi no conduzco, hijo, para qué lo quiero parado en el garaje». Y para no dejarla a pie, por las dudas que lo necesitase, al final nunca lo usaba. Y el coche, de todas formas, estaba la mayor parte del tiempo abandonado en el garaje.

Retiró «su sueño» de la agencia donde lo había comprado y después de pasear con su madre por todos los lugares que quiso, la dejó en sus clases de artesanía o dibujo o algo similar, y se fue a casa de su amigo.

Era el turno de Iván de oficiar de anfitrión. Con suerte solo se cruzaría con la mosquita muerta, la molestaría un momento y hasta le haría saber lo bien que lo había pasado con Laura, pensaba Matías. Aunque esa parte la inventaría.

«Bien» no era la palabra precisa para describir las horas de sexo con Laura. A él le gustaba, a decir verdad, ser un poco más dominante en la cama y con ella había sido imposible. Si por momentos hasta parecía que solo con su miembro erecto y a su disposición, le alcanzaba. Eso y un vibrador eran lo mismo, ya que ambos casos cumplían la misma función, pensaba él mientras la veía a la jovencita desinhibida moverse sobre su cadera y tocarse ella misma como si las manos de él no fuesen necesarias. Había sido excitante al principio, sin embargo, algo frustrante después, al menos para él que se había sentido como ajeno a toda la acción. De hecho, ni había recibido una estimulación o toqueteos previos que lo ayudasen a ponerse a tono.

Un fracaso que jamás reconocería en voz alta.

No había habido demasiados besos, ni caricias preliminares, ni abrazos

posteriores. No eran necesarios y lo sabía, pero un poco de mimo no venía mal después de la acción. Mientras fueran claros y no se prestaran a confusión, todo estaba bien. Después de todo uno se va a la cama con alguien que le atrae de una u otra forma. Laurita no parecía estar de acuerdo.

«Expeditiva, la señorita», pensó. Un golpe de cadera, dos, tres..., quince... manita por acá, chirlo en el trasero, grito, orgasmo de uno, de otro... y listo, a casita, compañero, que mañana madrugo. Lo que se dice un trámite.

«¡Quién hubiese dicho eso de Laurita!», se preguntó con una sonrisa burlona en los labios. La chiquilina se las apañaba bastante bien con sus manitas en su propio cuerpo y con su meneo de cadera.

No repetiría. Se aseguró en silencio. Aunque, la necesidad a veces...

Él pensaba que las experiencias eran tesoros que se acumulan en la vida. Enseñaban mucho más que la teoría y no solo sobre otros, sino sobre uno mismo. Y Matías estaba aprendiendo de sí mismo que estaba llegando a un límite, uno que hablaba de hastío. Las experiencias acumuladas eran muchas y variadas, sí, tal vez hasta demasiadas y de la misma clase. Bastante vacías, por cierto.

—Ronronea y se desliza silenciosamente... —dijo Matías sobre su coche, en el mismo instante que Sabrina abría la puerta y se encontraba con el grupo—. Estoy enamorado.

Sabrina se había olvidado de que los amigos de Iván estarían ahí. Insultó en italiano por lo bajo y fingió una sonrisa que tensó sus mejillas. «Y hablando de mujeres», pensó. Ya estaba poniéndose nerviosa.

Con lo bien que lo había pasado con Antonio en ese bar de gimnasio esperando a su futuro chico, como él había asegurado. Estaba enamorándose, al menos eso había dicho él, de un desconocido del que solo sabía su nombre y dónde trabajaba, tal vez algún otro detalle como el gusto por la gaseosa de dieta, las manzanas verdes, las camisetas ajustadas; además del sonido de sus carcajadas. Sí, lo seguía y los espiaba con la sola idea de encontrar el momento y el lugar adecuados para enfrentarlo y declararle su amor, o para ser más específicos, sus ganas de acostarse con él y retozar sobre el colchón durante horas y horas y ver qué tal lo pasaban. El amor llegaría con el tiempo, eso también había dicho Antonio mirando embobado a su candidato a pareja. Sabrina, aparentemente, era la encargada de definir si ese muchacho era el adecuado para su compañero.

—¡Qué puedo decir yo, Antonio!

Claro que su amigo, todavía no tenía ni idea de lo inútil que resultaba su poca experiencia amorosa y mucho menos la sexual. Quién sabe qué idea se había hecho de ella y su vida en Europa. Tal vez ya era hora de empezar a confiar un poco más y mostrarse tal cual era, pensaba Sabrina. Pero no hoy, era solo un «tal vez» que todavía debía analizar.

—Lo que te parece, Sabri.

—Me parece lindo, es atractivo. Y hasta diría que parece buen chico. Pero no lo conozco, solo sé que si te gusta deberías darle para adelante.

Horas pasaron riendo y mirando a ese pobre muchacho que, por momentos, parecía incómodo. Aunque su amigo juraba que él no se había dado cuenta de nada, ella estaba más que segura que sí. No habían sido disimulados precisamente.

Volvió de sus pensamientos cuando su hermano la besó en la mejilla.

—Sabrina, qué gusto volver a verte. —Esa voz chispeante, gruesa y con sonido diferente, le parecía lo mejor del día.

—Lo mismo digo, Steven. —Soportar su cercanía no la ponía tan nerviosa como los oscuros ojos de Matías que la miraban con ganas de divertirse con ella como venía haciendo cada vez que se veían. El perfume del americano era delicioso, aspiró sonoramente, después de disfrutar de verlo acercarse para recibir el beso y el abrazo que siempre le regalaba—. ¡Qué rico perfume!

En ese instante hubiese estado feliz si la tierra se la hubiera tragado o si de pronto hubiera perdido el conocimiento y la memoria al golpearse la cabeza con la caída. La compañía de su verborrágico nuevo amigo la estaba corrompiendo. Jamás le hubiese dicho, a un hombre que la atraía, esa frase o alguna similar. Tal vez en otro contexto, con otra confianza.

Quería morir.

Su apreciación reconocida a viva voz había tenido una hermosa consecuencia que, por los nervios, no pudo disfrutar. La perfecta sonrisa del rubio era algo digno de ver con todos los sentidos alertas, pero los de ella estaban apangando su fuego interior y no era de excitación que estaba prendida fuego, sino de vergüenza.

Le presentaron a otros dos hombres, tal vez más jóvenes y ella, como un autómatas, solo saludó con un movimiento de cabeza. No escuchó nombres ni miró sus ojos o sus rostros. Estaba muy incómoda, sentía sus mejillas de un colorado furioso y le ardían demasiado. Cuando notó que ya no era el centro

de atención de nadie se escabulló hacia la cocina, necesitaba un vaso de agua helada y un café. Y, para no volver a cometer ningún error, encerrarse en su cuarto después.

—Hola. —«El que faltaba», pensó Sabrina al verlo entrar acompañado de su arrogancia, por supuesto.

—Ya te he saludado, Matías —le dijo esquivando el roce mientras él se adueñaba de una botellita de cerveza de la heladera.

—Ya lo sé, pero tal vez no me has notado. Estabas intentando no babear. —No entendía, ni le importaba entender, su enojo al verla perdida por el americano.

—¡Babear... yo? Por favor. Solo... déjame en paz. —Intentó alejarse, en vano, porque él acortó la distancia y pegó el pecho al suyo, las puntas de sus pies estaban en contacto. Si levantaba la cara tal vez hasta rozaría su mentón con la nariz. Se quedó muda e inmóvil a pesar de que, con su mente, solo quería salir corriendo. Ese perfume también le gustaba, no obstante, con una vez que dijera algo inoportuno era suficiente para aprender, además, se le ocurría que Matías no sonreiría agradecido ante su comentario y tampoco tenía mucha imaginación como para adivinar su accionar.

—Te gusta mucho Steven, ¿pero sabes una cosa? Está enamorado y a esa chica la tiene grabada en su cabeza, en su corazón y en su... —Bajó una mano y se tocó la entrepierna ante la mirada disimulada de ella que, por instinto, siguió con la vista esa mano en movimiento. Sabrina se intimidó ante semejante descaro y el calor le subió desde los pies hasta llegar otra vez a su rostro—. ¿Qué miras?

Ella levantó sus ojos furiosa con él y con ella misma al escuchar la risa masculina. Pero la furia le duró lo que tardó en encontrar esos pozos oscuros y peligrosos. No los resistió. Sus párpados bajaron y un suspiro de impotencia la abandonó.

Matías se estremeció, su espalda estaba sudada y sus labios entreabiertos atraparon el lóbulo de la oreja femenina que estaba adornado por un minúsculo arete, no pudo con la tentación. Percibió la tensión de ella y le produjo cierto júbilo, eso buscaba. No hubo forma de detener su lengua que, muy atrevida, dibujó la forma de la pequeña y delicada oreja para terminar introduciéndose abruptamente, acompañada de un gemido.

Sabrina se sobresaltó ante la intromisión húmeda en ese punto, aparentemente demasiado sensible, de su cuerpo, sin embargo, disfrutó con

incomodidad todas las sensaciones que le producía. Lo que comenzó como un escalofrío terminó como un cosquilleo entre sus piernas. ¡¿Cómo era posible que ese solo roce lograra tanto?!

—¡Matías, las cervezas! —gritó Iván desde el *living*, entre carcajadas, y ajeno a todo.

—Estoy ocupado —susurró bajito el nombrado, pegando el aire caliente en el cuello de una Sabrina derretida y agobiada por sus insolencias.

Ella levantó su mirada con absoluta decisión. Ese desubicado no podía avasallarla cada vez que le diera la gana. Levantó una mano y con toda la fuerza de la que era capaz la dirigió a la cara de Matías. Él la detuvo sin esfuerzo y con una enorme sonrisa la miró, divertido y satisfecho.

—Así no, Sabrina —le dijo besando sus nudillos y desapareciendo.

Matías se aborrecía. Le parecía bajo y de poco hombre su comportamiento, sabía que si ella hablaba con Iván lo mínimo que perdería bajo sus puños serían diez dientes, además de su amistad, tal vez obtendría algo también, unos tres huesos rotos; aun así, era más fuerte que él. Esa mirada de párpados bajos, ese rubor intenso, la timidez acompañada de la vergüenza... La intensidad de sus reacciones y la furia contenida de Sabrina podían con su intención de dejarla en paz.

Tenía treinta años y parecía una adolescente inexperta. Tan inusual le parecía eso que se había transformado en algo así como en un experimento, quería ver hasta dónde llegaba ella soportándolo. ¿Qué motivos tenía? Ninguno, lo había pensado y quería tener una respuesta, la necesitaba, no obstante, no llegaba a una conclusión. Solo sabía que le gustaba hacerlo y verla a ella tan contrariada le parecía muy estimulante.

Pensando después, en frío, prometía alejarse, porque percibía que ella era una de esas mujeres que se creían mariposas frágiles e intocables y él no soportaba esa fragilidad ni esa distancia que, por momentos, la hacía parecer inalcanzable y soberbia. Sin embargo, al verla así, tan... tan..., no tenía en claro qué era lo que lo obligaba a torturarla de esa forma, si verla dócil o verla altiva, solo lo hacía movido por una fuerza superior a su razón y terminaba así: con una erección enorme, y satisfecho como si hubiese gozado de un orgasmo arrollador.

Sonrió al verse en el espejo del baño.

—¿Y ahora? —dijo bajando la mirada a sus pantalones. Todavía se notaba bastante.

Sabrina preparó su café y con una enorme taza humeante se encerró en su cuarto, con llave, por las dudas.

También se odiaba, pero ella por su debilidad, por su miedo a mandarlo al demonio y pegarle donde más le doliera. Sí, en ese mismo punto que le obligó a observar. También se odiaba por no tener el coraje de gritar, de insultarlo, de huir y fundamentalmente, de no disfrutar.

Cerró los ojos y una lágrima cayó por su mejilla.

—¿En serio? ¿Voy a llorar por ese idiota?

Lo cierto es que no lloraba por él, sino por ella misma. Por la intensidad de sus dudas, de sus deseos, de sus miedos, de sus limitaciones, de sus incapacidades..., aunque no podía estar consiente de nada de eso cuando la furia y el enojo tapaban todo.

—No voy a nadar en ese caldo caliente —dijo Sabrina luchando por soltarse del agarre de Antonio que intentaba llevarla a la rastra hasta su dormitorio. Quería convencerla y haría lo posible para que lo acompañase.

—¿En qué cajón guardas los trajes de baño?

—No tengo trajes de baño.

—Entonces elige un lindo conjunto de ropa interior, pero te metes a esa maldita piscina conmigo. No puedes dejarme solo. Ya lo hizo Julito, ¿tú me vas a abandonar también justo en este momento en que más te necesito? ¡No lo puedo creer! Aposté a nuestra amistad, nueva, sí, aun así, de verdad creía que éramos algo, que...

—Ya basta, charlatán —Antonio era demasiado buen actor, dramático, sobre todo—. No me vas a convencer. Olvídate.

Por supuesto que lo hizo.

—¿Has visto cómo no era tan malo, acaso no estás relajada y adormecida?

Después de una discusión y tirones de prendas. Una lucha cuerpo a cuerpo en la que él intentaba desnudarla y ella intentaba conservar la ropa, gritos, risas y elección del traje de baño más adecuado, terminó cediendo. Es que era hacerlo o ahorcarlo con el cinturón de su bata de toalla o, también había pasado por su cabeza como una buena idea, cortarle la lengua para que dejase de hablar. Su agresividad distaba de ser real, por lo que, con traje de baño y antiparras, se encontraba nadando en la piscina donde el ahora amigo de Antonio, hasta la noche tal vez en que se transformaría en amante, trabajaba como socorrista.

—No voy a darte la razón, antes debería estar loca y todavía conservo mi

cordura intacta. —Antonio se rio con una carcajada que se ganó la mirada de Bautista que, sentado en su sillón alto, lo observaba sin definir si le gustaba mucho o muchísimo—. No te quita la mirada de encima.

Sabrina sonrió ante el sonrojo de Antonio. Debajo de todo ese caparazón de jovialidad y excentricidad, era un hombre casi enamorado.

La puerta de esa burbuja llena de vaho y calor se cerró con un ruido hueco que llamó la atención de unos cuantos, incluyendo la de Sabrina.

No podía creerlo, cerró los ojos y suspiró profundo, su mente estaba jugándole una mala pasada. Volvió a abrirlos segura de que no vería lo que había imaginado, cosa que no fue así. Matías y toda esa presencia que la abrumaba, estaba de pie frente al borde de la piscina a punto de lanzarse de cabeza. Dejó que el agua la absorbiera y se hundió por varios segundos.

Quería llorar. No sabía muy bien la causa, aun así, quería hacerlo.

—Me voy, Antonio —dijo una vez que emergió.

—¿Estás bien? Se te fueron los colores, bonita.

—No, no me siento bien..., solo..., no. Me voy —volvió a decir titubeando al ver que Matías se acercaba nadando y no soportaba la sola idea de que la viera.

Todavía tenía una pequeña posibilidad de no ser descubierta y la tomaría. No le gustaba sentir la necesidad de huir, pero era su instinto de supervivencia el que le hacía dar paso tras paso sobre ese borde mojado y resbaladizo envuelta en una toalla.

Antonio la miraba con el ceño fruncido todavía desde el agua, el pobre estaba en la ignorancia. Poco sabía de su amiga, resguardaba demasiado su intimidad y no la culpaba ni la juzgaba, solo la esperaba.

—Sabrina, ¿seguro que no quieres que te acompañe? —Dejó por unos segundos la cálida temperatura del agua para acercarse a ella.

Matías escuchó ese nombre y giró su cabeza. No había confusión alguna esa mujer era ella y un hombre la abrazaba y le sonreía con ternura.

—Caramba, qué rápido va la señorita recatada. ¿Qué ha pasado con Steven, chiquita? —dijo en murmullos cargados de rabia.

Él sí la juzgaba y la culpaba, no sabía de qué, pero lo hacía.

Se descubrió idiota, él creyendo que era un dulce y frágil mariposa, y resultaba ser una de esas mujeres que disfrutaba de tener varios hombres a su merced.

¿De dónde sacaba esas ideas Matías? Parecía que de sus enojos, de sus

fantasías y de sus ganas de volver a provocarla y ver otra vez esa mirada asustada. Aunque también podía ser del efecto negativo que le producía verla en brazos de otro.

La vio caminar a través de los ventanales y entrar a los vestuarios de mujeres. Se debatió entre salir a buscarla o dejarla ir. Nadó otro largo a una velocidad inusual, descargando nervios y pensando qué hacer. A distancia vio al compañero de Sabrina secarse mientras conversaba con el socorrista y volvió a velocidad convencido de que, era su momento y, además, que tenía todo el derecho de hacerlo.

Salió de la piscina con su habitual movimiento deslumbrando una vez más a Bautista que, ya no estaba tan entusiasmado como antes por observarlo, ahora tenía algo más interesante que mirar. Los músculos bien definidos de Antonio eran pura tentación.

Matías tomó la toalla y se la colgó en los hombros, a paso firme y rápido atravesó la puerta y entró al pasillo del vestuario donde esperó. No era paciente, lo ponía de mal humor esperar, sin embargo, dio sus frutos hacerlo. La vio salir con el teléfono en mano riendo como nunca la había visto.

—Y lo he visto entrar, no podrías creer lo tonto que parecía. Nervioso. Con carita de...

—Cuelga la llamada. —¿Por qué esas formas, esa orden, ese enojo? Se preguntaba ella.

Él no se veía como un tonto al entrar a esa piscina, ¿por qué ella creía que sí? Se preguntaba Matías. Odiaba sentirse vulnerable por dos estúpidas palabras dichas por ella. Su idea no era increparla, sino simular un encuentro casual, pero haber escuchado lo que había escuchado no era de su agrado y ¿con quién demonios hablaba? La porción machista, que mantenía controlada la mayor parte del tiempo, estaba levantando la cabeza y desperezándose. ¿Quién se creía esa mujer como para reírse de él, provocarlo y dejarlo siempre excitado? ¿O acaso no se daba cuenta de eso? Ja, eso no lo creía. Esa damisela que parecía un pollito mojado, era una arpía.

¡Cuánta confusión y enojo fluía por sus venas calentando su sangre!

—¿Qué? —preguntó ella irritada y asustada, para qué negarlo, nunca lo había visto así.

—Que cortes ya. Nadie se ríe de mí contando cómo me veo o me dejo de ver. Y menos tú.

—Pero ¿¿quién te piensas que eres?! —Colgó la comunicación con Julito,

ya le contaría todo sobre Antonio y ese muchacho más tarde.

Las manos de Sabrina comenzaron a transpirar y sus ojos a nublarse. Sentía como si por su espalda caminaran miles de hormiguitas y los vellos de su nuca estaban erizados. Mucha piel masculina al descubierto en una cercanía poco habitual y esa respiración tibia sobre su cara no colaboraba con su intento de calmarse, tampoco ese modo de pedirle las cosas que producía ciertas sensaciones ambiguas en su interior.

—No hablaba de ti, ombligo del mundo.

—No te creo.

—No lo hacía —replicó ella con firmeza.

La observó en silencio por interminables segundos que impidieron la respiración de Sabrina. Le creyó. Impotente y arrepentido, pero no por eso menos excitado, y aún sin reconocerlo, la apretó entre su cuerpo y la pared. Oía a limpio. Apoyó su nariz en el cuello de ella y aspiró profundo. Su estómago se retorció y su mente se anuló.

—Mejor así.

—Lo siento si has creído lo contrario.

Sabrina no podía creer su necedad disculpándose con él, no toleraba su estupidez cuando estaba cerca de Matías. Saberse tan inútil, con tan poco orgullo y amor propio la sumía en una tristeza que no toleraba. Él la aniquilaba, la convertía en nada y eso era muy triste, demasiado triste.

—Disculpada —le dijo con la voz cargada de muchísimas emociones y todas inexplicables, lamiendo el largo de cuello y mordiendo su mandíbula. Solo eso hizo y la abandonó a su suerte.

No le importó si las lágrimas que ella retenía caerían o no. Si sus piernas la mantendrían en pie o se derrumbaría de rodillas. Así es como ella se sentía que estaba por él, de rodillas.

Él solo necesitaba huir de esa tentación, de esos labios que, por primera vez, le habían llamado tanto su atención que hasta habían logrado que los suyos dolieran. Ya no era broma, la deseaba. El juego se había puesto en su contra. Ella era su maldición y sacaba lo peor de sí mismo. Se encerró en una de las duchas y se masturbó con furia, casi lastimándose y sacando cada gota de ese placer que ella alimentaba y a su vez le negaba, sin saberlo siquiera.

A paso lento y sin poder asimilar nada de lo ocurrido, Sabrina llegó a su casa. Por suerte era fin de semana y no tendría que volver a salir. Pasaría ese domingo sin visitar a sus padres, sería su primera falta. Necesitaba estar sola

para pensar y eso hizo. Se mantuvo encerrada entre sus cuatro paredes, el único lugar en el que se sentía segura era en su cuarto, su mundo.

Dedicó, aunque muy incómoda sobre la cama, más tiempo del pensado a su nuevo proyecto laboral. Pudo volver a encontrarse a ella misma perdiéndose entre tanta historia ajena. Hubiese preferido tener el valor suficiente para sentarse en el comedor y desplegar todos sus papeles y libros sobre esa gran mesa, pero su cobardía la mantenía recluida. No quería tener visitas sorpresas.

Matías la ponía en estado de alerta y cada célula, hormona y terminación nerviosa de su cuerpo estaban también de esa forma, ansiosas, y dolía demasiado reconocerlo, también estaban frustradas por no volver a encontrarlo. Sin embargo, ella era tan inteligente que sabía que, por su bien, era preferible dejar a su cuerpo esperando que sufrir las consecuencias de esos encuentros.

Matías mantenía un estado similar, pero en contraposición a ella, tenía el toro por las astas, la sartén por el mango y las cosas claras. Al menos eso creía. Esa mujercita mentirosa lo tenía excitado la mayor parte del tiempo que la pensaba, o sea todo el día. Esa boca que no había mirado antes en detalle, lo había puesto como loco. Esa larguísima falda que casi se arrastraba sobre el suelo y la ocultaba de sus ganas de ver más, ya estaba en sus sueños, haciendo estragos en ellos. ¡Maldita mujer!, su apariencia de tímida reprimida había sido el primer enganche, esa mirada de párpados bajos y pestañas tupidas no había sido más que una provocación ensayada. Tanto como su propia sonrisa pendenciera y ladina que en buena hora le había dedicado, pensaba, y se felicitaba por ello.

Era bueno saber que había sido astuto con ella, se sentía conforme. Debía concentrarse en seguir así, que ella no imaginara cosas que no eran sería lo mejor. Debía prevalecer entre sus actos la frialdad que ella buscaba en los hombres, la misma que esa gata tenía bajo la piel, corriendo por sus venas. Esa mirada no podía engañarlo otra vez. Ella era eso, provocación, sabia y hábil. Una mujer que disfrutaba del momento... y él creyendo lo contrario.

Iluso, o idiota, pegaba más fuerte esa palabra, lo hacía más consciente.

Largó una carcajada al aire cuando estaba tendido en su cama ese domingo por la noche, ¿cómo había caído en esa red? Esa mujer era una araña tejedora y él un simple mosquito. Arrogante, mentirosa, buscona... «Pobre Iván», pensaba, no envidiaba a su amigo, sería el hazme reír cuando ella consiguiera meter en la cama a más de uno de sus amigos. Iba por Steven, tal vez era el

más difícil, ese buen hombre estaba enganchadísimo con su amor aún a la distancia, pero ¿quién podría asegurarlo? Tal vez debería prevenirlo, de hombre a hombre.

Una vez más Matías veía lo que quería ver, cegado por quién sabe qué sensación. Tal vez el deseo que lo consumía por dentro, tal vez la falta de sexo (sí, otra vez se había olvidado de buscar desahogo) o el simple hecho de saberse atrapado por una mujer. Por supuesto, esto último era una idea descabellada, él jamás se dejaba atrapar por una mujer. Matías las acorralaba con sus propias trampas porque era el hombre, el macho que seducía a la hembra cuando lo necesitaba.

«No por ahí. No», dijo, furioso con él mismo y sus pensamientos enneguecidos.

Podía reconocerlo y, aunque había estado orgulloso de eso y ya no, tenía un poquito de ideas machistas bien arraigadas con las que luchaba a diario.

Su padre le había enseñado, más con la práctica que con la teoría, que el hombre es hombre; solo por eso ya es superior a la mujer en algunos aspectos y es dueño de tomar algunas decisiones que a ellas no se les dan bien y que, a pesar de sus errores, se lo perdona más fácilmente. El hombre puede darse el permiso de cometer alguna falta porque las mujeres saben perdonar. «Son sentimentalmente más débiles, perdonan porque necesitan siempre de alguien a su lado y saben sufrir, por eso tienen el don de parir. Hijo, la naturaleza es sabia, les otorgó a las mujeres la posibilidad de dar a luz porque necesitan sentirse importantes, por lo único que son importantes y necesarias es porque son las que dan vida a otro ser humano. Bueno, también porque saben cómo llevar una casa organizada y preparar ricas comidas», le había dicho su padre una vez entre otras tantas enseñanzas ejemplares que ahora desaprobaba. «El hombre puede, porque sabe cómo vivir solo. La mujer necesita siempre del hombre», había rematado.

También había aprendido sobre la infidelidad. Tal vez que una mujer fuese infiel, era normal en estos días, pero... no «puede» ser infiel una mujer, no habla bien de ella, ni de su pareja. Pobre imbécil cornudo, ¿o no? Jamás se perdona a una mujer infiel. El hombre en cambio, tiene ciertas necesidades que solo las satisface una dama y si es provocado, ¿cómo decir que no? ¿Adónde queda la hombría de ese buen señor al negarse?

Enseñanzas nefastas que un niño que apenas comenzaba a aprender, no ponía en duda.

Claro que con el tiempo algunas de esas ideas fueron desapareciendo, tal vez los noviazgos, los desconocidos sentimientos, sus propias experiencias y pensamientos, o las interesantes teorías de su madre que, en su caso, eran tan teóricas como prácticas (porque llevaba a cabo con el ejemplo cada enseñanza que daba a sus hijos). ¿Cómo esa dama podía ser menos que él que era hombre sí, pero que no poseía ni la mitad de conocimientos que ella? Ella era una señora intachable, una mujer que casi no cometía errores y si lo hacía, se resarcía y disculpaba. Un ejemplo a seguir.

Entonces, ¿por qué no mejor aprender de ella que de él? Había comenzado a pensar casi al final de su adolescencia. Cuando había experimentado que la mujer enamoraba y hacía sufrir cuando se alejaba. Que a veces razonaba y le hacía pensar en los errores que cometía. Que eran encantadoras de serpientes con su inteligencia. Que eran necesarias para él, tanto su madre como su hermana eran indispensables en su vida y sin ellas el sufrimiento de una familia rota hubiese dolido más, porque el «hombre» se había ido de la casa.

El hombre al que veía poco, al que admiraba desde siempre, ese padre héroe que de ser un don nadie había logrado fundar una empresa, mantenerla y vivir de ella sin sobresaltos, a pesar de las circunstancias del país; había bajado de su pedestal mental cuando se había vuelto a casar. Demasiado pronto para el dañado corazón de su madre que todavía lloraba su divorcio. Sin embargo, y a pesar de todo, Matías había entendido las palabras crudas de un hombre enamorado, así se había definido su padre al presentarle a la nueva mujer: «La amo, con tu madre el amor estaba muerto, esta es diferente».

Lo entendió, lo apoyó y hoy, siendo un adulto, reconocía que le había faltado tacto para hablar con sus hijos y para no lastimar a su exmujer, pero ¿quién era él para aconsejarle nada a un hombre con más años, más experiencias y tan conocedor de la vida? ¿Con qué argumentos podía refutar a su propio padre si él no sabía nada de mantener un amor o una pareja o un noviazgo?

Con toda esa información errónea y fantasiosa, y los valores negativos que todavía luchaban para habitar su mente, se formó una idea espantosa de la mujer que lo tentaba sin saberlo.

Para Sabrina los días transcurrían a veces sin ninguna emoción y otras con la simple aparición de su demonio personal (así llamaba a Matías), se transformaban en un huracán de emociones encontradas. Ya nada era lo mismo en su presencia... ni los latidos de su corazón ni su respiración ni su

tranquilidad.

No se sentía dueña de sus actos ni de su hogar ni de su tiempo si él estaba cerca y, aunque le dolía y la avergonzaba reconocerlo, tampoco se sentía dueña de su cuerpo ni de sus reacciones ni de sus palabras o, mejor dicho, de su voz; porque no podía decir nada. Sus cuerdas vocales dejaban de funcionar en el mismo instante en que él se acercaba con esa pose de superioridad y le suspiraba cerca, la rozaba o la miraba con esos ojos oscuros. Tan sombríos como el mismo abismo que sentía en su interior cuando él se adueñaba de cada sensación de su piel.

Todavía recordaba cómo sus piernas se habían aflojado cuando de pasada él mordió su cuello llevando hacia atrás su cabeza con un simple y electrizante tirón de pelo. Y había sido solo porque sí, porque a él le había venido en ganas al verla pasar.

Ya no tenía lugar donde escapar en su propia casa. Solo el baño y su cuarto le quedaban como refugios y, aun así, dudaba de su seguridad.

Enojada con ella misma y sus secretas expectativas de verlo, abrió la puerta de su casa y suspiró al encontrarla vacía y a oscuras. No sabía si alegrarse o frustrarse. Era tarde de juegos en la consola, incluso sus sobrinos irían a jugar con Iván y Matías y, si sus ojos tenían suerte, Steven pasaría un rato y ella disfrutaría de las vistas. Al menos esa conversación había escuchado hacía dos días, encerrada y protegida en su dormitorio. Sin embargo, parecía que había cambio de planes.

No tuvo mucho tiempo para analizar más nada, Iván le envió un mensaje con un simple «Llegaré tarde del trabajo». Suspiró relajada, la suspensión de esa reunión le venía a la perfección, tenía mucho que hacer. Como primera medida, sacarse esos zapatos y ponerse cómoda, el pijama era la mejor opción, mientras los panes se tostaban y el café se terminaba de preparar sería lo que haría.

Estaba feliz y animada, adoraba esa simple soledad silenciosa y la seguridad de saberse a salvo por unas horas. Hasta tarareaba sonriente alguna canción italiana que le traía algunos recuerdos mientras cubría la mesa de escritos y libros alrededor de su computadora. Ante el sonido de las tostadas al saltar caminó hasta la cocina y ahí mismo se preparó su merienda.

—¿Qué comes? —Tuvo que agarrarse fuerte de la mesada de la cocina ante el susto, no esperaba que la sorprendieran de esa manera. No había escuchado la puerta abrirse y mucho menos a Matías acercarse.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Quién te ha abierto?

—Mati, me ducho y salimos. Hola, gruñona.

Iván desapareció tan rápido de su vista como había aparecido y Matías, con su petulante sonrisa, lo señaló a modo de respuesta. Para Sabrina era una obviedad, no esperaba ninguna respuesta al ver a su hermano, ¿quién otro podría haberle abierto la puerta? Maldijo esta vez en inglés, no le gustaban las malas palabras en español.

—Te espero —gritó Matías cerca del oído de Sabrina, manteniendo la cercanía incómoda que le gustaba a él. No a ella—. ¿Qué comes?

—Mermelada de ciruela casera. La hizo la vecina de mi madre.

Su voz sonaba rara, tal vez ella estaba en plan de superada y que nada le importaba, eso pensaba Matías.

Ella tenía una idea que podía funcionar. Demostrarle poco interés y nada de miedo. «No le tengo miedo. Le tienes miedo». Esa disputa interna fue pasada por alto y siguió, o intentó seguir, con su plan.

—Parece rica —dijo Matías pasando el dedo por la tostada que acababa de untar y metiéndoselo en la boca después.

—¡No hagas eso! —protestó ella, a lo que él no respondió, solo la miró con esa profunda mirada intimidante, inmovilizándola.

Él dibujó una maliciosa sonrisa frente a sus ojos, ella tembló y sintió cómo su estómago se retorcía. Su furia ganaba terreno en su interior, aunque lo perdía en su exterior. Vio cómo él volvía a pasar el dedo por su tostada y supo con claridad que todos sus pensamientos estaban abocados a atormentarla un rato y ella intentaba acomodar los propios para evitarlo, aunque, ¿cómo hacerlo con esa cercanía?

Matías estaba muy consciente de que ella sacaba lo peor de él, aun así, le gustaba esa sensación de poderío. Mentiroso poderío, pero le gustaba. Su sangre se licuaba y circulaba más rápido ante la tensión de ella. Ya averiguaría los motivos de esos nervios, porque una mujer como ella no los tendría frente a un hombre, sin embargo, sí podría ponerse así, tal vez, ¿ante el mejor amigo de su hermano? Hermano que parecía desconocer la faceta de mujer comehombres de su gemela. Seguramente de ahí provenían esos nervios que a él lo provocaban más de lo debido.

Volvió al presente, ella se mantenía rígida y apenas controlando su respiración, miraba desde debajo de esas maravillosas pestañas (no lo negaría), muy cerca de él y esperando lo que hiciera con ese dedo lleno de deliciosa mermelada casera de ciruelas. Con la mano limpia la tomó de la mandíbula y le levantó la cara para tenerla bien a la vista, el dedo sucio llegó a ese labio femenino que parecía temblar y dejó mínimos restos del dulce.

—Pruébala.

A Sabrina le gustaba cuando él le ordenaba, la excitaba. ¡No, por Dios, no era cierto!, esas palabras no podían ser producto de sus pensamientos. Quería gritar, pero solo lograba respirar. Inspiró profundo y sin otras negativas, más que las internas y silenciosas, se mordió el labio inferior limpiándose ante la atenta mirada negra de su verdugo.

Él bufó frustrado, aunque había sido un gesto sensual quería otra cosa más caliente, volvió a ensuciarla.

—Con la lengua —ordenó en el mismo instante que el puño de la mano libre se cerraba entre las suaves hebras del cabello femenino. Su jadeo quedó atrapado cuando se mordió el labio interior al ver la femenina lengua rosada recorrer tan mínimo recorrido.

Matías adoraba la resistencia interior de Sabrina, tanto o más que su entrega exterior. Era tan dulce y hermosa, podía verlo ahora a esa distancia y como consecuencia apenas podía controlar sus ganas de besarla. Retuvo tantos suspiros que creía que podría tener algún ataque de algo, no sabía de qué, por falta de aire. Bajo ninguna circunstancia dejaría las cosas a medias, ni reconocería sus últimos descubrimientos. La belleza de la maliciosa mujer que sacaba a la luz su maldad no sería motivo de ningún segundo más de sus pensamientos.

Otra vez su dedo y el labio de ella se rozaron, pero con más mermelada. La tocó una vez, otra y otra, sobre ambas comisuras y en el centro del labio

superior. Estaba ansioso por ver ese movimiento de lengua y la humedad que dejaba en los labios rosados. Quería apoyarse en ella y mostrarle cuanto la deseaba, pero no caería tan bajo. No con ella.

Sabrina tenía las rodillas flexionadas, eran incapaces de seguir manteniéndola en pie. Si lo lograba era porque sus puños se aferraban al mármol con fuerza. Su respiración estaba incontrolable y su corazón sonaba como un tambor. Podía ver el rostro de Matías tan cerca, esa boca deseaba más, podía sentir la impaciencia de él, se mordía el labio e intentaba no jadear, no lo culpaba. Ella estaba igual y, sí, se odiaba por ello, de todas formas, no podía impedirle a su cuerpo desearlo ni hacer desistir a su mente que dejase de imaginar y fantasear. Sin pensar siquiera, fue muy obediente y lamió sus labios de punta a punta sin saber si era lo que él esperaba o si lo hacía torpe o sensualmente. Solo lo hizo lo más lento que pudo, concentrada en la boca de él que se entreabría tan despacio como su lengua se movía.

—¿Rica? —Matías notó su voz distorsionada, poco le importaba ya disimular. La vista era excitante, tentadora.

Elevó su pulgar hasta esa boca roja, recorrió los labios, los dibujó y eran perfectos, no podía mentir. Subió la mirada por unos pocos segundos a los ojos de Sabrina, ella no lo soportó y bajó los párpados. Estaba asustada por todo lo que él hacía y por sus propias reacciones. Las que se convertían en acciones y las que no.

Matías se puso furioso, esa mirada podía con todas sus fuerzas y se había prometido no caer ante ella. No lo logró. Apoyó con fuerza su erección en el cuerpo femenino y se refregó en él.

—Esto me haces, Sabrina —dijo contrariado y se dedicó a lamerle los labios que, todavía estaban dulces, y como no le alcanzó con la lengua utilizó los dientes también e inspiró con fuerza el delicioso aroma a café de su aliento.

Sabrina gimió bajito, no podía creer que la boca de Matías estuviese sobre la suya, que ella lo permitiera y que sus labios fueran tan calientes, suaves y esponjosos a pesar de ser tan finos. Nunca la habían lamido como si fuese un helado ni saboreado como si fuese deliciosa. Bueno..., tampoco nunca la habían dominado con una sola mirada.

Perdido en el deseo que lo tenía atrapado, Matías estaba faltándole el respeto, lo sabía y eso quería. Ella había hecho desaparecer la calma de sus noches, ella le quitaba el sueño y alimentaba sus fantasías; cosa que no le

perdonaba. Tiró con más fuerza de su cabello y la observó muy de cerca, a conciencia, respirando sobre su rostro y sin dejar de refregarse en ella. Vio el enojo en esa mirada marrón, también la impotencia y el deseo. Sus rodillas se aflojaban y su sexo palpitaba. La deseaba con locura, así y todo, no caería ante ella. Eso se lo dejaba a otros, a los tontos que no la conocían.

—Eres preciosa, no te había visto bien. Lo eres.

«¿Y eso? Cierra la boca». Él solo insultaba en español y era muy grosero haciéndolo por lo que se dedicó unos cuantos improperios silenciosos después de dejar salir esas palabras. Apoyó sus labios cerrados sobre los de ella, con fuerza, aplastando las narices en el proceso y reteniendo la respiración.

Esos simples segundos de contacto desencadenaron tantas sensaciones en ambos que no fueron capaces de alargar el momento. Él se fue sin decir ni hacer nada más. Ella ensayó un «Estúpido», con la poca voz que pudo sacar por su garganta seca, que él escuchó, pero desestimó con una sonrisa socarrona.

—¿Iván estás listo? —preguntó, en voz alta, caminando por el pasillo rumbo al dormitorio de su amigo.

Otra vez ella había quedado sin saber qué pensar, intentando asimilar, y ahuyentar en lo posible, su enojo y su excitación. Su instinto de supervivencia le pidió tiempo y silencio. Ella se lo dio sentándose en la silla frente a la mesa con todos sus apuntes y la jarra de café, evitando pensar en otra cosa que no fuera el trabajo. Estaba dispuesta a leer tantas veces como hiciera falta cada hoja hasta lograr la concentración adecuada, pero no le daría las de ganar a ese idiota escondiéndose en su dormitorio.

El sorbo de café le supo a gloria. Tomó su marcador amarillo fosforescente y marcó la frase que le pareció relevante. Era meticulosa y aplicada, inteligente y estructurada... Tantas otras virtudes tenía..., sin embargo, ninguna la había rescatado de la situación que amenazaba su cordura. Porque lo sabía, de esa situación no saldría indemne. La soledad traería pensamientos y los pensamientos... ya se daría tiempo de tenerlos. No era el momento.

—¿Café? —preguntó Iván sirviéndose uno y besando la frente de su hermana como al descuido.

—Si ella sabe compartir, sí, gracias —respondió Matías con sarcasmo buscando que lo mirase.

Todavía no era capaz de reconocer sus motivos, aun así, necesitaba que ella lo viera, lo sintiera, reconociera su presencia. No pasar desapercibido

frente a Sabrina era como una meta trazada por su subconsciente. Miró la jarra térmica cargada de café y buscó qué decir para lograr una respuesta.

—¿Eres capaz de tomarte todo esto?

—No, pero una taza más seguramente sí, y tal vez no tenga ganas de pararme a buscarla. Soy previsor —dijo ella, siendo distante pero educada con su contestación.

—Es descafeinado, tranquilo —aclaró Iván riendo y, una vez, más ajeno a todo. Ya había tenido una conversación con su hermana y su adicción al café.

—Qué estupidez, café descafeinado.

Sabrina ya estaba harta, no soportaba uno más de sus manejos. Ni un desplante más. Ese beso en la cocina dejaría huellas que estaba dispuesta a tapar como fuese y no permitiría que él pensase que la doblegaba. No más. Se puso de pie con rapidez, le sacó la taza de la mano y él la miró a los ojos, desconcertado.

—Entonces no tomes —gruñó ella con enojo.

—¡Hey! —dijo Matías en apenas un susurro que, junto con una punzante mirada, aniquiló toda la supuesta seguridad de enfrentarlo.

Matías estaba enfurecido, ¿cómo se atrevía a desafiarlo? Ella carraspeó y pudo dominar sus párpados que amenazaban con bajar, quería llorar, pero también se aguantó. Dejó la taza en la mesa y se sentó.

—Si quieres del común hay en la cocina.

Él sonrió para sí mismo, lo había logrado una vez más. Ella estaba en sus manos, adonde la quería. ¿Para qué? No lo sabía, no obstante, ¡qué bien lo hacía sentir! Hasta volvía a sentirse excitado.

Ella negó con su cabeza al verlos alejarse y acomodarse en el *living*. Se dio el permiso de investigar con su mirada lo que la llevaba a dejarse dominar así. ¿Qué había de especial en él? No era gran cosa. Rostro masculino y agradable, pero lindo, lo que se dice lindo, no era. Si al menos tuviese algunos de los músculos que ostentaba su hermano, pero no, tampoco. Era más bien delgado, no obstante, parecía fuerte. Suponía que eso era producto de la natación o la bicicleta, así como su espalda que era ancha con respecto a su cintura, y tenía buenas piernas. Era más bien alto y reconocía que, elegante. Tenía ese tipo de elegancia que hacía que cualquier prenda que se pudiese le quedara bien, o tal vez eran sus movimientos controlados, masculinos y lentos lo que lo hacían lucir así, no lo sabía con certeza.

—Nos vamos, Sabri.

—¿Le vas a decir lo de la fiesta? —preguntó Matías sin dejar de mirarla. Ella lo ignoró.

—Cierto. El sábado hay una fiesta organizada por la empresa. Tal vez te diviertas. Puedes invitar a alguien.

Esa parte no fue del agrado de Matías, pero lo dejó pasar. No era la intención de él que fuera acompañada, sino más bien molestarla y hacerle ver que había hombres que podían escapar de sus garras. Volvió a recordar que le había dicho que era preciosa, sí, había sido un terrible error, pero lo olvidaría. También olvidaría todas las malditas sensaciones placenteras que ese último beso tan casto como peligroso, le había proporcionado.

—Lo voy a pensar. Quizás. —Sí, tal vez era justo lo que necesitaba, mostrarse con alguien para darle su merecido a ese estúpido y arrogante infeliz... y bueno para nada, cobarde sin sentimientos, aprovechador e irrespetuoso.

—Sabrina, los hombres somos simples, transparentes. Solo tienes que aprender a mirar.

—No estoy de acuerdo, Julito. A mí, siendo hombre, me cuesta entenderlos a veces. Sabri este muchachito es un tonto, no sabe lo que quiere o, pensándolo bien, sí lo sabe y eres tú —dijo Antonio.

—¿Pero por qué hace lo que hace? Me intimida, me presiona.

—Y te dejas y te gusta —volvió a decir con voz afeminada.

Las palabras de su amigo no intentaban culparla ni juzgarla y ella se sentía una y otra cosa.

—Creo que me gusta él... y por eso tengo que cortar con esta estupidez —concluyó, con la cabeza gacha y la mirada en la punta de sus zapatos—, de lo contrario voy a sufrir.

—Ajá —susurró Julito acariciando su mano. Su amiga era una dulce y vulnerable mujer, no sería capaz de soportar a un mujeriego a su lado, mucho menos uno carente de sensibilidad como el que describía.

Sabrina había meditado muchísimo. Había tenido toda la noche para hacerlo porque el esquivo sueño no había llegado y, el poco tiempo que había dormitado en el sillón, la había hundido en una estúpida fantasía en la que ella gozaba como loca en brazos de Matías, mientras Steven los miraba y se masturbaba. Se despertó aterrada, excitada, traspirada y avergonzada. No podía creerlo.

Tal vez si hubiese sido Steven el que la abrazaba y golpeaba con esas

ganas sus caderas, haciéndola gritar de placer, no hubiese necesitado mantenerse despierta preparándose una jarra de café, no del descafeinado precisamente. Tal vez por eso el sueño no había llegado, ahora que lo analizaba mejor. Por otro lado, era una suerte porque se había obligado a razonar sus acciones (o no acciones), sus sentimientos y sus enojos, entre otras cosas..., por ejemplo, en intentar sacarlo todo afuera, exteriorizarlo con palabras.

Antonio se le vino a la cabeza en ese instante de decisiones, y no lo dudó mucho, o lo intentó. Lo dudó un poquito y concluyó que era lo mejor. Se convenció con la idea de que las extravagancias y experiencias de él poco derecho le daban a juzgarla. Se animaría por primera vez en toda su vida, a contar sus cosas, las que fueran; en este caso, sus sentimientos. «Y que pase lo que tenga que pasar», se dijo. Era hora de aprender a escuchar consejos y críticas, así como lo había aprendido a hacer con su trabajo, se animaría a hacerlo en su vida privada. ¿Qué tan difícil podía ser?

Había llegado a una nefasta, increíble, embarazosa, inexplicable e injusta conclusión: le gustaba Matías, mucho más de lo creíble y posible. ¡Cuánto le costaba asumirlo y reconocerlo! Se sentía traicionada por ella misma. Podía asegurar que algunas de sus ideas rozaban el feminismo, al menos eso le decían cuando defendía con vehemencia los derechos de las mujeres, y se enamoraba (no era cierto todavía no estaba enamorada) de un hombre que jamás la había respetado y que abusaba de su supuesta superioridad ante ella exponiéndola a situaciones espantosas. Excitantes, sí, pero espantosas de todos modos.

Ya había pasado por un desamor con Paolo y por un no amor con aquel joven idealizado que jamás tuvo ojos para ella, y los dos habían dolido. También había pasado por la práctica de sexo sin nada de sentimientos con aquel moreno, Morris, y también había dolido, porque la hacía sentir vacía al final. Ella ya no estaba para desengaños amorosos. Era una mujer grande que anhelaba y disfrutaba de la paz con la que vivía sin intromisiones de extraños en su corazón. Ni siquiera soñaba con el amor que no llegaba y tampoco esperaba. Estaba bien como se encontraba, ¿por qué todo tenía que cambiar? ¿Por qué Matías había irrumpido, así como así, en su calma y en su estabilidad?

También había pensado en hablar con él. Sin ser demasiado sincera, explicarle que había trabajado mucho para ser como era, para conseguir

quererse y ser feliz a su modo; que aceptaba su forma de ser, pero que se alejara de ella. Que no eran bien recibidas, aunque pareciese lo contrario, sus avasallantes miradas o sonrisas o besos o lamidas, o lo que fuera que se le ocurriese hacerle cada vez que estaban a solas.

Sin embargo, después de analizarlo mejor, le pareció una mala idea. No quería ni debía exponerse a ser más lastimada. Matías era un ser despreciable capaz de hacer de su debilidad una propia fortaleza y de ninguna manera lo permitiría. Al menos ese era su punto de vista. Matías no le había mostrado otra cara más que la del despreciable y déspota hombre que tomaba lo que quería, sin pedir permiso.

Esa tarde, después del trabajo, sentada en el bar de siempre y con la acostumbrada taza de café, esperó a Antonio. No le dio tiempo a que tomara asiento y comenzó a relatar todo, no quería arrepentirse, y si empezaba con una pequeña introducción como lo había ensayado, seguro que lo hacía. Aunque, al ver a Julito acomodarse también, dudó un instante, sin embargo, no les dio demasiada cabida a esas dudas y siguió hablando frente a él.

Era liberador, no podía creerlo, sentía cómo sus hombros se aflojaban en cada palabra pronunciada... Y ahí estaba reconociendo en voz alta que Matías le gustaba. Ese solo hecho ya le dolía como nunca nada le había dolido. Hubiese preferido agarrarse cuatro dedos de la mano con la puerta del coche.

—Lo más difícil de manejar es que es el amigo de Iván. Tengo que aprender a enfrentarlo —dijo más para ella misma que para sus amigos.

—Estoy de acuerdo.

—Por eso, se me ocurrió aceptar la invitación de mi hermano a esa fiesta. Mañana. Aprovechamos para conocer a tu amorcito y al tuyo —comentó señalándolos a los dos—, y si alguno tiene un amigo para mí, aunque sea gay, es bienvenido.

—Me gusta la idea —afirmó Antonio tecleando la invitación a su novio. Sí, Bautista era por fin su pareja—. Mi cuñado es un divino, seguro se engancha.

—¿Cuñado?

—Sí, el hermano de Bau. ¡Te va a encantar! —gritó alargando las letras y agitando las manos mientras giraba los ojos.

Julito se tapó la cara y rio a carcajadas, adoraba a su amigo, pero cuando se ponía tan femenino era demasiado gracioso. Y él lo sabía, por eso exageraba sus alaridos y movimientos, le gustaban las sonoras risas de Julito.

Inevitablemente el «mañana» llegó, tal vez, un poquito más rápido de lo pretendido.

Sabrina volvió a mirarse al espejo y no le disgustó lo que vio. Estaba más delgada, podía notarlo en la cintura de su pantalón negro. Eso era signo de que no se encontraba bien. Ya se lo habían hecho notar su madre y su cuñada, debía darles la razón. Por suerte ellas pensaban que el responsable era el trabajo.

—Vamos, Sabri, Matías ya está esperando abajo.

—Id tranquilos. Antonio pasa a buscarme. —Iván se asomó por la puerta del cuarto y sonrió con esa maravillosa sonrisa de niño travieso. Ella lo miró y sonrió de la misma forma, no en vano eran gemelos.

Elevó los hombros en silencio, no diría nada. Que él sacara sus erróneas conclusiones y de paso, se las transmitiera al idiota, pensó. Pero se arrepintió al instante, Matías era un idiota, no había dudas al respecto, no obstante, ya lo había asumido, le gustaba y ella había permitido sus idioteces, por lo que no debía llamarlo así.

¡Qué floja era cuando de Matías se trataba!

El lugar se encontraba más lleno de lo imaginado. La música invitaba a bailar, por suerte, y Matías estaba seguro de que esa noche la pasaría genial. Al menos ya estaba entonándose con dos cervezas, con alcohol esta vez. Sonrió ante la contradicción de sus palabras recordando su comentario ante el café descafeinado y pensar que lo había hecho él, que tomaba cerveza sin alcohol. Dio un par de pasos más hasta encontrarse codo a codo con Iván y Steven. Ese era un detalle que no había tenido en cuenta, Steven. Pero, bueno, no podía cambiar nada, ya vería cómo reaccionaba ella. La verdad era que ya estaba algo furioso con ese Antonio, otra inesperada presencia.

Había pensado mucho, demasiado para él que no solía hacerlo, específicamente en mujeres. Si se le daba la oportunidad la besaría como era debido, con las consecuencias que eso conllevara. Y si ella se resistía o lo ignoraba, porque era una posibilidad, la provocaría toda la noche. Sabía cómo molestarla y lo disfrutaba.

Claro que una tercera opción era la indiferencia, pero esa ni siquiera se le cruzó por la cabeza, el enojo no se la dio como posible.

Había conseguido sacar conclusiones también, mientras luchaba contra monstruos en la consola. No sería la primera ni la única chica con una hermosa cara (esa que había descubierto en aquella cocina), que se colaba en

sus fantasías. Eso no modificaba nada. Su excitación tampoco era inexplicable, una lengua femenina sobre labios hermosos era una imagen sensual, eso era sabido por todos los hombres, no había mucho más que pensar. Y que sus entrañas se retorcieran ante su sumisión y sus miradas, era lógico dada su condición de dominante en la cama, le gustaba llevar los pantalones en una relación, eso no era un problema. Todo era manejable y entendible. El único problema, si ella caía en su provocación y llegaban más allá, era su amigo. Pero si esa araña tejedora era reservada, y eso parecía, dejaba de ser un inconveniente.

La vio entrar con tres hombres, no le asombró teniendo la idea preconcebida que tenía, y una mujer. Ya más de cerca pudo reconocer al hombre que la acompañaba en la piscina. Ese era el más peligroso, pensaba, porque se le acercaba con ternura e intimidad y ella se dejaba tocar. El otro parecía inofensivo ya que la mujer estaba buscando su mano, definitivamente esos eran pareja. El tercero era la incógnita a develar, aunque le resultaba familiar su cara.

Estaba atractiva, su rostro maquillado se veía más bonito, eso lo podía decir ahora que le prestaba atención. También podía decir que no le conocía las piernas, ¿ni para una fiesta se ponía un vestido bonito? Le llamó la atención el detalle, todas las mujeres o casi todas estaban con las piernas al aire, ella no. Sin embargo, su modo diferente de vestir la hacía sobresalir, tal vez todavía lo hacía a la usanza italiana o solo era su estilo particular, él no entendía de moda, solo miraba y disfrutaba cuando algo le gustaba.

Al acercarse, Sabrina no le dio un beso, como sí lo hizo con Steven, aunque lo saludó con una sonrisa y no le bajó la mirada. Increíble.

Matías se puso incómodo cuando entre los dos solteros la acorralaron y la guiaron a la pista. Los vio caminar riéndose, despreocupados, apretando y tocando el cuerpo de ella como si tuviesen derecho, y tal vez lo tenían, el que ella les daba, aceptándolos. Los miró un rato más y, algo frustrado, tuvo que reconocer que bailaba bien, le gustaba...; pero más le gustaba la morena que no le quitaba los ojos de encima y hacia ella fue. No se quedaría esperando toda la noche por si se le daba la oportunidad.

—Conozco a ese chico, va a nadar casi todos los días —dijo Bautista al verlo a Matías cerca de ellos, bailando.

—Es él —aclaró Sabrina abrazándolo al ritmo de la música.

—Recuerda que solo te lo presto por esta noche —dijo Antonio desde

atrás sin perder el ritmo y acariciando a su novio disimuladamente, apretándose más al cuerpo de su amiga.

—¡No os toqueteéis conmigo en el medio, asquerosos! Si tu hermano hubiese venido podríais hacerlo, ahora os jorobáis. Vamos, alejémonos, que no lo quiero cerca.

Estaba de buen humor. Sentirse fuerte y decidida la ponía así. Le hubiese gustado más tener un verdadero acompañante, pero se había torcido todo, el pobre chico estaba con fiebre y había cancelado su cita en el último momento.

Después de un par de horas, no todo en la noche salía como era de esperar. Antonio no pudo mantener su papel durante mucho tiempo, los gritos y carcajadas, sus exagerados movimientos de manos y su boca con brillo labial pronto lo delataron. Así como las ganas de besar a su novio después de dos tragos multicolor que se le habían subido a la cabeza. Los dejó libres, después de todo, ellos no tenían que pagar por sus culpas. La encantadora novia de Julito también quería divertirse y eso hacían en la pista de baile, para eso había ido. Fue entonces que se dispuso a disfrutar de la compañía de su hermano y Steven, al menos era una ventaja que Matías se sintiera atraído por cualquier falda que pasara y fuera tras ella. No era lindo de apreciar, pero..., al menos, le daba la posibilidad de no tener que estar con él.

Ya se regodearía en su dolor más tarde, resguardada entre sus sábanas.

Escuchó a su hermano hablar con su amigo americano sobre una chica en particular y tomó nota mental de averiguar más, tenía el arma culinaria para hacerlo contar todo. O le relataba lo concerniente a esa tal Renata o no comía, simple. Steven en su perfecto español le aconsejaba, tal vez lo mismo que ella le hubiese aconsejado.

¡Qué lindo era ese hombre!, y bañado por las luces de colores, vestido tan elegantemente, con una copa en la mano y esa pose de chico malo (siendo del grupo de los buenos), era perfecto. Sin embargo, no advertía en ella ni la mitad de emociones que sentía al ver cómo el que sí le gustaba, se comía a besos a una espectacular mujer frente a sus narices.

La sonrisa de Sabrina ya era falsa, solo para que no se notase que no tenía ganas de sonreír. Sus manos sudadas comenzaron a temblar y la espalda le ardía de calor. No le bastaba besarla, sino que se lo refregaba en su cara... Era lo esperable de él, no le extrañaba, sin embargo, le dolía más de lo que podría haber imaginado.

Matías la descubrió mirándolo, era justo lo que necesitaba, la primera

opción no se había dado, pero la segunda sí. Jamás había tenido la oportunidad de estar a solas con ella, por lo que optó por molestarla y más si estaba tan cerca del perfecto niño bueno. Con su mirada fulminante le guiñó un ojo mientras inclinaba su cabeza para tener un mejor encastre y hundir su nariz en el cuello femenino de su acompañante. «¡Qué rico perfume tenía esa mujer!», pensó y ¿por qué no aprovechar que la mosquita muerta miraba, para deslizar una mano traviesa por la curva del perfecto trasero? Demasiado había tenido que presenciar él el manoseo de esos dos personajes hasta descubrir su homosexualidad. La mujer, entre sus brazos, también gustaba de los hombres, la lengua en su oreja se lo confirmaba.

—Podríamos pasar un lindo rato a solas tú y yo en una habitación de hotel —le dijo a la muchacha.

Eran las desventajas de vivir con la madre, aun así, Matías no se quejaba, por el contrario, hasta le parecía menos personal y comprometedor. La idea era fabulosa, pasearía a la mujer delante de Sabrina y le haría conocer su destino.

—Creo que te has equivocado conmigo —murmuró la chica acomodándole la mano otra vez en la cintura y alejando su cara unos centímetros para mirarlo a los ojos. «Eso parece», pensó contrariado, aunque, suponía que era lo mejor ya que Steven se alejaba de Sabrina y le dejaba espacio para actuar.

Iván miró a su hermana y vio que tenía los ojitos vidriosos, no la había visto tomar nada que no fuera jugo de fruta, por eso le pareció raro.

—¿Estás bien?

—Sí. Es tu amigo. —Lo señaló con el mentón. No disimularía más con Iván, necesitaba que lo mantuviera lejos de ella y, faltando un poco a la verdad, podría lograr la ayuda de su hermano—. No nos llevamos bien y es bastante molesto y caradura. No me gusta ese tipo de gente.

—Algún día os llevaréis bien. Te vas a acostumbrar —le dijo él acariciando su cara.

Algo había notado Iván, y no quería tomarlo en serio. Adoraba a su hermana y Matías era un buen amigo, un gran compañero, lo había ayudado bastante en la ruptura con su exnovia y pasaban juntos buenos momentos.

—Te juro que pongo todo de mí. Tengo la mejor intención de hacerlo.

Iván miró por sobre el hombro de Sabrina y le llamó la atención que esa mujer quisiera escaparse y no lo permitiría, ya no. La amaba y ella a él. «Basta de vueltas», pensó.

—Gruñona, lo siento. Necesito ver a alguien.

Sabrina suspiró y le sonrió al ver la desesperación en sus ojos. Lo empujó para que se fuera y se resignó. Estaba sola. Volvió a mirar a la pista de baile y vio lo que no esperaba. No todo estaba mal, al menos algo salía como ella quería.

—Tal vez me equivoqué contigo, sí —le dijo Matías a su compañera—. Entonces somos dos los equivocados porque tú te equivocaste conmigo.

—No lo creo, eres de esos idiotas como creí.

—Tienes razón, soy de esos —le retrucó sin problema, sonriente y dejándola abandonada en el lugar. Era su oportunidad, ahí estaba Sabrina sola y él se ponía al acecho. Poco le importaba esa desconocida.

Le sonrió al verla cerrar los ojos cuando llegó a su lado y negar con la cabeza en silencio. Sabía que no soportaba su presencia.

—Parece un chica inteligente —le dijo ella, señalando a la mujer que lo había rechazado.

—Sí, demasiado. Me ha dicho que no. —Ella sonrió y rumió un «Te lo tienes merecido», casi inaudible.

Cuando Matías la vio bostezar y tomar el abrigo entre sus manos, supo que esa era una oportunidad invaluable.

—Vamos, te llevo a tu casa.

—Me voy con Iván —respondió ella con total seguridad.

—Tu hermano esta noche no duerme en su cuarto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo veo con esa chica de allá... Lo conozco, y la conozco. No te olvides que cuando estabas en Europa aquí sucedían cosas —dijo intrigándola. Tampoco le contaría lo que esa chica era para Iván, no era quién para hacerlo.

—¡Por Dios!, no lo puedo creer. —De verdad que no lo hacía. Estaba sola con quien menos deseaba estar, sin la menor posibilidad de escapar—. Debí suponerlo de todos modos. Además de ser mi hermano es un hombre de bragueta fácil de bajar.

Matías rio a carcajadas por el comentario que, seguramente, lo incluía. No era tan tonto como para no darse cuenta de las indirectas.

—Por favor, modernízate un poco. Es una salida de sábado, es soltero, hay mujeres lindas...

—No es cuestión de modernizarme, pero..., nada... ¿Sabes qué?, me voy. Es cuestión de respeto, pero tú de eso no entiendes.

Estaba furiosa, él la miraba como si estuviese loca y lo estaba, realmente lo estaba, porque deseaba que la besara y que la abrazara como lo había hecho con aquella mujer; si eso no era estar loca, nada lo sería jamás.

Matías odiaba que su plan fracasara por un enojo estúpido y eso parecía estar pasando. Esa boca pintada era una tentación incluso si estaba tensa por el enojo.

—No seas tan cerrada. Iván no te ha faltado al respeto por eso, Sabrina, en todo caso tus amigos...

—Silencio, lávate la boca antes de hablar de ellos —le dijo elevando un dedo a modo de advertencia—. Yo les dije que podían irse. No te preocupes, tomo un taxi.

—Te llevo.

—¡Me tomo un taxi! —gruñó sin darle posibilidad de insistir.

Matías quedó mirando su espalda. Desorientado.

La correría y la besaría con descaro y sin vergüenza, no obstante, ella le había gritado. Lo había enfrentado sin ningún temor y sus ojos se habían clavado en su retina sin pudor alguno. Esta vez no había bajado sus párpados ni había mostrado sus preciosas pestañas en movimiento.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba cambiando? ¿Por qué no la seguía y la besaba sin importarle nada? Eso quería, eso deseaba con todas las fibras de su ser, sin embargo, se mantenía anclado en ese piso viendo cómo se alejaba de él.

Sabrina seguía temblando y no de frío, sino de impotencia. No había sido para nada la noche productiva que había imaginado. Ver a Matías coquetear y seducir a diestra y siniestra no era una bonita imagen para conservar, aun así, no podía sacarse de la cabeza cada mirada libidinosa y cada beso de esos que le había dado a otra, y le había dedicado mirándola. ¡Si hasta le había guiñado un ojo, por Dios Santo!

No descubría cuáles eran las intenciones de él. No llegaría a definir jamás sus motivos, le diera las vueltas que le diera en su cabeza. Ella no le interesaba como mujer como le había dicho su amigo que pensaba, porque si así fuese, ¿en qué cabeza cabría pasearle sus conquistas por la cara? Solo se le había ocurrido una cosa que cerraba con todo lo que había pasado entre ellos: Matías necesitaba llamar su atención. Esa era la única intención que él tenía, ahora bien, el porqué era lo que la atormentaba. No tenía ninguna respuesta, ni idea que llegase a parecer alguna posible. OK, su atención la

tenía, ¿qué hacía con ella?, ¿qué buscaba?, ¿qué necesitaba?, ¿para qué la quería?

—¿Qué quieres de mí?! —gritó en plena calle oscura, peleando con sus lágrimas.

—En principio que te sientas mejor —dijo una voz masculina a su espalda. Sabrina se sobresaltó y giró consternada todavía y también asustada. No le gustaba la oscuridad nocturna y la soledad de las calles le daban una inseguridad a la que no estaba acostumbrada—. Perdón, no quería asustarte, sin embargo, tú sí lo has hecho conmigo. Ese grito me ha alterado los latidos.

Sabrina sonrió ante el exagerado gesto de sostenerse el pecho a la altura del corazón y suspirar con alivio. Era simpático, no podía negarlo. Tenía cara de bueno y sonrisa encantadora, pero era un desconocido.

—¿Estás bien? —le preguntó él, acercándose, pero no demasiado. Eso era para agradecer, a esa hora, en esa calle vacía y sin taxis a la vista; cualquier movimiento brusco parecería peligroso para una mujer sola.

—Sí, gracias. Tranquilo, ya no voy a gritar.

—Qué bueno, no necesito más sustos por hoy. ¿Esperas un taxi? —preguntó intrigado. Esa chica tenía aspecto de ser dulce, tímida y, fundamentalmente, de estar triste. Por supuesto, podía ofrecerse a llevarla, sin embargo, ninguna mujer en su sano juicio aceptaría eso de un desconocido como él.

Sabrina afirmó en silencio estudiando cada gesto del muchacho y asombrándose de lo poco nerviosa que estaba, ya no le sudaban las manos y sus párpados podían mantenerse abiertos para encontrar la mirada de su interlocutor. Sonrió para sí misma, sintiéndose fuerte.

—Puedo esperar contigo. Hacerte compañía —agregó él.

—No te ofendas. No te conozco, no puedo permitir que te quedes conmigo en una calle oscura, de noche. Tal vez yo..., voy a volver a la fiesta.

—No te preocupes. Yo me voy. Es un buen punto de vista el tuyo, sin embargo, el mío es diferente. No puedo permitir que una mujer esté sola en una calle oscura, de noche, no obstante, voy a respetar el tuyo. Al menos lo he intentado, ¿no?

—Sí. Gracias —respondió Sabrina con una sonrisa y él bajó la cabeza a modo de saludo. Lo vio caminar alejándose mirándola cada tanto y saludándola con la mano.

El mundo no estaba perdido si había hombres así, pensaba Sabrina. Pero estaría acabado con hombres como Matías..., aunque, a decir verdad, como

solía decir su madre, en la variedad estaba el gusto. Si no cómo explicaría que ella estuviese lagrimeando por el desgraciado y ahuyentando al otro.

—¡Taxi! —gritó desesperada, ya no quería estar ahí y mucho menos cerca de esa parejita que se manoseaba y besaba sin importarles la compañía o el cielo abierto.

Hizo los pasos necesarios hasta llegar a la puerta del auto que había parado por fin. Otra vez se sobresaltó al ver que una enorme camioneta azul paraba junto al taxi y no pudo más que sonreír al ver el medio cuerpo que salía por la ventanilla.

—¿Mejor?

—Sí, mejor. —Él extendió una mano con una tarjeta y ella se acercó a tomarla.

—Me alegro. Ahora me voy. Suerte, amiga.

«Sí, la necesitaré», pensó Sabrina sentándose en el asiento trasero y diciéndole su dirección al conductor. No entendía mucho a ese muchacho, claro que no lo intentaba tampoco, si no lo conocía, sería un poco ridículo hacer alguna conjetura.

Miró la tarjeta. «Agente inmobiliario. Juan Pardo...», leyó en susurros todos los datos. La curiosidad la llevó a girar el papel y buscar más datos que un simple número telefónico, aunque si quisiera conocerlo, con eso era más que suficiente.

Ahora que sé que estás a salvo me voy a casa tranquilo. Llámame, quiero saber qué te pasaba. No vayas a pensar que es por ti, no, es que me encantan los chismes y si no me cuentas este no voy a poder pegar ojo. Seguro que sonriendo eres más bonita. Llámame, ¿por favor?

J.P.

De nada por la sonrisa.

—Sí, gracias, Juan —murmuró con una mueca que podía parecer una sonrisa.

—Llegamos, señorita. —La simpática y alegre cara del taxista la hizo ser consciente nuevamente de su tristeza.

Pagó el viaje y a paso lento subió a la soledad de su cuarto. Lo que suponía su refugio le pareció una negra cueva peligrosa que la tragaba entera. Estaba destruida y no solo era por Matías, sino por ella misma, otra vez. Por dejarse llevar, por descuidarse, por no permitirse seguir como estaba.

Su corazón había sanado y casi ni cicatrices tenía. ¿Qué necesidad había de fijarse en alguien? Y ese alguien, para colmo. Volvió a su mente Steven,

¿por qué no él? Al menos con solo mirarlo se hubiese conformado. No había forma, hasta él pasaba a un segundo plano ante la inmensa, no por grande, sino por notoria, presencia de Matías en su vida.

Tomó del suelo la tarjeta que se había caído del bolsillo de sus pantalones mientras se desvestía. Tal vez era una señal. ¿Por qué no verlo de ese modo? ¿Qué tan malo podía ser?

¿Desde cuándo creía en las señales? Desde nunca, pero nada le impedía empezar a hacerlo.

Sabrina:

He llegado a salvo, gracias por preocuparte.
Espero no haberte asustado esta vez. Sabrina.

Por supuesto que envió ese mensaje y no esperó respuesta. Lo único que necesitaba era descansar, dormir y olvidarse de Matías. ¡Si tan solo existiese un botón de reseteo mental! Pero no contaba con tanta suerte.

Matías, lo que necesitaba eran pruebas, porque ya no confiaba más en su cuerpo ni en su mente. En su corazón nunca lo había hecho demasiado, las dos veces le habían salido mal, no quería darle, por el momento, una nueva oportunidad. Tenía que probarse, no podía ser que esa mujer con su timidez falsa, su furia en la mirada y su arrogancia, lo tuviera agarrado de ahí. Sí, de ahí.

Todavía resonaba ese tono de voz en su cabeza, Sabrina estaba enojada, pensó. ¿Tanto le molestaba su presencia? Debería importarle poco, él buscaba eso, sin embargo, al encontrarlo se sentía frustrado, inseguro, enojado, intrigado... ¡Ah, grrr...! Hubiese gritado de impotencia al sentirse tan mareado por sus pensamientos. Todo le parecía tan carente de sentido.

Se puso a la búsqueda de una presa, cualquiera serviría, rubia, alta, rellenita, o solo piel y huesos, daba igual, lo necesario era que le llamase la atención y que su entrepierna despertase.

«Lo importante en la mujer es la actitud, no la belleza», pensó, y Sabrina volvió a su mente. Esa frase la definía por completo. Su actitud lo tenía a la espera de ella en cualquier momento y lugar, con una insensible necesidad arrasando su cuerpo. No era la mujer más bella que hubiese visto ni tenía ese tipo de cuerpo de infarto del que gustaba. Apenas si había podido adivinar sus curvas enfundadas en blusas de seda, pantalones anchos o faldas largas, camisetas grandes y horribles pijamas. Hubiese podido verla en traje de baño, pero no llegó a tiempo y solo su mente era testigo de su intriga. Solo

imaginarla desnuda le producía una erección y para eso tenía que adivinar e inventar.

—Te estás volviendo loco, hombre —susurró ofuscado.

—Tal vez si lo haces conmigo sería más divertido —ronroneó una voz sensual a su costado.

—Laura —dijo sobresaltado, no la había visto en toda la noche. No era lo que buscaba, ni necesitaba, ni quería..., aunque una segunda oportunidad tal vez... ¿Llegaría a volverse loco con ella esta vez? Levantó la vista y sonrió. Era muy atractiva, no podía negarlo—. Podríamos probar.

Y otra vez, defraudado con Laurita, aunque tuvo su premio, volvió a su casa cuando el sol asomaba.

Al menos se había entretenido jugando con sus reacciones mientras movía el vibrador amarillo dentro de ella con una mano y con la otra se tapaba con disimulo un oído ante sus chillidos. Esos no eran gemidos, ¡por favor, qué cuerdas vocales! Recordaba (ahora con una sonrisa) que se había encerrado en el baño, para observar las dimensiones de su sexo en plena erección. No se lo había medido, tal vez de adolescente en una de esas estúpidas noches de amigos, no lo recordaba muy bien, y había llegado a la conclusión de que no era una miniatura; tampoco era gigante eso estaba claro. Había estado entre las piernas de mujeres exigentes y no había tenido quejas. Tal vez alguna había fingido un orgasmo o había dejado a medias a otra, sí, podía ser, no se creía infalible, pero que lo suplantaran por un vibrador en plena faena y después lo masturbaran..., eso no recordaba que le hubiese pasado, bueno, no se quejó cuando lo terminó con la boca. Al menos eso había sido un buen detalle.

Evidentemente Laurita y él no estaban hechos el uno para el otro. Nada de lo que esa mujer le proponía lo excitaba, ni morbo le daba. Tal vez curiosidad, aun así, no la saciaría, poco le importaba conocerla más o encontrar ese punto de excitación conjunta.

A pesar de Laurita, él seguía sin respuestas y sin ganas de pensar. Ya no quería seguir jugando a nada con Sabrina porque no se estaba divirtiendo. Tenía claro que el juego era unilateral, aunque ella tampoco lo había rechazado... Sin embargo, si quería ser bien justo, nunca le había dado lugar ni tiempo a hacerlo, pero esa noche su mirada y la carga de disgusto en su voz había sido diferente... Seguía piensa que piensa mientras tomaba un vaso de agua fresca en la cocina.

—Hijo, qué bueno que estás despierto. ¿Me acercas a casa de María? No

tengo ganas de conducir tan lejos.

—Mamá, son las ocho de la mañana y ¿quién es María?

—La mamá de Iván. No te lo he contado todavía, vamos juntas de ese taller de artesanía y hacemos nuestros trabajos en su casa. Deberes que nos da la profesora —dijo sonriendo y guiñándole un ojo a su hijo—. Hoy almorzamos en su casa, estás invitado. Pato, el marido, hace unos asados deliciosos. Eso me han dicho.

—Te llevo, pero no puedo ir al mediodía, mamá. Perdón.

No se enfrentaría tan pronto a Sabrina de ninguna manera. Todavía no tenía claras las cosas en su cabeza y si la veía solo serviría para tener ganas de insultarla. Porque a decir verdad estaba, injustamente tal vez, enojado con ella. Otra de las tantas cosas que no podía entender. Esa mujer lo exasperaba.

«Ella no te hizo nada. No me importa». Sí, se estaba volviendo loco si en su mente sentía voces y lo peor, discutían entre ellas.

Después de dejar a su madre, pensó que debería buscar una buena inversión de su tiempo de domingo, no tenía ganas de ir a nadar. Tenía miedo de pensar. Sin embargo..., no era mala idea encontrarse con ese hombre que lo había tenido enfadado, pensando que era otro amante de ella. Eso suponía de cada hombre que le rondaba. ¿Podía llegar a ser tan mal pensado, y desde cuándo lo era? Nunca le había importado cuántos hombres tenía su amante de turno, ni le interesaba siquiera saber si los tenía, no obstante, ella no era su amante y, aun así...

—Estoy para el psiquiatra —dijo dando la primera vuelta al pedal de la bicicleta.

Y ahí estaba el chico gay que supo mirarlo con ganas y él esquivaba por las dudas, pero que ahora lo ignoraba y él necesitaba que se acercara. «Las vueltas de la vida», pensó sonriendo.

—Hola, supongo que te acuerdas de mí.

—Claro, Matías. Amigo de Iván, hermano de Sabrina, amiga de mi chico, Antonio.

—Supongo —soltó divertido y perdido entre tanto nombre. Hasta le robó una sonrisa.

Lo ideal hubiese sido preguntarle por ella sin mucha vuelta, pero ¿con qué derecho él podía averiguar nada de una mujer que poco le importaba o, mejor dicho, que poco debería importarle?

En una breve e inútil charla solo pudo obtener un par de piropos, unos

buenos chistes, algunas preguntas y la casi inservible información de que Antonio trabajaba con Sabrina. Sin darse tiempo de analizar la utilidad de ese conocimiento, también escuchó que Bautista, así se llamaba su interlocutor, cosa que desconocía, veía en ella una dulce mujer insegura, tímida, simpática y adorable.

O ese divertido muchacho tenía un problema al analizar a las personas o su propia intuición fallaba. Porque en lo único que coincidían era en la palabra tímida. Aunque utilizada de diferente manera, para Bautista ella «era» tímida, para él solo «lo parecía», nada de serlo, de eso estaba seguro.

Volvió a su casa sin haber nadado lo suficiente. Como se lo había propuesto, no quería pensar más y bajo el agua, en ese silencio burbujeante, era lo único que hacía.

Por suerte, al volver a casa, sus sobrinos inundaron el silencio con risas y gritos; les dedicó el tiempo necesario a enseñarles a jugar con su nueva consola, mientras conversaba con su hermana y la intentaba convencer de ir, con él, a cenar con su padre. Por supuesto una vez más no lo logró.

—Matías, no me insistas, no quiero pelear contigo. Si quieres tener una relación con él, estás en tu derecho. Es el mismo derecho que el mío de no querer tener nada que ver con ese hombre —había dicho Carmen muy segura de sí misma. No había forma de que ellos tuvieran una relación. Intentara lo que intentara.

Sabrina había dormido de maravilla. No podía creerlo porque, a juzgar por sus lágrimas y sentimientos, hubiese jurado que no pegaría ojo. Al despertar vio a Iván deambular en ropa interior por la cocina, con su cabello revuelto y los ojos hinchados. Menos hinchados que los de ella, solo rogaba que él no lo notase.

—¿Qué haces aquí?

—Es mi casa también, gruñona —respondió él abrazándola. Estaba muy contento de tenerla de vuelta y se lo hacía saber cada vez que podía.

—No era esa la pregunta..., pero tienes razón. Es que anoche te vi con una chica y pensé...

—Sí, Renata. Si todo sale como pretendo, mi novia.

—¿Y eso? —Sabrina, ya con su taza de café en mano, se sentó en el sillón con las piernas flexionadas, los talones descalzos pegados a su trasero y el mentón sobre las rodillas. Nada le interesaba más que la historia que ocultaba su gemelo, por poco tiempo, porque pensaba sacarle hasta el último detalle.

—Primero tú. ¿Por qué lloraste? —preguntó Iván sentándose a su lado, muy pegado a ella, hombro con hombro. Jamás lo engañaría, nunca había podido, él siempre la descubriría en todas sus mentiras o intentos de engañarlo.

—No. No. Primero tú, prometo que después te cuento. —Con suerte la conversación se extendía y no había tiempo, al menos eso pensaba Sabrina. No Iván que, aunque fuese en el auto camino a casa de sus padres, descubriría el motivo de la tristeza de su hermana. Por fin conocería alguno de sus tantos secretos, porque era seguro que tenía unos cuantos.

—Bien. Renata fue mi novia hasta hace unos meses. Nos separamos por una confusión que estoy dispuesto a aclarar. Ella supuso que yo no iba en serio con la relación y terminábamos discutiendo día sí y día también, hasta que cortamos.

—¿La quieres? —preguntó ella mirando a los ojos a su hermano. No recordaba la última vez que había escuchado esas palabras de él, era un adolescente tal vez.

—La amo, Sabri. Ella es la única mujer con la que imaginé casarme algún día y formar mi familia. Una vez tuvo un retraso en su período y te juro que me alegré, obvio que después del susto, pero al analizarlo... me puse muy contento.

—¿Y?

—Ella se puso más contenta cuando se acabó el susto y supimos que no estaba embarazada. —Iván suspiró e hizo un largo silencio tomando varios tragos de su café—. En toda relación lo importante es la comunicación. Ahora sé que eso nos faltaba. ¿Sabes? Ella tiene sueños y por eso no le parecía buen momento para tener ese hijo, pero yo, sin saberlo antes, la prejujuqué porque no lo habíamos hablado y no me gustó su reacción. Cuando me puse a buscar departamento para nosotros, ella interpretó que yo estaba lejos de comprometerme con la relación y que pretendía seguir con mi soltería por mucho tiempo, tú sabes que no es eso... Yo solo quiero cumplir esta fantasía por un tiempo, la tuvimos durante tantos años que pensé que podíamos hacerlo real. Tú y yo, solos, compartiendo estos momentos, reencontrarnos. Ella sacó sus propias conclusiones sin preguntarme nada. Y así seguimos hasta que se terminó porque no nos entendíamos y no hablábamos, nos faltó comunicación. Así que ese fue mi aprendizaje de todo esto.

—¿Y cómo estáis ahora?

—Comunicándonos. Poniéndonos al día. Y quiere conocerte.

—Si todo se está solucionando, me alegro por ti.

—Eso creo —dijo Iván, sonriéndole. Era lo que siempre había esperado, su hermana escuchándolo hablar de su vida, mientras compartían un café en la intimidad de su hogar.

Sabrina estaba teniendo exactamente el mismo pensamiento cuando se encontró con la mirada de su gemelo. Parecía ser una mañana de confidencias y estaba inquieta, aunque no huiría esta vez. Sin embargo, eso no suponía que no intentase dilatar su momento de hablar, al menos, por costumbre.

—No puedo con la intriga, necesito conocer a la bruja que me va a robar a mi hermanito. —Sonrieron con sinceridad y él le guiñó un ojo.

Sí, Iván tenía fe en que todo se iba a solucionar, porque había hablado con el corazón en la mano con Renata y ella había hecho lo mismo con él. No dudaba ni un poquito que ella amaría a su hermana cuando la conociera.

—Bien, ahora tú. —Sabrina elevó los hombros como restando importancia a sus problemas, pero de nada serviría con su hermano.

Omitiendo detalles tal vez, era el momento de mostrarse ante él, ya estaba decidido. No le había ido tan mal con sus amigos después de todo y las cargas repartidas eran menos pesadas, pensaba. Inspiró profundo y por tratarse de su hermano quiso empezar desde el principio.

—Partiendo de la base de que me conoces y sabes que no soy muy sociable, además de que soy más bien introvertida y tímida, no te va a sonar raro... Mi vida amorosa tiene solo tres intentos.

—Conozco dos.

—Sí, pero ningún detalle. Paolo fue importante para mí y salí muy lastimada, él fue mi primer amor y mi primer hombre. Sí, yo entonces era demasiado grande para mi virginidad, lo sé y tuve mis motivos para esperar —dijo ante la expresión de incredulidad de Iván—. Puedo resumir y decir que cortamos porque él no pudo con mi personalidad. El italiano, mitad africano, del que te conté, fue poco más que nada. Con Morris tuve ese tipo de relaciones que vosotros, los hombres, manejaís tan cómodamente.

—Solo sexo.

—Eso intenté. Quise probar y... no es para mí.

—¿El tercero?

—Nunca existió más que en mis deseos. Él me ignoró, sin saberlo claro está, porque jamás supo de mí. No me conocía y, aun así, me enamoré como una tonta. Lo idealicé, ahora lo veo claro, tal vez por estar demasiado sola y

dolida por la ruptura con Paolo. Era inexperta en romances. Fue en la universidad.

—Entiendo. ¿Y este llanto, es por alguno de ellos?

—No. Es por darme cuenta de que no sirvo para las relaciones.

Sabrina luchó con sus ganas de volver a llorar. Le dolían sus propias palabras, porque sin saber que las diría sabía que las pensaba y, reconocerse como una inútil ante la gente que inevitablemente la rodeaba, no era grato, lo peor de todo era que no podía modificar nada.

—Me ponen nerviosa los desconocidos, me cuesta hacer amigos y me enamoro de la gente inapropiada.

—No digas eso. Eres todo lo que dices: introvertida, poco sociable y tímida, sí, pero tal vez necesitas dejar de analizar las cosas un poco y liberarte. Antonio, Bautista, Julio y su novia, todos parecen encantados con tu amistad. Steven me dijo que le caes muy bien... —Sabrina quería que parara ahí. No necesitaba escuchar su nombre, al menos por un día. Por eso lo interrumpió, sabía que Matías sería el siguiente nombrado.

—Alguien... del trabajo —mintió para evitar preguntas—, me gusta y no es para mí. Otra vez me he equivocado. Los años no me hacen más inteligente en esto de elegir y tampoco la poca experiencia. Es un hombre que me va a hacer sufrir. Ya me hace sufrir... No quiero que me lastimen, ¿sabes? No sé curarme. Con Paolo me costó muchos años y esta maldita personalidad mía, no ayuda.

Como era de esperar no contuvo sus lágrimas y mucho menos cuando los brazos de su hermano la rodearon.

«No hay mal que por bien no venga», pensó.

Al fin había dejado salir sus monstruos y tal vez eso fuera liberador. Así lo sentía y deseaba. Le gustaba hablar con la gente que sabía que la entendería, era revelador y gratificante. Quería mantener ese coraje para seguir aprendiendo a confiar y a pedir ayuda, aunque por el momento fuera demasiado selectiva. Eran sus primeros pasos después de todo y solo por eso eran un gran avance.

Quizás era un nuevo comienzo para su alma ya libre. Rogó por ello, quería apostar a esa idea. Solo tenía que mantenerse firme y aunque le costase mucho mejorar y cambiar lo necesario para lograrlo, ya no estaba tan sola.

Había un pequeño cambio en su interior, podía sentirlo.

—Viejo, ni un solo día en la semana has venido —le dijo Iván al teléfono.

—Lo sé, es que estoy entrenando para ganarte —respondió Matías. Jamás le reconocería que quería evitar a Sabrina y todas las tentaciones que venían con ella.

—Matías, si es por Sabri..., ella me dijo que no se llevan bien, pero... Hey, somos amigos y ella es mi hermana...

Matías hizo silencio para pensar unos minutos después de aclararle a su amigo que no era por ella y que salía para su casa a darle una paliza en el jueguito de fútbol.

No podía creerlo. Ella le había dicho a Iván que no se llevaban bien, ¿cómo podía inventar semejante estupidez? Si antes había hecho un esfuerzo sobrehumano para no decirle unas cuantas cosas, inventadas porque si lo pensaba bien no tenía argumento alguno para gritarle nada, ahora tenía que pedir un milagro para contenerse. Pero claro, ahora sí tenía un argumento para vaciar sus ganas de estar enojado con Sabrina. Jamás se animó a pensar en el verdadero origen de su enojo o frustración o lo que fuera que alimentara esa necesidad de enfrentarse con ella.

Llegó al departamento de su amigo y su enemiga, con una fingida sonrisa en los labios, pero ella no estaba.

¿Cómo podía hacerle algo así?

De seguro la cobarde estaba huyendo de él. «¿Como tú hasta hace un rato? Eso no es del todo cierto». Su mente gritaba y discutía con ella misma mientras veía a su amigo entregarle una cerveza con una seriedad que pocas veces le había visto.

—¿Todo bien, Iván?

—Sí. Solo..., tengo muchas cosas en la cabeza.

—Empieza por una y vemos si puedo ayudar, al menos escuchando.

—Renata. Estamos volviendo de a poco y estoy muy contento. Estamos aclarando los malos entendidos y... mi jefe me propuso un viaje a la fábrica.

—¿A Estados Unidos?

—Sí. Cuando termine Steven aquí con todo lo suyo, nos iríamos juntos. Son varios meses, pero menos de un año. No puedo decirle esto a Renata justo ahora, y tampoco a Sabri. Ella tampoco está pasando un buen momento y...

Hasta ahí Matías escuchó con atención. El resto se le hizo complicado porque su mente tenía preguntas que no se animaba a hacer en voz alta. Iván seguía planteando sus dudas por su noviazgo recuperado y él solo quería saber sobre los problemas de Sabrina, porque estaba seguro de que algunos lo

incluían, y no podía definirse entre sentirse contento por estar al menos entre sus problemas o culpable por lo mismo.

—... hablamos el domingo pasado —continuaba Iván—, Sabrina es tan discreta y retraída, que le cuesta relacionarse, lo habrás notado. Es demasiado cohibida como para que le sea fácil.

Matías volvió a poner su atención completa. Por fin hablaba sobre ella. Y, no, había notado otras cosas, no esas. O sí, lo había notado, pero ¿lo había interpretado de otra forma? ¿No eran esas sus armas de seducción o provocación? Esa caída de ojos y esa sonrisa que moría antes de nacer en esos preciosos labios...

—Me contó un poco sobre sus amores. Han sido pocos y dolorosos.

—Pero en Roma debe haber tenido parejas, amantes, yo qué sé..., algo.

—Ella no es de amantes, Matías.

Esas palabras le hicieron eco en su mente como si chocaran en muchas paredes, infinitas veces y no quisieran dejar de sonar. No quería creerlo, aunque si pensaba, realmente pensaba, sin los enojos ni sus deseos de por medio, eso era real. Sabrina no había tenido nada con Steven, solo un par de miradas. Todas las mujeres le dedicaban a Steven un par de miradas, ella era una más. A él no le gustaban los hombres, pero reconocía que ese en particular gustaba a todas las féminas. Con los otros dos que pensó que ella tenía algo, eran una pareja, y no era un detalle menor porque ese sencillo detalladito los alejaba de ella. No la había visto con ningún otro hombre y no salía mucho de noche, eso le constaba.

¿Solo la había prejuzgado por su apariencia? Tampoco. No tenía apariencia de comehombres como la había llamado, no obstante, el mote se lo había asignado igual.

Otra vez, todo carecía de sentido en su cabeza y ya analizaba con más seriedad la idea de hacerse ver con un psicólogo.

Elucubrando ideas, no se dio cuenta cuándo la puerta se abrió y ella interrumpió la conversación interesante y aclaradora, por cierto, que tenía con su amigo.

—Gruñona, te estábamos esperando para pedir algo de comer.

Matías reparó en su presencia y en su elegante falda larga, otra diferente, pero igual de distinguida, y sus zapatos de tacón alto que la hacían lucir esbelta. Su cabello suelto y... su cara de decepción al verlo, sin embargo, para no dejar de ser fiel a sí mismo, decidió que poco le importaba su

decepción.

—Ocupaos de pedir. Yo tengo trabajo que hacer y me voy a poner cómoda.
—La vio alejarse. Solo le dedicó un movimiento de cabeza a modo de saludo y nada más.

Sabrina frotó en el acolchado las palmas de las manos sudadas. No esperaba verlo, ya habían pasado tantos días sin noticias que hasta se había olvidado de él.

Tal vez Juan había colaborado, no lo negaría. Era muy simpático y le hacía olvidar sus problemas.

Con el mensaje enviado esa noche a Juan abrió una conversación, a los pocos días él la invitó a salir y, dándose un permiso inusual en ella, aceptó. Estaba cansada de pensar en Matías y darle más importancia a sus dudas e inseguridades que a las posibilidades que se le presentaban.

En ese instante en que Matías volvía a irrumpir en sus pensamientos, nada más y nada menos que con su presencia, estaba pensando en el pequeño beso robado por Juan. Había venido acompañado de una dulce caricia en la mejilla y palabras lindas que, tal vez, tenía ganas de escuchar de la voz de un hombre, desde hacía mucho tiempo. Ese tierno gesto había apartado todos sus innecesarios recuerdos de otros besos, caricias y palabras dichas solo para molestar.

Claro que «apartado» no significaba «desaparecido». Esos recuerdos estaban ahí, en algún lugar.

No podía mentirse a sí misma, pero lo intentaba con tantas ganas que juraba que por momentos lo lograba. Olvidarse de Matías y su mirada oscura e intimidante sería como pedir un milagro, aun así, no desistiría en su intento. Por eso, con su pijama y sus pantuflas, caminó hasta la cocina para ayudar a poner lo necesario en la mesa mientras Iván bajaba a buscar la *pizza*. Lo ideal hubiese sido que Matías bajara, pero no todo lo que deseaba se cumplía.

—Dime con qué ayuda —dijo él sin mucho matiz en su voz. Estaba incómodo. Por una vez le tocaba a él estarlo.

—Puedes poner los vasos, están en esa puerta. —Sabrina le señaló el lugar intentando mantener las distancias para evitar roces.

—Entonces... ¿por qué nunca faldas cortas? —preguntó Matías, y al instante quería golpear su cabeza contra el marco de la puerta. Intentando lograr una conversación tonta y que matase el tiempo, había hecho la pregunta que tantas veces había quedado sin respuesta en su cabeza, al verla con esas

prendas que usaba. Originales sí, pero con demasiada tela para lo que acostumbraba a ver en las mujeres. Tanta era la necesidad de espiar lo que escondía debajo que hasta su mente jugaba con él poniendo en su boca palabras que no quería pronunciar.

—No me gustan m... —Sabrina hizo silencio, no tenía por qué contarle que entre otras cosas odiaba sus rodillas—. No me gustan.

Sabrina volvió a abrir la heladera para asegurarse que el helado de frutillas estaba adonde lo había dejado. Adoraba consentir a su hermano, aunque fuera en una cosa tan pequeña como comprar su helado favorito y más si él cada tanto le regalaba una rosa roja de tallo largo sabiendo que todavía era su flor preferida.

Matías no podía con sus pensamientos aturdiéndolo en silencio. ¿Ella lo ignoraba o solo le parecía? Necesitaba descubrirlo y, de paso, confirmar que ese perfume tan dulce era el suyo. Apoyó su pecho en la espalda de ella que todavía estaba frente a la heladera.

«Atrapada», pensó, así la quería. Rozando su cuerpo, provocando esa tentación divina. Notaba cómo se estaba excitando con el mínimo roce de ese trasero en su entrepierna, quería que fuese un contacto más firme, pero se controlaría. Disfrutaba con todos sus sentidos esa caprichosa pasión retenida a la que ella lo sometía.

Sabrina podía sentir la punta de los pies de él pegada a sus talones y más cosas que intentaba ignorar. Todo su cuerpo se tensó. Intentó aflojarse y poner su mente en blanco, incluso intentó recordar el rostro de Juan y hasta analizó las posibilidades de huir de esa comida improvisada. Necesitaba que su cuerpo hablara de indiferencia, que él creyera que poco le importaba su presencia.

Matías olió con fuerza y sonido, absorbiendo ese aroma tan delicado. Disfrutó del contacto y la silenciosa docilidad de ella que, suponía, sería por demasiado poco tiempo.

—Es tan rico tu perfume y tú tan seductora. —«¡Cómo no!», pensó ella, esperando algunas palabras similares y no la defraudó. Era lógico que quisiera volver a molestarla, pues ella ya no estaba dispuesta.

—Gracias. Ahora, si eres tan amable, ¿me das espacio? —Sabrina se felicitó en silencio en los tres idiomas, por fin lograba coherencia frente a él. Se sintió tan orgullosa de sí misma que apenas si podía controlar su sonrisa.

Matías suspiró pegando todo su aliento en la nuca femenina que mordería

con lujuria, solo para empezar por algún lado. Pero ella estaba poniendo fin a todo con su actitud. Aunque su respiración agitada tan controlada y dulce le parecía excitante, lo dejaría, abandonaría el juego... «Una lástima», pensó mientras se alejaba.

La comida pasó sin mayores contratiempos, cada uno sumido en sus propios pensamientos y disimulando conversaciones que poco les importaban.

La noche llegó y también pasó.

El sábado era un día nuevo para cada uno y los tres intentarían subsanar lo que, suponían, eran errores.

Iván saldría con Renata y si se animaba conversaría sobre esa interesante propuesta laboral que los alejaría por un tiempo. Procurando una abierta conversación para no perder todo lo que ya había ganado. No la perdería otra vez, no por palabras no dichas.

Matías, por su parte, intentaría llevarse a una mujer a la cama y saciar sus necesidades físicas, sin analizar demasiado las cosas. Solo quería mantenerlas fáciles, sin complicaciones, como le gustaban. Quería olvidarse de las mujeres problemáticas, con historias amorosas dolorosas, con alma de mojigatas y excitantes como el mismo infierno. Esas últimas palabras las descartó en el mismo momento en que las pensó.

Sabrina le debía una respuesta a Juan, tal vez sí aceptaría conocerlo como él pretendía, de una forma más íntima. Nada se lo impedía y tenía intención de probarse a sí misma cuánto había cambiado. Además, era un hombre que le provocaba esas ganas de enamorarse que hacía mucho, no tenía. Antonio la había convencido, no era una conclusión sacada solo por su mente movilizadora por nuevas inquietudes. «No pasa nada si no sale bien. Eso es vivir. Intentar, y si fracasas, volver a intentar», le había dicho.

Para ella no había sido tan fácil eso de fracasar, de todas formas, lo haría.

—Intentar —se repitió mientras terminaba de arreglarse y atendía la llamada telefónica—. Hola, mamá.

—Hola, hija. Qué suerte que te encuentre desocupada.

—Bueno, sí, más o menos. Estoy a punto de salir.

—Perfecto, no te entretengo mucho. Una vez que no estás pegada a tus libros...

—Mamá, no empieces. Descanso lo suficiente y trabajo lo necesario. Ya lo hablamos.

—Sí, sí, lo hablamos y no me convenzo. No digo nada más al respecto.

Solo quería confirmar si mañana venías a casa.

—Domingo familiar y asado, por supuesto, solo enferma faltaría. Me perdí demasiados asados, mamá.

—Lo imaginaba, hija —dijo sonriente María—. Volvemos a tener invitados.

—La tía, ¿volvió del Caribe?

—No, Sabri. Vienen Aurora y su hijo. —«Bingo», pensó Sabrina.

Negó en silencio tantas veces como necesitó para darse cuenta de que, por más que lo hiciera, nada cambiaría y hasta era de suponer, no podía extrañarse tanto. La agradable señora que había conocido hacía una semana era la madre de Lucifer. «Ups, qué grosero error, de Matías», pensó con una sarcástica sonrisa.

—Bien, mamá, no hay problema. Ahora tengo que cortar. Nos vemos mañana, te quiero, mami.

Suspiró mirándose al espejo. No tenía intenciones de comenzar a odiar los domingos, pero como siguieran así...

Ver a Matías era como ver al diablo. Sonrío. Bueno, tal vez exageraba. Él para ella significaba más de lo que quería creer y más de lo que le gustaría, inclusive.

Volvió a reparar en lo que recordaba de su aspecto, no era tan atractivo, incluso Juan era más lindo. Evidentemente lo que llamaba su atención no era eso. Si tan solo contase con algo de simpatía y la aprovechase con una sonrisa de esas que todos los hombres acompañan con una pícaro mirada. «Más interesante o menos, pero todos cuentan con una», se convenció. «Todos menos él, que carece de mirada pícaro y la reemplaza por una intensa y a veces atemorizante que, hasta quita la respiración, y su sonrisa es inexistente y está sustituida por una inexplicable y permanente cara de culo», recordó.

—Qué horror sentir miedo por el amigo de tu hermano —se dijo en voz alta, mirándose al espejo. Porque había asumido que por momentos era miedo y no incomodidad lo que sentía.

Esa agitación perturbadora que la atrapaba solo de pensar en verlo, ese calor entre sus omóplatos y esa inseguridad de no poder dominar su cuerpo ante el efecto de la anticipación. Sentir la lengua seca y un raro retorcijón en el estómago que no podía definir de agradable o desagradable. La rigidez de todos sus músculos... Odiaba todas esas sensaciones. Y mucho más después de descubrir que su sueño trasnochaba recordando esa boca, cualquier palabra

que le susurrase al oído y hasta con esas electrizantes estupideces a las que la sometía cuando podía. Estupideces que, junto con su presencia, la mantenían en un estado de alerta permanente.

Tanta tensión al verlo no hacía otra cosa que guiarla a comportarse como no quería.

¿Cómo no tenerle miedo si dejaba de ser ella ante él y hasta su cuerpo se rebelaba?

Sin embargo, y era duro de reconocer, todo eso la hacía sentirse atraída hacia él. Demasiado para lo que le gustaría si pudiese elegir, y hasta era embarazoso y frustrante no sentirse correspondida. Además, ¿qué tan bien podía hablar de ella que le gustase un hombre como Matías?

Era un domingo hermoso, soleado y fresco. Ideal para disfrutar de la tarde y correr tras la pelota con sus sobrinos y sus hermanos, tal vez incluir a su cuñada en una de esas riñas de cosquillas en las que las mujeres perdían. Aunque, para Sabrina, ese domingo sería diferente a todos, al menos eso intuía.

—Hola, Sabrina.

—Hola, Aurora, qué gusto volver a verla. ¿Cómo está del dolor de espalda?

—Bien, querida, gracias por preguntar, solo fue un mal movimiento. — Matías miró primero a su madre y luego a la mujer que intentaba ignorarlo. ¿De qué dolor de espalda hablaban?

—¿Desde cuándo te duele la espalda, mamá?

—Nada importante, Matías. Lo comenté el domingo y ella lo ha recordado.

—Mamá, si tienes dolores de espalda deberías...

—Matías, por favor. No fue nada —lo interrumpió su madre golpeando suavemente su hombro para tranquilizarlo.

Matías miró a Sabrina que se regocijaba intentando ocultar una sonrisa. No quería empezar a tenerla entre ceja y ceja... Suspiró y solo para que dejase de sonreír se acercó y besó su mejilla.

—Hola, Sabrina.

—Sí, hola. Bomboncitos, buscad la pelota —les gritó a sus sobrinos casi en el oído de Matías, sin ningún reparo.

Él se alejó cuanto pudo ante el grito y se mordió el labio para no largar las palabrotas que se le cruzaban por la cabeza en ese instante. Auguraba un domingo sangriento si no empezaba a contenerse.

—Hablé con Renata —dijo Iván a su espalda y con esfuerzo, pudo sacar los ojos de la mujer que pateaba la pelota incluso mejor que alguno de sus amigos y para qué negarlo, mejor que él mismo—. Parece que entiende que es trabajo y no me va a dejar otra vez por eso. Solo me queda esperar la propuesta formal y hablar con mi hermana.

—La que no parece estar tan mal como has dicho —casi gruñó Matías al recibir el pelotazo en el brazo.

—¡Perdón! —gritó Sabrina sin mirarlo siquiera. «Te la debía», pensó riendo con su sobrino.

—Está entusiasmada porque ha conocido a alguien. Espero que eso me ayude.

—¿Ha conocido a alguien?

—Sí, un tal Juan. —Matías entendió todo. Su apatía, su rechazo, su mirada firme..., extrañaba esa sensación de verla bajar los párpados mientras sus mejillas se sonrojaban.

Una espantosa sensación parecida a un golpe en la boca del estómago lo dejó sin aire. No quería analizarla; como todo lo que ella le provocaba, no se animaba a hacerlo.

—Bueno, ya se te solucionan los problemas, amigo.

—Eso parece.

El almuerzo fue un trago amargo de digerir para Matías, no por el asado o el vino que eran deliciosos, sino por la indiferencia de Sabrina y las preciosas sonrisas, incluso carcajadas que desconocía de ella y que les dedicaba a todos, menos a él.

No era tonto, podía asumir que lo tenía muy merecido, no se había comportado con ella de la mejor manera. Jamás analizaría el motivo tampoco de esos comportamientos. No le importaba en lo más mínimo pensar o analizar nada. No fuera a ser cosa que esos pensamientos derivasen en unos nuevos y esos en otros más y llegase a conclusiones a las que no quería llegar.

Sabrina sonrió ante el mensaje de texto recibido de Juan. No le diría nada a su madre todavía. Juan era poco más que un desconocido aún, con quien pasaba lindos momentos, ni más ni menos que eso. Si les contaba a sus padres seguramente ya se ponían a imaginar el vestido de novia.

El argumento del trabajo, aunque usadísimo y común, siempre resultaba la excusa perfecta y fue el que utilizó para escabullirse de la reunión familiar con agregados esta vez. Estaba algo importunada por la presencia del hombre que,

desde hacía varios días, le quitaba algunos suspiros y sueños, además de exabruptos y enojos.

Decidida a no querer sufrir por él, porque no se lo merecía, apostaba a la indiferencia. Una persona egoísta y poco sensible como Matías no merecía ni cinco segundos de su tiempo y le dolía que robase más que eso. Juan, en cambio, se merecía un buen intento. Había sido atento, simpático y educado y lo único que le había robado había sido un dulce y corto beso de labios cerrados que la dejó con la esperanza que hacía mucho no tenía.

Tal vez él le enseñara a dejar de pensar en Matías.

—Iván, ¿me prestas el coche para volver a casa? Juan va a pasar un rato. Por la noche tiene un compromiso y...

—No me des explicaciones, claro que te lo presto. Me puedo ir con Matías —dijo Iván con una enorme sonrisa en los labios, contento por su hermana.

Sabrina tomó las llaves y después de saludar a todos, desapareció.

Tal vez más tranquilo sin su presencia, Matías disfrutó de la tarde con Iván, Francisco y los niños, jugando al fútbol. La verdad, no era algo que se le diese muy bien, pero le divertía cada tanto correr detrás de la pelota.

—Me voy, mamá. Creo que ya es suficiente por hoy —le dijo a su madre y con un abrazo, disimuladamente, robó su taza de café para tomar un trago.

No pudo obviar recordar otras tazas de café en unas manos de dedos largos. Sacudió la cabeza para quitar el recuerdo de Sabrina de su mente, era casi inevitable asociarla con el café, casi no recordaba verla sin una taza en la mano.

—¿Me dejas en casa? Sabrina se llevó mi coche. Tenía que ver a su chico. Si quieres podemos hacer un partido en la consola. —Iván no tuvo ninguna intención oculta al decir esas frases, pero a Matías le cayeron como si hubiese recibido la traición menos esperada de su parte. Tragó saliva con su garganta seca. Estaba, ¿cómo definirlo?, furioso, contrariado, curioso, molesto y algo más, estaba seguro, pero dejó de enumerar sus emociones.

—No he visto cuando se ha ido —dijo mientras caminaban los dos solos hacia el auto. Su madre estaba rezagada, era de saludos lentos y largos.

Era mentira que no había visto ir a Sabrina. Vio cómo saludó a los padres con inmenso amor; al hermano mayor prometiendo una visita pronto y a los sobrinos con cosquillas y sonoros besos; incluso cómo abrazó a Aurora, su madre, con afecto y ella le prometió para la próxima, su tarta de manzana. Para él no hubo saludo alguno.

En el viaje no hubo más referencias a Sabrina, solo una amena y divertida charla con Aurora.

Al llegar a casa de Iván, después de dejar a su madre y mientras estacionaba, hubiera preferido que su amigo se mantuviera en silencio y no le dijera nada. Dicen que ojos que no ven, corazón que no siente. Era demasiado decir que su corazón podía sentir algo por esa mujer, sin embargo, algo sintió. Tal vez era... o podía ser... no sabía qué, en realidad, pero algo sintió.

—No la pongas incómoda —le pidió Iván a modo de advertencia.

—¿De qué hablas? —preguntó en el mismo instante en que Iván le señalaba una camioneta azul adonde había un muchacho apoyado y sobre el cuerpo de ese muchacho, dato no menor, Sabrina reía y se dejaba acariciar el cabello.

Conocía esa sonrisa. Ella no era la excepción, todas las mujeres tenían una sonrisa de esas que podían parecer tontas, pero eran deliciosas y dulces, cada vez que un hombre les regalaba un piropo o alguna palabra incómoda, sin embargo, agradable y esperada. Evidentemente ese tal Juan sí sabía decirle cosas que le gustaban. Tal vez tenía el tacto que él no creía tener para llegar a ella, al menos eso había intuido. Sus formas no eran las adecuadas para una niña con aires de princesa, pensó escondido detrás de su enojo. Desde ese lugar era más fácil ver o inventar defectos en el otro. En este caso en Sabrina.

—Vamos a tener que investigar a este tipo —dijo intentando controlar en vano las sensaciones que estaba experimentando. Un insoportable calor subía por su cuerpo desde los pies hasta la nuca y la tensión en sus hombros se volvió dolorosa. El calor se volvió ardor al verla besarse con ese hombre y hasta sus dedos dolían de tan apretado que tenía el puño.

—¿Lo hiciste con tu cuñado? —le preguntó Iván, ajeno a todo pensamiento de su amigo.

—Era muy chico. Pero pude inmiscuirme en alguna cita y lograr algún regalo utilizando la amenaza de contarle a mi madre que había visto situaciones comprometidas. —Iván rio con ganas ante la cara de asco de Matías. Lo entendía, no era grato imaginar a su hermana en esa situación.

—¿Los viste? —Ya estaban a punto de entrar al ascensor.

—No, claro que no. Pero sabía que lo hacían.

Matías no quiso mirar, peleó con sus músculos todo lo que pudo, pero perdió. Su cuello giró y sus ojos la enfocaron una vez más para ver un beso de esos de boca abierta, lenguas acariciándose y dedos enredados en el cabello

ajeno. Estaban muy pegados, muy abrazados y muy compenetrados.

Al entrar al departamento no lo dudó, era demasiado grande la intriga que tenía que eliminar de su mente.

—¿Adónde vas? —preguntó el dueño de la casa.

—A averiguar si tuvieron sexo en tu ausencia. —Algo de su tensión se aflojó y comenzó a distenderse un poco al notar la cama en impecable estado—. La cama está intacta. Podemos quedarnos tranquilos, salvo que hayan usado la tuya —dijo sonriendo y más contento de lo que reconocería jamás.

—¡Por favor, Matías, tiene treinta años!

Sabrina estaba feliz, al menos eso intentaba. Juan era dulce, cariñoso y sabía pronunciar palabras agradables. La había besado después de que él le pidiese permiso para hacerlo. Le pareció un detalle exquisito e inesperado, a juzgar por sus últimas experiencias, y ante esa mirada de ojitos tiernos y sonrisa de lado le había resultado imposible negarse.

Tal vez no había sentido ese torbellino furioso de efectos secundarios, sin embargo, había sido un beso hermoso. Ese tipo de besos que dejan una sonrisa tonta en la cara y así, con esa tonta sonrisa, entró al departamento con la emoción todavía cargada en el pecho. Estaba a punto de suspirar sonoramente cuando los vio sentados en el sofá y el alma se le cayó al piso. Por supuesto, la sonrisa desapareció al instante. La sola visión de Matías con esa cínica mueca en los labios arruinó todo lo lindo que había sentido envuelta en los brazos de Juan.

Pero no se dejaría vencer. «Un tropezón no es caída», se dijo y avanzó hasta su cuarto saludando con un simple hola.

—Te hemos visto —dijo Matías. No quería que se fuera, necesitaba molestarla. ¡Por Dios, cómo necesitaba hacerlo!—. Esos besos en plena calle...

—¿Me estabais espiando?

—Claro que no, para eso necesitaríais haberos escondido y estabais a la vista de todos. Incluyendo la mía.

—Déjala en paz —advirtió Iván encerrándose en el baño.

—¿Sabes qué...? No te entiendo... —aseguró Sabrina acercándose para que pudiera hasta oler su furia, si tuviese el coraje hasta disfrutaría de darle un buena y sonora cachetada—. Él es mi novio y tú eres nada, no tengo que darte ninguna explicación. Esto no tiene sentido.

—Tu novio —repitió Matías con algo de sarcasmo.

—Sí. ¿Algún problema?

—Entiendo, tu novio —repitió con la vista clavada en el televisor.

Era el momento de la retirada definitiva de la vida de Sabrina. ¿Eso sentirían las mujeres al ser rechazadas por un hombre?, se preguntaba. Porque así se sentía, rechazado. Le costaba asumir que, a ella, él no le importaba, tanto como le costaba verse indiferente ante la nueva noticia.

—Bien —dijo Sabrina largando un profundo suspiro.

—Ajá. —Si quería sonar desinteresado lo había logrado, en eso reparó Sabrina sintiendo cómo sus ojos se nublaban cubiertos de lágrimas. Se sentía una idiota.

—Adiós —se despidió ella, encerrándose en su cuarto. No le dedicaría ni una sola lágrima más.

Los días pasaron. Para Matías más lento de lo usual y para Sabrina, más rápidos.

Ella tenía poco tiempo libre en el día, era casi todo consumido por un proyecto nuevo que le había llegado de uno de sus contactos de España. A eso le dedicaba horas sentada en la silla más cómoda del comedor de su casa, después de llegar de la oficina. No tenía mucho que decir al respecto, amaba su trabajo.

Juan, a pesar de promocionar su paciencia, le hacía notar sus ausencias y habían tenido una conversación que a ella le había incomodado un poco. Claro que ella era algo inexperta en eso de repartir su tiempo porque su trabajo lo era todo. Su vida, su pasión, su amor, todo pasaba por esas carpetas y libros. Así había sido por tanto tiempo que no podía todavía entender que debía aprender a dividirse entre sus amores por la historia y sus amores de carne y hueso. A los que tampoco estaba acostumbrada, a decir verdad.

Eso de amores no era tan así, pues todavía no estaba enamorada de su novio. Disfrutaba de su buen humor, de su compañía, de sus besos y caricias, nada más por el momento y no le parecía poco.

—Tal vez tiene un poquito de razón, bonita —dijo Antonio esa tarde, sentados donde siempre y haciendo referencia a su primera discusión de noviazgo por el poco tiempo que le dedicaba al mismo.

Sabrina había hecho enormes cambios en su vida, claro que no era demasiado consciente de todos, sí de algunos. Por ejemplo, de que adoraba compartir sus inquietudes y aprendía de los consejos con buena intención de sus amigos y de su hermano. Incluso su cuñada estaba sumándose al grupo de

consejeras de la nueva Sabrina.

—Supongo. Nunca he tenido que compartir la historia con un hombre. Siempre he preferido la historia.^[P]_[SEP]—Eso no habla muy bien de ti, Sabrina. No vuelvas a repetir esa frase, por favor —gruñó Julito, y Antonio afirmó con la cabeza y algún que otro aparatoso movimiento de manos.

Ya lo había decidido, necesitaba avanzar en esa relación porque estaba estancada a pesar de tener escasos días, y Juan tenía razón. Claro que lo sabía, era muy consciente de eso. Quería ser una buena novia porque él era un buen novio y aprendería a tener una seria relación con él. Era merecedor de todo su esfuerzo. Lo que no tenía muy claro era cómo modificar sus costumbres sin sentirse infiel a sí misma.

Matías había tenido que hacer un viaje de trabajo de pocos días al sur del país, nada que no hubiese aprovechado. Esa distancia y cambio de aire lo hicieron recapacitar.

Al principio había sopesado la posibilidad de alejarse un poco de su amigo, por ende, de Sabrina también, al menos mientras sus deseos y enojos morían lentamente, pero Iván era su amigo, no podía apartarse de su vida por una estupidez cometida con su hermana. Estupidez que, por cierto, nadie le había obligado a hacer. Era una persona adulta y como tal asumía las consecuencias de sus actos. Ergo, asumiría esta también.

Ella no había dejado de aparecer en sus noches convirtiendo los sueños en eróticas pesadillas y si hubiese podido elegir, preferiría poder odiarla por eso, sin embargo, esa mujer no era la responsable de sus pensamientos y caprichos. Nunca lo había sido.

¡Con qué claridad veía ahora las cosas!

En alguna que otra conversación con su amigo, durante esas largas noches de tertulia a las que útilmente se dedicaban, había podido atar más cabos, de esos sueltos que tenía en su cabeza. Iván estaba conociendo a la nueva Sabrina mientras le contaba cosas de la antigua, según le había relatado. Una mujer que contaba sus tristezas y alegrías y compartía un poco más sus intimidades como nunca lo había hecho. Le había confesado que había descubierto que desconocía muchas cosas, cosas que ella ahora le contaba con naturalidad, y a pesar de haberlo puesto en evidencia como un hermano desconsiderado y ciego, de esos que no podía notar el sufrimiento ajeno, había disfrutado percibiendo el cambio de su hermana.

Iván le hablaba sin mucho detalle, por supuesto, porque cuidaba la

intimidad de Sabrina. Solo exteriorizaba lo que él sentía al respecto y cómo disfrutaba con todo aquello, porque su sueño de convivencia con su hermana mejoraba con cada día y eso era digno de ser compartido con su mejor amigo. Sin embargo, para Matías cualquier detalle, por pequeño que fuese mientras la involucrase, servía para conocerla mejor y darse cuenta de lo estúpido que a veces podía llegar a ser.

Sabrina había resultado ser una dulce mujer que no se creía fuerte ni apreciada y por eso su timidez era siempre su carta de presentación ante la gente. Era simple inseguridad o débil personalidad que estaba dejando de existir lentamente. Habían sido algunas de las explicaciones de su amigo, tal vez no en esas palabras. Había dado a entender también que los hombres no habían sido una buena colaboración para que ella abandonara esa retraída forma de ser, sino que sus relaciones con ellos habían sido el detonante para exacerbarla.

Matías había sacado conclusiones propias en esas charlas, que lo subían a una categoría de idiota en su máxima potencia sin escalas intermedias. Al menos así se sentía día tras día.

Se había comportado como un maldito energúmeno con ella. Sin embargo, eso no explicaba ninguna de las reacciones de ambos. Las de ella eran un misterio y así seguirían siendo para él. Las propias, podía reconocerlas como algo de frustración e impotencia ante una mujer que le gustaba. Sí, no perdía ni ganaba nada reconociéndolo, le gustaba mucho. Se sentía atraído por ella con un deseo irracional y antojadizo que había aprendido a dominar al verla, en pocas ocasiones, con su novio o sus amigos; o sola, pero indiferente. Era una nena de papá y una mariposa frágil, después de todo. Era el tipo de mujer que él dañaría sin querer. Ella era ese cielo que jamás podría alcanzar, simplemente, porque no sabía cómo llegar a él.

Estas eran las experiencias que no tenía en su haber, esas que necesitaba para modificar algunas de sus actitudes y replantearse otras. De las que aprendía y tomaba lo mejor. Comenzaba a darse por aludido, ya no era un joven alocado que podía vivir el día trabajando y la noche teniendo sexo con alguna mujer o simplemente divirtiéndose con amigos.

«La vida debe ser algo más», pensó poniendo en marcha su coche para ir a trabajar. «Tiene que ser algo más».

Sabrina se había disculpado con Juan lo suficiente para que él la perdonara, la pasara a buscar por el trabajo y la invitara a comer. Habían

pasado una hermosa velada que bien podría terminar por fin en la cama, pensaba ella. Juan lo venía pensando desde hacía tres semanas, la misma cantidad de semanas que tenía su relación. Sin embargo, el tiempo y ocupaciones de ambos habían estado conspirando en su contra desde entonces.

Juan estaba analizando cómo avanzar, ya sentados en el sofá del *living* con un café en la mano, como no podía ser de otra manera si se estaba con Sabrina. Ese líquido debía haber teñido la sangre de su novia, pensaba.

Juan no se sentía un experto en mujeres y mucho menos en las que eran como ella, poco demostrativas, se podría decir. Porque a todo lo demás, que él sí había adivinado sabiamente, a todas esas características que forjaban la personalidad especial de la mujer de la que, parecía, se estaba enamorando, se le sumaba la poca exteriorización de sus sentimientos. Tal vez, como ella decía, era por la inexperiencia o la falta de costumbre o quién sabe por qué, pero así era y Juan, siendo todo lo contrario, estaba intentando acomodarse.

Sabrina apoyó su cabeza en el hombro de su novio, adoraba su perfume porque era suave y poco invasivo, como él. Era inevitable comparar, cada tanto, a Juan con Matías, jamás llegaba a un punto de similitud, siempre los encontraba opuestos. Juan pedía, Matías tomaba. Juan era ternura; Matías, pasión. Juan era tranquilidad, Matías, un torbellino. Y si tuviese que poner un color a cada uno, Juan era blanco y Matías, negro.

Suspiró resignada, ya su mente no le respondía, Matías llegaba a ocupar más pensamientos de los que ella pretendía, sin permiso. Estaba acostumbrándose a eso, no obstante, no se estaba resignando.

Sintió una mano apretando su cintura y supo que era el comienzo de lo que quería, no lo evitaría. Levantó la cara y se encontró con unos hermosos ojos marrones que la miraban con deseo. Era lindo descubrir el deseo de un hombre por ella.

Juan la besó con inseguridad al principio y ella profundizó el beso llevando su mano al cuello de él y perdiendo los dedos en su cabello despeinado y suave. Sonrió ante la respuesta sonora de su novio y de pronto se encontró recostada debajo de él.

Besos nuevos, embriagadores e implacables, estaban poniendo su mente en blanco.

Sabrina deseaba con toda su fuerza sentir pasión, desenfreno, caliente ardor en su espalda, en sus mejillas y en su entrepierna, ante un beso, una caricia, un golpe de aliento tibio o un susurro. Y más necesitaba olvidar

aquellos que habían robado su paz hasta hacía poco menos de un mes y que añoraba como si fuesen lo único que su cuerpo necesitase para satisfacerlo.

Los besos de Juan no sabían a cerveza ni sus palabras eran autoritarias ni sus labios eran esponjosos y exigentes..., eran todo lo contrario.

Advirtió una mano en uno de sus pechos y un mordisco suave y electrificante en su cuello. Soltó un gemido sorpresivo y sintió que explotaba de felicidad porque su cuerpo respondía, no era indiferente, podría olvidar. Por fin una luz de esperanza. Apretó más su agarre y el cuerpo masculino se apoyó en el de ella, dejando notar cuánto la deseaba, entonces ella aprovechó ese contacto enredando sus piernas en la cintura de él. Otro jadeo ante el roce, le robó una sonrisa.

Juan la miró a los ojos y ella le respondió con una mirada igual de intensa.

—Hagamos que haya valido la pena la espera, hermosa.

—Bésame, no te detengas. —Quería más, se sentía insaciable, su cuerpo estaba liberando sus necesidades.

—Salía con Juan, no sé si habrán vuelto. —Se escuchó a través de la puerta y luego la cerradura al ser manipulada con una llave.

—¡Demonios, mi hermano! —masculló nerviosa.

Juan se rio sonoramente, sintiéndose un adolescente atrapado por el padre de su noviecita. Se acomodó en el sofá y la ayudó a ella a incorporarse. De tanta risa apenas si lo lograron. Iván, Renata y Matías entraron cuando Juan peinaba entre sus dedos el desordenado cabello de Sabrina, que no podía disimular su risa nerviosa.

—¡Por Dios, qué vergüenza! —le susurró a su novio.

—Tranquila —respondió él con un beso en la frente.

Matías entró justo para ver todo ese despliegue de ternura. Lo odió instantáneamente, no solo al despliegue, sino a Juan y a toda su dulzura. Él jamás sería capaz de hacer algo similar, ¿o sí? Era un eunuco inservible en el arte de amar, así podía definirse y se quedaba corto. Definitivamente se tenía poca fe en ese aspecto.

—Perdón por la interrupción —dijo Renata sentándose a un costado después de saludarlos a ambos con un beso.

—No hay problema estábamos terminando el café. Sabrina no podía no tomar uno después de comer —dijo Juan haciendo reír a todos y besando la mejilla de la nombrada que todavía estaba sonrojada.

Matías reparó en ese precioso color y en sus ojitos brillantes enmarcados

entre tantas pestañas. Estaba aterrado con lo que su imaginación le decía y no se equivocaba. Miró el lugar que ella dejaba a su lado con furia retenida, era inevitable que su mente la desnudara y la recostara sobre el mullido sofá y pusiera a ese estúpido sobre ella. Sus ideas no estaban tan alejadas de la realidad.

—Amor, ven —gritó Iván desde su cuarto y Renata abandonó el *living*.

—Permiso —dijo Juan poniéndose de pie para meterse en el baño. Necesitaba recomponerse un poco.

—¿Qué tal? —preguntó Matías a Sabrina señalando el lugar del baño con su mentón, para hacer referencia a su relación con Juan.

—Bien, conociéndonos.

—Qué bueno —dijo utilizando todos los músculos del cuerpo para forzar una sonrisa que era incapaz de hacerla parecer sincera.

—Sí —dijo ella sin poder quitar su mirada de la de él. Esos ojos oscuros eran su perdición. Brillaban como nunca.

—Tienes... un botón... —No quiso terminar la frase, ella llevó su mano a su escote y prendió el botón rebelde con un movimiento que pudo hacerlo ver despreocupado—. Me voy. No creo que tu hermano salga de su habitación por un rato, han discutido en el coche.

—Entiendo.

—Bueno, Sabri, creo que me voy —dijo Juan al salir del baño y ella se puso de pie de forma inmediata acercándose a él. Hubiese preferido no estar a solas con los dos, pero no podía hacer mucho al respecto.

—Sí, yo también —volvió a decir Matías. El aire que respiraba de pronto se sintió espeso.

Ambos hombres salieron por la puerta después de saludarla. Juan con un beso en los labios y Matías con uno en la mejilla. A ella le dolía reconocer que hubiese preferido que esos besos fuesen justamente al revés. Esos eran los momentos en que se despreciaba.

Matías estaba a punto de cometer un error gigante, no obstante, le era imposible silenciar sus palabras en ese ascensor tan asfixiante y compartido con la única persona que no soportaba cerca de él.

—Una sola lágrima que derrame por tu culpa y tu bonita cara queda desfigurada —soltó sin mirarlo ni expresar ningún sentimiento. La cara de Matías era solo una muestra de rasgos sin expresión cuando Juan lo miró sin poder creer que ese hombre le hubiera dicho lo que había escuchado.

—¿Perdón?

—Limitate a callarte, no me interesa escucharte —sentenció, pero esta vez clavando sus ojos en los de él sin la más mínima duda.

Sabía que estaba siendo un idiota, pero era preferible decir que hacer, porque lo que quería hacer era lo que había prometido: desfigurar su cara bonita.

—Mi hermano no está —avisó Sabrina sin cerrar la puerta.

Esperaba que se fuera y no que decidiera esperarlo adentro. No estaba segura de querer compartir un momento con él en la soledad de su departamento. Todavía no confiaba en Matías, a pesar de que desde que estaba con Juan no la había molestado y eso era de agradecer. Aunque, debía reconocer que tampoco se habían visto demasiado.

—Lo sé, fue a casa de Renata.

—No entiendo, ¿qué haces aquí entonces?

—Necesito hablar contigo —contestó con su voz firme y toda la seguridad que Sabrina estaba tratando de mantener se desvaneció al escuchar esas palabras.

Sus párpados bajaron y sus mejillas se encendieron. Matías se tensó y se alejó de forma inmediata, no podía permitir que esa sencilla imagen modificara nada de lo que había pensado.

Necesitaba disculparse con ella. Ya no podía con su culpa. Además, si su novio era como imaginaba, ya le habría ido con el cuento de su exabrupto y eso sumado a todo lo que le había hecho en el pasado nada lejano... Sí, debía pedir disculpas.

Sabrina debía saber de una vez por todas que él no era ese impresentable que quería ponerla nerviosa. Había tomado la decisión de mostrarse tal y como era, con sus defectos y virtudes, y no esconderse en ese hombre insensible que abusaba de su vulnerabilidad por sentirse débil ante su presencia. Tal vez en otro momento lo hubiese dejado todo sin hablar, tal vez sí. También si ella fuese otra persona, porque entonces poco le importaría, sin embargo, con sus nuevas ideas menos retrógradas y siendo ella la hermana de su amigo, debía aclarar todo. Sabrina tendría su sinceridad a partir de un buen pedido de disculpas, solo esperaba que se las aceptara.

Las palabras de Iván habían calado hondo en Matías y lo último que pretendía era influir en las debilidades de Sabrina, ella no se lo merecía.

—Sabrina. Sé que he hecho cosas tontas y chiquilladas que no han sido

justas para ti. —Se acomodó en la silla. Estaba nervioso, podía adivinar en los ojos de ella la perplejidad ante sus palabras y no la culpaba—. Quiero que me perdones. Sinceramente, te lo pido. Iván me dijo que le contaste, hace tiempo, que no nos llevábamos bien, pero imagino que la verdad es que no me soportas y está bien, lo entiendo. Tu imagen de mí es desastrosa, sin embargo, te prometo que no soy esa persona. En eso me transformaba para buscar tus reacciones que yo creía que eran otra cosa, no supe darme cuenta de cómo eras y te malinterpreté. Perdóname, por favor.

Le estaba costado horrores pronunciar cada palabra. No era de disculparse, de hablar con sinceridad, de expresar sus emociones; era bastante torpe en esas circunstancias y hasta se avergonzaba al hacerlo, sin embargo, esta vez se había obligado y lo había hecho tanto por Sabrina como por Iván y, quizás un poco por él mismo también.

—No sé qué decir..., Matías. Yo... no —titubeaba porque de verdad no sabía qué contestar y mucho menos al no haber entendido eso de buscar sus reacciones y que la había malinterpretado..., de todas maneras, no preguntaría.

No era capaz de escuchar las respuestas y si las cosas mejoraban desde ese pedido de disculpas, bienvenida fuera esa mejora, no lo pensaría mucho.

—No es necesario que digas nada, solo si me perdonas o no. Con eso alcanza.

—Supongo que sí —dijo Sabrina, no podía pensar con claridad ante la ¿sorpresa? Podría decir. Sí, eso era, una sorpresa. Ese hombre que con tanta suavidad le hablaba sin quitarle la mirada, no parecía el mismo que la atosigaba con sus insolencias tan incómodas como excitantes. No se lo diría jamás, por supuesto—. ¿Entonces tengo que pensar que no eres ese idiota que imaginaba?

—Puedes pensar lo que quieras —le respondió riendo por su sinceridad—. Tal vez sí soy un idiota, pero uno que te pide disculpas.

—Bien, las acepto.

—Perfecto, ahora me voy. —Era eso o volver a dejarse llevar por la tentación de esa mirada temerosa y esas mejillas rosadas—. Antes de que me olvide. Esto es muy incómodo... —dijo caminando hacia la puerta y llevándose las manos a la cabeza, no apostaba mucho a que ese perdón siguiera siendo verdadero después de contarle—, amenacé a tu novio el otro día. Fue algo tonto, pero con buena intención. Quería pedirle que te tratara bien y me parece que no utilicé las palabras correctas.

Matías suponía que con esa mentirita piadosa bastaría y hasta quedaría bien.

—Algo me enteré.

Los nervios que Sabrina veía en él le daban escalofríos. Esa inseguridad que desconocía en el amigo de su hermano era muy estimulante y hasta le daba gracia. Tanta que su propia risa la tomó por sorpresa. Estaba furiosa con él por lo que había hecho con Juan, sí, pero había preferido ignorarlo como venía haciendo desde hacía semanas y no le iba a hacer ningún comentario al respecto. Eso había pensado, sin embargo, ante esa declaración de buenas intenciones su enojo se desvaneció.

—No te preocupes. No lo asustaste mucho, solo lo desconcertaste un poco.

Matías asintió con la cabeza. Hubiese preferido asustarlo y que desapareciera. Todo no se daba como quería y era lógico. Levantó la mano a modo de saludo y cerró la puerta huyendo de sus deseos de acorralarla contra la pared y ver de qué eran capaces sus bocas unidas.

Sabrina no se animó a ponerse de pie, sospechaba que sus rodillas no la mantendrían. Su mente no asimilaba todavía toda la información. Sus ojos se sentían pesados, hacía bastante que no lloraba y si mal no recordaba, la última vez también había sido por él. Sus sensaciones estaban tomando todos sus pensamientos. Tantas preguntas y dudas... El corazón le palpitaba tan deprisa y tan sonoramente que apenas si podía escuchar los sonidos de la calle que se escuchaban por la ventana.

Necesitaba aclararse, poco se conocía ante situaciones semejantes. Por eso había escapado de los hombres, ahora lo recordaba, por todas esas emociones difíciles de manejar, interpretar, solucionar... ¡Qué arduo se le hacía el trabajo de poner las cosas en claro dentro de su mente!

Juan se presentó como una visión entre sus pensamientos y sonrió con tristeza. Era un buen hombre y estaba aprendiendo a quererlo. Era sano, sincero y le hacía bien, ¿entonces qué faltaba?

Tomó su teléfono y se invitó a casa de su cuñada. Necesitaba consejos; eso ya se estaba transformando en una costumbre también, ahora pedía consejos.

—Bomboncitos de chocolate —gritó de rodillas mientras sus sobrinos la abrazaban y sacaban de las manos los caramelos que les había llevado.

—No estaría mal que alguna vez vinieras con las manos vacías —le riñó su hermano mayor mientras la besaba en la mejilla.

—Me gusta consentirlos.

—Amanda está en la cocina, yo os dejo solas. Tengo que hacer compras.

Sabrina necesitaba esas distracciones de vez en cuando, sus sobrinos eran su alegría y pasar una hora entretenida con sus inocencias y juegos era esa inyección de energía que tanto había extrañado en la distancia, claro entre tantas otras cosas.

—Niños, id a jugar al jardín un rato —dijo Amanda cuando ya veía que Sabrina cambiaba la cara. Los vieron alejarse entre empujones y carcajadas —. ¿Qué pasa, Sabri?

—No lo sé muy bien. Esto de las relaciones es complicado.

—Un poco, sí, y más si piensas demasiado —aseguró su cuñada con una sonrisa cómplice. La conocía lo suficiente para sacar sus propias conclusiones.

—No entiendo estas cosas del amor y los hombres son complicados... ¿Cómo te diste cuenta de que mi hermano era el indicado?

—Bueno, no lo hice. Yo solo le dije que si llegábamos a un noviazgo que superara los tres años, tiempo que nunca había logrado superar con ningún novio, significaba que era el indicado y entonces nos casábamos; él aceptó. Fue una meta personal en realidad. Supongo que el amor influyó, por supuesto, nos amamos y eso lo hizo más sencillo.

—No lo puedo creer.

—Fue así —dijo Amanda elevando los hombros con desinterés—. Conozco historias de todo tipo, Sabri. Amores locos y apurados. Sé de algunos largos y sin compromiso aparente, pero con una lealtad maravillosa. Están los mentirosos que al principio parecen eternos y son efímeros. Y también están los simples que se toman su tiempo en aparecer y mostrarse. No hay fórmulas, solo personas enamorándose, o no, porque esa también es una posibilidad.

—No sé si Juan es el indicado.

—Nadie te apura para que lo sepas ahora. Mira, cuando decidí casarme, yo era muy joven, mi madre intentó convencerme de que esperara, pero nosotros estábamos enamorados y nos impusimos con terquedad ante todos. Tu madre nos sentó a tu hermano y a mí y nos dijo que ella no estaba de acuerdo, pero que, como no era su vida, solo podía darnos un consejo basado en los años que había vivido. Recalcó que no estaba segura de estar dando el mejor de los consejos, sin embargo, era lo que como madre sentía hacer.

—¿Qué os dijo?

—Que no hiciésemos lo que los demás esperaban de nosotros, sino lo que de verdad queríamos hacer. Que fuéramos fieles a nosotros mismos y no nos conformáramos con poco, que fuéramos por todo y que, en el camino, aprendiésemos a ver las caídas, sufrimientos o fracasos como un aprendizaje y no una pérdida. Cuando tu hermano la abrazó, agradecido por sus palabras, ella agregó: «Hijo, no te conformes con estar contento cada día, sé feliz».

—Es muy lindo.

—Sí, lo es. Te presto el consejo si te sirve. No siempre es fácil seguirlo, te diría que difícilísimo, pero puedes intentarlo. Yo lo hago.

Sabrina dejó la casa de su hermano casi de noche.

En el taxi, camino a su departamento, analizó de nuevo las charlas. Sí, las palabras eran hermosas y hasta parecían sabias. Incluso lógicas. Tan lógicas que no entendía cómo se podían hacer las cosas de otra manera, sin embargo, no era fácil y mucho menos si los sentimientos se enredaban tanto unos con otros y nada se veía claro.

Suspiró tantas veces que ya había perdido la cuenta. No conseguía cerrar ninguna idea.

Al llegar se encontró con Juan sentado en su camioneta, esperándola. Era tan atractivo, a sus ojos, claro. La miraba con dulzura y su sonrisa se ensanchaba de una manera preciosa al verla, aun así, sus rodillas no se aflojaban ni sus palmas sudaban cuando se acercaba. Suponía que la costumbre de verlo y saberlo su novio influía y en eso se apoyaba para continuar investigando sus sentimientos.

—Te he llamado —le dijo saludándola con un casto beso. Sabrina miró su móvil y comprobó que estaba apagado por falta de batería.

—No me he dado cuenta. Estaba en casa de mi hermano y conversando se nos ha pasado el tiempo.

—No importa, ya estás aquí. Te he extrañado. Mucho. —Juan, después de decirle esas palabras, la abrazó y la besó, sin demasiada pasión por estar en la vía pública. Sabrina no supo qué responder.

Subieron en el ascensor charlando de todo y nada, poniéndose al día, como era su costumbre. Cuando ella quiso caminar hasta la cocina para ofrecerle algo de tomar, Juan tiró de su mano para pegarla a su cuerpo con un simple movimiento. Inesperadamente se encontró entre sus brazos y con la mirada masculina clavada en su boca.

—Terminemos lo que habíamos empezado. No he podido concentrarme en

todo el día. Te necesito, Sabri.

No pudo articular ninguna palabra porque se vio invadida por una lengua tibia y considerada que acariciaba la suya con una ternura increíble. Las manos de Juan parecían estar en todos lados a la vez, no estaba respetando límites, no tenía suficiente control para eso y Sabrina no pensaba ponerlos.

—¿Iván? —preguntó Juan sin despegar sus labios de los de novia y mucho menos sus manos de las caderas de ella.

—Supongo que en casa de Renata. Me dijo que no venía a co... —No pudo terminar de hablar. Rio ante la desesperación de su novio y se dejó llevar no solo mentalmente, sino físicamente, porque él guiaba sus pasos hasta su cuarto —. Juan.

—Nada. Es hoy, Sabrina —dijo cerrando la puerta con el pie sin dejar de besarla.

Ella se alejó un instante para respirar con comodidad. Necesitaba aire. Sin perder de vista a Juan que le sonreía con los ojos vidriosos y la respiración agitada desprendiéndose la camisa, se dejó caer en la cama. Él la siguió sin espera alguna, se tendió sobre ella acariciando su cabeza y sus mejillas y volvió a besarla. Comenzaron a quitarse la ropa entre los dos, con la rapidez y torpeza propias de la urgencia.

—Por fin, Sabri. Te deseo tanto.

—Bésame, Juan. Bésame. —Quería sentir todo lo que sus cuerpos prometían.

Necesitaba olvidar todos sus pensamientos, esos que la guiaban por el camino contrario al que su mente le indicaba que era el correcto.

Las manos de Juan eran tibias y suaves, la acariciaban con parsimonia y ternura. Sabrina cerró los ojos y lo abrazó para poder sentir la piel de él sobre la suya. Era una sensación deliciosa y más deliciosa fue cuando él volvió a besarla como la otra noche, obligándola a pensar solo en él o, mejor dicho, en ambos derritiéndose por la pasión de su encuentro y en ese instante que tanto estaban deseando. Nada más.

Gimió bajito al sentir una mano entre sus piernas y los labios en su pecho. Sus uñas rasparon la piel de la espalda masculina y lo escuchó gruñir.

Sus cuerpos se descontrolaron, se fundieron uno en el otro y sus respiraciones se unieron ante el placer que sentían. Todo era como tenía que ser, excitante, apasionado, dulce por momentos e intenso cuando las miradas se juntaban. Acalorado y sudoroso, con gemidos y jadeos, sonoros encuentros

de cadera, piernas enredadas, manos curiosas y lenguas atrevidas.

El final buscado llegó primero para Sabrina y luego para Juan que, después de tensarse y bufar de satisfacción, se dejó caer sobre la cama transpirando y agitado.

Sabrina no sintió esas explosiones que había imaginado sentir, ni los rayos ni los huracanes internos que alguna vez erizaron su piel, tampoco vio las estrellas al cerrar los ojos. Su orgasmo vino sin nada de lo que sus fantasías habían inventado. Su cuerpo no había sido del todo satisfecho. No era de muchas experiencias, aun así, sabía lo que el éxtasis producía en ella. Cerró los ojos con fuerza y se castigó pensando en que ella había puesto demasiada carga y anticipación en ese acto.

«La próxima vez será mejor», se dijo abrazando a Juan que la apretó contra su pecho y besó su frente.

—¿Estás bien, Sabri?

—Muy bien —mintió. Él no tenía la culpa de nada, lo había hecho todo bien—. ¿Tú?

—Perfectamente. —Juan suspiró antes de volver a besarla, no había puesto más que deseo en ese momento y sus necesidades sí habían sido compensadas, satisfactoriamente compensadas. Le sonrió con complicidad y le guiñó un ojo.

—Llegué —dijo Iván golpeando la puerta del cuarto con sus nudillos. Era una costumbre que había adquirido el avisarle a su hermana de su arribo.

—Voy, Iván. Ya voy —respondió Sabrina sobresaltada intentando ponerse de pie, no quería que entrara y los viera.

—No va a entrar, trabé la puerta —susurró Juan impidiéndole alejarse de su cuerpo y comenzando a reír—. La próxima vez es en mi casa, esto es frustrante.

—Perdón, lo sé —respondió ella dejándose besar por última vez antes de vestirse. De más estaba decir lo embarazosa que resultaba para ella esa situación.

Salieron de la mano y se encontraron con Iván tomando un vaso de agua frente al televisor. Ni se inmutó al ver a Juan salir del cuarto de su hermana, lo saludó como de costumbre con un apretón de manos y lo vio despedirse de ella en la puerta del departamento. Con los treinta años que contaba su gemela, por poca experiencia que tuviese, lo más lógico y normal era que mantuviera intimidad con su novio. Extraño sería que no.

—Perdón —le dijo Sabrina abrazándolo por la cintura.

—¿Por qué? —preguntó él sin entender demasiado, pero no dejó de responder el abrazo.

—Por lo de Juan...

—No me molesta, gruñona, puede quedarse a dormir, también. Renata lo ha hecho... —dijo elevando los hombros.

—No me gusta. Es incómodo para mí. —Sabrina ya estaba caminando hacia la cocina para preparar café—. Trabajaré hasta tarde y, tonto, te conviene no decirle ni una palabra a mamá porque empieza con eso de que trabajo mucho.

Matías, últimamente, estaba desganado. Aburrido. Demasiado tranquilo, tal vez esa era la palabra adecuada. Concentrado en el trabajo, más de lo normal, por cierto. Apenas si había salido en las últimas semanas y solo a tomar alguna cerveza con amigos. Las mujeres seguían por ahí, en la calle, en las oficinas, en los bares, sin embargo, para él habían desaparecido las interesantes y por más que mirara a su alrededor no le atraía ninguna como para hacer el esfuerzo de largar al perro de caza que habitaba en su interior.

La única alegría que había tenido en esas pocas semanas, además de crecer, porque así se decía frente al espejo: «Creciste, amigo, era hora», había sido el haber obtenido el perdón de Sabrina. Ya podía dormir sin culpa, ahora estaba todo en manos de ella y vería su reacción esa misma noche por primera vez.

Mientras se afeitaba, conversaba, en silencio, con su imagen en el espejo intentando no parecer, ni estar, tan ansioso. Pensaba que a veces la gente decía te perdono y eran solo palabras vacías, porque el perdón implicaba al menos la intención de olvidar y empezar de cero. Esperaba que Sabrina pensara parecido y al verlo no le gruñera o lo matara con la indiferencia como últimamente hacía. Pretendía tener una relación amistosa.

Retuvo unos segundos a Sabrina en su cabeza. Pocos segundos, se había prometido ahuyentarla cada vez que invadiera sus pensamientos. Igualmente, ese poco, fue el tiempo suficiente como para lograr sonreír con una enorme mueca que llegaba a sus ojos formando pequeñas arruguitas, porque su imaginación jugaba duro con él..., no la recordó bailando con sus amigos con sensualidad, ni besando a su novio apasionadamente, tampoco con esa falda larga pegada al cuerpo y sus ojos maquillados, no. Él la recordó ruborizada, con la vista baja y enfundada en uno de sus enormes pijamas; eso logró que su pantalón apretara justo a la altura de su bragueta. «Es la falta de acción», se

dijo intentando convencerse. «No me vendría mal una noche de sexo».

—Nos quedamos dormidos, Juan —gritó Sabrina sobresaltada y buscando el primer pantalón que estuviese a mano.

—La culpa es tuya, me cansas demasiado —bufó el nombrado estirándose desnudo en la cama de ella y mirando con una enorme sonrisa a su nerviosa novia haciendo malabares mientras se vestía a las apuradas.

Las sensaciones al hacer el amor con Juan estaban mejorando. No todos los días eran increíbles, sin embargo, eran lo suficiente para que Sabrina le tomara cierto gusto a esos momentos y continuara con ganas de seguir buscando la perfección después de unos seis o siete intentos positivos. Lo cierto era que no había estrellas al final, pero alguna que otra explosión había conseguido y eso la había convencido de que era cuestión de confianza, de conocerse, de dejarse llevar y de evitar la vergüenza de mostrarse desnudos. Eso no le era demasiado fácil a ella, Juan la miraba con deseo y la recorría con sus ojos y manos de una forma intensa, incomodándola por momentos.

—Vístete, por favor, ya están llegando. Los escucho... ¡Por Dios, qué vergüenza..., siempre me pasa a mí!

Iván, tres de sus amigos de juegos, Steven y Matías, ya estaban tomando sus posiciones en los sillones con varios platos de snacks y sus botellitas de cerveza en la mesa frente a ellos.

Sabrina había tenido la intención de irse a pasar el rato a casa de Francisco, pero ante la visita inesperada de Juan y varios mimos después del saludo de bienvenida, una cosa había llevado a la otra y habían terminado enredados en la cama, desvestiéndose sin pensar en la hora y después de hacer el amor, el sueño los había vencido.

—Estoy medio dormido todavía, no me apures —dijo intentando tirarla en la cama otra vez, pero ella se resistió—. ¡Ay, no! ¿Qué hora es? —preguntó Juan de pronto sobresaltándose y asustando a su novia en el proceso.

—Tarde.

—Me olvidé. Demonios, me van a matar.

Juan tardó dos segundos en ponerse de pie y vestirse. Se había olvidado de que era el cumpleaños de su hermana menor y no podía faltar. Por supuesto, Sabrina no tenía la menor intención de ir. Todavía no estaba segura de esa relación, ni de los sentimientos que implicaba, por ninguna de las dos partes, a decir verdad. Ante su negativa, Juan solo había dicho: «Como quieras», simplificando las cosas. Así era todo con él, simple; entonces, de más estaba

inmiscuir a personas que después podían ser el mayor escoyo a la hora de separarse, porque esos sentimientos sí que crecían rápido. Encariñarse con pequeñas cuñadas y suegros amorosos no era complicado.

Ella lo miró cambiarse a la velocidad de un rayo y sonrió casi con tristeza. Era una cruel verdad que nunca había sentido la necesidad de decirle a Juan algo bonito, aunque no era de grandes palabras ni demostraciones afectivas, pero tal vez una palabra que indicara «algo más» podía surgir, un apodo, un diminutivo..., sin embargo..., no, no había sido así. De parte de su pareja tampoco y eso la reconfortaba.

¿Patética, inconformista, insensible...? Sí, todo eso y más sentía que era. Pero tenía sus dudas y preguntas sin resolver y, si analizaba un poco fríamente la situación, podía concluir que todo lo que vivía con Juan tenía un final a la vuelta de cualquier esquina. Solo era cuestión de tiempo, simplemente, porque todavía no habían llegado a esa esquina.

Ya listos y prolijos, se besaron y sonrieron cómplices, como dos niños traviosos frente a la puerta, todavía, cerrada.

—¿Preparada?

—No, nunca lo estaré, pero —suspiró varias veces cambiando el aire y aflojando los hombros para disimular una naturalidad por la situación, que no sentía— vamos.

Abrió la puerta y salió sonriendo de su cuarto seguida por Juan que la abrazó por la cintura y le besó la cabeza a modo de apoyo.

—Gruñona, no sabía que estabais —le dijo Iván sin dejar de mirar la pantalla del televisor.

Varios saludos se oyeron juntos y confusos, pero a ninguno le dio demasiada importancia, Sabrina solo saludó en general. El único que recibió una atención diferente fue Steven que se plantó frente a ella para darle un sonoro beso y un abrazo como era costumbre. Ya no tenía esa necesidad de observar su belleza, no podía creer que se hubiese acostumbrado a esa presencia sin incomodarse. Sin embargo, pudo sentir la tensión ante la presencia de Matías, claro que sí, esa mirada oscura e inquietante atravesaba todo lo que se interponía entre ellos.

No era inmune a él, estaba aceptando el hecho desde hacía..., desde siempre.

Juan la siguió hasta la cocina después de saludar a todos con su simpatía y hermosa sonrisa, ajeno a toda la molestia de Sabrina. La abrazó una vez que la

tuvo cerca y besó sus labios notándola tensa.

—Todos estos hombres tienen sexo con sus novias, no te avergüences. No te juzgan.

—No es eso... es que... que puedan imaginar que tú y yo estábamos... ¡Qué horror! —dijo entre risas escondiéndose en el pecho de Juan que reía con ella y la envolvía en sus brazos. No podía estar más acalorada y suponía, ruborizada. Al menos su nueva y mejorada relación con Matías la alejaba de sus maléficos comentarios, pensaba.

Pero a Matías no se le hubieran ocurrido dañinos comentarios para hacer reír a todos y ponerla nerviosa a ella por más que no hubiesen mejorado la relación, su estado era un poco inquietante como para tramar algo parecido. «Si hasta los ojos hinchados tiene», pensó, imaginando el motivo del encierro de ese par en la habitación de ella. «Desubicados».

Giró su cabeza, con disimulo, por supuesto, y los vio abrazados y riendo en la cocina. En la misma cocina que había descubierto esas tupidas pestañas, esa boca dulce de mermelada y café y ese rostro oculto por una personalidad reprimida. «Sí, reprimida... antes, porque ahora...».

Otra vez estaba furioso con ella y con Juan. Bueno, a él lo había odiado desde el minuto cero.

Los vio despedirse entre besos y arrumacos y después escuchó el saludo general del odioso novio que, por supuesto, ignoró y no respondió. No era una actitud adulta lo sabía, sin embargo, poco le importaba. Cuando la vio cerrar la puerta tras ese... ese... Juan, solo entonces, largó el aire retenido. Tal vez la sola presencia de él lo ponía nervioso, aunque jamás lo reconocería. La observó a Sabrina abandonar el *living* y encerrarse otra vez en su habitación. Contuvo un bufido, hubiese ido a conversar con ella solo quería ver su reacción, estaba esperando eso y no había pensado en otra cosa desde esa misma mañana..., hacía días que no la veía y...

—Me voy. —Escuchó que ella decía mientras él daba un largo trago a su cerveza refrescando sus ideas—. Me llevo el coche, Iván.

—Claro.

—Te acompaño abajo. Olvidé algo en mi coche —dijo Matías, sin pensar. Solo accionó su cuerpo hasta la puerta, cerca de ella que lo único que buscaba era huir del momento y de las supuestas miradas que la avergonzaban, o sea, ninguna. Porque todo estaba en su cabeza, nadie la observaba o juzgaba o pensaba nada, pero ¿quién la convencía de lo contrario?

—¿Cómo va todo? —preguntó Matías ya dentro del reducido espacio del ascensor.

—Bien.

—Qué bueno. No queríamos interrumpir. —«Estúpido», gritó alguien en su cabeza, nada más y nada menos que su conciencia haciéndolo arrepentir al instante.

—No me lo hagas más difícil, Matías. Estoy demasiado avergonzada como para aguantar tus bromas.

—Perdón. Está bien, no hago bromas. Igualmente, no tienes por qué estar avergonzada, somos todos grandes. —Pudo ver todo en esos bonitos ojos marrones, el pudor, sobre todo, después una pequeña sonrisa que dibujaban sus labios tentadores y también observó sus mejillas sonrojadas. Eso le encantó, no podía negarlo.

—Cambiemos de tema —dijo ella logrando una carcajada en él.

Sabrina no pudo no reparar en ese gesto, en ese movimiento de cabeza hacia atrás, exponiendo su masculino cuello y los huesos de la mandíbula. Tan varonil le pareció la imagen, que hasta la piel se le erizó. El sudor de las manos estaba controlado porque estaban dentro de los bolsillos del pantalón. El calor subiendo por su espalda e instalándose entre los omóplatos era otro tema.

Salieron a la calle todavía sonriendo. Entonces Matías se encontró con la mentira que se había inventado y no supo cómo reaccionar o qué hacer. Lo primero que se le ocurrió fue preguntarle a ella si quería que la acompañara, pero ella señaló el auto de Iván que estaba estacionado en la puerta y sonrió con una dulzura que a Matías le hizo aguantar la respiración.

—Como quieras, son dos o tres pasos, pero si te deja más tranquilo —le dijo mirando sus ojos y luego su boca. Matías creyó que lo había imaginado, sin embargo y cayendo en la tentación de todas formas, se despidió con un impaciente beso en la comisura de los labios, también, llevando su mano a la nuca de ella se aseguró de que Sabrina lo sintiera y no dudara de que había sido real.

Y así fue, tan real le pareció a ella, que todo su cuerpo se tensó. Desde los pies hasta la nuca pudo sentir el maldito escalofrío que la enfrentaba con una triste realidad que no quería reconocer, bajo ningún punto de vista, mientras Matías estuviese pululando a su alrededor no podría olvidar las sensaciones que su cuerpo experimentaba con un solo roce de él en cualquier parte de ella,

o con una simple mirada.

Ya sola en el coche silencioso, cerró los ojos y suspiró. Ahí estaban sus dudas, sus preguntas, sus miedos de estar engañando a Juan y engañándose ella misma inventando y buscando algo, en una relación que no tenía nada. Todo se presentó con una claridad casi brillante ante sus ojos cerrados. Juan no era importante para su corazón, al menos, no en sentido romántico, no podría jamás ocupar un lugar que estaba ocupado por la persona menos indicada.

Matías la vio encender el coche y desaparecer en la noche. Ofuscado consigo mismo se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Dijiste que no la molestarías más. ¡Qué carajo estás pensando! Idiota — se dijo en voz alta.

Sabrina intentó dejar atrás todo pensamiento, así como lo dejaba a él que se iba haciendo cada vez más pequeño en el espejo retrovisor del auto, fue imposible, no pudo. Ese hombre producía en su cuerpo tantos pequeños efectos de diferentes intensidades que era incapaz de apreciarlos todos. No era justo y por eso intentaba reprimirlos, claro que sin conseguirlo. Esos efectos era los que esperaba con Juan, incluso también esperaba que fuera él, porque debía ser él, quien ocupase la mayor parte de sus pensamientos, no Matías.

Esperaba cosas imposibles.

Sabrina llegó al bar donde estaban sus amigos y sonrió al encontrarse entrando a un lujoso, moderno y simpático bar adornado por hermosos sofás y mesas bajas entre ellos, luces de colores tenues y el sonido de música de la buena a un razonable volumen, como para permitir la charla. «Justo el lugar que elegiría Antonio», pensó y así había sido.

Se dejó caer a su lado en uno de los sillones y saludó a Julito y a su simpática y silenciosa novia que estaban justo enfrente.

—Pensamos que no vendrías. ¿Y Juan?

—Tenía el cumpleaños de su hermana.

—¿Y esa cara? —preguntó Bautista volviendo de la barra con algunos tragos en la mano.

—Es la única que puedo tener al haberme hecho consciente de que Matías gira en mi cabeza y no lo puedo sacar ni con la presencia de Juan en mi vida. Listo, lo he dicho en voz alta, ya no hay vuelta atrás.

—Ay, bonita..., eso está muy mal. ¿Qué piensas hacer con Juan?

—No lo sé. Es un divino, pero está hecho para cualquier otra mujer, no

para mí.

—Dame un abrazo, Bau —pidió Antonio a su novio al ver los ojitos vidriosos de Sabrina.

Ella estaba al punto del llanto y eso mismo era lo que su amigo quería evitar esa noche, por ese motivo en escasos segundos la convirtió en el jamón de un sándwich hecho por él y su novio. La envolvieron con sus enormes brazos y besaron sus mejillas con sus carnosos labios logrando que todos rieran.

A veces el cariño dolía y más cuando ese cariño llegaba en forma de abrazo dado por dos hombres sin delicadeza y con fuerza, pensaba la mujer. Pero agradecía el gesto, ya que gracias a ellos estaba riendo a carcajadas olvidándose de todo lo demás.

Sabrina había hecho dos grandes elecciones de las que jamás se arrepentiría, porque esas dos maravillosas cosas llenaban su vida de mejores momentos, felicidad y alegría. Una era su profesión y la otra su amistad con Antonio. Gracias a él había conocido a todos los que en ese instante la rodeaban y le daban esa cuota de energía, buenos consejos y sanos sentimientos, los que le habían escaseado casi toda su vida adulta. Había ignorado la falta que le hacía esos afectos, por desconocimiento tal vez, pues ya no más.

Tres días, tal vez cuatro si contaba las horas exactas, habían sido los necesarios para definir las palabras que utilizaría con Juan. Odiaba de verdad romper con él, porque era lo más parecido al hombre perfecto, ese que sus ideas le presentaban como el príncipe de los cuentos; era cariñoso, buen mozo, simpático, educado, inteligente y tantas otras cosas... Cosas que no era capaz de amar. Hasta culpable y desagradecida se sentía por no hacerlo.

Ese era el real motivo de su ruptura con él, no podía amarlo. A pesar de haberlo intentado, no lo había logrado.

Algo similar, palabras más o palabras menos, le había explicado a Juan que, ante una primera reacción, había intentado convencerla de seguir un poco más.

—Juan, seamos sinceros. No me amas. Nunca me has dicho te quiero en estos meses.

—Tal vez, pero tú tam...

—Yo tampoco, lo sé. No te estoy recriminando, solo siendo realista. — Después de interrumpirlo, acarició su cara y le sonrió con ternura. Era un gran

hombre—. Es una frase tan común..., pero te juro que sale de mi corazón. Allá afuera está la mujer perfecta para ti, esa que va a saber apreciar todo lo lindo que tienes y va a aprender a amarte como yo no he podido, o mejor y más, seguramente. Ella va a caer de rodillas ante tus miradas y tus preciosas sonrisas. Eres increíble, pero no eres para mí y yo no soy para ti.

Esas fueron algunas de las cosas que se dijeron. Todas sinceras e indoloras. Hasta que sin nada más que decir se miraron muy fijamente y se fundieron en un apretado abrazo. Juan la besó por largos minutos y se alejó con un sonoro suspiro.

—Nunca podré olvidar la dulzura de tus besos, Sabri.

Ella solo sonrió y con un último abrazo lo vio partir.

—Me haces una llamada cada tanto, solo para saber que te va bien. ¿Prometido?

—Prometido —dijo ella al cerrar la puerta y con ese simple movimiento cerró también un hermoso capítulo de su vida que le había dejado muchas más enseñanzas de las que era capaz de reconocer.

Lo que faltaba de la semana se lo tomó como un volver a empezar. Debía organizar otra vez sus rutinas, sus preferencias y sus tiempos. Otra vez la historia ajena, tan remota y atractiva, pero ajena, llenaba sus días en forma exclusiva. O no. Ya no, ahora tenía amigos y una familia que ocupaba su tiempo.

No, ya nada era como antes. Ella ya tampoco era la de antes.

Era viernes por la tarde, casi de noche y Matías había desafiado a su amigo a un partido en la consola. Desde que estaba de vuelta con Renata le dedicaba menos tiempo y no lo culpaba, ni lo juzgaba, solo lo reclamaba un poco. Y, aunque prefería su casa a la de Iván, este había insistido que estarían más cómodos en la suya (por los gritos y el sonido alto), y ahí estaba. Su madre agradecida.

—Creo que en un mes me dan la fecha.

—¿Ya se lo has dicho a Sabrina? —conversaban sobre el viaje de trabajo de Iván aprovechando que ella no estaba.

—Todavía no. Lo haré cuando sepa el día que me voy. A propósito de mi hermana, cortó con Juan, no le preguntes por él. Es una lástima porque era un buen hombre.

Eso Matías lo ponía en duda, solo porque sí. Con todo el aplomo del mundo siguió con el control del juego en la mano y apretando los botones

necesarios. Tal vez era tanta la práctica que podía hacerlo sin utilizar la mente que estaba en otro lado.

—¿Y cómo está ella?

—La veo bien. No quiero preguntar demasiado, todavía es pronto. Lo único que ahora sí me preocupa, gracias a tus ideas de tener que saber con quién está mi hermana, que el próximo sea algo parecido a ti o a Andrés —dijo Iván, haciendo referencia a un compañero de trabajo de treinta y seis años al que ya no le contaban las mujeres que había tenido, argumentando que no existía un número tan grande.

—Gracias por tener tan buena imagen de mí.

—No te pongas así, amigo, la verdad no ofende. Y voy a dejar en tus manos su cuidado. ¿Puedo tener tu promesa? ¿La vas a cuidar cuando no esté?

Matías todavía estaba analizando las palabras anteriores como para lidiar con esa promesa. ¿De verdad era una mujer tan frágil que con sus besos y abrazos podía romperla? No lo haría nunca, al menos no a propósito. Pero tal vez su forma de querer sí podía destrozar lo que ella estaba reacomodando, o no..., negó con la cabeza. En silencio se reprochó pensar en algo tan tonto e imposible y volvió al presente.

Cuidaría de ella, sí. Era capaz de hacerlo. ¿Era capaz de hacerlo? No lo tenía muy claro, al menos, no sabía si lo haría sin meterse en problemas, sin embargo, le debía a su amigo la promesa y el intento, en principio.

Sería sencillo, debía tener las reglas claras. Solo necesitaba mantenerse cerca, pero no tanto como para ver sus sonrojos ni oler su perfume o poder apreciar sus maravillosas pestañas, ni ponerla lo suficientemente nerviosa como para que le esquivara la mirada. Fácil. Incluso avisaría antes de llegar para no encontrarla enfundada en esos espantosos pijamas antisensuales que le provocaban una erección con solo recordarlos. Y jamás tomaría un café con ella o, al menos, si lo hacía no se acercaría, así evitaría ese intenso y delicioso olor saliendo de sus labios calientes.

—Eso no se pregunta. Dalo por hecho —respondió, sonando seguro de sus palabras.

Ese primer domingo de vuelta en la soltería, para Sabrina fue diferente. Se sentía así, además de renovada, podía ser esa la palabra que la definía con claridad, ya no tan insegura, tal vez más fuerte... No se preguntaba los motivos solo disfrutaba de la hermosa sensación de creer poder con todo por primera vez en su vida. Incluso frente al espejo al ponerse ese *jean*, un poco más

ajustado de lo normal para ella, se sintió linda, atractiva. No recordaba qué era lo que había pensado al comprar algo tan inusual para ella, aun así, agradecía haberlo hecho.

Había conversado con su madre y Amanda, su cuñada era como la hermana que no tenía, y ellas habían insistido en que le quedaban hermosos los cambios que había tenido desde su vuelta de Roma. Sí, eso habían dicho literalmente: «Te quedan hermosos los cambios», porque creían que hasta la piel más luminosa tenía, la sonrisa más amplia, la mirada más clara y esa personalidad que antes ahuyentaba a la gente había mutado en una deliciosa, que solo llamaba la atención de los demás.

La verdad era que Sabrina no creía que sus cambios fuesen físicos, aunque esas mujeres que la conocían y la querían sanamente, lo aseguraban. Para ella eran palabras de madre, poco imparciales por ese mismo motivo y de una cuñada, hija única y sin hermanas menores y que, además, la adoraba desde el mismo día que la había conocido. Por lo que poca objetividad podía esperar, no obstante, no estaban tan alejadas de lo que ella misma sentía al verse, y a veces no reconocerse, en el espejo.

—Llegamos, perdón por la tardanza. Sabrina, tu torta prometida —dijo Aurora, entregándole una bandeja con una tarta de manzanas recién horneada, después de darle un sonoro beso en la mejilla.

—Gracias, Aurora. No creo ser capaz de compartir.

—Aprendí a robar porciones desde muy chico —dijo Matías besando su mejilla sin abandonar una perfecta sonrisa. Sonrisa que a Sabrina le produjo taquicardia.

Matías alejó la mano de la cintura de esa mujer que cada día que pasaba le parecía más hermosa. Su cuerpo respondía con naturalidad a ella como si le perteneciese, como si fuese el camino lógico.

Acercarse a ella, mirarla, olerla, tocarla y porque no, besarla, ya eran una costumbre para él, claro que solo en sueños por el momento. Aunque si recordaba las palabras de su amigo, ahí quedaría esa costumbre, en fantasías. Prolíficas, creativas, divertidas, interesantes y tantas otras cosas..., pero solo fantasías.

Para empezar a practicar ese «mantenerse lejos» al que estaba obligado, se sentó a comer lo más distante posible de su perdición y hasta intentó evitar mirarla. Sintióse tan fuerte por haberlo logrado y con la confianza necesaria para asegurar el final de la tarde en las mismas condiciones, aceptó

el desafío que propuso su amigo.

—Fútbol. Sabrina, niños, y Frank en el arco, contra Matías y yo —dijo Iván rodando la pelota entre sus manos.

—Los vamos a destrozar, tía.

—Así se habla, bomboncito —le animó ella riendo y robándole la pelota de las manos a su hermano.

Matías no interrumpiría sus domingos ni cambiaría todas sus costumbres, de ninguna manera, pensaba Sabrina. Si ella quería jugar al fútbol con sus hermanos y sobrinos lo haría sin importarle el pequeño detalle de que él fuese su contrincante.

No buscaba gustarle, no quería provocarlo, por el contrario, ella solo quería olvidar lo maravilloso que era ante sus ojos y ser invisible ante los de él. No era mucho pedir.

Todo iba de maravillas. Hasta el gol había sido casi mágico, como resultado de un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con Iván, que Sabrina había ganado sin que le regalasen ventaja alguna. El próximo era el gol de la diferencia, solo para quedarse tranquilos, y estaba a punto de conseguirlo.

Matías no estaba dispuesto a ser derrotado. Su orgullo se lo impedía. Se ubicó frente a Sabrina que dominaba la pelota mejor que él, de todas maneras, lo intentaría, tenía que quitársela. Puso un pie y la rodilla con la mala suerte de que en el mismo instante ella cambió de dirección y se tropezó, no solo perdiendo el balón, sino el equilibrio. Y lo hizo cayendo sobre él, quien, como todo hombre deportista acalorado, se había quitado la camiseta. No era un detalle menor ya que Sabrina terminó sobre su cuerpo y las manos apoyadas sobre el pecho desnudo. Su rostro se encontraba demasiado cerca del de él, y de la cintura para abajo, se rozaban con todo.

«Qué delicia», pensó Matías.

«Qué vergüenza», pensó Sabrina.

«No quisiera tener que levantarme jamás», pensaron los dos.

Sin conocer demasiado bien el motivo, Sabrina movió los dedos sobre la piel del pecho de Matías que se le atojaba demasiado suave para ser de un hombre. Ese simple toque lo obligó a él a inspirar profundo y a cerrar los ojos para disfrutar ese fragmento de tiempo tan ínfimo como intenso.

—Perdón —dijo ella reaccionando de golpe y volviendo a escuchar todos los gritos y sonidos que los rodeaban—, pero te has interpuesto entre mi gol y yo.

—¿Estás bien? —Matías solo pudo sonreír, todavía no pensaba correctamente. Apenas si recordaba que estaban jugando al fútbol.

—¡Eso ha sido penalti! —gritó uno de los sobrinos y se desencadenó una pelea verbal que ni Matías ni Sabrina pudieron mantener. No eran capaces de hilar dos palabras seguidas. Ni siquiera fueron conscientes del tiempo transcurrido en esa maldita, o bendita posición, dependía del punto de vista de cada uno.

Para Sabrina la excusa perfecta para acabar con el partido fue limpiarse el raspón de la rodilla, que aun con el pantalón puesto se había hecho. Lo mismo había pasado con la espalda desnuda de Matías, sin embargo, él no puso excusas ni abandonó el juego. No obstante, ante la única baja, la de la mejor jugadora, lo dieron por terminado. Iván, con discusiones y cosquillas a sus sobrinos, dio el partido por ganado por los contrarios.

María, ajena a todo lo que entre Matías y Sabrina había, le pidió a su hija que le limpiara las lastimaduras y le pasara un poco de desinfectante por la espalda raspada del joven ya que lo hacía con su propia rodilla. ¿Qué tanto sacrificio podía ser? ¡Si supiera!

—Sí, mamá. Yo lo ayudo. —Había sido la respuesta que todos oyeron, los gritos e improperios italianos estuvieron solo en su cabeza y hasta uno, irrepetible, en inglés sonó también.

Hubiese agradecido un par de guantes de esos que usan los médicos porque no quería tocarlo, sin embargo, no tenía opción. Y para qué mentir, la ilusión de hacerlo por única vez, era bastante atractiva.

—Quédate quieto.

—No me estoy moviendo. —Era cierto, pero ella necesitaba un poco de distracción. Para Matías también había servido porque el aliento de Sabrina en la nuca y sus dedos fríos en su espalda no eran precisamente un castigo, sino un premio inesperado que pensaba disfrutar a pesar de los efectos

colaterales—. Eso arde, Sabrina.

—Sé hombre —respondió ella y sopló. Vio cómo la piel de la espalda de Matías se erizaba y escuchó la inspiración profunda. No le dio demasiada importancia, jamás se atribuyó esa consecuencia, pero bien sabía él que ese simple soplido había originado un huracán en su interior. Lamentablemente ahora era imposible para él ponerse de pie frente a ella.

—No te preocupes, ya está bien. Gracias. —Necesitaba alejarse o no sería responsable de sus actos—. Aprovecho, ya que estoy aquí, para ir al baño a lavarme las manos, tengo que robar una porción de torta. —«Y hacer que baje este bulto de mis pantalones», eso, por supuesto, solo lo pensó.

—Veremos si puedes —dijo ella sonriendo y guardando el desinfectante. Estaba ajena al peligro que corría de ser apretujada contra la pared en un acto de desenfrenada pasión. Sin embargo, no lo estaba al hormigueo que sus dedos sentían por haber acariciado la piel del hombre que no abandonaba sus pensamientos. Y esas hormiguitas caminaban con rapidez por su vientre y bajaban y bajaban y bajaban, las muy atrevidas.

—Gruñona, me voy, pero a casa de Renata que queda por acá. ¿Te vas con Frank o Mati?

—Yo me arreglo, no te preocupes —respondió ella, le pediría a su hermano mayor que la llevara.

—Nosotros la llevamos —dijo Matías al escucharlo y sonó tan decidido que nadie lo contradijo. Ni ella se animó, era increíble cómo con unas pocas palabras él lograba en ella lo que quería.

Cuando llegó el momento de irse, Aurora dijo que se quedaba. Pato la llevaría al dejar a sus nietos en casa más tarde. Entonces el caos se produjo en el cuerpo de Sabrina que no se consideraba preparada para mantenerse encerrada, en un ambiente tan pequeño como la cabina de un coche, con su demonio personal. Su corazón comenzó con un peligroso repiqueteo que no le gustaba nada de nada.

Una sensación parecida tenía Matías, pero su problema era pelear por mantenerse cuerdo y llevarla a destino sin tocarla, ni recostarla en el asiento de atrás y hacerle todo, ni más ni menos, lo que había imaginado hacerle algún día. Hasta que su amigo dijo esa frase: «Me preocupa que el próximo sea parecido a ti... ¿me la vas a cuidar?».

—Bien, entonces somos solo nosotros dos. Arriba que nos vamos —ordenó, casi nervioso, Matías.

A pesar de la música y el sonido ambiente, a Sabrina se le hacía demasiado pesado el silencio. No era de esos silencios que se disfrutaban, sino uno de esos tensos e incómodos, que debía llenarse con alguna estúpida conversación porque si lo hacía con pensamientos estaba perdida.

Matías, en cambio, los llenaba con pensamientos, porque estaba organizando sus pasos a seguir. Solo le faltaba algo de valor para hablar por miedo a que su voz sonara extraña como todas las sensaciones que experimentaba con ese perfume invadiendo su querido coche que, hasta ese mismo día, solo olía a nuevo.

Aunque, a decir verdad, para ella el silencio no era tan incómodo como el contacto que él hizo en su rodilla. Una caricia seguida de un apretón suave y su mirada acompañada de una linda sonrisa, definitivamente eso era más incómodo, sí. Hasta extrañaba su eterna cara de culo, la prefería, porque su sonrisa era devastadora para ella... ¡y tenía el descaro de guiñarle el ojo!

«Por todos los santos que llegue a casa que me quiero bajar», pensó y le devolvió la sonrisa sintiéndose traicionada por ella misma.

—¿Qué tal tu rodilla? ¿Duele? —preguntó Matías seguido de todas esas pequeñas acciones que le impidieron a Sabrina seguir pesando con claridad.

—No. No soy llorona —respondió como bien pudo con una fugaz mirada y una sonrisa tímida.

De pronto toda la personalidad arrolladora que había adquirido los últimos meses se escondió y obligó a la vieja Sabrina a presentarse, con su calor entre los omóplatos, el sudor en las manos del que estaba olvidándose y la imposibilidad de mantenerle la mirada. Cabe aclarar que solo para ella su nueva personalidad era arrolladora, porque para los demás era de normal a tímida todavía, por supuesto, que, con un avance digno de felicitaciones. «Esta es la desventaja de gustar de un hombre con una personalidad intimidante, ponerme nerviosa», pensó.

—Eso noté. Y no solo en el juego, sino en todo lo demás. Me enteré de que cortaste con Juan. —Sabrina solo asintió con la cabeza mirando por la ventanilla. No era un tema que le gustaría compartir justo con quien había provocado dicha ruptura—. ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

—Sí..., no sé qué paso, en realidad. —La verdad era que no se lo quería decir—. No funcionó. Solo eso, supongo.

—Tal vez eres demasiado exigente —insinuó Matías.

Era una buena oportunidad para conocerla un poco y descubrir que era una

histórica de cuidado, celosa y absorbente, una novia insoportable que solo provocaba querer estar lejos. Sí, eso sería fácil y seguro, porque esas odiosas características podían acabar con su deseo.

—No me considero así, al contrario. Creo que cuando las cosas no funcionan, no funcionan. Juan es un hombre increíble, pero no funcionábamos juntos, eso es todo.

La respuesta de Matías a tan simple comentario fue un suspiro. No existía la mujer perfecta, eso lo tenía clarísimo. Siempre había algo oculto... siempre. Y lo descubriría en ella también.

—Lindo coche, me contó Iván que lo compraste hace poco.

—Sí, gracias. A él le gustan los piropos, puedes explayarte en eso —dijo riendo mientras ella giraba los ojos y reía también.

Sabrina estaba comenzando a odiar esa risa ronca y sonora que arrugaba todas sus facciones y hasta lo hacía parecer simpático y confiable.

Ese fue el momento en que ella suspiró y se dijo que Matías no era mejor de lo que ya conocía, para nada. La primera impresión era la que valía, eso quería pensar, y aunque lo había perdonado, no había olvidado de lo que había sido capaz de hacerle. Claro que le hubiese gustado olvidar algo de todo eso, al menos las sensaciones que experimentaba con cada acercamiento, pero el hecho de saberlo egoísta y arrogante hasta el punto de olvidarse de la incomodidad de la otra persona..., eso no lo olvidaría. Porque estaba claro que ese era su escudo, el que la mantenía a una distancia considerable del desastre que significaría enamorarse de un espécimen tan nefasto como ese hombre.

La atracción física tenía un punto débil, siempre moría con el tiempo, ¿o no?

—Este no es el camino a casa.

—No. Vamos a dar una vuelta. Ya que te gusta tanto el coche.

—Tampoco he dicho «tanto», solo que es lindo.

—Por favor, se te notan las ganas de gritar de emoción que tienes. Yo te entiendo.

—¡Dios mío, eres uno de esos hombres cuyo amor por el coche traspasa los límites de la ridiculez!

—Tal vez lo sea, pero solo por este coche en particular que me ha costado muchísimo, y no hablo de dinero.

A partir de esa frase se dio una conversación fluida que pasó por varios

temas. Algo de la niñez como gemela y esos celos por compartir todo incluyendo el amor maternal y hasta el festejo de cumpleaños. Pero no dejó de aclarar que nunca, jamás, hubiese cambiado su condición de hermana melliza de Iván, porque esa conexión inexplicable la acompañaría allí donde estuviese, durante toda su vida. Matías contó algunas anécdotas de sus vacaciones alocadas con amigos y ella algunos de sus viajes conociendo la historia y la cultura de uno u otro lugar. Sola, sin amigas.

—Es que suena aburridísimo, Sabrina.

—Lo sé, por eso me iba sola —dijo elevando los hombros en forma despreocupada—. Aprendí a vivir en soledad, disfrutar de ella te hace más fuerte, dicen.

Sabrina creyó que sus ojos se cubrirían de lágrimas mientras contaba hasta uno y no podía permitirse ser tan vulnerable a su presencia o a una simple charla solos, de a dos, con él receptivo a escuchar y ella a hablar.

Eso no podía pasar y no pasaría. No confiaba en Matías, no creía que fuera la persona adecuada para conocer sus inseguridades, debilidades, flaquezas, o lo fuera que tenía en su interior como producto de una vida con dudas, miedos, fracasos sentimentales y sociales, distancias... No él, jamás él.

Matías hubiese querido tener la suficiente confianza y el necesario valor, para qué negarlo, de parar el coche y abrazarla tan fuerte como le fuese posible. Porque, con seguridad, ese comentario tan sencillo tenía un trasfondo más profundo del que quería demostrar con un elevamiento de hombros. Al menos eso intuía y le dolía. ¿Por qué le dolía algo que ni siquiera sabía si era cierto?

La miró a los ojos una vez más y vio pena en ellos, quería hacerlo. Quería abrazarla y lo haría, al carajo con sus dudas..., puso el pie en el freno y cambió de carril para buscar un lugar seguro para estacionar.

—¿Por qué ingeniería? —La miró dos veces sin descuidar la carretera. Esa mujer había mutado delante de sus ojos. En un simple pestañeo toda esa pena retenida, que tal vez había imaginado, había desaparecido.

La conversación sobre el trabajo no le pareció ni un poquito interesante, él quería saber más de ese dolor que la castigaba. Quería erradicar cada sufrimiento de ella y convertirlo en dicha, en alegría... ¿y por qué mierda quería eso?

—Bien, aquí estamos sanos y salvos.

—Gracias por traerme, por el paseo y por la charla. Supongo que te debo

una comida, casera, no una *pizza*.

—Como mínimo y solo para empezar. —Fue una simple exageración simpática que podía llevarlo a pensar en varias opciones un poco más seriamente, pero no lo haría, ¿no?

La despedida fue rápida y expeditiva, ambos la necesitaban de esa forma.

Con el paseo improvisado Matías había olvidado la cena con su padre, porque sí, ya era de noche. La conversación había durado un par de horas casi.

—Increíble —dijeron a la vez al ver el reloj. Ella en su departamento recostando la espalda contra la puerta y suspirando varias veces para normalizar sus latidos y él negando con la cabeza al descubrir que el maldito perfume femenino seguía ahí, antes de volver a ponerse en marcha hacia la casa de su padre.

—Matías ya estábamos por comer.

—Lo siento, papá. Me entretuve, no me di cuenta de la hora.

—Claro, las mujeres hacen eso con los hombres..., sin embargo, no deberías permitirle que interfiera en tus compromisos —comentó su padre al saludarlo.

Ese hombre siempre tan desubicado en sus acotaciones, comenzaba a incomodarlo de entrada. Matías estaba bastante acostumbrado a esas situaciones que no eran nada nuevas, desde hacía unos cuantos años había empezado a encontrar en esos comentarios y en las ideas de su padre, una forma de pensar bastante alejada a la propia. Aunque no siempre había sido así, alguna vez había pensado como él y actuado en consecuencia, un horror. No obstante, era su padre y lo quería, no tenía sentido ponerlo en evidencia, ni querer enseñarle nada, era adulto y vivía sus propias experiencias sin molestar a nadie. Así lo veía él, por eso solo sonreía y cambiaba de tema...

—Estaba en casa de un amigo y se me pasó la hora —... o mentía.

—Mientras tu madre —así insistía en que Matías llamase a su segunda esposa, pero claramente no era su madre, aunque la apreciara mucho— prepara la mesa, ayúdame con la computadora. Alguna porquería se metió y tengo problemas, debe haber sido esta mujer —exclamó señalando la puerta de la cocina adonde «su» mujer terminaba de cocinar para servirle como el holgazán que era, porque si de algo podía presumir ese señor, era de ser un inútil en su casa. No sabía ni dónde se guardaban los vasos y no por tener servicio de criados precisamente, sino una abnegada esposa incapaz de negarle nada. Cosa que Matías odiaba, pero una vez más, ¿quién era él para

motivar algún cambio?

—Papá, te creo bastante capaz de haber metido algún virus sin darte cuenta, no la culpes a ella.

A eso le dedicó parte de la visita, pero no pudo solucionar todo, esa computadora era un desastre. Prefirió llevársela a casa para hacer el trabajo con el suficiente tiempo y dedicarle un rato a «esa mujer», como le decía su padre que tanto quería y de quien recibía tibias caricias en sus mejillas y miradas cariñosas. Nunca había escuchado una voz tan dulce como la de ella. Una vez, apenas lo había conocido, le había dicho que de tener un hijo le hubiese gustado que se le pareciera. Tal vez con ese comentario hecho en el momento adecuado, se había ganado un poco de su reticente cariño, no podía negarlo.

Casi a media noche por fin regresó a su casa y puso a cargar algún antivirus en ese aparato casi obsoleto, y después de una buena ducha, en la que recordó a Sabrina ni bien sintió el agua tibia sobre los raspones de su espalda, se acostó a dormir.

No podía decir que Sabrina no lo había acompañado a esa cama, sería mentir. Ahí estaban los dos si cerraba los ojos, pero se negaba a cometer semejante error. Ese bulto en su bóxer desaparecería solo, pensaba. Era la hermana de su mejor amigo, no podía masturbarse en su honor, bajo ningún punto de vista. Eso no era respetarla, ¿o sí? Hasta creía que llevársela a la cama en secreto sería mejor que lo que su cuerpo reclamaba. Pero su mano tomó el control y se acarició con disimulo, al principio, como si alguien pudiese verlo, pero una vez que su deseo se volvió urgencia, olvidó sus prejuicios y recordó esa boca tan cerca de la suya, ese aroma a café que salía de los labios entreabiertos y esa mirada marrón llena de largas pestañas, además, sumó el nuevo recuerdo de las manos en su pecho desnudo.

—Mujer, ¿qué me haces? —dijo en un jadeo explosivo mientras cerraba los ojos con fuerza e intentaba hacer el menor lío posible en las sábanas—. ¡Chiquita, chiquita..., qué linda eres!

Sabrina, se despertó de golpe, como si alguien la hubiese llamado y se incorporó en la cama mirando hacia todos lados. Odiaba los sueños en los que él aparecía, porque siempre estaba haciendo cosas atrevidas o eróticas o excitantes. Masturbarse delante de ella por haberla visto desnuda y desearla, había resultado ser, además de halagador, *sexy*... Fantasías, maravillosas fantasías.

Con esa imagen en su cabeza debía volver a conciliar el sueño... que todos los ángeles o las ovejitas que contaría la ayudasen a lograrlo, porque para ella era algo impensable.

—¿Estas bien, Sabri? —preguntó Iván que recién llegaba y pudo escuchar cómo se despertaba sobresaltada.

—Sí, sí. —Vio la melena despeinada de su hermano asomarse por la puerta—. Una pesadilla, pero ya ha pasado.

Tres largos días habían pasado para ambos, pero por diferentes motivos.

Sabrina había aceptado un trabajo de una gente de Roma y tenía el tiempo contado, apenas si comía. Iván había dejado de aparecer en su casa porque era como estar solo, ella ni hablaba ni escuchaba; solo leía, escribía y dormía las pocas horas que necesitaba. Antonio la molestaba con mensajes de texto que ignoraba hasta que recibía la llamada con las extravagantes y malsonantes palabrotas de su afeminado compañero pidiéndole que descansara que la había visto con espantosas ojeras. Al menos esa conversación la distraía un rato y la llenaba de energía. Se complicaba un poco cuando la segunda llamada provenía de la novia de Julito, en ese caso, preguntándole si tenía ganas de salir de compras. Odiaba negarle algo a ella que era tan buena y generosa, pero, estaba con los minutos contados, la entrega era inmediata y con la diferencia horaria la cosa se ponía peor todavía.

Para Matías el lunes había empezado endemoniado y todavía no había podido mejorar nada. En la computadora de su padre habían aparecido algunos *emails* que habían llamado su atención y leyéndolos rápidamente, para saber si eliminarlos como publicidad inservible o no, había descubierto lo que nunca hubiese querido descubrir. Era infiel, tenía una amante a quien le daba dinero, la llenaba de regalos y a quien le enviaba correos algo subidos de tono que ella respondía en la misma forma.

Sentía asco, náuseas, ganas de golpear, de insultar y, por sobre todas las cosas, de olvidar y no juzgar. Leía y releía esas palabras, una y otra vez para creer lo que le parecía increíble. Necesitaba entender. No había hablado con nadie, sin embargo, necesitaba hacerlo con urgencia o su cabeza explotaría, porque el intento con Carmen había fracasado. No podía entender a su hermana, era su padre el que estaba cometiendo adulterio y no le importaba nada.

Tal vez Iván era el indicado, pensaba, de hombre a hombre le contaría lo que pasaba por su mente y por su corazón. Estaba demasiado afectado. No se

trataba de un hombre cualquiera, no era un desconocido y se lo hacía a una mujer que solía llamar mamá de vez en cuando, mujer que lo adoraba y que se desvivía por él. Claro que le perturbaba, cómo negarlo.

Tantas cosas morían con esa noticia: su admiración, su respeto, algunos ideales, ejemplos y valores, hasta consejos, que en ese instante le parecían huecos, vacíos y mentirosos.

No se había animado a hablar antes con nadie que no fuera su hermana, porque estando enojado podía decir cosas de las que se arrepentiría. Pues, ahora era eso o estallar, ya no podía más, tenía las ideas mareadas de tantas vueltas que les había dado en su cabeza.

—Hola, Sabri —dijo algo distraído, despeinado y con cara de cansado. Nada diferente a la mujer que había abierto la puerta.

—¿Estás bien? Tienes un aspecto terrorífico.

—Más o menos como el tuyo —contestó sonriendo y tocándole eso que ella llamaría peinado. Algo indefinido entre un nudo, un moño y una cola de caballo que resultaba un enjambre de pelos enloquecidos mantenido en su lugar con una gomita elástica, él no entendía cómo lo lograba. Del cuello para abajo no miraría porque a simple vista había percibido que estaba enfundada en esos insalubres pijamas. Al menos para él eso eran, demasiado insalubres.

—Lo difícil es desarmarlo —aclaró ella con respeto a su pelo—. Iván no está.

—OK, ¿puedo esperarlo? No hablo, no hago ruido, solo respiro —dijo entrando y toqueteando la inmensa cantidad de papeles que adornaban la mesa del comedor y adivinando que estaría trabajando.

—Acabo de terminar un trabajo. Estaba por preparar café y ordenar este lío.

—Prefiero cerveza y no te ayudo a ordenar, pero puedo mirar. ¿Sabes a qué hora vuelve Iván?

—No tengo ni idea. Puedo preguntarle por teléfono. —Sabrina notó cierta angustia o inquietud en Matías, una que nunca había notado desde que lo conocía.

—No, no. Déjalo tranquilo. Lo espero un rato y si no llega me voy. —La decisión estaba tomada, quería liberarse de tantas ideas, necesitaba exorcizar esos demonios o no dormiría y una noche más en vela no era soportable.

—Matías, sé que no es lo mismo, pero si puedo ayudarte en algo. —Sus miradas se cruzaron y Matías descubrió que hubiese necesitado un abrazo de

ella para poder olvidar todo lo que en su cabeza ocupaba lugar.

Suspiró resignado porque lo haría, se lo contaría, no podía no hacerlo ante esos ojos dulces llenos de preciosas pestañas y preguntas silenciosas. Aunque le quedase debiendo el abrazo.

—Es algo que he descubierto que me tiene inquieto y...

Sabrina caminó con la cerveza en una mano y el café en la otra, hasta dejarlos en la mesita del *living*. Se sentó en el sofá más grande, apoyó los pies sobre el sillón flexionando las rodillas y con el mentón sobre ellas se abrazó las piernas con un brazo, con la mano libre tomó un sorbo de su taza de café.

Todos esos movimientos casi automatizados atontaron a Matías que no había podido moverse y ahí seguía de pie y mudo.

—Te tiene inquieto, ¿por qué? —preguntó ella observando sus ojos oscuros, pero no brillantes, sin notar los efectos de sus acciones.

Matías tomó asiento a su lado, después de reaccionar, y le contó lo que había descubierto, apenas pudo dominar su enojo con alguna que otra mala palabra y apretando los puños cargándolos de impotencia. Escucharse decir en voz alta lo que su padre estaba haciendo lo ponía furioso.

—Matías, lo siento mucho. Debe ser horrible... No sé si tengo algún consejo para darte, porque todos vemos y vivimos los sentimientos de diferentes maneras.

—Entiendo. Tal vez me ayuda que me escuches sin juzgar. Porque me duele decir que yo no puedo no hacerlo.

—Yo no lo hago, ni a ti, ni a tu padre, ni a su esposa. Aunque tengo mi opinión, por supuesto. ¿Has hablado con tu hermana?

—Se lo conté, pero no pareció importarle demasiado, como si no le pareciera raro que mi padre cometiera errores. No está tan afectada como yo. Tal vez yo soy un exagerado. De todas formas, ellos no tienen una buena relación. Carmen era más grande cuando mis padres se separaron y no lo tomó bien, supongo que se puso del lado de mi madre en su momento, no sé por qué, pero así fue.

—¿Nunca le preguntaste el porqué de su distanciamiento?

—Tal vez, no lo recuerdo. Y si lo hice no reparé en su respuesta, evidentemente. A su edad ella era más consciente de todo lo que pasaba, yo era más inocente —dijo elevando los hombros y tomando el último trago de su botellita cerveza—. Supongo que no perdonó a mi padre por irse, tampoco la quiere mucho a la esposa y eso que están juntos desde... —Cerró los ojos junto

con sus labios. No podía ser tan estúpido. No podía haber vivido con la realidad frente a sus narices y no haberla visto.

—¿Desde...? —preguntó ella para hacerlo retomar la idea, algo lo había alejado y la estaba dejando con la mitad de la historia sin contar.

—Nada, no... No, no es... No puede ser, ¿no?

—¿No puede ser, qué?

Matías no se animaba a pensar en eso. Era incapaz de hacerlo. Antes de decirlo o siquiera pensarlo debía hablar con su hermana y su madre. Si su padre había engañado a su madre con esa mujer que él veía como una segunda mamá, que también estaba siendo engañada, todo cambiaba. Todo..., incluidos sus sentimientos.

—Matías.

—Nada. Dejemos este tema.

—Ah, no, ahora no.

—Por favor. Si seguimos hablando de esto, después retomamos entonces aquel otro que también quedó inconcluso..., el de lo que tú y Juan hacían esa noche en tu cuarto, en la que llegamos todos.

—Eres despreciable —dijo ella bajando su mirada y bebiendo de golpe todo su café casi frío. Sabía que no podía confiar en él, pero aparentemente no aprendía.

—Es una broma, de verdad. No quería ofenderte. No quiero seguir con esto, ya te contaré más, pero otro día. No te enojés, necesitaba que desistieras de la idea. —Matías se estaba acercando demasiado como para poner todos sus músculos en alerta. Él solo quería mostrar sus sinceras disculpas, pero esa mirada marrón de ojitos asustados estaba haciendo estragos en sus entrañas y despertando deseos retenidos y silenciados.

Sabrina fue la que puso el freno a la situación que podía volverse peligrosa para ella, desconociendo el peligro que suponía para él también. Se puso de pie con la excusa de llevar su taza a la cocina y tirar la botellita vacía en el cubo de basura.

Matías miró para otro lado, no podía permitirse mirarla al caminar con esa parsimonia femenina que lo trastornaba. Enloquecería, aunque también lo haría si no observaba todo lo que ella ofrecía gratuitamente a sus ojos.

—¿Sabes de coquetería femenina? —preguntó sonriendo después de un exhaustivo vistazo. Cómo le gustaba ese aspecto aniñado y despreocupado. Moría por besarla y desnudarla de a poco para ir descubriendo lo que tanto

deseaba y desconocía.

—Sí, claro que sé y la uso si es necesaria. —«Pero contigo no lo es», pensó antes de continuar—: Me cuesta mucho trabajo fingir lo que no soy. Lo que ves es lo que hay.

Y lo que veía, a Matías le gustaba. Le encantaba.

—Buen punto —dijo él sin animarse a decir más por miedo a no poder frenar sus pensamientos que se agolpaban en su garganta, con ganas de volverse voces, claras y fuertes. Tal vez un tema sin peligros podía servir para volver a terreno firme, con los hombres nunca fallaba el deporte... «¿Por qué no?», pensó—. ¿Haces algún deporte?

—No. Y se nota, lo sé.

—No quería..., me parece que me has malinterpretado.

—Tranquilo, sé quién soy y cómo. No me molesta mi apariencia —interrumpió Sabrina.

—La cual es muy agradable —interrumpió él.

Jamás dejaría ese asunto como una equivocación. Nada era más perfecto ante sus ojos que ella, ¿perfecto había pensado? ¿Así la veía? Claro que no, pero el deseo crea la telaraña demasiado enredada en la mente de un hombre como para engañar hasta las apreciaciones y a veces los sentimientos. Con esa intrincada idea se convenció.

—Es una palabra interesante la que has utilizado —dijo ella sonriendo, tal vez más incómoda de lo que quería demostrar.

No era cualquier persona con quien mantenía ese diálogo, sino el hombre que hacía que su cuerpo entero vibrase al verlo y en pocas palabras le estaba diciendo gorda o flácida o algo similar que, por supuesto, no preguntaría.

—Porque tú has usado otra interesante como «apariencia», Sabrina. Yo usaría algunas como... eres una chica muy linda, atractiva y sensual. Y podría sumar intrigante y estimulante... Tienes oculto mucho más de lo que parece y no hablo de tu físico. No eres solo la superficie. Eres mucho más que eso. —No se atrevió a alejar los ojos de ella, necesitaba que le creyera, no había ninguna intención oculta, solo sincerarse, no obstante, cada palabra le había acelerado el corazón mucho más de lo esperado y ni hablar de su entrepierna abultada al notar en ella esa vergüenza que le parecía tan deliciosamente erótica.

—¿Ajá? —preguntó Sabrina en un tono de lo más estúpido e incrédulo, pero escuchar todas esas mentiras piadosas de esa voz vibrante y masculina la

tenían temblando, y por qué no reconocerlo, algo lerda en cuanto a reacciones lúcidas.

—Ajá. —Perdió sus ojos en esos labios entreabiertos y húmedos que desprendían un delicioso aliento tibio con aroma a café, ese que a veces hasta aparecía en sus sueños. No podía contener sus ganas de besarla y lo haría, aunque después tuviese que arrepentirse y rogar un perdón que, de seguro, le costaría mucho conseguir.

—Bueno, creo que es hora de que te vayas. —Sabrina ya no quería más palabras inventadas y a esa altura lo imaginaba tramando alguna de sus travesuras, podía adivinarlo por esa mirada que había clavado en su boca. Si no lo conociese juraría que deseaba besarla, ¡qué pena!

—¿Sí? ¿Segura?

—Matías —susurró ella cuando un fuerte olor a cerveza invadió su aire y se estremeció por completo al sentir que, esa mirada tan peligrosamente inquietante, se la comía viva. El cuerpo de él estaba a escasos centímetros, podía sentir el calor que emanaba.

Una mano que parecía tímida e insegura se acomodó en la mejilla de Sabrina y entonces ella levantó la vista para ver cómo el espacio entre ellos moría en un beso descontrolado y apretado. Inspiró con fuerza y saboreó la lengua de Matías mientras él tiraba de su cabello hacia atrás para impedirle que bajase la cabeza. Un acto de demostración varonil, de poder, de fuerza que le parecía tan propio de él que no le molestó y hasta disfrutó.

Le excitaban esas acciones tan suyas, la descontrolaban, la disuadían, era incapaz de rebelarse. Sin embargo, le dolían, porque sabía que todo ese despliegue de sensualidad era la consecuencia de una pregunta equivocada: «¿Haces algún deporte?». No tenía que dejar nada claro, su trasero era lo que era, sus rollitos en el vientre estaban y no desaparecerían porque la besara, sus piernas no eran estilizadas ni largas ni finas, tenían carne, la que faltaba en sus pechos tal vez. ¡Por Dios, tenía espejos! No necesitaba su lástima, era demasiado consciente de ella misma como para que él se transformase otra vez en el estúpido que le había dicho que no era, e intentase convencerla de otra cosa con un beso robado.

Matías quería acomodarse sobre ella, refregar su necesidad, avanzar y avanzar y perderse en el momento. Ese beso de café lo estaba consumiendo, besarla era mágico, lo volvía delirante. Mordió el labio inferior de Sabrina con más fuerza de la necesaria, ella lo ponía en un estado de enajenación

absoluto. Se sentía con un poderío inusual y con una urgencia de dominarla, apretarla, obligarla a que hiciera lo que él pidiera.

Si pudiese pediría que se desvistiera frente a él, lento, sin dejar de mirarlo a los ojos, y luego se arrodillara entre sus piernas y con su boca lo vaciara de todo ese deseo que tenía por ella, lo haría. Le gustaría eso, sí, claro que le gustaría... Esa imagen lo hizo gemir y sin pensarlo más llevó una mano hacia ese trasero que provocaba su morbo y lo apretó.

—Basta —pidió Sabrina en una voz cortada, pero decidida. Matías abrió los ojos sin alejarse, pero detuvo todo movimiento.

—¿Por qué? ¿Qué te he hecho yo?

—Nada, no me has hecho nada. —Le acarició las mejillas y besó su frente.

—No te estoy castigando, chiquita. Te estoy besando, porque quería hacerlo, porque tu boca es deliciosa.

—Por favor, vete.

—Sabrina... —Deseaba abrazarla, fuerte, susurrarle cuánto le gustaba, rogarle que lo dejara seguir, hacerla conocedora de su fuerte deseo.

Esos ojitos asustados le provocaban ternura, pero de la lujuriosa, algo tan contradictorio e inexplicable como la misma mujer que lo miraba como si fuese un maldito demonio.

—Me prometiste que no eras ese idiota que me molestaba con sus arrebatos. ¿Qué ha pasado, te has arrepentido de mentirme?

Matías la miró a los ojos y hubiese jurado que estaba a punto de llorar.

No la entendía..., había sido un beso, tal vez hubiesen llegado a más, sí, pero hubiese sido consensuado. ¡No le dolería, por Dios! Ni estaría quitando su virginidad a la fuerza... Era solo sexo, ¿qué tan malo podía ser eso? La búsqueda del contacto de lenguas y labios ardientes había sido recíproca, no unilateral, no podía mentir en aquello.

«Hipócrita —pensó—. Mosquita muerta, nenita de papá...». Con esos tres insultos silenciosos, Matías se convenció.

Se puso de pie y con un perdón susurrado, se fue del departamento.

Para Sabrina no era un buen día. Desde temprano nada le había salido bien.

El despertador había sonado, pero ella lo había ignorado y la consecuencia había sido llegar tarde al trabajo. Julito era su amigo y tenía una paciencia infinita, aunque como jefe era más que responsable y tuvo su reprimenda. Las pocas reuniones para asignaciones de trabajo eran obligatorias y puntuales. No

había alcanzado una disculpa frente al grupo al interrumpir con su llegada.

—Julito, perdón, sabes que no soy impuntual—dijo después, ya solos.

—No te disculpes más. No me molesta en lo personal, pero no puedo dejártelo pasar ante todos. A la tarde me cuentas el motivo, ¿tomamos el cafecito? —preguntó imitando a Antonio y haciéndola sonreír.

—No creo, hoy no puedo. —En parte era cierto, no podía porque no se sentía bien con ella misma y sus amigos la expondrían a preguntas que no quería contestar, al menos no ese día.

Odiaba los días previos a su menstruación. Sus hormonas enloquecían y trabajaban arduamente en volverla loca a ella también, además de insegura y sensible. Si a todo eso le sumaba el resto del día laboral con errores varios, el poco descanso de la noche anterior que hacía mella en su cansancio, los dolores de vientre, el hambre y la ansiedad que le hacían pensar en devorar una incalculable suma de carbohidratos y azúcares que sabía que anidarían en sus caderas después... y alguna que otra cosa en la que no se permitía pensar, por ejemplo, besos, caricias y Matías, todo unido en una misma frase... y sí, estaba al borde del llanto.

Un llanto retenido con entusiasmo, claro, sin embargo, Sabrina era muy consciente de que su estado de tristeza y congoja explotaría de un momento a otro. Conocía su cuerpo y a veces lograba poner orden en esos momentos de debilidad que la avasallaban cada mes y no parecía ser el caso esta vez, porque ciertos agentes externos colaboraban para que ese sentimiento de desconsuelo quisiera fluir y derramarse en forma de lágrimas.

Para qué negarlo, esos motivos en los que no pensaba estaban ahí y eran implacables con su presencia, ese olor a cerveza, esa mano apretando su cuerpo, esos dientes mordiendo, ese aliento tibio y esa maldita mirada oscura, la volvían tan loca como vulnerable.

Se puso el pijama ni bien llegó a la oscuridad de su departamento, por suerte Iván no estaba. Con su inseparable taza de café descafeinado se sentó en el sofá y abrazó sus piernas mirando tan fijo como podía esa última porción de torta de chocolate que Renata le había enviado con su hermano. Quería no hacerlo, de verdad que sí, pero no pudo resistirse a dar ese primer bocado y gemir sonoramente. «Esa torta debería estar tan prohibida como los besos de Matías», pensó.

Un bocado le siguió al otro y en el quinto o sexto, ¿quién podría contarlos?, sucedió lo inevitable..., una primera lágrima silenciosa recorrió su

mejilla y como si de una carrera de postas se tratase, al llegar al final y caer sobre su pecho como dando la señal, la catarata de llanto fluyó descontrolada.

Ya estaba hipando y con el plato vacío cuando Iván entró sin hacer demasiado ruido y la vio con los ojos enrojecidos, hecha un asco, con su pijama húmedo y arrugado porque con él se había secado las lágrimas y con su pelo atado en ese nudo que solo ella sabía armar y desarmar.

—¿Qué pasa?

—Nada —contestó elevando los hombros y se preguntó por qué las mujeres siempre decían nada cuando en realidad debían enumerar las cosas que sí pasaban y listo. Los hombres tenían razón, las mujeres eran complicadas y se incluía entre «las mujeres»—. Acabo de comerme la torta y no era necesario que lo hiciera —dijo, en resumidas cuentas por eso lloraba.

Todo lo anterior habían sido las gotas que habían llenado el vaso, pero se había derramado con esa maldita, pero exquisita porción de torta.

—OK —susurró su hermano. ¿Qué otra cosa podía decir ante semejante ridiculez?

—Ya sé que para ti no es nada —empezó a decir y claramente estaba por dar un discurso, Iván se sentó a su lado para escucharla y accionar en caso de ser necesario. La conocía demasiado—. Tu culo está duro y no te sobra grasa, no tienes panza y tienes rodillas, yo no veo los huesos en las mías, Iván, ¿sabes lo que es eso? Y me doy el lujo de comer esta porquería llena de calorías. Dile a Renata que estaba deliciosa, pero que no me mande más... porque no soporto el escrutinio de las mujeres al verme, ya me es demasiado difícil tolerar el de los hombres.

—Shhh, tranquila —dijo abrazándola cuando ya la voz apenas se distinguía de sus sollozos. Acarició su cabeza y su espalda con cariño y besó su frente —. Estás en esos días del mes, ¿cierto? —La respuesta de Sabrina fue un simple movimiento de cabeza, afirmativo por supuesto—. Entiendo. Lloro tranquila.

—¡No estoy loca! —Esa frase había sonado como si pensara eso: «Lloro, loca, lloro», así había sonado en su cabeza.

—Lo sé.

—Entonces no me trates como tal.

Matías dio dos pasos y entró, parecía que las aguas se habían calmado. No había escuchado demasiado la conversación, pero la imagen le parecía demasiado íntima como para interferir, entonces se había quedado afuera. Solo

había entrado cuando creyó que todo había acabado.

Las lágrimas en una mujer le producían en la misma medida incomodidad y angustia, pero si eran lágrimas de Sabrina, había descubierto que le producían retorcionas en las entrañas y una doble, o triple, incomodidad.

—¡Otro..., el que faltaba! —dijo Sabrina elevando las manos en un acto de enojo descontrolado.

Parecía que el final todavía no había llegado, había más para largar.

—¿Y yo qué he hecho? —preguntó Matías sentándose cerca de donde estaban sus pies. Ambos sabían la respuesta, pero la callaron cobardemente. Sabrina jamás reconocería que la torta era la excusa y que esas lágrimas llevaban su nombre. Matías no podría con su conciencia asumiendo lo mismo.

—Nada —respondió Iván, apoyando su poco aclaratoria respuesta con el universal gesto sobre sus labios de «Cállate la boca y aguanta los golpes».

—Sí ha hecho —siguió Sabrina—, por hombres como él, las mujeres como yo tenemos estos problemas. Porque solo piensan con la cabeza inútil, bueno, a veces no tan inútil, y sin darse cuenta nos llevan a querer vernos y sentirnos lindas veinticuatro horas al día, así esa cabeza, que aún sin tener ojos ve, nos elige. ¡Y eso es un imposible! Me resisto a ser ese estereotipo de mujer.

—¿Feminista? —preguntó Matías, ya casi divertido y sin darse permiso a decir lo que su «cabeza inútil» veía en ella, aun sin tener ojos.

Si Iván no estuviese, otra hubiese sido la historia, le hubiese demostrado unas cuantas cosas. Sabrina no tenía ni idea lo equivocaba que estaba. Pobrecita, sufría en vano. Eso pensaba él en silencio mientras la miraba.

—Defensora del género, ¿te molesta? —Matías negó con la cabeza y le entregó una caja de pañuelos descartables que había por ahí. Hubiese besado centímetro a centímetro esas mejillas enrojadas para secar sus lágrimas.

El silencio se apoderó del momento y apenas si se rompió con algún sollozo cada vez más esporádico.

—Mañana voy a llorar de vergüenza y arrepentimiento por haber hecho esta tonta y exagerada escena, ¿no?

—Probablemente —dijo Matías, sin mirarla.

—Seguro —confirmó Iván, sin dejar de abrazarla—. Solo voy a agregar que todo lo que has dicho, son pavadas. Eres una mujer hermosa, tu cuerpo lo es también y puedes comer toda la torta que tengas ganas de comer porque miles de «cabezas inútiles» te van a elegir igual.

—Doy fe de eso. —Claro que Matías daba fe de eso, si mantenía una

erección diaria al pensarla y otra nocturna al soñarla.

—Tú cállate.

—Otra vez tú. ¿No tienes casa?

—Hola, estoy bien gracias —dijo Matías entrando al departamento sin ser invitado y restando importancia a la cara de asco de Sabrina.

—Mi hermano no está y no vuelve hasta mañana, por lo tanto, no, no puedes esperarlo.

Matías no estaba de humor para eso, ni para nada que implicara pensar en otra cosa que no fueran sus problemas y, sin darse cuenta en cómo ni por qué, y a sabiendas de que Iván no estaba, había terminado en ese departamento.

Haber hablado con su hermana descubriendo la clase de padre que era el suyo lo tenía sumido en un enojo incontenible y doloroso. Ya no sabía si poseía o no el derecho de juzgarlo, no era el damnificado por los actos de él, aunque si lo analizaba bien lo era en forma indirecta. Había visto sufrir a su mamá, había lidiado con los cambios de temperamento de Carmen asumiendo la separación, había llorado la ausencia masculina en su hogar y llamado mamá a la mujer con la que su padre había engañado a su verdadera madre. Claro que esta había jurado no haberlo sabido hasta después de años de casados, ya no podía creer en ese detalle, aunque las lágrimas sobre el rostro angustiado y la voz suave y dulce con la que había pedido perdón, lo hacían dudar.

—Me enteré demasiado tarde, Matías. Tu padre me lo gritó en una discusión años después y yo... no pude separarme. Lo amo, es mi marido. Les pedí disculpas a tu mamá y a tu hermana cuando lo supe y ahora te las pido a ti. Perdóname, Matías —había dicho mientras lloraba, casi sin consuelo, al preguntárselo.

Con todas esas nuevas noticias y acumulando ideas y rencores, aunque intentaría desecharlos pronto, había nadado hasta estar exhausto, exigiéndose más de lo normal. Hasta Bautista le había preguntado más de una vez si estaba bien. Desde que se conocían por esa noche de la fiesta, tenían alguna que otra conversación sin importancia, ¿y por ese motivo el socorrista creía conocerlo y poder inmiscuirse en sus asuntos?, pues no se lo permitiría, se dijo antes de contestarle, bastante mal, por cierto, que se metiera en sus asuntos. Era una reacción exagerada y lo sabía, era su irritación hablando, por supuesto, que reconocía la buena intención del muchacho y por eso antes de abandonar el recinto se había disculpado sin demasiadas explicaciones.

Ya no quería analizar más las cosas por las que no podía hacer nada. Aunque tal vez sí podía hacer algo, extraer lo bueno como, por ejemplo, decidir no cometer jamás semejante error. Podía también aprender a discernir si los consejos de su padre eran buenos o no, podía no compartir sus ideas y discutirlos de frente, porque a pesar de las edades, ese hombre tenía mucho por aprender. No era tan perfecto ni tan sabio después de todo, como alguna vez había llegado a pensar. «Los años solo dan experiencia, no sabiduría, haberlo sabido antes..., tanto orgullo y admiración repartidos erróneamente», pensó.

También debía entender que los pensamientos son de cada uno y pueden ser incluso opuestos a los propios y no por eso dejar de ser válidos, cada quien podía hacer con ellos lo que le diera la gana. Al igual que con su vida, como hacía su padre. Aunque la transformase en una espantosa y nefasta mentira manteniendo un matrimonio con una mujer engañada, una amante que le sacaba plata y una exmujer con un enorme corazón destrozado. Eso sin nombrar a dos hijos decepcionados y dos nietos maravillosos que apenas si sabían de su existencia.

Por supuesto que, si le daba la posibilidad a su papá de mantener sus ideas, él tenía el mismo derecho. Pensar que eran un desastre. Entonces entendía un poco más a Carmen y hasta había pedido sus disculpas por insistir en recuperar una relación que ella no quería mantener con su progenitor, como ella lo llamaba. También debía respetar eso.

Con las ideas más claras y necesitando algo de afecto, había caído en esa casa en la que no parecía bien recibido.

—¿Vas a tener otro ataque de llanto?, puedo consolarte. —«Torpe, así no, así no», se dijo todavía con algo de furia en sus venas.

—Cretin...

—Shhh, perdón. Perdóname —se disculpó levantando la mano y poniendo un dedo sobre los labios de ella para callarla—. Estoy nervioso y me he descargado contigo.

Y para sorpresa de Sabrina y su propio desconcierto. La apretó contra su cuerpo y la abrazó por la cintura con fuerza, por largos, eternos minutos. Tantos, que ella intuyó que ese abrazo era un pedido de atención, como había sido su explosión la noche anterior, llevó sus manos a los hombros masculinos y sintió cómo sus cuerpos se amoldaban con facilidad hasta tocarse por completo y unificar las respiraciones.

Adoró la sensación y se odió por ello.

—Descubrí que mi padre engañó a mi madre con su actual esposa y por eso se separaron.

—No mezcles las cosas, Matías. Que engañe a su actual mujer no significa que lo haya hecho antes. —No era cómodo hablar abrazados, pero él no la soltaba.

—No las mezclo, lo he confirmado. Me lo dijo Carmen, por eso ella no quiere a mi papá y no lo visita. Sabrina, soy un idiota.

—Ya lo sé. Pero eso no viene al caso ahora —dijo logrando que por fin la soltara, se separara un poco de ella y la mirara con una sonrisa en los labios. Hermosa sonrisa en los labios, vale aclarar, y una vez más comprobaba que para mantener su salud prefería la cara de culo.

—Te voy a besar, Sabrina.

—No, Matías, no sigas con tus juegos. No me gustan. No tienes que demostrarme nada. Tú no.

—No quiero demostrarte nada. Quiero besarte. Lástima que hoy no tomaste café, me gustan tus besos de café.

Sabrina se alejó de él haciendo un esfuerzo sobrehumano. Sentía sus mejillas ardiendo de vergüenza. «Besos de café», había dicho, si él supiera que a ella le gustaban sus besos de cerveza.

—Hablando de café, ¿preparo? —Matías levantó los hombros restándole importancia a la pregunta, solo estaba tomando coraje, no le importaba tomar café.

Sabrina caminó hasta la cocina, su corazón martillaba sonoramente, aturdiendo su conciencia. Sus manos temblaban y sus sentidos estaban alerta, tanto que sintió la masculina presencia antes que el aliento en su nuca.

—Dejémonos llevar, déjame provocarte —susurró Matías mordiendo el lóbulo de su oreja y jugando con su lengua como alguna vez lo había hecho en esa misma cocina. Sabrina cerró los ojos y suspiró.

—No —dijo saliendo de ese maravilloso lugar, pegada a su cuerpo se sentía tan bien—. Eres el amigo de mi hermano.

—Eso es una excusa y significa que no estás del todo convencida en tu negativa —le dijo siguiéndola al comedor.

Y no, no lo estaba. Porque la idea ya estaba fermentando en su cabeza. ¿Cómo sería entregarse a Matías? El hombre que había logrado que suspirara, soñara e imaginara, que insultara en español porque el italiano y el inglés

parecían no tener los suficientes improprios para dedicarle...

—Es una locura, Matías. ¿Cómo podría volver a caminar cerca de ti sabiendo que me conoces desnuda?

—Lo haces ahora y no dejas de imaginarte desnuda. Además, conozco la desnudez de una mujer, sé lo que hay debajo de esto —dijo acercándose nuevamente. Para meter presión tironeó de la camiseta anudada a la altura del ombligo, ella se alejó. Estaba bastante excitado como para dejar pasar la oportunidad. Esa mujer le gustaba mucho, a esa altura ya no podía negarlo.

—Tu imaginación puede estar muy equivocada conmigo.

—No lo creo. Sabrina, lo que digo es que un par de pechos, un trasero y un lugar tibio y húmedo donde hundirme lo tiene cualquier mujer, pero el resto, todo eso que estimula y seduce, eso que acompaña el momento proporcionando belleza, delicadeza, ganas..., eso no lo tienen todas. Aunque lo tienes tú. Quiero sentir tus manos, tus labios.

Sabrina creía morir en ese instante que la boca de Matías susurraba junto a la piel de su cuello y él no podía creer lo que estaba diciendo, no eran frases que utilizase comúnmente. Con un simple beso atrevido y alguna mano desubicada a veces le alcanzaba y si tuviese que utilizar palabras, en el improbable caso de que eso sucediese, solo hubiese dicho tengo ganas de tener sexo contigo y listo, tal vez en otras palabras, pero no las que estaba pronunciando sin mentir, claro estaba, y más raro era.

—Necesito averiguar si tenerte en mis brazos puede ser algo tan maravilloso y recordable como imagino u olvidable por lo desastroso. Puede pasar, pero lo dudo, chiquita. Lo dudo —dijo besando sus labios suavemente.

—No voy a poder volver a mirarte a la cara. —Ella estaba solo ganando tiempo, lo sabía, lo presentía. Dentro de ella todo gritaba un sonoro y largo «Sí». Cómo había preparado el terreno el muy canalla conociendo las debilidades de las mujeres, pensaba y no podía culparlo porque estaba dejándose seducir como una inexperta que, por otra parte, era por mucho que quisiera mentirse.

—Vas a poder. Lo he hecho con compañeras de trabajo y está todo... Eso no ha sonado bien..., quiero decir que sí vamos a poder..., no sé ni lo que digo, perdón..., es que estoy desesperado. —Mordisqueó la boca de Sabrina que todavía no se entregaba, pero no le importaba porque estaba disfrutando como loco el momento de acariciar con sus pulgares esa piel suave que se asomaba por la camiseta anudada y sentir el roce en sus labios sin

comprometer todavía nada más, sin exigir como pensaba hacer con su lengua, invadiendo cada lugar de esa boca tentadora, y conociendo cada expresión de goce de esos ojitos soñadores y dubitativos—. Quiero hacerte mil cosas, Sabrina, tenerte sin ropa y saber de lo que somos capaces juntos. Por favor.

—Eso ha sonado lindo —murmuró dejándolo que le ayudara a abrazarlo por los hombros, porque con su cobardía no se había animado.

Él le llevó los brazos hasta sus hombros y ahí estaban midiendo los centímetros de esa maravillosa espalda que ahora podía acariciar con disimulo y ¿cómo resistirse?, si era lo que deseaba desde hacía tanto tiempo.

—Más lindo va a ser si lo hacemos. ¡Por Dios, cómo te deseo! —Ya sus manos estaban debajo de la, ahora, molesta camiseta; deambulando por la espalda de ella que se erizaba ante sus caricias.

—No me digas eso —dijo avergonzada, nadie le había hablado con tanta claridad jamás y su interior ardía como el fuego vivo.

—Sonrójate para mí —gruñó Matías apoyándose en ella, por fin su «cabeza inútil», como ella había dicho, la tocaba. Necesitaba sacarle la ropa —. Eso es, me encanta. Mira cuánto.

—Eres tan insolente —aseguró ella apenas rozándolo, él le llevó la mano hasta ese maravilloso bulto que la provocaba entre sus piernas para que lo corroborara y no se animaba a apretar como quería.

—Dime que sí, estoy con el freno puesto, Sabrina.

—Me voy a arrepentir.

—Eso no va a pasar —dijo sonando convencido, pero no estaba seguro tampoco.

Nunca había estado en un lugar tan delicado como en la cama de la hermana de su mejor amigo. Sin embargo, por ella lo intentaría, porque ya no podía dormir una noche entera sin soñarla. Tenía sus reservas ante lo que estaba por pasar, aun así, sus ganas de ella eran superiores y ganaban cualquier batalla mental, propia o ajena.

Sabrina casi gemía ante las caricias y los besos suaves que no se quedaban quietos. Ya había dejado de mirarlo y solo le quedaba adivinar el próximo roce. Era demasiado para tolerar y ya nada podía hacer con su deseo.

Estaba tan necesitada, como asustada, de convertir su fantasía en realidad, no quería que se convirtiera en una pesadilla, pero cómo negarle a su cuerpo lo que estaba rogando con insistencia, con latidos alocados, sudor, humedad y agitación más que evidente. Un suspiro dio por perdido su debate interno.

—Está bien, solo qui...

Matías arrasó con su boca y apretándola contra su pecho, con una mano entre el pelo la presionó más contra sus labios. Su lengua se dio el gusto de hundirse con frenesí y saborear todo lo que podía. Su respiración nasal era sonora y desesperada. Sabía que debía contenerse o todo terminaría rápido y necesitaba disfrutarla, pero ella era tan dócil, se dejaba avasallar por sus besos y respondía. Esos dedos que apenas se animaban a moverse sobre sus pantalones lo estaban volviendo loco de anticipación.

Bajó sus manos hasta las piernas de ella y la subió a su cadera para caminar hasta el sofá, de ninguna manera la llevaría a la cama, era más excitante el *living* para volver esa única vez algo fabuloso para recordar.

Se sentó apoyando el cuerpo de ella justo donde la necesitaba e inspiró con fuerza al sentirla. Estaban frente a frente, con sus miradas unidas y sus respiraciones agitadas.

«Último momento para arrepentirse», pensó Matías, se jugaba a todo o nada, lo sabía, pero era más fuerte que él. Quería la confirmación.

—¿Sigo?

Demasiado excitada, asustada, abandonada a su suerte y seducida estaba como para pensar en negarse. Tal vez se arrepintiese, de hecho, estaba más que segura de que lo haría. Nunca, en sus casi treinta años, había siquiera pensado en cometer semejante locura. No solo era el mejor amigo de su hermano, sino el hombre que le gustaba, tanto que, si él lo propusiese, sería capaz de convencerla de la que la tierra era triangular y para completar la cosa, conocía sus motivaciones para estar, ahí y así, con ella.

Para ella era una situación atípica, descontrolada y poco pensada, excitante también, eso era innegable. Sin embargo, sabía que, para él, era una situación más en la que la mujer decía que sí. Estaba plenamente consciente de ser un número agregado de la larga lista de amantes que se dejaba embaucar por esa sonrisa traviesa que sí tenía después de todo. Además, y eso era lo más importante, pensaba que a Matías nada le costaba querer congraciarse por tantas barbaridades dichas y hechas hacia ella, de una manera que poco esfuerzo requería y hasta, tal vez, ganaba algo de placer en el intento. Ella seguro, él... después lo averiguaría, o tal vez no.

Todos esos pensamientos cruzaron de manera fugaz por la cabeza de Sabrina, no obstante, poco podía pensar con esa mirada brillante tan oscura como su perverso deseo de dejarse llevar por él, al mismo infierno si era

necesario. Precisaba de una vez por todas acabar con ese deseo y avanzar en su vida. La rebeldía e insolencia de Matías, todas esas provocaciones que, deambulaban aún en su cabeza, no se iban y le había costado ya una relación con alguien que valía la pena. Cuanto antes terminase con él, antes podía olvidarlo y dejar de perder cosas valiosas.

Tal vez solo ella era consciente de lo mucho que le costaba esa decisión y cuántas cosas implicaba dada su historia amorosa. No podía decir que fuese fácil, sin embargo, con su gran cambio y sintiéndose bastante más segura de sí misma, siendo además el futuro amante su objeto de deseo, era necesario dar ese paso y terminar con toda la presión que consumía su buen humor diario.

No haría lo mismo que con su mulato italiano, no repetiría. Sería solo esa vez. Era conocedora de la amarga sensación de vacío que le dejaba el sexo sin sentimientos, reconocía no haber nacido para eso.

Siendo realista y sabiendo que jamás debería ocurrir, pero que por esas cosas de la vida ahí estaba... ocurriendo, se dejó llevar.

—Por favor, sigamos —casi gimió ante la ausencia de esos maravillosos labios en su piel.

—Eso es, chiquita, me encanta que quieras seguir —respondió con su lengua recorriendo el cuello femenino.

Alejó la cabeza para clavar la mirada en los ojos entrecerrados de ella y los labios hinchados. La deseaba con una urgencia que hacía mucho no tenía por una mujer. Claro que nunca había tenido que esperar tantos días solo observándola mientras ella lo seducía y lo provocaba en silencio..., y ahora estaba en sus piernas, dispuesta, lista para él..., pero vestida. Sonrió de lado, cruelmente, enloqueciendo todas las neuronas despiertas de Sabrina, con dos dedos enganchó el nudo de la camiseta espantosamente sensual que ella llevaba puesta y tironeó de ella levantando una ceja.

—Esto sobra. —Ella sonrió ruborizada, ese hombre estaba derribando tantas barreras y destruyendo tantas fronteras..., ya haría un recuento de los daños, después—. Sácatela —ordenó en un murmullo que golpeó las entrañas de Sabrina y la dejó en un lugar desconocido, sintiéndose ciega y sorda, solo su tacto servía, su piel sensible que ardía con esa sola orden y con su ansiedad que esperaba más.

Sin dejar de mirarlo desprendió el nudo con habilidad y se quitó la camiseta. El calor invadió su cuerpo y no fue por excitación, sino por vergüenza al recordar que no tenía nada debajo, en un solo movimiento quedó

desnuda. Matías abrió los ojos fulminándola con la mirada y gruñó al tocarla con las palmas de las manos muy abiertas, abarcado todo lo posible de ella, acariciando desde el vientre hasta los hombros y deteniéndose en sus pechos que ya no se veían porque él los cubría por entero.

Otra vez Sabrina experimentaba algo por primera vez, a pesar de sus dudas e inseguridades, ante esa mirada cargada de deseo y promesas, se sentía hermosa. Tan *sexy* como nunca se había sentido.

—Bésame, por favor —le rogó a Matías incapaz de seguir soportando la distancia. Y uno de sus besos desesperados destrozó sus frenos.

Sus manos se enredaron en el corto cabello negro de su amante mientras él exprimía sus primeros gemidos manoseando a discreción sus pechos, pellizcando y apretando descaradamente. No supo cómo se atrevió, pero se deshizo de la camiseta de él y, en un abrir y en cerrar de ojos, le estaba raspando la espalda con las uñas sintiendo cómo se estremecía y modificaba su beso ante ese contacto.

—Sácate todo, estoy hambriento de ti —volvió a ordenar Matías poniéndola de pie y empezando a bajar sus pantalones y los propios en movimientos rápidos y torpes.

No tardaron nada en volver a estar en la misma posición, desnudos. Esta vez la boca de él quedó en esos pechos tiernos y blandos que se antojaron bonitos, por su forma y color. Nunca había pensado en senos como bonitos, pero esos lo eran. Los besó con ternura y los acarició con delicadeza mientras escuchaba los suaves gemidos de Sabrina que solo se dejaba hacer. Le gustaba como respondía y notaba que disfrutaba con sus caricias.

La temperatura subió a medida que la pasión de los dos se hacía presente entre suspiros y jadeos. Sabrina se acomodó, ansiosa como estaba, justo donde sus sexos se tocaban y él entendió la invitación. Entró en ella mirándola embobado, sin perder detalle de cómo cerraba los ojos y llevaba hacia atrás la cabeza, gimiendo con la boca abierta. Abrazó la cintura femenina con un brazo, rodeándola por completo y la apretó contra su pecho, la otra mano se enredó entre las hebras del largo cabello y tiró de ellas para pegarse a su boca.

Era brusco, sí. Y a ella le encantaba.

La fijó a sus piernas hundiéndose tan profundo como pudo y con pequeños movimientos, ayudado por su brazo, la guiaba dentro y fuera enloqueciéndola, mientras mordía sus labios y los acariciaba con su lengua después,

regalándole su aliento caliente y jadeante.

Sabrina gemía sin control apretándolo todo lo que podía, tirando de su pelo y rasguñando sus hombros. Apenas podía respirar de lo pegados que estaban, pero no era una queja, no. Escuchar esos maravillosos y excitantes jadeos masculinos que, solo había imaginado, era un agregado demasiado erótico al ambiente.

—¿Te gusta, chiquita? Eso es, dímelo —exigía clavándose con furia y mordiendo toda la piel que encontraban sus dientes.

Sabrina era fuego dulce, como caramelo hirviendo entre sus brazos y lo estaba consumiendo. Nunca había imaginado esa sensación de plenitud enterrado en una mujer. No quería acabar jamás, pero su necesidad de terminar con todo era inmediata. Tan contradictorio como potente era su deseo por ella.

—Sí me...

—Qué bueno. —No la dejó terminar de hablar, no era necesario. La besó con furia mientras murmuraba entre sus labios. Para Sabrina era como girar dentro de un tornado, apenas si estaba consciente de sus propios movimientos —. Sí, veo que te encanta y es fabuloso porque a mí me vuelve loco.

Matías se arrodilló en el suelo y la recostó sobre la mesa baja que tenía adelante sin soltarle el cabello ni los labios, solo la espalda de ella tenía apoyo, sus caderas seguían tan pegadas como antes. Sabrina enredó las piernas en la cintura de él para no perder el equilibrio, ya que la suya estaba en el aire y solo podía mantenerse porque él la sostenía.

Después de mordisquear y pellizcar esos hermosos pechos, Matías hundió con fuerza ambas manos en la cintura de Sabrina. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás, su cuerpo estaba expuesto a él quien no perdió tiempo en maravillarse. Era una escultura erótica, sus sexos pegados y a la vista, la piel de su vientre estirada marcando la cintura y las costillas, sus pechos erectos y expectantes, su cuello largo y fino en tensión, los brazos laxos a ambos costados. Era perfecta. Quería tomar una foto de ella en esa pose, en ese estado de total entrega y conservarla para verla cada vez que se le antojase.

Se encastró con fuerza en ella y reparó en el movimiento de sus perfectos pechos, otra vez y otra. Ya no jadeaba, gruñía desesperado. Humedeció su pulgar y lo llevó a ese pedacito rosado de piel que descansaba tan cerca de la unión de sus sexos, porque sabía que la elevaría por el aire y la haría terminar con su tormento, y así fue. La vio retorcerse, la escuchó gemir y no le importó siguió torturándola; ella se dejó, sin quejarse, aunque los gemidos inundaban

todo, eran sonoros, deliciosos, potentes... Preciosos quejidos de placer.

Las gotas de sudor bajaban por las sienes de Matías, no tenía más fuerza. Volvió a incorporarla y a pegarla sobre su pecho, quería dar un cierre a todo, ya su cuerpo ardía y lloraba de necesidad. La sentó sobre él y la ayudó a moverse arriba, abajo, arriba, abajo, con furia, con urgencia, a un ritmo implacable y todo terminó como había empezado, de una forma desgarradoramente caliente.

Sudados, pegados, satisfechos, agitados, abrazados y callados..., así estaban y así se quedarían por varios minutos. Hasta poder volver a razonar.

Sabrina tenía la garganta seca, los ojos llorosos, las entrañas retorcidas, el corazón galopando a un ritmo casi letal. Él la mantenía abrazada con tanta fuerza que hasta se sentía querida, la mano en su cabeza acariciaba su cuero cabelludo, con parsimonia, con la misma que ella acariciaba la espalda suave y tersa de él.

—Guau, chiquita. Ha sido maravilloso.

Sabrina había odiado siempre palabras como enana, pequeña, chiquita, bebé, cariño..., todas esas que, su hermano mayor, había usado para burlarse de ella cuando era una niña. Sin embargo, la forma en que sonaba «chiquita» en esa voz cargada de pasión y ternura, al menos eso pensaba o quería creer, le encantaba.

—Sí, lo ha sido.

Por fin se miraban. Ya todo había terminado y era el momento de la verdad, aunque en sus ojos no había nada diferente, y entonces suspiraron.

Sabrina se quedaría con todas las sensaciones guardadas silenciosamente, las mantendría calentitas en su mente. A decir verdad, no era un hombre dulce, sino pasional y tosco por momentos, aun así, esa pasión tenía una carga de ternura que tal vez solo ella veía, con sus ojos nublados de sentimientos ocultos y nuevos. No había sido nunca, ni lo era actualmente, una mujer inconformista, sin embargo, por esta vez lo sería.

Matías era lo que elegiría si pudiera, lo que quería, no obstante, era realista y sabía que no lo tendría. Dolía mucho. Otra vez dolía el rechazo y la indiferencia de un hombre, porque eso tendría desde ese mismo momento en el que lo veía vestirse lentamente a su lado, no tenía ni la más mínima duda.

Estaba arrepentida, por supuesto que lo estaba, sabía que eso pasaría. Aunque haber sentido tanto placer como había sentido la convertía en una mujer, tal vez menos inteligente a la hora de decidir, pero más sabia y

conocedora de su cuerpo. Se había sorprendido con lo que era capaz de dar y recibir y había redescubierto la pasión, la intensidad del placer, y el calor.

Matías estaba poniéndose nervioso ante el silencio eterno de la mujer que lo había confundido. Era una mujer, sí, lo tenía clarísimo, su edad, su cuerpo y sus respuestas no permitían dudas, pero la ternura que despertaba en él lo ponía en una situación difícil. Ella lo llenaba de una ternura que él no tenía. Jamás había utilizado un apelativo con una mujer, todas tenían nombre, ¿por qué no llamarlas así?, eso pensaba. Desde siempre había sido de esa forma, sin embargo, Sabrina era una pequeña mujer dulce y tímida que con sus ojos lo provocaba sin saberlo. Era su chiquita de sangre caliente y mirada vergonzosa.

Se cubrió la cara con las manos y negó con la cabeza. No era suya, ni lo sería.

—Matías.

—Sabrina —dijeron al unísono—. Dime. Tú primero.

—No es nada importante, solo que... esto no debió haber pasado y de todas formas ha sucedido. Por favor, no quiero que mi hermano se entere. —Matías tensó la mandíbula, esas palabras le sonaron a rechazo, a indiferencia y lo enojaron. Sí, tal vez tenía razón, no debió haber pasado y estaba más que de acuerdo en que Iván no se enterase, pero... «Pero ¿qué? Si ella no lo decía, lo hacías tú. Necio, hipócrita», se dijo.

—Dalo por hecho. Esto no cambia nada, ¿OK? Vamos a seguir como antes, no te preocupes.

—Sí, eso ya lo has aclarado. —Ahora el turno de sentirse rechazada era de ella. Nada cambiaba, era lo sabido, lo esperado. Bueno, tal vez no lo soñado por Sabrina, pero...

—Entonces han pasado, ¿cuántos días? —preguntó Antonio poniéndose por cuarta vez manteca de cacao en sus carnosos labios.

—Casi diez días. Lo he visto, sí, pero de pasada y nos saludamos bien, no obstante, no cruzamos charla alguna.

—Bueno, veremos qué pasa hoy. ¿A qué hora vienen? No me digas, no importa, que sea sorpresa. Mientras tanto debemos analizar cómo seguir con tu vida aburrida y monótona, darle un cambio. Estás pesada, bonita, y te vas a volver vieja y gruñona si sigues encerrada en estas cuatro paredes con estos papeles frente a tus ojos por horas y horas. Deberíamos pens...

—Silencio, por favor. Pon una coma o un punto —pidió Sabrina tentada de risa.

—Hola, debe ser muy bueno el chiste para que rías así —dijo Iván entrando con Matías a sus espaldas.

—La verdad no ha sido un chiste. Le he dicho que debería salir más, que está hecha una aburrida —parafraseó Antonio.

—Es cierto —corroboró Iván.

Matías la miró de reojo acomodándose en el sillón, estaba hermosa. No podía negarlo. Haberse acostado con Sabrina no había sido un buen plan. No podía dejar de soñarla, de desearla, quería más. Tenía en sus retinas la imagen de ella desnuda sobre la mesa en la que estaba apoyando los pies en ese instante y no podía olvidarla. Sus curvas, la piel pálida, sus pechos pequeños y bonitos, sus pestañas tupidas, sus labios entreabiertos... Cerró los ojos con furia, estaba excitándose con solo escuchar el sonido de su risa.

—No me interesa, chicos.

—Entonces, búscate un amante, mujer. Algo que le de color a tu vida —agregó Antonio.

—Ya tengo uno —respondió ella y sintió la mirada de Matías clavarse en su cara. No la respondió, ¿qué se creía?—. Mi amante libera mi pasión. Es el que me roba sonrisas, alegrías, me da felicidad y me mantiene ocupada. Pienso en él todo el día, a veces por la noche y más de una vez me hace gritar de placer cuando termino... Sé que es raro que lo entendáis vosotros, hombres, pero yo solo tengo una cabeza y, por suerte, es la que piensa. Mi amante es mi trabajo y es lo único que necesito.

También tenía un corazón que en ese instante palpitaba rápido no pudiendo obviar al hombre silencioso que analizaba sus palabras mirándola fijamente, de cualquier forma, sobre eso no haría ningún comentario.

—En el reparto de genes te llevaste la mejor parte —dijo orgulloso su hermano.

Matías suspiró con alivio, aturdido por la sensación de frustración que había sentido desde las primeras palabras: «Ya tengo uno». Se sentía impotente ante todo lo que ocurría ahí, quería opinar, hacer comentarios, tal vez seguir la broma y ofrecerse como amante de verdad, pero, sobre todo, tenía ganas de rogarle que no hiciera caso a ese consejo. Sí, así de egoísta se sentía. Si él no podía ser su amante que nadie lo fuera, era la otra opción.

—No hay duda al respecto, tonto.

—Ya aparecerá el hombre que te haga olvidar a este amante aburrido, tranquila. Solo para que quede claro, como hermano no apruebo la idea del

amante hombre. Antonio dale otro tipo de consejo.

—No necesito tu aprobación, hermanito.

Matías simulaba estar ajeno a la conversación, sin embargo, no lo estaba. Admiraba a Sabrina y notaba su inteligencia en cada respuesta, en cada broma o comentario. Sí, ella carecía de esa cabeza inútil como una vez nombró a sus genitales, era cierto, esa cabeza era la que a veces lo llevaba a pensar pavadas, a tomar decisiones erróneas, como, por ejemplo, convencerla, desnudarla y haber tenido con ella el sexo más comprometido e íntimo que recordaba haber tenido jamás. Sin palabras, apenas pocas miradas, solo gemidos, suspiros y entrega, pero una entrega total y absoluta, generosa, sin reservas. Hermosa. Como ella, sí, la veía cada vez más linda. Tal vez no era la belleza típica de una mujer, pero ella tenía un... algo inexplicable que lo obligaba a girar la cabeza para volver a verla y descubrir en ese segundo vistazo que era perfecta. Una dulzura aññada y sensual con unas curvas peligrosísimas y una mirada subyugante.

Matías tenía la mente atiborrada de sensaciones inexplicables que no lo dejaban pensar, ni razonar. Nunca imaginó que esa mujer tan tímida y reservada encajara tan a la perfección con sus deseos. No lo había deslumbrado con sus dotes amatorias, por el contrario, solo había mostrado un par de caricias ardientes y curiosas eso sí, besos escandalosos y gemidos desinhibidos, pero nada más. Sin embargo, había sido perfecto. Desde el mismo instante en que le ordenó, porque así había sonado en su voz, que se quitara la ropa y ella había obedecido, su libido había aumentado a niveles desconocidos. Como su deseo.

Por todos los santos, ¡cómo la deseaba! Todavía lo hacía. No había alcanzado esa sola vez.

—Iván, ¡por favor! —exclamó Antonio con ese afeminado además de manos que producía gracia a veces—. Estamos en el siglo... ¿en qué siglo estamos? Bueno, es un detalle irrelevante, lo importante es que ella no tiene que pedir aprobación para tener un novio, amante o marido. No le hagas caso, mi vida. Con que yo lo conozca y me guste es suficiente. Sabrina reía ante los gestos y palabras, inagotables, por cierto, de su amigo. Iván no podía dejar de escucharlo, era muy divertido y entretenido.

—Los pongo a prueba a los dos, si acepto que tu amante viva con nosotros, Sabrina, ¿te casarías conmigo? ¿Estoy aprobado, atrasados? —preguntó Matías, harto de ser ignorado por ella que apenas si lo había mirado una vez.

Ahora sí lo miraba, no como hubiese querido, pero al menos lo miraba.

—Cuando solo actúes pensando con la cabeza inteligente, tal vez lo piense —respondió ella con una sonrisa radiante... y mentirosa.

—De ninguna manera —dijo Iván—, ni te gastes en pensarlo. Además, él no tiene cabeza inteligente.

Antes de cambiar de tema, Matías y Sabrina se miraron encontrándose de pronto, como si nadie los rodeara, y sus ojos se atraparon de forma cómplice. Ambos retuvieron un suspiro y después de sonreír él le guiñó un ojo, entonces ella respondió de la misma forma estremeciéndose por completo. No era para menos, estaba recordando una vez más, todo lo que ese hombre era capaz de hacerle a su cordura.

Con él había adorado sentirse tan mujer, tal hermosamente tratada, tan libre de experimentar el placer y expresarlo. Sabrina se había dedicado a pensar en esas reacciones y la única conclusión a la que había llegado, había sido que el conocer de antemano que sería una única vez la había liberado de prejuicios. Había gritado como nunca, expuesto su cuerpo y dejado que él lo poseyera sin condiciones. Pero, en ese instante, perdida en esa oscura mirada, se había descubierto ansiosa y expectante por escuchar que le ordenase una vez más que lo mirara, que se desvistiera o que hiciera algo que acabara con su necesidad de tenerlo otra vez entre sus piernas.

La noche llegó y, a pesar de su incomodidad por la presencia de Matías, pudo disimular sentirse como siempre. No obstante, cada vez que él se movía lo recordaba sin ropa y cada vez que ella se movía, también se recordaba sin ropa, pero frente a él recorriéndola con la mirada. Por eso, cuando Antonio se fue, decidió terminar con ese suplicio excitante y encerrarse en su habitación.

—¿Vas a hablar hoy con Sabrina? —preguntó Matías una vez que los hombres quedaron solos.

—Sí. Tengo que hacerlo. Al final esto de esperar tanto para contarle me salió mal. Solo una semana tengo para prepararme. Me va a odiar.

—Bueno, no sabías que se adelantaría tanto.

—Pensé en traer a Steven para que estuviera cuando se lo dijera. Viste que se llevan bien y es más calmado que yo...

—¿Para qué? No creo que sea necesario —preguntó Matías, si algo lo tenía contento era que ese niño bonito no iluminaría más la mirada de Sabrina una vez que volviese a su país. Quería a su amigo y era buena persona, pero demasiado atractivo para los ojos de la mujer que le gustaba—. Si quieres

puedo ayudarte yo ahora.

—¿Tú? Matías, no me hagas reír, casi ni se hablan. Dejemos las cosas así, que te necesito para que me la cuides cuando no esté. Busca llevarte bien con ella, con eso me conformo.

—Estamos en eso —susurró con culpa.

Se levantó dispuesto a irse. Iván no sabía ni sabría jamás que las cosas habían cambiado entre su hermana y él de una manera drástica. Y era cierto, que otra vez casi ni se hablaban, es que no podía mantener una conversación con ella sin mirarle los labios e imaginarla gimiendo recostada desnuda con sus preciosos pechos moviéndose al compás de su cadera.

—Después te cuento cómo me ha ido —dijo Iván dándole un golpecito en el hombro antes de cerrar la puerta de su casa—. ¿Gruñona, estás visible? —preguntó a punto de entrar al dormitorio de su hermana. El momento había llegado, no lo dilataría más.

Al escuchar a su hermano, Sabrina se sentó en la cama dejando a un lado su libro con el que intentaba conciliar el sueño, y olvidar cierta presencia a pocos metros. Nada mejor que un sangriento policial. Nada de romance, había pensado al momento de elegir.

—Puedes pasar —le dijo a Iván y él se dejó caer a su costado en la cama, la abrazó apoyándola en su pecho. Recordaba que con su novia los mimos habían funcionado. Claro que con su hermana utilizaría otro tipo de cariños y menos cantidad—. Dilo.

—¿Sin dar vueltas? —Sabrina afirmó con la cabeza y después de inspirar profundo, Iván la miró a los ojos—. Bien, me voy por varios meses a Estados Unidos. Es por trabajo.

—¿¡Qué!?! —Sabrina lo separó de su cuerpo y se sentó enfrente, claro que Iván sabía, muy dentro de él, que no sería lo mismo que con Renata—. Iván, volví por ti. Estoy aquí por ti. No puedes. No, recházalo. Postérgalo.

Iván adoraba a su hermana y más cuando tenías esos caprichos infantiles e incoherentes porque era su forma de decirle que lo quería y lo necesitaba. Sabía que solo tenía que esperar a que su furia bajara y pudiese pensar con claridad. Sus enojos eran como las olas del mar, siempre terminaban desapareciendo por completo, solo había que aguantar el revolcón anterior.

—No puedo. De hecho, ya pedí una postergación porque quería pasar más tiempo contigo y Renata, pero ya no hay tiempo.

—¿Cuándo? —Le gustaba ver esa carita de angustia que originaba su

ausencia, pero a la vez le dolía. Parecía una niña pequeña y no una mujer.

—En menos de diez días me voy.

—No me dejes. No te vayas —dijo llorando y abrazándolo, eso sí que no le gustaba.

Para Sabrina era todo un drama, de verdad que lo sentía así. Jamás le diría a su hermano los motivos por los que no quería que se fuera, no era solo el extrañarlo y el quedarse sola en un departamento tan grande, había más razones. Se tenía miedo estando en soledad. Tantas cosas la tenían vulnerable y sensible que su distancia solo sumaría más angustia, no tenía fuerzas para soportar. Ese era su pensamiento empañado por tantas ideas que revoloteaban en su cabeza poniéndola en un estado de susceptibilidad extrema.

—Tú me dejaste, ¿recuerdas? Y por tres espantosos años. Yo no te pedí que te quedaras.

—No me chantajees. Es distinto.

—Ah, ¿sí?

—Sí, porque yo me fui, no me quedé triste y sola. Ahora es injusto.

—Entiendo. Como ahora eres la que se queda te parece injusto. Eso suena muy inteligente.

—Sí, y lo es —afirmó sonriendo mientras se secaba las lágrimas.

—Volveré antes de que te des cuenta de que me fui.

—No me mientas. Este departamento es enorme, me voy a dar cuenta de que no estás a la hora de que te hayas ido.

—No busques llenarlo con amantes como te dijo Antonio.

—Eso voy a hacer, uno en mi cuarto y uno en el tuyo de repuesto y tal vez otro en el escritorio.

La conversación se fue poniendo menos sensible, entonces Iván pudo explicarle los motivos del viaje y contarle que Renata estaba triste, pero lo había entendido. Le dio el número de teléfono de ella y el de Matías para que les pidiera lo que necesitara, incluso compañía, a lo que ella respondió que lo no creía necesario.

—Matías vive cerca, mucho más cerca que mamá y Frank. Llámalo, él me prometió cuidarte, venir cada tanto. Haz un esfuerzo, no es mala persona.

—Nunca dije que lo fuera. Solo es que me molestaba con bromas pesadas..., aunque ya estamos mejor. —«Tanto que hasta tuvimos sexo en el *living*», pensó.

Como también pensó que sería la última persona a la que recurría en caso

de necesitar ayuda, por más que a su hermano lo dejara tranquilo diciéndole que lo haría. Si él quería tratarla como una adolescente lo dejaría, era su forma de demostrar su cariño, y le gustaba.

Como casi nunca las cosas no se daban como Sabrina esperaba, a primera hora de la mañana de camino al trabajo, recibió un llamado de Matías. Claro que hubiese desconocido el número si su hermano no se lo hubiese cargado anoche como un contacto.

Sus manos sudaron al instante y sus omóplatos sintieron ese calor amigo. Su voz estaba por quebrarse, pero sin pensar demasiado los motivos de por qué estaba viendo ese nombre en la pantallita de su móvil, apretó el botón.

—Hola.

—Hola, Sabrina, soy Matías. Tengo tu número porque tu hermano me lo dio y quería que apuntaras el mío.

—Ya lo hice, Iván me lo dio anoche.

—Bien. —El odioso silencio invadió el momento, solo se escuchaban las respiraciones—. Bueno, era solo eso. Sabrina, no dudes en llamarme. Puedo llegar a tu casa en cinco minutos.

—Lo sé. Gracias.

—Sí, de nada. —Matías estaba mordiéndose los labios, quería decir tantas cosas y nada salía de su boca—. ¿Te dijo cuándo se va?

—Sí. —Estaba a punto de llorar, no solo por recordar que su hermano la dejaba sola, con todos sus miedos y dudas, sino por la poca comunicación que tenía con la persona que le gustaría poder comunicarse como si fuese algo natural—. Estoy llegando al trabajo y...

—Entiendo.

—Bien.

Ambos cortaron la llamada sin saludarse, eran incapaces de decir nada. Matías quería invitarla a tomar un café para que le contase cómo se sentía, pero, por supuesto, recordando las palabras de su amigo, no lo había hecho. «Mientras más lejos mejor», pensó. Ella era toda una tentación después de lo que habían compartido y si quería cumplir las promesas de cuidarla (que le había hecho a Iván) y la de mantener la relación como siempre a pesar del sexo (que le había hecho a Sabrina), debía empezar a alejarse.

Y eso hizo durante los días restantes, al menos se mantendría así hasta el día de la partida de Iván.

La semana pasó a una velocidad incomprensible. Entre valijas, compras y

cenar de despedida Iván había estado tan ocupado que apenas si había podido conversar con su hermana. Sabrina ya había elaborado su despedida, había empezado desde el mismo día en que se lo había dicho por lo que poco necesitaba conversar. Era mejor así. Prefería que el día llegase y pasase ya para empezar su nueva vida, otra vez. Pero en esta ocasión estaba más armada y había vivido algunas experiencias que le habían enseñado bastante, incluso por primera vez estaba acompañada de afectos elegidos por ella misma, no los que la vida ponía en su camino y ahí quedaban.

Quizás pocos la entendían, era una mujer adulta sí, pero apenas había empezado a vivir. Oculta en su cueva de timidez y soledad poco conocía de las actividades sociales y de las relaciones tanto de amistades como romances. Eso la dejaba con pocas herramientas ante la vida que nunca paraba y presentaba sus batallas incansablemente. Batallas que ella debía aprender a esquivar o enfrentar según fuera el caso. En esas decisiones bien podía errar y evitar lo que no era necesario y enfrentar lo que hubiese sido mejor dejar pasar. Ese, exactamente era el caso con Matías que vagaba por su cabeza de noche y de día, metiéndose, con crueldad, entre sus sueños y pensamientos, incapacitándola y dejándola distraída como para pensar en otra cosa. Contrariamente a lo que había pensado y por lo que había accedido a su seductora propuesta, o tal vez había sido una excusa estúpida, solo por poder abrazarlo, besarlo y haber sentido tanto placer imaginado.

Si pensaba que se había arrepentido el día después, por amanecer con sus piernas adoloridas y su corazón oscuro por el desengaño, se había equivocado. Arrepentida estaba ahora que las consecuencias pesaban con un collar de plomo cada vez que lo veía. Sin embargo, así estaban las cosas y no tenían solución, al menos ninguna por el momento. Y ella tenía que aprender a vivir con ello.

Como todos los días llegaban sin tener que esperar más tiempo del necesario, ahí estaba el último día de su hermano cerca de ella. Todos reunidos de nuevo en el aeropuerto, pero esta vez no era una llegada, sino una partida.

—¿Por qué somos las únicas dos que lloramos? —le preguntó Renata a Sabrina en un susurro, una vez que Iván y Steven se habían ido.

—Debemos ser las únicas que lo quieren —respondió en broma elevando los hombros.

—A ver si nos entendemos, es la oportunidad necesaria para poder

librarnos de este pesado por unos meses y vosotras lloráis, ¿quién os entiende? —dijo Francisco atrapando a cada una con un brazo. Renata tenía ya un lugar en la familia. Iván la había presentado como su novia oficial y en pocos días se había ganado el cariño de todos.

Matías se unió al grupo saludándolos con una sonrisa. No le gustaba quedarse sin su amigo tampoco. Lo peor era que en vez de uno se habían ido dos de sus mejores amigos y sabía que le harían falta ya que no estaba pasando por días increíbles, y no era solo Sabrina quien irrumpía en su paz mental, sino todo lo que había descubierto de su padre, su madre y ese pasado espantoso que le habían negado. Aunque, a decir verdad, cada día que pasaba, más se convencía de que no era su vida y nada podía hacer al respecto. Obvio que tomaba partido para el lado de su madre y se resignaba cada vez más a sentirse defraudado por su padre, ese hombre que le había parecido enorme e intachable y ahora veía como un fiasco. Como hay que sacar siempre lo bueno de cada situación, eso pensaba a veces, rescataba el compromiso de su hermana mayor para con él, porque se había solidarizado con sus sentimientos y estaban más unidos que antes.

—Te llevo a casa, Sabri —le dijo acercándose lo suficiente para que lo oyera.

—Gracias, Matías. Me has ahorrado el camino —dijo Francisco, haciendo que Sabrina cerrara la boca con la que pensaba agradecer y decirle que no.

—Nada más que hablar. No me agradezcas, no me cuesta nada. ¿Vamos?

Saludaron a todos y se fueron. Matías todavía observaba a Sabrina que conservaba el reflejo de la sonrisa que sus sobrinos le habían sacado. El viaje pasó casi en silencio, no demasiado incómodo porque la música los acompañaba, sin embargo, algo era necesario decir.

—Entonces... ¿cómo estás? —preguntó él por fin, sin alejar la mirada de la carretera. Como toda respuesta ella elevó los hombros y enfrentó las lágrimas que la amenazaban. No eran todas por su hermano, sino por el maldito momento embarazoso que estaban pasando.

—¡Me lo prometiste, Matías! —exclamó casi en un grito, ya cansada de todos sus pensamientos.

—No entiendo —susurró él y al mirarla vio las lágrimas. Sus entrañas se retorcieron. Cerró los ojos unos segundos y suspiró. Había llegado el momento que tanto había querido evitar—. Tienes razón, es solo que...

—Yo te lo dije... Antes de empezar, te lo advertí, pero tú insististe.

—Lo sé, pero no te obligué, Sabrina. —Habían llegado y estaba estacionando, tal vez la conversación durara bastante o tal vez solo unas palabras más. Poco conocía a la mujer que lo estaba enfrentando con la realidad de la que quería escapar, como para adivinar sus movimientos.

—No, claro que no me obligaste. Pero como soy la que no sabía cómo se manejaban estas cosas de sexo rápido, convenciéndome como lo hiciste, es algo parecido... Ahora que Iván no está no quiero verte, no quiero saber nada de ti. No me hace bien, no estoy cómoda a tu lado. Gracias por traerme y adiós, Matías.

Sabrina abrió la puerta dejando a Matías desorientado, tal vez hasta algo enojado y frustrado. Él hubiese preferido un enfrentamiento más lógico, una discusión de adultos. Tal vez hasta hubiesen llegado a un acuerdo.

Movió la palanca de cambio y aceleró. Ella tenía razón... Ahora que no estaba Iván...

—¡Adiós, loca! —gritó furioso golpeando el volante y subiendo la música para aturdir sus pensamientos.

Sabrina lloró en silencio, tirada en su cama. No la había obligado, claro que no, no la había ni siquiera menospreciado y ese era el problema. Ella se había sentido tan bien en sus brazos que hasta quería más.

De lo que no quería más era de su indiferencia, de sus escasas miradas, de las casi nulas palabras dirigidas a ella. Estaba tan dolida por eso que necesitaba lastimarlo y tal vez hasta lo había hecho ya con lo que le había dicho, la verdad estaba tan harta de pensar en Matías que poco le importaba. Odiaba sentirse tan atraída por un hombre como él.

—¿Entonces, no? —Sabrina negó con la cabeza rechazando la invitación a bailar de un desconocido. Estaba en uno de los lugares de moda a los que se solía ir a bailar, no a mirar alrededor, como lo hacía ella.

—Ay, bonita, si seguimos así... —empezó a decir Antonio.

—No te enojés, pero no quiero estar aquí. No tendría ni que haber venido. Divertíos vosotros. —Antes de que Antonio y Bautista pudieran emitir alguna queja, Sabrina estaba saliendo de la disco con la llave del coche de Iván en la mano.

No tenía humor ni ganas para estar apretujada, peleando por mantener una estabilidad que peligraba en cada empujón debido a sus tacones altísimos. El olor a alcohol, cigarrillos y sudor, mezclados con tantos perfumes, era casi insoportable. Ya no estaba para esas cosas, o tal vez, nunca lo había estado.

Estacionó el coche en la cochera que les pertenecía y subió casi evitando respirar, hasta su pelo olía mal. Tomó una ducha rápida y se disponía a comer unas galletitas, se sentía famélica, cuando su timbre sonó. Miró el reloj, no era hora de visitas, era de madrugada. Asomó el ojo por la mirilla de la puerta y vio a Matías.

No dudó en abrir la puerta, verlo así la preocupó, no tenía una apariencia nada buena y al hacerlo él perdió el equilibrio y casi cae a sus pies.

—¡Matías, estás completamente borracho!

—Eso parece, chiquita —dijo entre risas, dejándose caer en el sillón.

—¿Qué haces aquí?

—¿Eh...? Ah, sí. Bueno, la verdad, no lo sé. Tal vez esta sea la dirección que le di al taxista.

Y así era, no había mentido, como todo borracho solo decía la verdad. Había tomado de más y había sido culpa de la endemoniada mujer que lo miraba con los ojos entrecerrados. Aunque ya no recordaba su enojo ni los motivos por los que estaba justo en ese lugar y en ese estado.

Una semana y cinco días llevaba sin verla, sin animarse a llamarla, y contando los días.

Había pasado por varios estados en esos días, hasta había querido pedirle disculpas. No sabía muy bien por qué, pero lo había querido hacer. Había pensado tanto en ella que se había quedado dormido vestido haciéndolo, más de una vez. No le había gustado aquella última discusión y, si bien la había llamado loca, bueno, también histérica, mentirosa, necia y alguna que otra cosita más los primeros días mientras su enojo daba lugar a la razón, una vez que había pensado, la entendía y se disculparía. Si ella necesitaba eso, lo haría. Tal vez Sabrina tenía razones que él desconocía, entonces si se daba una charla coherente, le preguntaría el motivo de su enojo.

Él no estaba enojado con ella, sino con la situación, tal vez un poco con él mismo, por desear más de aquello, que ya no se animaba a nombrar. Un deseo loco, atrevido, posesivo que llegaba a los límites de hacerlo soñar despierto mientras desayunaba o trabajaba. Si hasta había empezado a odiar el café porque su aroma se había vuelto afrodisíaco recordándole sus besos.

Además, y para sumar más problemas, porque parecían ser pocos, Iván había llamado y le había pedido que la visitara porque sabía que no había pasado por la casa de sus padres en todos esos días y recalcó que ella no era de las personas que pidieran favores por más que los necesitase y que por eso

estaba preocupado. «Por favor, amigo. Date una vuelta por casa y míname a mi hermana. Cuando la llamé sonaba rara, triste, apagada...». Sí, así había terminado la comunicación con Iván. «Míname a mi hermana», «¡qué más quisiera!», pensó.

Había vuelto a enojarse esa tarde gritando: «¡Por qué eres tan complicada, chiquita!». Y esa palabra que solo decía refiriéndose a ella lo había puesto en tensión al instante y mirando su entrepierna vio cómo su erección crecía sin poder hacer algo para evitarlo, mucho menos si no se animaba a quitar de su cabeza la imagen de ella y su cuerpo tendido en esa pequeña mesa, por miedo a olvidarlo.

Esa misma noche había decidido cambiar todo y mandar al carajo sus demonios y los recuerdos. Lo intentó cuanto pudo hasta ese momento en que acodado en la barra del pub en el que pasaba el rato con sus amigos, vio a una mujer hermosa. No, no era hermosa, era perfecta, rubia, alta, con falda corta y pechos grandes. «Por fin una mujer hermosa con poca tela por ropa», pensó. Tenía unos increíbles ojos celestes y una boca perfecta para besar, después de deleitarse con su sonrisa. La miró varias veces hasta descubrir si estaba sola o con compañía masculina y entonces atacó, tal vez con algo de falta de práctica, desde hacía poco más de un mes que no salía ni estaba con ninguna mujer, bueno, no estaba con una desconocida.

Ya pegado a ella pudo reafirmar su idea, era preciosa, sus ojos lo miraban de una manera encantadora y hasta su voz era dulce. Pero después de unos diez minutos, cada vez que la miraba se le venían a la mente unos simples ojos marrones, pero con unas pestañas enormes y tupidas, que se cerraban muy lento, reaccionando a cada piropo, convirtiendo esa simpleza en algo maravilloso. Por supuesto, se había dispersado tantas veces que la señorita en cuestión se había aburrido dejándolo solo. Ese había sido el comienzo del desastre. Una cerveza más, tal vez seis o siete más, a decir verdad y algún que otro tequila, le gustaba el tequila.

Para entonces su borrachera lo tenía diciendo pavadas, sus amigos habían escuchado el nombre Sabrina acompañado de varios improperios y muchísimos adjetivos y no todos buenos. Debería agradecer que nadie conociera a Iván porque entonces su secreto hubiese quedado expuesto de una manera bastante desagradable.

Cansados de escucharlo despoticar contra la mujer que lo tenía enloquecido, sus amigos lo habían subido a un taxi y ahí estaba... en el destino

menos pensado.

Levantó la mirada y la vio preparando café en la cocina. Miró su trasero oculto en esos gigantes pantalones de pijama, pero él sabía lo que había debajo y era una espectacular combinación de caderas voluminosas y cintura pequeña, que animaba la libido de cualquier hombre que gustase de las mujeres. Ese pelo de un recogido confuso y húmedo era perfecto para tironear y exponer el cuello de piel blanca y suave y morder con fuerza... Cerró los ojos y negó con la cabeza. Estaba loco. Sí, loco por ella.

Al escucharla caminar hasta él con las dos tazas de café en la mano, se sentó para darle espacio a su lado y entonces vio la mermelada casera que ella comía y las galletitas dispuestas en la mesita donde había estado su cuerpo desnudo. Todas las imágenes se sumaban perturbándolo demasiado. Sonrió de lado y gruñó sonoramente, estaba entregado, no podía pelear más.

—¿Estás bien? —preguntó Sabrina, ajena a todos los fantasmas que acechaban a Matías y éste asintió con la cabeza, bebiendo todo el café que podía sin quemarse. La vio tomar el suyo con cautela y sin dirigirle la mirada, entonces él le guió la cara con un dedo en el mentón.

—Mírame, Sabrina —ordenó. Ella se estremeció y lo hizo, sin embargo, confusa pero firme en sus convicciones como siempre, o casi siempre había sido, se rebeló a sus deseos.

—¿Para qué, por qué? ¿Qué quieres de mí, Matías?

—No lo sé —contestó elevando los hombros perdido en esos ojos marrones preciosos y esas mejillas sonrojadas. No podía ser tan franco y decirle que lo único que buscaba era más de ese fantástico sexo que lo había dejado añorando aquella sensación de gloria que había sentido cuando se dejó ir en su interior, apretándola contra su pecho.

—Aléjate de mí, ¿por qué no me dejas en paz? —Sabrina no quería llorar otra vez por ningún hombre que no mereciera sus lágrimas y él no las merecía.

—Porque no puedo. No fue suficiente para mí. Te miro y solo sé que necesito más, chiquita.

—Me duele verte, Matías.

—Perdón, no quiero eso. No pretendo lastimarte.

—Pero lo haces. Me lastimas.

Matías sonrió tristemente, no quería hacerla sufrir, sin embargo, si no la besaba el que sufría era él. Egoístamente puso en una balanza su necesidad y la de ella y, por supuesto, la suya fue la que pesó más. Estaba en desventaja, su

razonamiento no colaboraba, su borrachera le impedía pensar y su deseo, detenerse.

Acercó su cara con rapidez y mordió el labio inferior de ella robándole un gemido. Solo eso le bastó para enredar los dedos en el cabello suave de Sabrina y perderse en esa boca con un beso rabioso y urgente.

Sabrina sentía que levitaba, deseaba esos besos exigentes y esas manos firmes que lo tomaban todo. Pero sabía que después dolía, que esos labios y esas caricias dejaban huellas marcadas en carne viva. Con ambas manos le tomó la cara y lo apartó, odiaba hacerlo porque lo necesitaba demasiado, pero...

—Déjame, por favor. Aléjate. Déjame vivir.

—No... no puedo..., no quiero. No lejos de mí. No sin mí.

—¿Eso qué significa, Matías? Me confundes.

—No lo sé. No tengo ni idea. Solo... quiero estar así. Quédate cerca —le dijo abrazándola con brazos seguros, apretándola contra su cuerpo, sin embargo, no le alcanzó, no fue suficiente, entonces la levantó y la sentó sobre sus piernas.

Cuando todo ese maravilloso cuerpo femenino estuvo en contacto con el suyo, recién entonces exhaló el aire retenido y cerró los ojos.

Sabrina le acarició el cabello oscuro, tan oscuro como sus miedos de volver a hundirse ante un amor no correspondido, justo cuando estaba empezando a flotar en un mar calmo. No entendía nada de lo que estaba pasando y no se animaba a hacer ningún tipo de conjeturas. «Matías era un hombre borracho, sin coherencia entre lo que decía y hacía», se dijo varias veces mientras le permitía dormirse entre sus brazos con los labios pegados a su cuello. Cuando lo sintió absorbido por el sueño se alejó sin mirarlo, para evitar la tentación, y se encerró en su dormitorio con llave.

Matías intentó abrir los ojos, los sentía pesados, así como sus piernas, en realidad su cuerpo entero. Intentó incorporarse ante los ruidos no muy lejanos y su cabeza se hizo notar con un agudo dolor. No soportaba las resacas, aun así, le había sido imposible no tomar esas primeras cervezas.

Miró a su alrededor y cerró los ojos con fuerza llevándose el pelo hacia atrás, estaba enojado consigo mismo, otra vez. Estaba donde no debía estar y no recordaba nada de lo que había pasado.

—Buenos días, ¿cómo te sientes?

—Demasiado mal —respondió intentando sentarse sin quejarse. Sabrina

puso los desayunos en la mesita baja frente al sillón y le sonrió.

—Empieza con los analgésicos.

—¿Qué hice o dije?

—Nada. Solo viniste sin decir ni hacer nada y te dormiste —mintió ella, porque si él no recordaba ella no lo ayudaría a hacerlo. Algunas de esas palabras también estaban olvidadas para ella, por su propio bien.

Últimamente estaba hecha toda una mentirosa.

Matías la miró unos segundos y, por supuesto, no le creyó. Él era, ahora, consciente de su enojo de anoche, su frustración por no poder ver más allá de esos ojos marrones que lo miraban todavía con rastro de sueño. Claro que recordar todo lo demás era una tarea casi imposible. Algún que otro fragmento aparecía sin conexión con otros, algunas palabras sueltas y claras, risas y ella entre sus brazos. Inhaló aire, todo el que pudo para evitar hablar y otra imagen perdida, un beso de café de esos que lo vuelven loco. No aprendía más, aunque tampoco sabía si quería aprender.

Analizó la postura de Sabrina y casi sonrió. Ella era todo inteligencia, sabía cómo dejar el tema atrás, sin darle vueltas y disimulaba como una experta. Bien, así sería, pensó.

—¿Cómo llevas la soledad en casa?

—Este departamento es demasiado grande para mí sola. A veces pienso en irme a casa de mis padres, pero está lejos y soy bastante grande para ir a cobijarme como un pollito bajo el ala de mamá gallina.

—Bueno, no creo ser el adecuado en dar ningún consejo al respecto. —Ambos se miraron y rieron—. Vas a estar bien.

—Sí, supongo que me acostumbraré —dijo mirándolo y encontrando esa mirada negra que adoraba, tan brillante como le gustaba.

Justo había sacado la cuchara de su boca con la que había probado la mermelada y entonces sus ojos bajaron tentados por el sutil movimiento de los labios masculinos y se asustó. Cerró los ojos y maldijo por lo bajo.

Matías ardió con esa chispa, esa mirada tan inocente para él era el fuego mismo de la pasión que lo consumía sin poder hacer nada más que dejarse llevar. Tomó más mermelada en la cuchara y la llevó a la boca de ella. Negó con la cabeza sin mirarlo y él sonrió. Preciosa, era tan dulce y apocada... Matías apoyó la cuchara sobre los labios de ella y luego sobre la mejilla y el cuello y por último en el escote que se dejaba ver a través de la camiseta.

No tardó nada en pasar la lengua con suavidad por cada lugar y limpiar esa

piel blanca y suave. Sabrina gimió bajito con los ojos cerrados, inmóvil.

—Quiero esto, Sabrina. Tenerte boca a boca. Se me corta la respiración cada vez que me miras así y necesito tocarte. Poner tu cuerpo pegado al mío.

Sabrina negó en silencio, quería gritar que sí, todo que sí, pero estaba muy decidida a no ser la amante del hombre que empezaba a amar a pesar de no querer hacerlo. No era solo el miedo a sufrir, sino las repercusiones que podía ocasionar más de un problema, ¿Acaso él no las veía? Su hermano era el amigo, sus madres también lo eran... no, definitivamente no. El sexo arruinaba las amistades.

Volvió a sentir la lengua y los labios húmedos y tibios en su cuello, la sensación era maravillosa y entonces los dientes mordiendo con esa pequeña fuerza extra que la alejaba de la sensatez. Esa mano dominante en su cabeza estaba pudiendo con sus fuerzas, sus brazos seguían apretando la taza vacía, tenía total conciencia del beso inminente que su boca ya saboreaba, anticipando el roce.

—No, Matías —susurró entrecortadamente.

—¿Por qué? —Si al menos alejara sus manos y su boca de ella tal vez podría contestar sin temblar. Era difícil, pero lo lograría, se dio ánimo, ella podía con eso. Había podido con otras cosas, no era tan difícil.

—Por mi hermano, por nuestras madres...

—No pensemos, dejemos a todos fuera —dijo besando por fin sus labios, Matías no podía contenerse ante ella, era imposible no transformarse en el ser más egoísta del mundo con ella entre sus brazos y cerca de su boca—. Ausentémonos un rato de la realidad.

—No. No soy... —Le atrapó los labios con fuerza y ella reaccionó. Ese era el momento justo o ya no lo lograría—. ¡No quiero ser tu amante, Matías!

Se puso de pie haciendo que él perdiera el equilibrio y cayera casi recostado en el sillón sobre el lugar ahora vacío que ella había ocupado.

Matías tomó conciencia de esas palabras y no era lo que quería, sin embargo, era lo que parecía, no podía negarlo. Su confusa mente no llegaba a conclusiones de ningún tipo, solo la deseaba, ahí, en ese momento, (en realidad en todo momento) y eso nublabla su juicio, sus buenas intenciones, sus decisiones. Todo.

Demasiado necio había sido ya como para no ver ese punto del mismo modo que ella. Sí, así se veía su propuesta, como la de un amante ocasional que solo quería satisfacer su urgente deseo.

Se puso de pie también y acercándose a Sabrina para acariciarle la mejilla volvió a decidir acabar con todo. Ya había perdido la cuenta de cuántas veces lo había hecho. «Un intento más, viejo, el último», se dijo.

—Perdóname —murmuró en voz muy baja antes de cerrar la puerta.

Como todo rutinario, pero entrañable domingo, Sabrina estaba en casa de sus padres rodeada de su familia. Iván se había comunicado con ellos con cámara incluida desde la computadora y había mostrado el departamento donde vivía. Steven estaba con él, tan lindo e imponente como siempre con su maravillosa sonrisa. A través de la pantalla incluso parecía un actor de cine.

El almuerzo, el postre, la sobremesa y los juegos con sus sobrinos eran lo que necesitaba para olvidar la noche anterior y las palabras arrastradas dichas por una persona intoxicada de alcohol y deseo.

Así quería pensar, pero Antonio le había recordado eso de que los borrachos y los niños decían siempre la verdad. Claro que no necesitaban que se lo recordaran, sin embargo, empezaba a dudar de esa frase, así era más conveniente.

Sonrió al recordar el gritito de su amigo, cuando le había contado por teléfono el episodio de su escape de las garras masculinas y, cerrando los ojos, imaginó sus movimientos y como si hubiese estado ahí adivinó el gesto de Bautista al verlo. Eran una pareja perfecta, aunque eran tan opuestos en algunos aspectos... Bautista parecía serio, caballero y bien masculino. En cambio, su maravilloso amigo, afeminado, extrovertido y payaso, con andares divertidos y exagerados, y su ropa, por favor..., su ropa y todo su estilo, empezando por el pelo, hablaban de que el mundo le había quedado chico, que nada podría con él, que su vida le pertenecía y nadie lo haría dudar jamás de nada, que viviría solo bajo sus reglas. Tan seguro de sí mismo estaba que era admirable. Sabrina, admiraba a su amigo.

Sí, eran opuestos, pero se complementaban a la perfección, eso la llevó a pensar una vez más en Matías, tan diferente a ella, tan opuesto a veces, tan... «¡Basta!», gritó para sí misma en el silencioso cubículo del automóvil de su hermano y puso música.

Matías había nadado y pensado, pensado y pensado. Miles de vueltas le había dado a todas sus ideas llegando siempre a las mismas conclusiones. Ya era tiempo.

Había dejado de creer que la vida daba más si se le pedía, no sabía cuándo había pasado, sin embargo, hasta había olvidado que tenía muchísimas

oportunidades para tomar, pero había que estar atentos. Y tal vez él no había estado atento, pues ahora sí lo estaba, o eso quería creer.

¡Cuánta razón tenían su madre y su hermana!, de verdad le faltaba madurez, crecer, hacerse hombre, dejar de jugar a vivir y hacerlo de verdad. Con compromisos y seriamente. Tenía todo lo que había proyectado, claro, lo que podía pagar o comprar. Le había resultado agotador, pero bastante fácil si pensaba que lo que hacía era su pasión. Le gustaba su trabajo y por eso ganaba el dinero que gastaba en lo que quería, no en lo que necesitaba, porque ya hacía bastante tiempo que no necesitaba nada, tenía de más. Ambiciones cumplidas y sueños hechos realidad.

¿Qué le faltaba? Algo intangible que no pudiera comprar el dinero, que ocupara su tiempo, su mente, que supusiera un compromiso y una decisión, nuevos retos, sueños y proyectos.

Le faltaba una pareja, un amor. Tal vez había dejado pasar alguna buena mujer por no creer que necesitaba una, no obstante, ahora entendía que no era cuestión de necesitarla, sino de quererla, de desearla, de disfrutarla. No dejaría pasar ni una más. Porque esta vez no solo la quería y la deseaba, sino que la necesitaba. ¿Para qué negarlo? ¿Para qué mentirse? Ya no soportaba no poder verla, hablarle, besarla, abrazarla.

Necesitaba a Sabrina en su vida.

Se sentía muy capaz de mantener una relación seria con ella, porque ella era diferente, inteligente, lo entendía, lo sentía, lo guiaba y le exigía. Daba y pedía. No se callaba nada, pero no gritaba. Respetaba y se hacía respetar. ¡Qué demonios! Si hasta parecía enamorado.

Si fuese un sentimiento conocido para Matías, podría asegurarlo, pero lejos estaba de él saberlo todavía. Mucho menos decirlo. Nunca jamás había dicho te amo a una mujer y tal vez nunca lo haría, tampoco decía te quiero, sin embargo, eso no significaba que no lo sintiese. Eran dos caminos diferentes, sentir iba para un lado y decir para el otro, y para él, nunca se cruzaban.

Enseñanzas antiguas que todavía estaban clavadas en su interior. «Hijo, los hombres no se muestran sensibles o vulnerables, los hombres no hablamos de amor». Sí, su padre sí que le había dado buenos consejos cuando estaba formando su personalidad. Estas eran las espantosas consecuencias, por supuesto, él no era consciente de ello. Él solo era consciente que no sabía hablar de amor.

Sabrina, su chiquita, esa tímida mujercita que lo miraba con desconfianza y

suspiraba por sus besos, esos que le robaba despiadadamente y lo ponían en la cima de su deseo, se había convertido en su próximo reto, su sueño, su necesidad, su..., tantas cosas. Había ganado varias batallas, si por batallas entendía el mantenerse lejos de ella, pero no creía poder con una más. Sería como atravesar un desierto sin agua. Pensándolo mejor, quizás con un gran sacrificio podría, tal vez, pero no quería. Con esa terrorífica mañana bastaba. Ese rechazo, con la voz quebrada susurrando un «No, Matías», había hecho un desastre en su interior.

¿Cómo que no? Sí. Sí, Matías, sí. Eso quería escuchar.

Con ese propósito había estacionado su «último sueño comprado» frente al edificio para verla llegar a sabiendas de que estaría en casa de sus padres. Cuando la vio entrar a la cochera no demoró ni dos segundos en salir a su encuentro y enfrentarla. Podría decirse que ella no tomó demasiado bien su presencia y era de esperar dada la mañana que habían tenido.

—No, Matías. —Pero Matías estaba dispuesto a sacar un «sí».

—Sabrina, necesitamos hablar. No te voy a tocar, te lo prometo. No si no me lo pides o veo que quieres que lo haga —agregó porque si todo salía como pensaba, nadie podría alejarlo de sus labios y no quería empezar una relación con ella prometiendo algo que no podría cumplir.

—No tenemos nada que hablar —dijo ella intentando huir, pero con él era imposible.

Ya estaban los dos encerrados en el ascensor. Mientras ella miraba los números pasar, sería, él la miraba a ella, sonriente.

—Yo tengo mucho que decir. —Sabrina entró a su casa y lo dejó pasar. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Que sea rápido y de lejos.

—No, no, así no. Va a ser a mi manera. Sentémonos aquí. Cerquita.

—No quiero tus juegos, Matías.

—No estoy jugando, chiquita —dijo sentándola a su lado, como había dicho, muy cerca. Sus miradas se buscaron—. No puedes resistirte más, yo ya no lo hago y me siento bien. Inténtalo. Sabes que entre nosotros está pasando algo, raro, impensado, algo que no podemos frenar porque parece ser más fuerte que nosotros mismos. Dejémonos llevar.

—No quiero más de esto, ya te lo dije. No me gustan las relaciones sin nombre ni compromisos y solo de sábanas arrugadas. No me gustan y mucho menos contigo. No. A mí me gustan las relaciones de a dos, no siendo

espectador de la vida del otro, sino formando parte de ella. Lo siento, no soy lo que buscas —concluyó y se levantó.

—Shhh, ¿adónde vas? —preguntó volviéndola a sentar, impidiéndole que lo dejase con la palabra en la boca—. He pensado mucho en esto y quiero lo mismo. Te dejo entrar en mi vida y compartirla, si me dejas entrar en la tuya.

—No, por supuesto, que no. —Su corazón hacía demasiado ruido como para poder pensar. Esas palabras, dichas por un personaje irresponsable y egoísta como él, no podían significar lo mismo que si ella las decía. O no la había entendido o estaba intentando convencerla para meterla en la cama, al menos eso pensaba Sabrina.

—¿Por qué no?

—Somos distintos, distintísimos... Incompatibles. No es... —Soltó el aire retenido y cerró los ojos, negando con su cabeza. Era tan obvio, para ella al menos—. No, lo siento. No podríamos.

—Ya no sé cuántas cosas me pueden sorprender de verdad a esta altura, Sabri, pero te aseguro que mis pensamientos lo hicieron cuando te vi, vaya que sí. Me sorprendí desde el mismo día que te conocí y no dejé de pensarte, hasta que esta tarde llegué a la conclusión de que te quiero en mi vida. Y sé que me quieres en la tuya. No me mientas, soy quien te roba suspiros, ¿o no? ¿Puedo equivocarme tanto pensando eso?

Sabrina negó con la cabeza, otra vez. Cómo negar algo tan verídico, tan contundente. Esos pozos oscuros eran como dos luces cegadoras que la transformaban en el más tonto de los mosquitos y hacia ahí volaba embobada. Se dejó acariciar y disfrutó el tibio aliento de él en su cara.

—Seamos algo, Sabrina. Estemos juntos. Intentemos una relación.

—No lo sé, no quiero sufrir otro desengaño. Soy muy diferente a ti. —Matías besó sus labios, apenas un roce.

—Y eso me encanta. No voy a hacerte sufrir, al menos no si puedo evitarlo. Y sé que tú tampoco lo harás. ¿Entonces?

—¿Noviazgo? —preguntó después de interminables minutos.

—Si así lo quieres llamar, sí.

—Puede ser.

—Eso es. Así me gusta. Valiente, mi preciosa —dijo Matías cerrando el trato con un beso de esos que solo él sabía dar y Sabrina cerró los ojos.

Dudas, miedos, inseguridades, preguntas..., todo estaba oculto tras el torbellino de sensaciones que llenaba su pecho en ese instante.

Matías su novio. No lo esperaba, ni siquiera lo había imaginado. Cómo atreverse a semejante cosa, sin embargo, era una idea perfecta.

Matías era como esa sacudida que había necesitado para despertar de un letargo tal vez provocado por ella misma, de una forma inconsciente o no. Él la exponía a situaciones desconocidas, emociones nuevas, diferentes y hermosas, también excitantes y aterradoras. Ponía su moral en jaque cada vez que la miraba, la tocaba o la besaba. La llevaba a límites inexplorados.

—Quiero llenarte el cuerpo de besos —murmuró su, ahora, novio, sin dejar de mordisquearle el cuello.

—No digas esas cosas.

—Cómo no hacerlo si la respuesta es tu vergüenza que me pone cachondo y demente.

—Eres un insolente —dijo cerrando los ojos y sintiendo sus mejillas a punto de ebullición.

—Esa carita, chiquita, es una delicia. ¿Me dejas?

—¿Qué cosa?

—Llenarte el cuerpo de besos, Sabrina. —En un arranque de locuras, de esas a las que él la llevaba, le arrancó la camiseta de un tirón y se sacó la propia—. Gracias por la sorpresa. Voy a hacer algo que es el equivalente a pisar el acelerador en una carrera de coches.

—¿Me pongo el cinturón de seguridad?

—No va a hacer falta, solo agárrate de mí —murmuró perdiendo su boca en la piel de los pechos femeninos y caminando hacia el dormitorio de ella.

Se dejó caer en la cama, con ella debajo, y la besó con todas las ganas retenidas. Refregándose para sentirla, tan necesitado como estaba poco más podía hacer. La piel tibia y suave de Sabrina con la suya propia, era la combinación perfecta. En pocos segundos la tuvo desnuda y en el lugar justo. Y fue entonces cuando se hundió en ella, pidiendo perdón por su apuro entre jadeos y suspiros, y prometiendo una próxima vez más lenta y con preliminares.

Se fundieron uno en el otro, se regalaron su placer sin límites hasta llegar al final esperado y una vez allí, estallaron en mil pedazos, abrazados, húmedos por el sudor y pegados por la pasión.

—Has visto lo bien que nos entendemos. Cómo desperdiciar esto —dijo Matías incorporándose con los codos para ver el despojo de mujer que yacía debajo de él. Con el cabello enredado, los ojos brillosos y las mejillas

enrojecidas, los labios hinchados y la blanca piel de su pecho irritada por los besos y mordiscos. Hasta una marca en el cuello tenía. Esa maravillosa mujer le sonrió conmoviéndolo hasta lo más profundo—. Voy a tener que acostumbrarme a tener novia. Hace mucho que no tengo.

—Me da miedo esa aclaración —confesó Sabrina empujándolo para poder respirar con libertad—. Me prometiste...

—Y voy a cumplir. Lo de acostumbrarme lo digo porque quiero volver a hacerte el amor por las dudas de que no vuelvas a dejarme otro día, pero eso no va a pasar, ¿cierto? Porque eres mi novia y puedo seducirte a cada rato y tú estás obligadísima a dejarte seducir.

Sabrina estaba pronosticando una persistente sexualidad con su novio. Jamás se quejaría, todo lo contrario, porque con él no solo sentía explosiones, huracanes y veía estrellas, sino que había encontrado en sus orgasmos un volcán interior, tormentas tropicales, maremotos y hasta había visto el arco iris justo en esa altísima cumbre de la que había caído en picado, sintiendo el vértigo de la caída como el más delicioso placer.

—Estoy obligadísima a dejarme seducir —repitió observándolo y disfrutando de esa maravillosa sonrisa que le había ocultado durante tanto tiempo.

Definitivamente su nuevo novio era arrogante, egoísta, engreído, insolente, rebelde y autoritario, pero a ella le gustaba todo eso de él.

Los pocos minutos que se quedaron en silencio, desnudos y abrazados bastaron para adormecerse y no era para menos. Después del frenesí de la actividad sexual con toda la descarga de ansiedad y pasión que eso conllevaba, más la propia acción física..., pensaba Sabrina. Prefería analizar eso que dejarse llevar por la placentera sensación de dormir en brazos del hombre que la había hecho sufrir, llorar y enrabiar hasta hacía dos horas atrás.

De pronto todo ese trato indecente y provocador al que Matías la había sometido, volvió a su mente y una incómoda sensación de que, aquel dolorcito ante la furia y la angustia de no poder frenarlo y defenderse, ocupaba un espacio innecesario en su memoria, la atacó por todos los flancos. Miró a su ahora novio, pareja, hombre y... ¡por Dios cómo había cambiado todo! Claro que estaba feliz, pero el cuerpo y la mente tienen sus tiempos y las lágrimas estaban ahí buscando salir sin permiso y ella necesitaba eso. Quería liberarse de todo lo que había sufrido, en parte por el propio accionar de Matías y en parte por sus pensamientos que alimentaban ese malestar.

Eliminar rencores. Eso era lo que necesitaba. Y los quería eliminar con lágrimas. «El agua limpia purifica, las lágrimas son agua...», recitó en silencio, aguantando todo lo que pudo.

Se levantó con sigilo para encerrarse en el baño con la excusa de darse una ducha. Pudo llegar, pero no sola, Matías la siguió y, al atraparla, después de admirar su caminar, besó su cuello y sus hombros. Necesitaba estar sola y alejar sus demonios, aunque él pareciese tener otra idea.

Matías había mantenido demasiada distancia de Sabrina, ya no más, la necesitaba cerca. Adoraba sus besos y la urgencia de sentir esa piel bajo sus manos y esa mirada en la suya era lo que lo había mantenido despierto durante noches eternas. Ahora que podía disfrutarla lo haría.

—¿Qué pasa, Sabrina? —preguntó intuyendo algo oculto en ella que apenas lo miraba.

El miedo de que se hubiera arrepentido lo golpeó duro y tuvo que sentarse para mantener una firmeza que no sentía, porque él ya no quería dar marcha atrás. Encontró un buen lugar en el borde de la bañera y cruzó sus brazos y piernas a la espera de la respuesta y solo logró que ella le esquivara la mirada.

—¿Sabrina? —reforzó ese tono imperativo que con ella funcionaba de maravillas otras veces, como para probar suerte. Se puso de pie pegándose por completo a su silenciosa novia, incluso sus labios estaban rozándose—. Hemos dicho que vamos a tener una relación, que denominaste noviazgo, ¿cierto? Bien, de esas relaciones se espera mucho, por ejemplo, conocerse, hablarse y contarse cosas. Si no me dices lo que pasa no puedo saber qué hacer para solucionarlo o modificarlo.

—Matías, yo no...

—Déjame terminar la idea, por favor. Sabri, tal vez no soy el indicado para pedirte que me hables de todo, pero lo pido. Yo voy a intentar hacerlo también, sin embargo, quiero que sepas que no sé hablar bonito y no encuentro nunca las palabras necesarias...

—Sí las encuentras —le dijo acariciando su rostro y suspirando—. Tengo tantas emociones aquí —se tocó el vientre y él llevó una mano hacia la de ella—, necesito sacarlas y explotarlas o la que va a explotar soy yo.

Matías le secó una lágrima con su pulgar, entonces Sabrina se dio cuenta de que lloraba. Para él las emociones de ella eran poco entendibles..., tal vez si las comparaba con las suyas llegaba a alguna conclusión. Las ganas de

tenerla en sus brazos y saber que podía hacerlo, le daba a su cuerpo una fuerza interna y una seguridad que llenaba su pecho de aire y entonces la miró pestañeando varias veces para poder creer que era ella y estaba ahí, desnuda entre sus brazos. Si eso era lo que a ella le pasaba, era hermoso y, si bien molestaba un poco, era algo que se podía disfrutar.

Al menos eso creía, demasiado lejos de la verdad o no tanto, porque detrás de toda esa angustia retenida, Sabrina sentía todo eso y más. Adoraba a Matías con sus defectos y virtudes, no obstante, todavía no podía disfrutar la sensación de saberlo suyo.

—Hace mucho tiempo que espero esto —aseguró ella señalándose y luego a él.

—¿Y tu chico? Juan...

—Fue un intento de borrarle de mi cabeza. Una distracción que no sirvió.

—Esa distracción me puso entre la espada y la pared y comencé a ver lo que me perdía por torpe. Ahora sé lo que quiero.

—Basta —dijo rompiendo en un sonoro llanto.

Ni en sueños había esperado esas palabras y mucho menos que curaran sus heridas sin más. Matías pensó que era más bonita con una sonrisa en los labios que con su carita llena de lágrimas. Recibió su mirada húmeda y sonrió por fin al ver que él la miraba.

—Grita si necesitas explotar. Así... —dijo y gritó con fuerza. El grito rebotó en todas las paredes y se escuchó por más tiempo del esperado. Sabrina lo siguió con un grito más medido y ante su risa e insistencia volvió a hacerlo—. Más fuerte, con ganas.

Ese último grito, sumado al abrazo, las palabras anteriores, la risa de Matías sonando con eco a su alrededor y ese beso en su cuello, la liberaron de toda la tensión y se centró en todo lo bueno.

Su hombre de ojos oscuros y peligrosos era su sapo convertido en el príncipe de sus sueños.

Todas esas malas impresiones que anidaban en su alma se convirtieron en recuerdos interesantes. Solo eso.

Sin saber cómo habían llegado ahí, bajo la ducha y abrazados, suspiró para pegarse más al desnudo cuerpo de Matías. Lo abrazó por la cintura con las manos abiertas abarcando más de su espalda y recostando la cabeza en su hombro con la boca pegada al cuello masculino. Él apretaba sus hombros y besaba su frente sin despegar los labios de su piel.

Matías se sintió torpe, no era un hombre de grandes abrazos ni demostraciones de cariño, sin embargo, ese abrazo era demasiado íntimo. Le gustaría tener miles de palabras que decir, pero no encontraba ninguna con la cual sentirse seguro. Hubiera pagado para que alguien le enseñara a expresar lo que sentía. La forma en que notaba que Sabrina se metía en su corazón era algo que hubiese querido contar.

Furioso con su incapacidad de expresar sus sentimientos tiró del cabello de su novia para que lo mirara a los ojos y, después de varios segundos de navegar en ese marrón precioso que le decía lo que él callaba, la besó con pasión.

Ella se sobresaltó, pero se dejó asaltar por esa presencia única, regia y prepotente, y respondió el beso con la misma intensidad. Estaba tan enamorada que le parecía imposible oponerse a un beso, fuera brusco, suave, lento o vertiginoso...

—No sé decir te quiero, chiquita —murmuró enojado y lleno de frustración, mordiendo toda la piel que encontraba y apretando su puño entre las hebras del largo cabello de su novia.

—No me importa.

—Soy inexperto en esto de demostrar afecto —dijo devorando sus pechos bajo la ducha caliente mientras ella acariciaba su pelo y lo guiaba para asentirlo más y mejor.

—Estamos a mano, yo lo soy en el sexo.

—Mi primera novia me dejó porque esperaba que le dijera te amo o tuviera algún detalle que se lo demostrara y no los tuve —comentó tomándole la cara entre las manos y besándosela completamente, con muchísimos besos. Necesitaba decir todo de una vez—. No le di lo que necesitaba y yo la quería. Mi segunda novia, tuvo más suerte, repetí cada detalle cursi que vi en las películas y afirmaba cada vez que me preguntaba si la amaba. Aunque tampoco funcionó, no me culpo, porque al menos lo intenté.

—Matías yo no te voy a dejar porque no me digas te quiero —tuvo que alejar sus labios para poder continuar hablando entonces él volvió a sus pechos, estaban entrando en un huracán de deseo que solo él podía crear manteniendo una conversación interesante y seria—, ni te voy a preguntar si lo haces, tampoco quiero los detalles de las películas. Quiero que me lo hagas saber a tu modo, solo así podrás decirlo y yo sabré escucharlo.

Matías la miró a los ojos y acercándose otra vez a su boca negó con la

cabeza, era perfecta después de todo, sí lo era, al menos para él.

—Esta es mi forma.

—Lo sé.

La apretó con fuerza para besarla con dulzura, pero le fue imposible. Hubiese querido tratarla como esa suave mariposa frágil que una vez imaginó que era, sin embargo, ella despertaba tantas cosas en él que no podía no manifestarlas con la misma intensidad que las sentía. Incapaz de creer que realmente se la merecía, la tocó con sus rústicas y torpes manos, tenía terror de dañarla, sin embargo, también tenía toda la intención de no hacerlo jamás. Suspiró y besó otra vez esos dulces labios, con aroma a café la mayoría de las veces, no esa vez.

—Eres deliciosa, exquisita.

—Yo también te quiero.

De prisa, como si el agua fuese ácido en la piel se secaron y se volvieron a tirar en la cama dispuestos a hacer el amor con desenfreno como ellos sabían. Matías recordó que le debía a Sabrina la promesa de llenar su cuerpo de besos y eso hizo a pesar de las quejas de ella y todos los sonrojos provocados con palabras subidas de tono. ¿Para qué negarlo?, le encantaba verla en ese estado, lo provocaba, lo cargaba de un apetito voraz por ella y jadeante de placer la engullía. Era simple causa y efecto.

Sabrina se entregaba a todo lo que sus deseos pedían, era perfecto ver cómo se expresaba con el cuerpo. El éxtasis la tragaba como una marea revoltosa y la llevaba quién sabe adónde para revolcarla y dejarla sin habla por segundos.

Matías, al verla, quería seguir besando, mordiendo, lamiendo..., continuar y continuar como si no fuese a parar jamás; ese suave cuerpo respondía maravillosamente.

Sabrina todavía se contorsionaba gimiendo agitada por el placer de un arrasador final, pero él no paró, su lengua quería más y con una simple estimulación consiguió que ella volviera al *ring* para dar una nueva lucha.

Entonces, otra vez Matías la veía y la escuchaba arder entre sus labios. Incapaz de tolerar tanto estímulo se agarró su erección con una mano para aliviarse. No serían más que simples caricias al menos hasta no ver otra vez a su mujer disfrutando de goce, librándose de la tensión del deseo que él mismo producía.

Sabrina sentía su cuerpo arder, cualquier roce la enardecía y esa boca no

rozaba, devoraba. No entendía muy bien por qué su cuerpo no respondía a su pudoroso pensamiento, estaba refregándose contra él como una descarada. Incluso había apoyado los talones en el colchón para levantar la cadera y poder moverse contra él con más libertad. Se escuchaba gritar, gemir y él seguía con la maravillosa tortura hasta que dijo basta. Sus manos tomaron la cabeza de Matías y después de moverla a su antojo, explotar y ver estrellas, lo alejó como si del demonio se tratase.

—Basta. Basta —le dijo levantando un dedo al ver que él sonreía y volvía a acercarse. Su cuerpo era un sinfín de sensaciones, estaba encendida, extasiada, febril.

—No me vas a dejar así, chiquita —su mirada se volvió fuego, rio alto al ver cómo ella se alejaba cuando él intentó subirse a su cuerpo—, te va a encantar. Tu piel está ardiendo, estás perfecta para mí.

Sabrina no creía que su piel resistiera un roce más, le ardía sí, como si estuviese en carne viva. Él sabía lo que estaba haciendo, la estaba exponiendo a un límite que desconocía, jamás había llegado tan lejos. Él le tomó sus brazos y los apoyó sobre la almohada y sin mediar palabras, solo una mirada fuerte de orden silenciosa fue lo que le dedicó para pedirle que ahí los dejara y su boca volvió a atacarla, esta vez llegó a sus pechos.

Ella no quería gritar, aun así, no podía no hacerlo. Mucho menos cuando él se deslizó con fuerza en su interior y comenzó a moverse sin perdonar ni un gemido. Estaba abrumada, mareada, cansada... y deseosa de aquello que sentía por primera vez. Era mucho de todo, no podía explicarlo.

Matías, exhausto como estaba, jadeaba pegándose más y más a la mujer que le robaba sus sueños y fantasías desde hacía meses. Era suya por fin y todo lo que había imaginado se lo haría. Todo. La miró y sonrió, era un flan en sus manos, dócil y vencida por el placer. Era preciosa. La besó en los labios aminorando su ataque y ella abrió los ojos.

—Hola. ¿Estás conmigo?

—Sería imposible estar en otro lado, Matías, me estás consumiendo.

—Sí, chiquita, eso hago. —Y su ataque fue más intenso, si eso podía ser cierto. Duró escasos minutos, pero el final, eternos segundos. Devastadores y letales segundos que desencadenaron un grito tras otro.

Mezclaron sus gemidos y fundieron sus corazones. Sus sueños se hicieron realidad.

Después de toda tormenta llega la calma y en eso estaban, tratando de

encontrar esa calma.

Definitivamente no eran las posturas más delicadas para estar desnudos en la cama, sin embargo, les era imposible moverse y lograr alguna, más o menos decorosa, después de lo vivido. Sabrina yacía con las piernas abiertas, un brazo sobre su abdomen y el otro sobre su cara. Matías se encontraba casi en la misma posición, pero una pierna estaba sobre la de ella y una mano sobre la que descansaba en el abdomen femenino.

—Fantástico —susurró todavía jadeando.

—Ajá —fue lo único que ella pudo murmurar en respuesta y la carcajada de él se oyó por todos lados. La abrazó contra su cuerpo y besó su cabeza.

—No puedo quedarme, mañana trabajo y no tengo ropa para cambiarme.

—No te he invitado, de todos modos.

Sabrina lo miró seria, él sonrió y le guiñó un ojo. Estaba preciosa, era una ruina de ella misma, sí, pero una preciosa ruina. Matías se levantó como pudo, sin ganas ni fuerzas y después de besarle los labios, los pechos y el vientre a su recién estrenada novia, comenzó a vestirse lentamente.

—¿Cómo seguimos? —preguntó ella tapándose con el acolchado.

De pronto estaba asustada por verlo en esa situación, dejándola tendida sobre la cama, desnuda, después de haber hecho el amor. Recordaba aquella otra vez en la que no había habido un después. Matías la miró y descubrió temor en esa maravillosa mirada que lo había atrapado hacía tanto tiempo, y por su necedad no lo había asumido.

—Te llamo cuando tenga ganas, tal vez cientos de veces al día y si no puedo dormir, a la noche también. Igual puedes hacer tú. ¿Te busco mañana en el trabajo o nos vemos acá? Podemos cenar juntos y me quedo a dormir. Sabrina, chiquita, somos novios. Vamos en serio.

—Vamos en serio —repitió en voz alta para creérselo y dejar de ver fantasmas donde no había. Se incorporó para ponerse su camiseta y sin explicar ni pensar, lo abrazó—. Te espero aquí y voy a preparar algo rico.

—Perfecto.

—Vayamos despacio, Matías.

—Esas cosas no las entiendo. No sé ir despacio o rápido, sé ir, Sabri. ¿Qué quieres decir exactamente? —preguntó abrazándola por la cintura.

—Que probemos sin incluir a la familia, primero seamos solo nosotros dos. Sin madres al principio. Con mi hermano es diferente, aunque al no estar, tal vez podemos esperar también. Matías, si no sale bien de esta forma hay

menos damnificados.

—Va a salir bien, no seas negativa. Somos el uno para el otro.

—No estoy tan segura.

—Yo sí, mi chiquita. Yo sí.

Y con esas palabras, un par de besos, de esos exigentes e implacables que él daba, algún abrazo y un par de nalgadas seguidas de apretujones, se fue.

El departamento parecía en calma, tal vez lo estaba, pero el interior de Sabrina era un desastre. Podría compararlo a una tempestad, aunque creía que se quedaba corta con la comparación.

Desconfiaba de ser el uno para el otro. Tan diferentes, tan opuestos, sin embargo, atraídos el uno por el otro encajaban como un rompecabezas, eran dos piezas de encastre perfecto.

El tiempo diría todo y ella dejaría que dijera lo que tuviese que decir.

La verdad era que no sabía cómo vivir esa relación, hacía años que no tenía una. Era apenas una adolescente cuando cortó con Paolo y también cuando se enamoró de ese desconocido. Juan no era parámetro, porque si bien era una persona increíble, nunca había sentido ni la mitad de lo que por los otros dos o sentía ahora por Matías. Además, sabía que con Juan había hecho las cosas muy mal, por lo que no servía como ejemplo tampoco su accionar como novia. Él le había reclamado con justa razón que diera más y tal vez no lo había conseguido porque nunca hubo más.

Con Matías sería diferente ya ese «más» era demasiado poderoso. Y por eso con él, Sabrina solo sería ella, sin disfraces, sin intención de convencerlo de nada o mostrarle lo que no era. Solo ella, mientras más desnudase su alma y su cuerpo para él, mejor se sentiría si el final llegaba. Al menos eso pensaba.

No sabía qué hacer primero... Saltó riendo como una niña, gritó apretando la almohada, después de olerla, obviamente. Tomó el teléfono, y si bien hubiese preferido llamar a Iván, a su madre o a Amada, terminó saludando a Antonio:

—Te he despertado.

—Obvio, bonita. ¿Acaso se te ha averiado el reloj? Es broma, no, no me has despertado, a decir verdad, estábamos mirando una película con Bau. Eso es mentira también, estábamos besuqueándonos un poco, tal vez hubiésemos terminado en la cama si no nos hubieses interrumpido, pero que...

—Demasiada información, sinvergüenza —dijo interrumpiendo mientras escuchaba las risas de Bautista a lo lejos—. Dile hola.

—La niña bonita te dice hola, mi amor.

—¿Mi amor? Mi amor, ¿en serio, Antonio? —Una vez que podía burlarse de él lo haría, ya sabía que Bautista era su amor, se le notaba en las miradas que le dedicaba.

—Silencio, mocosa. Sí, lo amo. No es cierto, cuchi-cuchi. —Bautista reía sin disimulo y Sabrina lo seguía.

—No le dices cuchi-cuchi. Por favor, Antonio, dime que no le dices cuchi-cuchi.

—Le digo lo que se me viene a la cabeza y es un santo que no se queja. El otro día en el supermercado le dije «bizcochito calentito», y la cajera le acarició la mejilla compadeciéndose de él, ¿te lo puedes creer?

—Sí, puedo. ¿Estás sentado?

—Ay, me da algo... Espera, ahora sí. Dilo lentamente... Sabrina tiene una noticia, agárrame fuerte, papuchín —gritó como solo él podía y escuchó a Bautista saludar del otro lado de la línea.

—Chicos, tengo novio y es Matías. —El silencio fue arrollador. Sabrina dejó de respirar.

—¡Qué envidia, mujer! Ay, eso duele —dijo Bautista, después de un sonoro golpecito. Sabrina supuso que Antonio, ante sus celos, le había dado un «correctivo».

—Solo te voy a decir que si fue sincero y estás contenta me alegro por ti, pero si llega a hacer algo que te provoque una sola lágrima, yo..., bueno, yo no, Bau, OK, dice que tampoco. Iván seguro que sí lo pone en su lugar o tu otro hermano, y podemos buscar colaboración en Julito, aunque no creo que se apunte. Igual la idea es clarísima, conseguimos a alguien y se las verá con él, ¿estamos?

—Estamos. Sin embargo, no creo que haga falta porque fue sincero, no lo asustemos. Nos queremos, creo.

Y empezó a detallar algo de lo que entendía que sentía. Era todo tan grande y surgía tan imprevistamente, sin premeditarlo siquiera, que apenas si podía disfrutarlo.

Matías llegó a su casa con una sonrisa poco disimulable y cantando a viva voz.

—Hola, hijo. ¿Has comido? —preguntó su madre.

Claro que sí, había degustado a una deliciosa señorita que lo tenía cantando como un adolescente. Pero comida no y estaba hambriento. Negó con

la cabeza y se sentó en la silla frente a un plato vacío que su madre llenaba de comida.

—¿Fuiste a ver a Sabrinita?

—Sabrina, mamá. Es una mujer grande. Y sí, vengo de ahí.

—Parece que te fue bien, entonces. Esa chica es un amor. Tráela uno de estos días. Cuando la conozca Carmen va a quedar encantada, yo le conté algo. —Matías la miró como si de pronto su madre tuviese dos cabezas o algo peor. ¿Qué había contado a quién y por qué? Ella elevó los hombros, se dio media vuelta para buscar su taza de té y sentarse al lado de él—. Matías, mi amor. Que seas un hombre no te hace dejar de ser mi hijo. Te conozco, te parí, ¿recuerdas? Esa mujer te tiene mal y se te nota cada vez que la miras, la peleas, le hablas... ¡Ay, hijo!, el amor se ve.

Matías rio con ganas, su madre era única. Cómo negarle algo con esa carita de buena.

—No quiere que te cuente todavía. Por las dudas que no nos vaya bien. Ella no quiere que estropeemos tu amistad con María o la mía con Iván.

Y entonces le contó lo que podía, teniendo en cuenta que era su madre la oyente.

Dos horas más tarde, con una sonrisa tonta en la cara, le enviaba un mensaje de texto con alguna broma para incomodarla y una foto de él desnudo, solo tapándose su sexo con la mano. Hasta podía adivinar la cara sonrojada de su novia al abrir el mensaje.

La respuesta no se hizo esperar, pero fue solo un emoticón de carita asombrada. Matías rio a carcajadas y se metió en la ducha.

Sabrina volvió a mirar la foto, ¡era tan buen mozo! ¿Desde cuándo le gustaba tanto? Esa cara de niño travieso haciendo una maldad era tan excitante que, a punto estuvo de devolverle el favor, y sacarse una foto atrevida para enviársela. No lo hizo, le faltó valor, solo le alcanzó para uno de esos dibujitos redondos y amarillos.

Volvió a mirar la foto, por décima vez. Seguía sin atreverse a más, acercó sus labios fruncidos como en un beso a la cámara, y sin pensarlo ni dos segundos, apretó el botón de enviar.

—Espera. Despacio, Julito, despacio. Le agrego la salsa antes de...

—Sí, antes, y después al horno para mantenerlo caliente. Cuéntame cómo salió, Sabri, me interesa saber qué tan buen maestro soy.

—Prometido, ahora te corto que ya se me hace tarde.

Y se puso manos a la obra. No era lo ideal probar una nueva receta para agasajarlo, sin embargo, apostaba a que saldría bien y si no... la pizzería

estaba cerca.

Preparó la comida y puso la mesa con algún toque romántico, como un par de velas y una rosa que había comprado. Que su novio no fuera romántico o de detalles dulces, no significaba que ella no lo fuera, o intentara serlo. Lo cierto era que tampoco era demasiado demostrativa y su timidez no colaboraba mucho con sus palabras y atenciones, pero no estaba de más intentarlo.

Matías avisó a su madre que no iría a comer y como buena preguntadora, sacó mentira por verdad. Entonces estaba al tanto de dónde y con quién estaría, la verdad era que también estaba enterada que pasaría la noche fuera de casa. Qué podía decir, no era bueno esquivando las preguntas exactas de su madre, ella sabía qué vueltas dar para llegar al destino.

Llegando a casa de su novia recibió el llamado de su hermana, por supuesto, atendió como de costumbre, pero...

—No me has dicho nada, ¿tengo que enterarme de todo por mamá?

—¿Enterarte de qué, Carmen? —Bueno, parecía que los saludos se saltarían.

—Estás de novio... Hace, ya no sé cuántos años que no lo estás, ¿y no me lo cuentas? ¿Qué clase de hermano menor eres?

—¡No lo puedo creer! Carmen, el tema es que Sabrina no quería que lo contásemos todavía. Su madre y la nuestra son amigas y es la hermana de Iván. Si no sale bien..., no quiere que tengamos problemas.

—Lo sé y lo entiendo. Pero no me importa, la quiero conocer.

—No.

—Matías.

—No, por ahora y hasta que ella no quiera. Mira... —suspiró, resignado, eso de ser el único entre dos mujeres chismosas era todo un tema—, Carmen, no hice las cosas bien desde el comienzo con Sabrina y prefiero seguir sus directivas antes de volver a hacer algo mal. Por lo que, llámame pollerudo, pero si ella no quiere, no quiere.

—Pollerudo. —Rieron juntos. Matías ya había estacionado en la puerta del edificio—. Mati, sé que ella es importante, de lo contrario no seríais novios. Esa parece una palabra importante para ti, así es que me alegro de que estés enamorado.

—No estoy enamo...

—Estás enamorado, me lo dijo mamá.

Sabrina volvió a mirar la bandeja del horno, todo estaba en las mismas

condiciones. Tenía buena pinta, ya sabría qué tal el sabor.

Cuando el timbre sonó, su corazón se saltó un latido, sus palmas comenzaron a sudar y sus omóplatos se calentaron. Era una sensación maravillosa. Esa tensión previa al beso, al abrazo, a encontrarse con esa mirada oscura... sí, era maravilloso.

—Hola —saludó y la sonrisa de Matías derritió todos sus fusibles. Bajó los párpados y se dejó abrazar.

—Hola, chiquita. Te he extrañado. —Sabrina sintió los dientes presionar en su cuello y se estremeció. ¿No podía solo darle un beso corto y seco en los labios?—. Mírame —pidió con esa voz mandona y le comió la boca de un beso.

—Huele delicioso. Sabes que no como carne de ningún tipo, ¿no?

—¡No! —dijo ella llevando sus manos a su boca. Sus ojos abiertos, tanto como podían estar, casi se llenan de lágrimas ante la impotencia y la bronca. Dos horas preparando la carne para tirarla a la basura, no se le había ocurrido preguntarle. Qué tonta—. No lo sabía.

—Es broma, Sabri, perdón. No te pongas así. —Matías debía conocer primero a su novia antes de soltar su ácido humor. Sonrió con ternura y la abrazó pegándola a su pecho, besando su frente—. Ha sido la broma ideal, no me digas que no, con este olorcito a carne... ha sido perfecto.

Sabrina entrecerró los ojos furiosa, pero divertida. Sí, era la broma ideal si no estaba destinada a ella. La dejó pasar porque no tenía con qué devolvérsela, ella no era muy bromista en realidad y si las disculpas eran acompañadas con algunas demostraciones de la ternura que escaseaba en su novio, bienvenidas fueran las bromas, entonces.

La comida estaba deliciosa y la conversación mechada con besos y caricias. Matías era todo un seductor y ella estaba perdida, entregada de lleno a esa seducción. Juntos levantaron los platos y lavaron todo lo que habían utilizado.

Matías no podía creer estar haciendo algo relacionado con la limpieza de la casa, por lo general, solo se quedaba sentado conversando o mirando algo que lo entretuviera. Eso también había sido una enseñanza paterna que parecía estar desapareciendo, por suerte.

Matías preparó café mientras ella se ponía su pijama. Jamás había estado nervioso ante una mujer, pero no sabía cómo empezar ni una tonta conversación con la única que lo tenía embobado. Tanto que ya no recordaba

ni cómo era sentirse así. No se quejaba, le gustaba esa ambigua sensación, sensible y turbadora, porque sus sentidos estaban en alerta total y cada movimiento, olor o sonido producía un efecto placentero en su cuerpo. Eso pasó exactamente cuando ella se acercó por su espalda y susurró cerca de su oído.

Los efectos de esa sencilla acción dieron de lleno en su cuerpo atento.

Una electricidad le recorrió la espalda y se posicionó en su nuca. Sintió cómo los vellos de sus brazos se erizaban y su sexo se erguía orgulloso y expectante. Un jadeo escapó de su boca entreabierta y cerró los ojos con fuerza intentando contener cualquier arrebató de locura.

La pregunta había sido si el café estaba listo, sin embargo, su cuerpo había respondido como si le hubiese preguntado algo similar a «¿Quieres que probemos todas las poses sexuales que conozcas?».

—Listo y servido —dijo carraspeando y mirándola de arriba abajo. Ese maldito pijama no ayudaba.

Caminaron hasta el *living*; Sabrina se acomodó en su rincón preferido del sofá y esa postura acurrucada tan *sexy*. Al menos eso pensaba él, pero sin ser del todo objetivo, claro estaba.

—Cuéntame cómo van las cosas con tu padre.

Su libido quedó relegada momentáneamente. No era un tema que Matías quisiese conversar en ese momento, pero los noviazgos eran eso, un poco de conversación interesante, conocerse, mostrar sus sentimientos, compartir problemas y solucionarlos juntos, apoyarse en el otro y ser sostén. El amor no solo era sexo..., ese punto lo había aprendido solito, el resto eran cosas que su madre le había enseñado a él y a su hermana. No aquello que había aprendido viendo a su padre. Cosas como: la mujer te sirve, te mima, espera que la llesves a la cama y la hagas gritar y, si deja de tener el efecto que esperas, descártala y búscate otra. Algunos puntos eran agregados por su enojo. Porque sí, todavía estaba enojado con su padre, y ese sentimiento no tenía fecha de vencimiento aún.

Evidentemente en su personalidad tenía un poco de su madre y otro poco de su padre, porque si bien sentía que amaba y deseaba con pasión arrasadora, y notaba que su corazón palpitaba con más ímpetu en presencia de Sabrina, no era capaz de decirlo o demostrarlo con caricias y abrazos, o con besos menos intensos. Su cuerpo le pedía que la tumbara en el suelo, la desvistiera y le diera placer robándose un poco para él. Así demostraría el amor que estaba

sintiendo por esa mujer de cara dulce, un poco vergonzosa y muy inteligente.

No se opuso a contarle su bronca, tampoco escatimó detalles y le describió la conversación con su hermana además de la nueva unión que había entre ellos. También le dijo que había hablado con su madre y ella, con un llanto más medido que el de su madrastra (ahora era un título que le gustaba emplear), le había dicho que debía mantenerse al margen, que no eran sus problemas y que su padre no le había faltado a él, sino a ella. No había sido una orden, sino un ruego que, él, momentáneamente, no podía atender porque por más que quisiera hacerlo sus enojos no lo dejaban ver a ese padre que, si bien no había estado todo lo presente que hubiese querido, no daba los mejores consejos y mucho menos lo mejores ejemplos; había estado en su vida con todos sus defectos y virtudes. A su modo.

—No es que no lo quiera, Sabri —dijo acomodando el cuerpo de su novia en su pecho que, de improviso, se acurrucó entre sus brazos. Sus manos comenzaron a moverse acariciando el largo pelo y la mejilla de ella que lo miraba con mucha concentración. La misma que él estaba perdiendo—. Es que no puedo aceptar los hechos, todavía no estoy preparado.

—Con el tiempo..., no te apures.

—Eso espero.

—Y yo espero un beso —susurró ella a punto de avergonzarse por pedirlo. La sonrisa de Matías no se hizo esperar. El beso sí.

—Primero toma tu café. —Después de cumplir su pedido, Matías invadió su boca con toda esa carga lujuriosa que atravesaba cualquier recodo de prudencia. Sabrina se aferró al cuello de su novio gimiendo bajito y pegó su pecho al de él—. Estos besos me van a volver loco. Maldigo el café y tus labios tibios... Y tu lengua caliente... O debería bendecirlos, ya no lo sé.

Matías no dejó de besarla mientras hablaba y Sabrina de sonreír hasta que esos besos bajaron y llegaron a atormentar uno de sus pechos mientras con una mano le apretaba el otro.

La cosa se ponía seria.

Y la mañana había llegado para Sabrina, pidiéndole el mismo permiso que había pedido el intruso que dormía en su cama. Ninguno. Ningún permiso había pedido Matías para invadir así su cama o su vida, sus pensamientos o sus sentimientos.

Se concentró para apreciarlo con todos los sentidos que pudiese utilizar. La vista no era posible porque lo tenía a su espalda, pero los demás estaban

atentos y eran suficientes para hacerla consciente de ese brazo que apretaba su cintura, del aliento que rebotaba en su sien, del sonido extra de una respiración, esa que jamás pensó escuchar tan cerca de su oído. Ese pie tibio que rozaba su pantorrilla y esa cadera que acoplaba a la perfección en la suya, rozando su trasero tan íntima y naturalmente, como si así debiera ser.

Como pudo, se puso de pie sin despertarlo. No quería eso, demasiado tenía que lidiar con sus emociones, todas despiertas ya, como para agregar a Matías y todas sus autoritarias formas. De las que no se quejaba y disfrutaba enormemente, pero no en ese instante en el que solo quería soledad.

Necesitaba respirar profundo, retener el aire, suspigar tal vez también. ¡Por Dios, por sobre todas las cosas necesitaba gritar! Y era lo único que no podía hacer. Giró su cabeza, lo miró unos pocos segundos y sonrió. Tenía tantas ganas de abrazarlo y besarlo, apretarlo contra su piel otra vez y pedirle que se quedara así por horas, pero se resistió y caminó hasta la cocina sin volver a mirarlo.

—Café, Sabrina, necesitas café —se dijo en voz baja y rio sonoramente.

La felicidad se escapaba de los límites de su cuerpo, no podía retenerla más. Estaba tan enamorada que apenas podía creerlo. Sentía una fuerte presión que comenzaba en el vientre y subía por el pecho obligándola a inspirar profundo y largar el aire después, lentamente. Ese sentimiento dormido se despertaba con tantas ganas que ella apenas podía contenerlo.

Volver a sentir amor era estupendo.

Volvió a pensar en ese hombre largo y delgado que ocupaba su cama... Recordaba con tanta claridad la última vez que la había dormido con alguien. Cómo olvidarlo... Nunca. Nunca había compartido una cama con un amor. Matías era el primero.

Estaba asustada, para qué negarlo. Ese hombre era un poco peligroso para ella y todo su bagaje de dudas, miedos, inseguridades, inexperiencias, y su corazón ya repiqueteaba asustado de solo imaginarlo lejos. Era impensado volver a ser nada, ya no. Su novio era ese tipo de hombres que tomaba todo lo que podía en un solo paso y ella había estado en su camino, para bien o para mal. No había podido resistirse a sus encantos poco delicados. Estaba atrapada.

Preparó el desayuno sonriendo. Sí, tenía miedo, pero la vida era tomar riesgos, eso le habían enseñado sus amigos y había aprendido demasiado bien.

—¿Qué comes? —preguntó una voz adormilada, ronca y perezosa que le

erizó la piel. Ni hablar del beso en el cuello y las manos rodeando su cintura desde atrás.

—Nada todavía. Te estaba esperando para desayunar.

—Mermelada casera de ciruelas, mi preferida —dijo Matías ensuciando su dedo y llevándolo a los labios de su novia sin dejar de sonreír con picardía. Ambos tenían demasiado fresco ese recuerdo.

—No hagas que vuelva a odiarte como ese día. Porque te odié, Matías.

—Lo sé, tanto como me deseabas —afirmó él ya con el dedo rozando su propia lengua y el labio de ella.

«Una deliciosa combinación para el desayuno», pensó Matías cerrando los ojos por un segundo y en ese instante ella abrió su boca e introdujo su dedo y su lengua para saborearlos a ambos de una sola vez. Él suspiró y no se perdió el movimiento, ni su mirada, que no se la negaba. Maravillosa mirada marrón que hablaba de dulzura y pasión controlada.

Matías veía en cada reacción de ella, inesperada, a decir verdad, la perfección. Respondía a sus estímulos, fueran cuales fueran los que le presentara, ella accionaba una respuesta y todas eran increíbles y sorprendentes, naturales. Su entrepierna las disfrutaba, pero sin interrumpir a su corazón que galopaba desesperado ante semejantes imágenes.

Matías sentía muy dentro de su ser que esa mujercita de exterior dulce e interior amargo, era lo que siempre había necesitado para estar completo. ¡Cuánto había tardado en aparecer...! No importaba, ya no, porque ahí estaba, y su presencia era implacable, no osaría resistirse a ella.

Con ambas manos le tomó la cara, se pegó a su cuerpo aprisionándolo contra la pared más cercana y la besó con un beso que se volvió impaciente, ardiente y urgente. Ambos cuerpos respondían entregándose al otro, reconociéndose y deseándose. Era una deliciosa sensación, nueva y voraz. Irresistible.

Suspirando dentro de su boca, Matías mordió el labio inferior de ella con fuerza y robó el gemido que quería. Sonrió y se alejó unos centímetros.

—¿Cómo has dormido? —le preguntó ayudándola a sentarse para compartir el desayuno.

—Muy bien —contestó ella sintiendo que su cuerpo flotaba. ¿Cómo podía él hacer esos cambios tan bruscos? Ella todavía estaba inmersa en el ardor que el beso había estimulado.

—Sabri, mamá y Carmen ya saben de lo nuestro —dijo él, sabiendo que la

bomba explotaría, aunque dispuesto a recibir las esquirlas.

Apenas la miró, siguió untando su tostada y midiendo el silencio de su novia que lo estaba atravesando con su mirada. Podía sentir cómo pinchaba, eran como agujas filosas y calientes. Sonrió por dentro, conocía su temperamento, algo ya había padecido de él.

—Me dijiste que no dirías nada, Matías. —Sabrina estaba conteniendo su furia, de pronto todas esas dudas de saber si hacía lo correcto confiando en la persona que menos confianza le había dado en su vida, la volvían a acechar.

—Yo no dije eso, chiquita, fuiste tú. Yo solo asentí. De todas formas, no dije nada. Fue mi madre que se dio cuenta.

—Mentira.

—No miento. No te enojas, es una tontería.

—Sí, voy a enojarme y no, no es una tontería. Es importante para mí. ¡No me toques! —dijo ante la mano que estaba a casi nada de la suya.

—Ven aquí, gruñona. Déjame darte un besito para que se te pase. —Matías la siguió mientras ella intentaba alejarse.

—No me toques..., no entiendes nada. ¿Sabes lo que puede pasar si cortamos?

—Nada va a pasar. Y no vamos a cortar.

—Ahora mismo quiero hacerlo —mintió Sabrina al verse enredada entre los brazos del enemigo.

—Hazlo. En diez minutos vuelvo a preguntarte si quieres ser mi novia otra vez y volvemos. ¿Qué te parece? Y hasta tenemos una reconciliación.

—Eres muy tonto.

—Puede ser, son los efectos colaterales de enamorarse.

El silencio abarcó todo lo que los rodeaba. Ellos se mantuvieron abrazados y con la mirada fija. Sabrina no podía creer lo que había escuchado, jamás hubiese esperado una declaración de él, fue avisada desde el comienzo; aunque si había alguien que no podía creer que esas palabras hubieran sido pronunciadas, era el mismo Matías. Sabrina elevó las cejas y Matías los hombros, no se sentía tan mal al decirlo, aun así, no lo repetiría. La soltó y se alejó algo perturbado, no arrepentido.

—Ahora merezco el perdón, un abrazo y un beso.

—Sí, te lo mereces. Ven aquí —le pidió ella. Matías ya estaba más cerca del sofá que de ella.

—Ven tú. —Ella se negó con la cabeza y él la miró con esos ojos brillantes

y profundos con los que le doblegaba las intenciones—. Ven tú, Sabrina —ordenó y ella sonrió de lado sintiendo cómo su cuerpo se estremecía caminando los tres o cuatro pasos que los mantenía alejados.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó con timidez y Matías, que no tenía otra intención más que abrazarla y besarla para después invitarla a nadar, de pronto se encontró pensando opciones. La desnudaría y después le haría el amor, ¿en el sofá, en la cama o en la mesa?

—Todo lo que quieras y si sabes pedir, lo que me pidas, chiquita.

—Jamás te pediría algo.

—Lo sé. Voy a tener que adivinar, entonces.

—Tengo más inhibiciones de las necesarias, perdón. Intentaré ir ahuyentándolas de a poco.

—No te preocupes —dijo él ya sobre el cuello de ella, sus dientes se clavaron ahí y luego su lengua alivió la molestia—. Yo te voy a ayudar. Voy a comenzar besándote despacio, lentamente, con dulzura, así. Bien suave, hasta que los besos tengan sabor a pasión, y cuando lleguen a ese punto de tu cuerpo, ahora solo mío, voy a lograr que hasta el mismo demonio se ruborice con tus brutales gemidos.

—Matías, por favor.

—Sí, por favor, me vas a pedir —dijo sacándole el pijama en medio del *living*. Caminó con ella hasta el cuarto mientras, como podía, se quitaba el bóxer, única prenda que tenía puesta.

No llegó hasta el dormitorio como pretendía, la apoyó sobre la pared del pasillo refregando su necesidad en el maravilloso trasero de su novia. Ella afirmó las manos en la pared y se aseguró de no ser aplastada por el excitado cuerpo de Matías. Las manos de él eran poderosas y demandaban. Una de ellas tiraba su cabello para exponer su cuello y sus labios, él los quería a su merced y ella rogaba que así fuera, la otra mano estaba acariciando su interior con poca sutileza y con mucha precisión, robando algunos gemidos.

No había tenido experiencias tan excitantes, ni con hombres tan... tan Matías, ella no tenía una palabra para abarcar todo lo que él era. Porque era mucho, tanto...

El placer de Sabrina era inmenso e incomparable, literalmente. Su respiración estaba descontrolada. Su trasero se movía con torpeza contra el sexo erguido de Matías mientras él la torturaba con sus dedos y su lengua sobre su cuello y oreja, llegaba a su boca de labios entreabiertos, los mordía y

sonreía jadeando sobre ellos.

—Caliente, chiquita, eres caliente. —Sabrina ardía de placer y vergüenza con esas palabras y esas miradas.

Matías disfrutaba de tenerla así de entregada en sus manos. Bebería con gusto todo ese deseo una y otra vez. Era maravilloso verla derretida, sin darse cuenta de toda la sensualidad que desprendía con esos movimientos, con esos sonidos, esas miradas y su boca rogando besos.

Matías la tomó de la cintura y la elevó unos centímetros, ella quedó en puntas de pie, peleando con su equilibrio y su necesidad. Era apremiante el final, no obstante, disfrutaba el esfuerzo de llegar. En esa incómoda postura tenía que trabajar más, su cuerpo pedía, imploraba, se contorneaba y rebotaba contra el de su novio que jadeaba y se refregaba deseoso de todo lo que ella daba. El detonante había llegado en forma de pellizcos en sus pechos y palabras roncadas.

—Tu culo me está volviendo loco.

Ella sonrió, podía sentirlo pegado a su piel, frotándose con desesperación. Podía escuchar sus maldiciones y sus exhalaciones. Su cuerpo comenzó a tensarse y los espasmos de su cadera hicieron el resto. Los dedos de Matías, conocedores de qué hacer y dónde, no detuvieron su empeño. Cerró los ojos y llevó la cabeza hacia atrás, él mordió su oreja y apretó las dos manos. Estalló. Explotó. Gimió brutalmente como él pronosticó y entonces se aflojó en ese abrazo considerado y egoísta que recibía. No le extrañaba que él siguiese con el intento de aliviar su deseo, tampoco le molestaba.

—Terminemos con esto también, Sabri. Ayúdame —dijo moviendo su mano con fuerza sobre su erección.

Ella giró y quedó prendada de la vista. Era todo un lujo poder observarlo en esa situación tan íntima. Cada fibra del cuerpo masculino estaba en tensión, su cuello, sus brazos, su pecho, su mandíbula, hasta su mirada era pura llama, pura urgencia.

—Estás muy atractivo haciendo eso —dijo sin quitar la vista de todo lo que tenía delante. Matías puso cara de arrogante y sonrió. Podía ver las mejillas sonrojadas de su novia por haberse atrevido a decir algo tan poco decoroso.

—¿Te parece? —preguntó y siguió moviendo su mano con rapidez. Jadeó ante el mordisco de ella en su hombro y las caricias en su pecho—. Me gusta que me acaricies mientras yo me... Hazlo —ordenó. Cerró los ojos, no podía

más, ella pellizcaba sus tetillas y rasguñaba su piel. Se pegó al vientre de Sabrina y se dejó ir sobre la piel de ella. «Una delicia», pensó. Sabrina lo abrazó fuerte y le susurró al oído algo que él no pudo escuchar por estar perdido en el placer que había sentido—. Si este noviazgo va ser así..., va a ser increíble.

Sí, era increíble. Un noviazgo firme, prolijo, decidido, fiel, apasionado.

Todo lo que Sabrina nunca había tenido.

Matías tampoco.

Ambos sentían mucho por el otro, aunque no eran capaces de decirlo, tal vez tampoco era necesario. Sin embargo, ahora sí Sabrina se animaba a llamarlo Mati, lo hacía de forma cariñosa e íntima. Ese pequeño detalle para ella era enorme, pues había sentido la necesidad de crear algún sonido diferente que mostrara su afecto, era un simple diminutivo de su nombre, no obstante, para ella, era un avance gigante si recordaba que con Juan no había tenido esa necesidad en los varios meses que había estado con él. En cambio, con Matías, a escasas semanas de relación ya lo había conseguido.

Acariciando su cabello, absorta en la imagen de tenerlo tan cerca, tanto que, con solo estirar sus labios podía besarlos, se perdió en las vistas. Su cabello no tenía un corte moderno, era simple y corto, tomando la forma de su cabeza; parecía ondulado y era tan oscuro como sus tupidas cejas y esos maravillosos y brillantes ojos que, al observarlos, hasta le parecían soñadores. Sus labios eran finos y rosados, y la nariz, masculina y personal... Todo le gustaba, el amor tenía el poder de poner belleza donde antes no había, suponía ella.

Adoraba sentarse a horcajadas en él, acariciarle la cara y mirarlo mientras le contaba sus cosas. En ese preciso instante sabía que hablaba, pero ella estaba concentrada únicamente en mirarlo. Vio una sonrisa y algunas arruguitas en los costados de los ojos y otra más sobre la mejilla que le parecieron deliciosas. Amaba su aspecto a pesar de todo lo que lo había aborrecido antes.

—Sabrina, ¿me escuchas?

—No, perdón, estaba distraída —dijo acercándose, muy lento, para besarlos, demasiado se había controlado ya.

Ese primer contacto la hizo suspirar y cerrar los ojos con fuerza. Matías no esperaba el beso, ni el suspiro. Le había costado muchísimo decir algo similar a un te quiero (disfrazado entre muchas palabras y algunas bromas) y parecía

que ella no lo había escuchado. Sin embargo, no le importaba si la interrupción era un beso como ese, tan cargado de ternura y tantas otras cosas que no podía definir, y hacía cosquillas en sus entrañas. Maravillosas y desconocidas cosquillas. Cerró los ojos después de ella. Nunca se perdonaría no haber reparado en la belleza de esa mirada, o en esa boca de dientes perfectos, mucho antes.

—No importa. Distráete todo lo que quieras siempre que tu boca se pegue a la mía.

—Eso ha sonado romántico, no es muy propio de ti. ¿Estás bien? —No pudo contener la risa ante las cosquillas. Apenas si podía respirar con el cuerpo de él sobre el suyo—. Eres tan lindo —le dijo, cuando el silencio se presentó ante las miradas profundas que se dedicaron.

—¿Soy lindo? —le preguntó acariciando las mejillas de su novia a la que tenía aprisionada debajo de su cuerpo. A veces descubría que, con la torpeza propia de la novedad, era capaz de acariciar con dulzura—. Tú eres linda.

—¿Cómo es eso? —Sabrina sonrió ante el gesto de incomodidad de su novio, él la presionaba en la intimidad ella lo haría también, tenía derecho a molestarlo un poquito.

Vio que se incorporaba y volvía a sentarse. Ella lo imitó, pero tironeó de su mano para lograr que apoyara la cabeza en sus piernas. Eso hizo y le tomó una mano para empezar a jugar nerviosamente con sus dedos.

Matías estaba decidido a dar más de sí, todo por y para ella. No podía perderla por su incapacidad de demostrar cuánto la amaba. Sabrina no pedía más de lo que él le daba y lo agradecía, aun así, sentía que se lo debía. Suspiró sonoramente..., su novia era especial, tan cariñosa y apasionada... Cerró los ojos ante las caricias en su cabeza y en sus mejillas, obnubilado con su cariño.

—Tienes una cara preciosa, tus pestañas le dan a tu mirada una pureza y una timidez que puede conmigo y si tus mejillas se ponen coloradas, ¡madre mía! Me gusta tu vergüenza, me excita.

—¡Matías!

—Tú me lo has pedido, ahora me escuchas. Me gusta esa actitud de niña curiosa, atrevida a la vez que cohibida, y peligrosa por su sinceridad. Por eso eres mi chiquita. Un día pensando en todas estas actitudes tuyas, en tus tibios besos de café y en otras cosas, salió ese apodo ideal para ti.

—¿Otras cosas?

—Sonrójate —ordenó entre risas a sabiendas de que eso pasaría—, me gustan tus pechos, mucho, son redonditos, blanditos y pálidos. Preciosos.

—Mati, los pechos no son preciosos.

—Los tuyos sí. Cuando me acerco y los veo cambiar frente a mis ojos... ¡ah!, tienen un efecto alucinante en mí —dijo abriéndole la camisa y bajando la copa del sostén. Con sus dedos la acarició con suavidad y su sexo despertó de la misma forma.

—Veo —afirmó ella con gesto travieso. Sin dejar de acariciarle la cara y los labios.

—Y tu trasero es... ¡terrible!, me vuelve loco cuando veo tu cintura y tu cadera... es un conjunto perfecto. Sabrina esto se está poniendo peligroso —advirtió incorporándose y llevando su boca a los pechos desnudos. Se tomó unos minutos para deshacerse de esa ropa molesta que ella llevaba y se puso serio—. Me olvidaba. Esto es un secreto... Tus pijamas... me vuelven libidinoso.

—¿Mis pijamas? ¿Los que me ponía para evitar que te sintieras atraído por mí y con los que quería demostrarte lo poco que me importabas?

—No lograron su objetivo. Así entrabas en mis sueños más calientes, chiquita —dijo caminando con ella hacia el dormitorio y tendiéndola en la cama.

—Eres raro, Matías. ¿No vas a preguntarme qué me gusta de ti?

—No lo necesito. Sé que soy un encanto. Ni Steven se compara conmigo. —Ya estaba recostado sobre ella, riéndose de tantas tonteras que decían y avivaban el fuego de la pasión que los consumía.

—¡Por favor, tu ego es tan grande...! No puedes compararte con Steven, Matías. Él es... —La miró fijo a los ojos y ella hizo silencio inmediatamente. Le encantaba esa sumisión. Falsa y excitante sumisión.

—¿Qué decías, Sabrina? —La voz ronca y firme llegó a las entrañas de ella y se retorció debajo de él.

—Que eres mejor que él —murmuró con la vocecita apenas audible, sonando atemorizada. «Mentirosa, atrevida...», pensó Matías.

—Me vuelves loco. Desnúdame.

Sabrina sonrió y lo empujó hasta recostarlo en la cama. Intentó sacarle la ropa, pero se entretenía con cada partecita de piel que aparecía y él se quejaba con jadeos sonoros, reprimendas y gruñidos. Ella se sentía toda una diosa, una irresistible mujer deseada, eso provocaba Matías en ella.

Sabrina no tenía ni idea de los efectos secundarios que la presencia de ese hombre, tan diferente a todos, tenía en ella.

Quienes la conocían notaban los cambios, sus nuevas seguridades la hacían ver diferente, claro que ella no lo notaba como los demás. La familia cuchicheaba a su alrededor y se preguntaba qué pasaba, qué modificaciones había en su vida, qué ocultaba. Esperaban noticias, porque estaban seguros de que las había, sin embargo, conociendo el recelo con el que guardaba su intimidad, seguían esperando, ansiosamente, por supuesto, a que ella contara algo.

Sabrina siguió con su trabajo hasta tenerlo desnudo y en sus manos, no dudó en acariciarlo. Matías apoyó los codos para mirar la acción de esos dedos largos y finos sobre su cuerpo.

—Mírame, Sabrina —le pidió y una vez que logró esa mirada se puso serio, con la necesidad dibujada en cada rasgo tenso—. Con la boca, chiquita.

Esa orden puso en tensión a Sabrina y se dedicó en cuerpo y alma a satisfacerlo. Lo escuchó y lo vio disfrutar de sus atenciones. Se pegaba a su boca y gruñía su nombre, tiraba de su cabello y bajaba su cabeza pidiendo más, estaba a punto de caer, y ella era la responsable.

—Súbete a mí. Siéntate aquí —rogó clavando sus dedos en la cadera de su novia y al sentirla apretándolo jadeó con los ojos cerrados.

Después de quitar el aire de los pulmones de su novia en dos o tres fuertes embestidas, comenzó un ritmo seguro y potente al que ella se acopló.

Sabrina sintió que sorpresivamente estaba en pleno orgasmo, pero sabía que él solo paraba cuando se saciaba y le encantaba esa exigencia, por eso no se resistió a recibir más placer y se dejó llevar. Gemidos, gruñidos, jadeos, más golpes de cadera, todo eso junto estaba colapsando la razón de ambos que no dejaban de mirarse y besarse con impaciencia.

Sabrina estaba al borde de un estallido enorme. Sabía que no podría volver a reaccionar después, necesitaba clemencia de parte de su amante.

—No puedo más, Mati.

—Yo tampoco... Ahora, chiquita..., por favor —rogó casi en un grito mientras la abrazaba con fuerza y la pegaba a su cuerpo.

Estallaron unidos. Ella pegó su frente a la de él y suspiró sonriente y agitada. El silencio se sostuvo algunos segundos.

—De ti me gusta tu rudeza mientras me haces el amor, tu mirada intimidante, tu escasa dulzura que a veces aparece tímida y torpe. Tu cara de

chico común, aunque arrogante y esa voz firme que, con una sola palabra, logra que mi corazón se acelere. Tu forma de abrazarme fuerte y dolorosa a veces y tus caricias sinceras. —Después de enumerar todo eso levantó la cara para encontrarse con la mirada de él y su sonrisa—. Y mi secreto es que me excitan tus besos de cerveza.

Sabrina era todo asombro para Matías. Todavía lo sorprendía, gratamente, por cierto. La dulce y tímida mujercita que miraba con ojitos dudosos le decía que le gustaba su manera de hacerle el amor, justo cuando él estaba planteándose la idea de volver ese acto un poco más sereno, tal vez menos intenso, menos visceral, al menos una vez para ver qué pasaba..., pero si era ella quien provocaba todas las sensaciones de posesividad y desenfreno. Ella era su musa inspiradora, solo con su actitud y su presencia, a veces le era imposible poner el freno. Ese cuerpo curvilíneo que se ponía en sus manos, libre de todas esas inhibiciones que tenía en su mente y que se derretía y se retorció de placer, era perfecto. Y sus respuestas... Adoraba sus respuestas, sus miradas, sus sonrisas pícaras y retraídas, su excitación ante sus palabras firmes y demandantes. Eso era solo la parte sexual, pasional, carnal, cualquier nombre servía.

Si pensaba en todo lo demás..., en sus charlas, sus bromas, sus declaraciones de amor camufladas y sin utilizar ninguna de las palabras que todo el mundo usaba, sus caricias, sus silencios, su forma de compartir su vida y meterse en la de él... Definitivamente estaba enamorado y no estaba seguro de haber amado tanto alguna vez.

Si tuviese que razonarlo tal vez pondría la excusa de la edad, la experiencia, la madurez, sí, podría ser. Nadie ama de la misma manera a los veinte que a los treinta y él no era la excepción. Pero para Matías la respuesta era un nombre, Sabrina y una persona, ella.

Amaba de esa manera, sin límites ni condiciones, con cuerpo y alma, solo porque era ella. Ella, que esperaba solo lo que él le podía dar, que no pedía y, sin embargo, ofrecía. Ella que sin tener una gran experiencia lograba que estuviese pensando en hacerle el amor día y noche porque lo ponía como un demente lujurioso. La misma que decía que la coquetería era trabajosa y mentirosa y tenía la sensualidad a flor de piel. Esa misma mujer con rostro aniñado que usaba pijamas espantosos y lo ponían cachondo. La hermana de su amigo que había logrado que tirara por la borda todas sus reglas... claro, todo visto con los ojos del amor. Con los ojos de Matías.

Se enredaron en la cama y suspiraron cansados del trajín semanal y de la pasión compartida.

—Buenas noches, chiquita.

—Buenas noches, Mati.

Sabrina sonrió ante el beso en la sien y los brazos que la encerraron con más fuerza. Demasiada fuerza, tal vez un poco menos sería más cómodo, pero ¿quién le pediría a Matías que aflojara su abrazo? El hacía lo que quería con ella y ella no se quejaba jamás. Adoraba sus modos. Estiró la mano hacia atrás y le regaló una caricia en la mejilla, él besó la palma de su mano y cerró los ojos.

Sabrina comenzaba a pensar que algo bien había hecho en la vida para merecer un amor tan profundo y sincero. ¿Eterno? No lo sabía, no lo pensaba, ni lo analizaba. Sin haber esperado ni pretendido nada, lo que tenía era más que suficiente. Un amor sorpresa, inesperado, diferente y divertido, especial... Un amor, punto. Cuántas veces se había dicho que no lo necesitaba y no era falsa su postura, así vivía, con esa creencia. Como, tal vez, tantas personas que sufrieron por amor, le huía, lo ignoraba y hasta lo había creído poco importante.

Hoy, si bien no se arrepentía, tenía otro punto de vista. No necesitaba el amor, pero era maravilloso si aparecía y se entregaba a él para vivirlo intensamente y, si volvía a sufrir, bueno..., esperaba que hubiese valido la pena.

Un nuevo fin de semana y una nueva noche juntos, entre sus brazos. Sabrina casi se estaba acostumbrando a despertarse así. Se movió para no sentirse tan aprisionada por esas garras posesivas, necesitaba respirar y su pecho apenas podía expandirse.

—Quédate quieta —susurró Matías en ese ronco tono de voz adormilada que a ella la estimulaba inevitablemente.

—Entonces no me aprietes tanto.

—Este cuerpo me pertenece, hago lo que me da la gana —dijo riendo y ella respondió de la misma manera acomodándose mejor y más cerca—. Ahora me estás provocando con tu culo.

—¿En qué quedamos, o me alejo o me acerco?

—¡Gruñona, sorpresa! ¿Estás despierta? —La voz de Iván sonó demasiado clara como para pensar que la habían imaginado.

—¡Oh, mi Dios! ¡No, no, Dios mío! Me quiero morir. Esta no era la forma.

Así no.

—Tranquila, chiquita, tranquila. Estoy contigo. Va a entender.

—¿Estás visible? —preguntó su hermano, tan cerca de la puerta que Sabrina pensó que no tendría tiempo de terminar de ponerse el pijama.

—No lo va a entender. Le hemos fallado, Matías.

Iván se asomó como era su costumbre con su pelo revuelto y su sonrisa pícaro y feliz. Vio el medio cuerpo de su amigo desnudo y a su hermana acomodándose el nudo de la camiseta del pijama. No era un error. No podrían decir: «No es lo que parece».

—¡Lo sabía! Lo intuía. ¡Cómo te conozco, Matías! —gritó ofuscado.

Iván lo había pensado una vez, al presentarlos había visto a Matías observar a Sabrina de una forma diferente y, aunque no le había gustado, lo dejó pasar porque después lo había visto seguir su vida de libertino como siempre. No obstante, algo raro había en esas últimas llamadas llenas de silencios y cambios de tema. Ambos, su amigo y su hermana, estaban igual de esquivos al teléfono; al principio no le había llamado la atención, ella ya que no era de compartir demasiada información, sin embargo, una sospecha había crecido en él.

—Iván, déjame hablar —pidió Sabrina con los ojos cargados de lágrimas—. Te lo queríamos decir.

—Pero no lo hicisteis.

—Porque no nos has dado tiempo. Aquí estás de sorpresa y...

—¿Por qué ella, Matías? Mi hermana, ¿por qué?

—Iván soy grande, sé lo que hago —recriminó ella sin saber cómo sentirse.

—Pero él no —gritó señalando a Matías como si del diablo se tratara—. Perdóname, amigo, pero tu historial es...

—Sabri, me dejas a solas con Iván. —Ya estaban en el *living*, los hombres se sentaron enfrentados en los sillones y ella se encerró, atormentada, en el dormitorio.

—No te haces una idea de las ganas que tengo de pegarte. Ella no es cualquiera. Es una mujer de verdad, para valorar, para querer..., no para un rato. Y si no lo ves de esa manera, entonces solo quédate con que es mi hermana, carajo. La hermana de tu mejor amigo.

—No sabes todo lo que lo pensé. Día y noche, semanas sin dormir, peleando con todo lo que sentía. Y no eres el único que se da cuenta de lo que

vale una mujer. Yo también lo noto. Veo en ella todo lo que ves y mucho más, porque le miro como hombre y no como hermano. No pude evitarlo, lo siento y me dolería que no lo entendieras, pero me tiene fascinado. No voy a dejarla.

—Fascinado. ¿Fascinado? ¿Eso qué significa? —Matías no respondió, las palabras no salían; levantó una ceja y los hombros como toda respuesta y sin dejar de mirar a los ojos de su amigo—. Matías, sé que son grandes, no puedo meterme en nada, pero... tú y mi hermana. Te conozco. Te quiero, te lo juro, pero te conozco.

—No, ya no. Ella me ha cambiado. Pregúntale si le he mentado o faltado. Esto es en serio. Somos novios, no amantes, Iván.

—¿Te has enamorado? —Otra vez la respuesta de Matías fue sin sonido, bajó la cabeza a modo de confirmación y sonrió como un tonto.

Iván no podía creerlo. Matías enamorado de su hermana era lo último que hubiese imaginado. Si alguien le pidiera que imaginara algo raro que pudiese pasar, tampoco se le hubiera ocurrido, lo descartaría por inverosímil, sin embargo, parecía que no era así.

—¿Y ella?

—Pregúntaselo —dijo el novio poniéndose de pie y llegando con pocos y decididos pasos hasta el cuarto de Sabrina—. Listo, chiquita. Ven para aquí, no llores... —murmuró apretándola contra su pecho al ver su cara llena de lágrimas—. No llores. No parece enojado, solo sorprendido.

—No quería esto —dijo abrazándolo por la cintura y dejándose secar las lágrimas.

Odiaba fallarle a su hermano y lo había hecho. Había analizado tantas veces la forma de contarle. No quería hacerlo telefónicamente, prefería mirarlo a los ojos, dejarle claro que estaban bien y que eran adultos que entendían la situación. Para ella, la amistad de los hombres, estaba sobre todo lo demás... Ahora todo se había ido al traste con la maravillosa sorpresa de su visita.

—No seas cobarde, gruñona. Da la cara —gritó, entre risas, Iván.

Sabrina salió de su escondite seguida por Matías que sonreía, conocía a su amigo. Ya todo estaba en calma. Iván abrazó a su hermana en silencio y besó su mejilla.

—Quería darte una sorpresa, pero me has ganado con la tuya.

—Siempre hemos sabido que soy la mejor de los dos. Te lo íbamos a decir a tu vuelta, queríamos estar seguros de que funcionaría para que no tuvierais

problemas vosotros dos si no salía bien.

—¿Qué dice mamá?

—Nadie sabe, solo mis amigos.

—Y mi mamá y Carmen —agregó Matías sonriente ya sentado muy cómodo y relajado.

—¿Aurora lo sabe? Ya tienen fecha de casamiento entonces.

—Hey, ella no es así. Pero está loca de contenta y Carmen quiere conocerla. Estábamos esperando..., bueno, ella estaba esperando yo no quiero esperar nada porque estoy seguro de que esto funciona. Parece que ella es la que no. Todavía no le ha dicho a tu mamá ni a tu hermano o a Amanda, ya no sé qué pensar.

—Tal vez no te quiere.

—Será. Eso es doloroso, amigo, que tu chica no esté segura de quererte...

—¡Matías! —Sabrina estaba muerta de vergüenza, ¿cómo podía hablar así con su hermano delante? Y este le seguía la charla como si fuese el tema más interesante del planeta. Los dos la miraron sonrientes y fue Matías el que la abrazó.

—Ahora en serio, ¿qué demonios haces aquí? —Matías soltó a su novia y abrazó a Iván palmeándole la espalda.

—Mi mamá me dijo que esta mujercita aquí presente estaba rara y me preocupé, entonces la utilicé como excusa para viajar y de paso visitar a Renata.

Iván no podía dejar de mirar a la pareja, no quedaban mal juntos, pero... volvió a negar con la cabeza. Sabrina y Matías de novios, pensó que podía ser una broma, sin embargo, ahí estaban entre cariños y besos al pasar mientras tenían una conversación con él y le demostraban la felicidad de verlo.

Nada parecía haber cambiado, aunque todo lo había hecho.

—¿Próximo paso? —preguntó Matías abrazando a su novia, ya solos. Iván había ido a casa de Renata.

—No entiendo.

—Mañana es domingo, está Iván y me parece una buena idea que yo me aparezca en tu casa como tu novio, al que invitaste a comer ese delicioso asado que mi suegro prepara.

Y así pasó. El domingo Sabrina apareció de la mano de Matías mientras todos miraban en silencio pidiendo una explicación. Iván sonrió y golpeó el hombro de su amigo.

—Bienvenido a la familia, cuñado —dijo para romper la tensión del momento. Claro que podía comprenderlos a todos, estaban sorprendidos, tanto como lo había estado él el día anterior.

—No lo puedo creer. ¿Matías? —preguntó Francisco acercándose a ellos —. No tengo que decirlo, ¿no?

—No.

—¿Qué cosa? —preguntó Sabrina, no entendía demasiado esos códigos masculinos, si es que eso era uno, claro.

—Tu hermano mayor quiere saber si necesita amenazarme o solo me doy por aludido, en pocas palabras, si te lastimo el me da unos cuantos golpes.

Sabrina rio a carcajadas pensando en las palabras de su amigo. Tendría que avisarle que ya no tenía que preocuparse, que Frank se encargaría de vengarla en caso de que Matías metiese la pata.

Como era de esperar su cuñada no tardó en buscar la oportunidad de conversar a solas, le debía una explicación.

—Lo siento. Primero tenía que enterarse Iván.

—Lo entiendo. No me enojo. ¿Cómo estás?

—Feliz.

—Parece que este sí te pegó fuerte. Tiene pinta de ser un buen hombre, sin embargo, hay comentarios de que fue un mujeriego y no le gustaban los compromisos.

—No es así conmigo. Pasamos juntos todos los fines de semana, me busca en el trabajo, salimos a divertirnos y no escatima en abrazos y besos cuando estamos afuera. Hablamos mucho. ¿Qué te puedo decir, Amanda? Le creo, lo quiero y estamos bien juntos.

—Y te hace muy bien. Has cambiado tanto, con tus padres y Frank lo hablamos mucho. Estás radiante, si eso hace este personaje que nada de lo que digan los demás te importe.

—¿Sabes que tu marido lo ha amenazado? —Amanda largó la carcajada y miró a Francisco quien corría tras la pelota y sus hijos.

—Lo creo capaz de cualquier cosa por su hermanita o cualquiera de la familia. Pero pegar..., déjame dudar.

Sabrina rio con su cuñada mientras miraba a su novio enfrascado en una conversación seria con Iván.

—Entonces, ¿cómo va el trabajo allá? —preguntó él.

—No es lo importante, solo te digo que va bien y rápido. Pero tengo para

unos meses más. Dime cómo estás con lo de tu padre.

—Uh, eso..., bueno, ahí va. Tengo que dejar pasar el tiempo, por ahora solo veo sus errores. Lo visito poco, casi nada. No le dije que me enteré de sus amoríos, que siga jugando a la casita con una mientras derrocha plata en otra, a mí no me importa eso. Lo que me importa es lo que le hizo mi mamá y la forma en que me mintió a mí.

—Entiendo.

—Iván. Te aseguro que jamás engañaré a Sabrina, jamás. Antes la dejo. Pude ver lo que pasa del otro lado, vi a mi mamá llorar, sufrir, lidiar con nosotros dos a pesar de su dolor y seguir adelante. No soy tan poco hombre, ni soy un cobarde.

—No hables así de tu papá. No quiero que te arrepientas más adelante. — Un silencio abrupto los preparó para el cambio de tema que Matías necesitaba hacer.

Había extrañado a su amigo. Sus charlas eran tranquilizadoras, sus puntos de vista eran tan diferentes a los suyos que le habían abierto los ojos más de una vez. Lamentaba que sobre el caso de su padre no pudiera agregar nada más, todavía tenía rencores, dolorosos y poco agradables por su progenitor.

—Con respecto a Sabrina. Lo intenté. Quise alejarme, pero...

—Te dije que te sorprendería. Es la mejor.

—Ajá —dijo embobado con la vista de su mujer sentada en el suelo en compañía de sus sobrinos y riendo como una niña.

Habían pasado pocas semanas, casi un mes, que estaba con su novia. A decir verdad, era mucho más el tiempo que estaba con ella, aunque en pensamientos, en fantasías y renegando con él mismo porque así fuese, además de rogando por olvidarla. Si su amigo supiese cuánto había tratado..., aun así, había sido en vano, esa mirada, esa sonrisa tímida que no salía de su mente, y mucho menos el bello cuerpo desnudo sobre esa mesa, después de aquella primera vez.

Si no la hubiese convencido, si no hubiese insistido y prometido que todo seguiría igual a pesar de saber que no, tal vez las cosas hubiesen sido diferentes.

Sí, tal vez, pero eso ya no importaba, y por nada del mundo se arrepentía. ¿Cómo hacerlo si ella le había demostrado que era capaz de amar? Era un pequeño detalle el que todavía no fuese capaz de decirlo, pero sentirlo sí, y era un amor enorme que ella entendía.

El domingo llegaba a su fin, disfrutando de su nueva familia. ¿Por qué no decirlo?, si eso era y así lo habían tratado, como a uno más. Hasta empezaba a ver los domingos como un gran día.

Matías no quería dejarla todavía, estaba tan hermosa con sus enormes sonrisas y brillante mirada... ¿Cómo no aprovechar un rato más de esa felicidad contagiosa? Una noche de sábado sin compartir cama no era lo pensado, la había extrañado, con la presencia de Iván poco podía hacer y tampoco esa noche dormirían juntos. Lo entendía, de todas formas, no le gustaba y por ese motivo alargaría el día todo lo posible.

—Vamos a visitar a mamá —dijo subiendo al coche sin mirarla para no darle la posibilidad de replicar. Ella lo intentó de todas formas y él levantó el dedo índice, además de una ceja, para callarla. Sabrina cerró la boca y bajó la mirada. Matías sonrió y besó su mano para después hacerlo en su mejilla—. Si vuelves a hacer eso con los ojos, te hago el amor en el asiento de atrás en el medio de la ruta.

Sabrina no replicó más, solo se ruborizó y sonrió. Ya estaba acostumbrándose a esos comentarios y a la actitud exigente de su hombre.

Llegaron a casa de Matías conversando de todo un poco. Sabrina estaba nerviosa, nunca había tenido una suegra y se lo había dejado claro a Matías, hasta le había pedido que la ayudase a comportarse. La respuesta de él había sido contundente: «Sé tú misma. Mamá te adora».

—Mamá, llegamos —gritó desde la puerta. Su madre, de seguro, estaría en la cocina, su lugar preferido. No falló en su pronóstico al verla asomarse por la puerta.

—¿Con quién has venido? Ay, Sabrina, ¡qué lindo verte! —exclamó Aurora y la abrazó para saludarla, como cada vez que la veía. Miró a su hijo seriamente sin despegarse de Sabrina todavía—. ¿Hoy tampoco vas a casa de tu padre?

—No empecemos. No, no voy. Sabrina quiere comer algo.

—Matías, no es cierto.

—Y probar la torta después —dijo apretándola contra su pecho mientras reía con ella que estaba tan avergonzada como él pretendía que estuviese.

Miró a su madre y le hizo un guiño, esta sonrió con los ojos brillantes de felicidad, podía ver a su hijo enamorado como siempre había deseado, por fin.

—Mamá, me olvidé... —Carmen se silenció al instante en que vio a su hermano abrazado a su novia y sonrió. Era una sonrisa enorme—. Tú debes

ser Sabrina.

Para Carmen, los juguetes olvidados por sus hijos pasaron a ser poco importantes en comparación con la visita, imprevista y agradable, al menos eso intuía. Podía adivinar qué, de todo ese conjunto de rasgos femeninos y tímidos, había convencido a su hermano de dar el gran paso fuera de la empedernida soltería. Todo. Esa mujer parecía ideal para él, no tenía dudas de eso, y mucho menos si los veía abrazados y mirándose de esa forma.

—Sí, soy Sabrina.

—Soy Carmen, tu cuñada —dijo abrazándola—. ¿Qué tal si pedimos algo de comer y cenamos juntos? Bajo a los chicos del coche y llamo a mi marido.

—Tranquila, ella es pura explosión. Hace y deshace a mil kilómetros por hora, organiza todo así y no da posibilidad de decir no —le explicó Matías a Sabrina quien se había quedado mirando el lugar por el que había desaparecido su recientemente presentada cuñada.

—Me recuerda a alguien.

—¡Tío! —gritó uno de los niños y se tiró, literalmente, en brazos de Matías. Lo levantó para ponerlo a su altura y la de Sabrina y le besó la mejilla.

—Te presento a Sabrina.

—¿Tu novia? —preguntó el otro niño desde el suelo. Sabrina se agachó y le dio un beso, era tan precioso con sus manitas ocupadas por varios juguetes. Tenía la mirada tan oscura como su tío, aunque cargada de inocencia y dulzura.

—Mi novia —susurró Matías con más orgullo del que creyó.

—Vamos a ver qué pedimos, ¿queréis algo en especial? —preguntó Carmen de pasada hacia la cocina, donde su madre ya acomodaba la mesa.

Carmen se movía con rapidez y confianza, cosa que no pasó desapercibida para Sabrina, quien levantó al pequeño en brazos porque este se lo pidió, y caminó junto a Matías rumbo a la cocina para disfrutar de una nueva reunión familiar. Tal vez más improvisada que la de su propia familia, pero no por eso menos grata.

—Parece que has caído bien, chiquita.

—No es chiquita, tío.

—No, es cierto, me confundí —dijo con un guiño de ojo mirando a Sabrina.

Los días y las semanas pasaban más rápido de lo imaginado por ambos. Cada día estaban mejor juntos. Sus familias los aceptaban y los incluían como

partes integrantes en ambas.

Como era de esperar, Aurora invitaba a Sabrina a comer para poder conocer un poco más de ella, porque si dependía de los comentarios concisos de su hijo jamás lo lograría. Carmen, por su parte, la había invitado a tomar el té en su casa, cosa que, a Matías, celoso de su intimidad como era, no le había gustado demasiado y sobre todo porque había quedado fuera de la invitación.

Sabrina había experimentado un cambio enorme en su personalidad. Demostraba una firmeza de pensamiento que, si bien nunca le había sido ajena, ahora la exponía sin miedos ni dudas. En su apariencia nada era diferente, nada se había modificado, incluso sus curvas se mantenían, y su moderna y diferente forma de vestir estaba intacta. Sin embargo, la forma de lucirse era contundente, con una seguridad pocas veces vista en ella. Claro que todo se daba de una forma tan natural como inconsciente. La manera de andar, de hablar y moverse ahora eran dignas de una mujer experimentada que sabía lo que quería.

Y vaya que lo sabía. Siempre había sido así, sin embargo, ahora se sumaba un elemento, antes inexistente e impensado, que le otorgaba una seguridad atrapante: el amor. Y no cualquier amor, sino uno profundo y sincero que no necesitaba de palabras bonitas ni grandes expresiones o demostraciones. Uno que la miraba con ojos apasionados, entendedores y concededores de sus límites, de sus miedos y de sus fortalezas. En pocas palabras, versados en toda ella. Incluyendo sus inhibiciones que no eran pocas, porque esas seguían ahí, por pura conveniencia involuntaria tal vez, porque daba a la intimidad un condimento apropiado para dejar libre el deseo que siempre los consumía.

Una vez más no había conciencia de tal cosa. ¿Cómo ser indiferente a esa necesaria expresión de sumisión ante un domador que, con una mirada o palabra, buscaba doblegarla para darle toda la pasión que era capaz de dar? Esa pasión era mucha y deliciosa como para cambiar nada.

A veces la indiferencia y el conformismo, ante cierta situación, servía de mucho a las personas involucradas, como era el caso.

Matías, amante del placer como siempre, se había reconocido, sabedor de técnicas y poseedor de conocimientos varios, se sentía torpe. Parecía un aprendiz, un debutante. Sabrina no hacía más que mirarlo diferente, sonreír con suavidad, caminar despacio (vestida o desnuda), acariciar tímidamente, besar con dulzura, susurrar y gemir bajito, rendirse al deseo, incluso aprender con curiosidad a satisfacerlo. No sabía de seducción impostada, de prendas

apretadas o cortas, de maquillajes seductores, de palabras cargadas de sexualidad y mucho menos, de técnicas amatorias aprendidas de la experiencia y, sin embargo, lo tenía en sus manos.

Se había descubierto más de una vez mirándola vestirse o sirviéndose una de sus tantas tazas de café diarias, incluso durmiendo, y preguntándose qué tenía esa mujer de especial. Se hacía tan larga su lista que, dejaba de pensar, y sonreía. Como cuando la observaba venir caminando, con sus formas tan femeninas, e indiferente a todo. Casi con altanería podía decir aquel que no la conociera, pero de eso nada, ella no era lo que alguna vez había imaginado.

Podía reconocer que su mujer no era llamativa, porque no incluía todos esos condimentos comunes de las mujeres que llevaban el mote, pero era imposible no darse vuelta a mirarla una segunda vez. Como el joven que intentaba prender su moto en la acera de enfrente; ella jamás lo notaría, no le importaría y hasta negaría tal cosa. Sin embargo, ahí estaba esa segunda mirada recorriendo el cuerpo de su hermosa novia. Cuerpo sin perfecciones, sin exuberancias, aun así, para él, perfecto y sensual. Sin embargo, y aunque le costara reconocerlo por lo inusual en él, esos eran detalles sin importancia, porque lo que lo volvía loco de su novia era lo que no se apreciaba a simple vista: sus gestos, sus expresiones, su modo de amar, de abrazar, de comprometerse con la vida y la forma de enfrentar miedos y dudas. La necesidad de saber y conocer más de lo que la rodeaba, esa curiosidad insaciable por todo. Esa forma de hablarle y mirarlo..., de aceptarlo sin condiciones.

—¿¡Hola!?! ¿Qué haces aquí? —preguntó Sabrina sonriente mientras él la apretaba contra su pecho de una forma posesiva y ruda, como solo él podía hacerlo.

Habían quedado que no se verían. Ella tenía trabajo atrasado y él iría a nadar.

—Tuve un ataque de «quiero verte». —Ella hubiese querido decir algo, pero le fue imposible ante el beso que recibió—. Mira que cerquita te tengo. ¿Seguro que tienes que trabajar? Yo puedo no ir a nadar y haríamos algo mucho más divertido, juntos.

—Matías, no me toques el trasero en la calle. Y, no. Hoy no. Tengo mucho trabajo atrasado por tu culpa.

—Odio a tu amante —le dijo recordando aquella conversación con Antonio e Iván en la que, tan incómodo se había sentido, cuando ella comparó

a su trabajo con un amante.

—Fuiste premonitorio aquella vez.

—Fue inconsciente, aunque desde entonces estás en mi cabeza, chiquita. ¿Vengo a dormir?

—No, Matías.

—A veces eres muy mala conmigo —le dijo mordiéndole el cuello como le gustaba hacer y ella respondió con un golpecito en el hombro.

—Dañino.

—Mucho, pero te encanta. Dímelo y me voy. No antes. Y no dejes de tocarme el culo hasta que no me lo digas.

—Por favor, estamos en la calle.

—Eso es deliciosamente provocador. Me estoy excitando. Dime que te encanta que te muerda y que te pone como una gatita en celo.

—Ordinario. —En respuesta a ese adjetivo recibió un pellizco en los glúteos y esa mirada fulminante que no permitía quejas ni tardanzas. ¡Cómo le gustaba esa actitud!—. Me pone como una gatita que me muerdas y me trates como si fueses un cavernícola.

—OK, arriba. Esto no da para más. No se discute, será rápido. —En silencio, uno muy excitante y tenso, subieron en el ascensor.

Matías acarició la espalda de su novia con pausa, desde el cuello hasta la cintura, solo con la yema de dos dedos, frenando su instinto de manosearla sin conciencia. Pero esa señora que había subido con ellos no podía presenciar semejante arrebato, ¿o sí? Una vez frente a la puerta del departamento, él le tomó el cabello y tiró su cara hacia atrás para besarle el cuello y susurrarle su exigencia. Estaba seguro de que le gustaría.

A Sabrina le temblaban las piernas, sus entrañas se tensaron por la anticipación y la vergüenza. Era una sensación fabulosa e interesante que no la dejaba pensar con coherencia, sin embargo, no podía dejar de analizar que no le quedaba opción más que hacer lo que le había pedido, mejor dicho, le había ordenado, y no podía negarse. Su cuerpo se lo impedía, su deseo también.

—Vas a llegar a la habitación y después del tercer paso te vas a desnudar para mí. —Había sonreído en silencio, en un estado de enajenación expectante en el que solo él lograba ponerla. Esa voz de mando era un poderoso afrodisíaco.

Podía haber rehusado el pedido, negarse, no cumplirlo, modificarlo... Claro que podía, pero no quería.

Contó dos pasos, al tercero giró sobre sus talones y se desnudó ante la inquietante mirada de su novio que tenía una arrogante sonrisa en los labios. Ella se la devolvió sintiéndose *sexy*, otra cosa que solo lograba él. Su atrevimiento llegó hasta posicionar la mirada en el erguido sexo de su novio quien comenzaba a quitarse la ropa, mientras le daba un detallado repaso con la vista.

—Mírame otra vez —pidió él, solo para ver qué tan dispuesta estaba a jugar ese papel de tímida-atrevida, tan estimulante por la misma contrariedad.

Ella bajó la mirada y se sonrojó, tal vez por el calor, tal vez por el pedido, tal vez por haberse visto descubierta. No importaba, estaba preciosa. La abrazó por la cintura y la nuca y la pegó a su cuerpo para besarla. Tres días sin su contacto, sin su piel, no era poco para su necesidad de ella.

Sabrina se sobresaltó ante el arrebato repentino, cerró los ojos y suspiró al sentirlo, le encantaba esa forma de amarla que él tenía. La empujó contra la pared sin soltarla y la besó con descaró, con furia, tanta que hasta ella enfureció y le mordió los labios y la lengua de la misma forma.

Matías sintió todo su cuerpo estremecerse ante esa reacción y se alejó instantáneamente. Una sensación de ardor apremiante lo había dejado anonadado.

—¿Qué has hecho? —Ahora entendía esos gemidos bajitos y esa mirada perdida ante sus mordiscos y rudezas.

Era una sensación diferente, increíble. Eran como pinchazos de placer esparcidos por las partes más sensibles del cuerpo.

—Lo que me enseñaste —dijo tímidamente, pero consiente de lo que había provocado.

—¿Qué más aprendiste? —susurró cerrando los ojos y esperó. Ella le mordió y succionó el labio con fuerza, demasiada pasión y algo de dolor, luego siguió por el cuello y el pecho, le pellizcó las tetillas con los dientes y lo miró recompensando el dolor con pequeños lametazos tibios y húmedos. Definitivamente su mujer lo sorprendía y lo excitaba como ninguna.

¿Cómo definir lo que sentía al verla con esa actitud tan ambigua? Por un lado, se veía dudosa, incluso temerosa de darle semejante placer, hasta parecería arrepentida de hacerlo y por el otro sonreía con esa seguridad de haberlo hecho bien a pesar de todo. ¿Cómo lograba ella esa dualidad con una simple mirada o una pícara sonrisa? Ya no le importaba descubrir el secreto, solo disfrutarlo.

—Eres perfecta, Sabri, perfecta.

—No lo creo.

—Lo que tú ves como imperfecciones yo lo veo como algo hermoso, único, irrepetible y todo para mí —dijo besando su cara, su mandíbula y su cuello.

Sin demoras la giró para pegarla contra la pared y le colocó las manos a ambos lados de la cabeza acariciándole los brazos en el proceso.

—Déjalas ahí —susurró apretándole el cabello en un puño y con la otra mano acomodando la cadera femenina para poder demostrarle que tan perfecta la veía. Lo hizo con un solo movimiento llenándola por completo y la escuchó gemir más alto de lo normal—. Hoy vas a gritar.

—Aparentemente..., si esto es el comienzo. No veo cómo escaparme.

Matías sonrió ante el comentario y comenzó su meneo de cadera que, más que meneo, eran golpes profundos y certeros que los volvía locos de lujuria. Una desmedida e incoherente lujuria. Los gemidos y jadeos no cesaban, el golpeteo del cuerpo era sonoro y erótico. Sabrina endureció los codos para que no se le doblasen con la furia de las embestidas. Nunca había hecho el amor de esa forma tan bestial, poderosa y urgente.

—Te lastimo —quiso preguntar Matías, pero casi lo afirmó.

—No. —La voz de Sabrina era casi una exhalación poco audible y se confundía entre los sonidos del placer. Para dejar clara su respuesta llevó su cadera hacia el encuentro de la de él, una, dos, tres veces.

—Chiquita, chiquita, me vas a matar —dijo llevando su mano al sexo de su novia para darle más atención, verla explotar por fin en mil pedazos y seguirla con urgencia.

Y así pasó. Explotaron como dos bombas atómicas y el daño colateral era la poca predisposición a despegar sus pieles sudorosas.

Mientras Matías dejaba que su cuerpo liberase toda la necesidad acumulada, apretando con un fuerte abrazo la cintura y los pechos de su novia para sentirla piel a piel, ella sonreía tratando de descubrir en qué momento se le había ocurrido pensar que lo que más le gustaba de él era la ternura escueta y escasa que a veces demostraba. No, definitivamente no. Lo que más le gustaba era ese hombre primitivo que escondía en su interior y que la marcaba con sus dedos y dientes. Esa era su forma de mostrarse, de ser fiel a sí mismo, sin caretas, sin palabras incómodas, sin mentiras..., esa era su maravillosa forma de decirle «te amo».

Matías suspiró al abandonar la unión con Sabrina, se recostó en la pared y dejó que sus rodillas se vencieran. Quedó sentado en el suelo y la sentó a ella sobre sus piernas. Tenía miedo de haber hecho algo demasiado brusco. Había estado cegado por todas las sensaciones extrañas e invasivas que esa mujer le provocaba. No podía poner en palabras cuánto le gustaba la brutal pasión que ella originaba en sus entrañas. Acarició el cabello largo de Sabrina y besó sus mejillas sin dejar de mirar sus expresivos ojos.

—Te ha dolido.

—Ha sido un dolor excitante.

—Pero te ha dolido. —Ahora era el turno de ella de besarle las mejillas a su novio. Nunca lo había visto dudar tanto ante algo.

—No, Mati. No me ha dolido.

—Del uno al diez, ¿cuánto te ha gustado?

—Veinte o treinta. —Matías largó un suspiro de alivio y sonrió. Le creía, sus ojos no mentían.

—Mejor así, porque a mí me ha fascinado. Eres puro fuego en mis manos, chiquita. Eres perfecta para mí, lo voy repetir tantas veces como haga falta para que lo entiendas.

Sabrina pensó que con una declaración así, jamás necesitaría un «te amo».

Para Sabrina, las semanas pasaban tan rápido como había comenzado su relación y, tal vez, de la misma forma intempestiva. Día tras día Matías arremetía contra ella con su brutal presencia y se hacía casi indispensable en su nueva vida.

Él no era de esas personas que pasaban desapercibidas, lo tuvo claro desde el mismo día que lo vio, y no se había confundido en pensarlo. De todas maneras, nunca había imaginado que ser su novia podía ser algo real, ¡por Dios, si nunca había imaginado poder mantener su mirada fija en esos oscuros abismos que tenía por ojos, como para pensar siquiera en tener una relación de algún tipo...!, y ahora no solo tenía esa relación tan especial, sino que lo observaba por largos minutos, dormía con él, se desvestía ante él, besaba su boca de mil maneras diferentes, se dejaba tocar de otras mil maneras y conversaba desnudando su alma para él.

Estaba segura de que nadie la conocía tanto como Matías lo hacía. Sus más resguardados secretos habían sido develados en las noches de tertulia, enredados en la cama, y esa mirada expresiva la había dicho muchos «gracias por confiar» y un gigante «te amo» había llegado en forma de un magnífico

éxtasis cada vez.

Ella también conocía sus ocultos misterios, sus calladas inseguridades, sus miedos a repetir errores (entre ellos los de su padre), sus faltas de tacto ante los sentimientos y hasta su alocada y afanosa manera de amar.

Matías volvió a mirarla mientras deambulaba por el departamento con esos *jeans* enormes y gastados, una simple camiseta sin mangas, descalza y ese... ese... perfecto nudo desprolijo en su cabeza. Sonrió ante la imagen. En otro momento hubiese preferido una minifalda o tal vez un pantalón bien corto y ajustado para apreciar ese enorme trasero tentador, sin embargo y por ser ella, le encantaba lo que veía. Le fascinaba fantasear con lo que había debajo.

La atrapó por la cintura al pasar por su lado y ella cayó sobre sus piernas. Estaban sentados en el mismo sofá en el que por primera vez habían hecho el amor y otras tantas veces después.

—No me gusta que me ignores —le gruñó, mordiéndole el cuello.

—No te estoy ignorando, estoy ordenando este lío.

—Tampoco me gusta que me contradigas.

—No te con... —Se silenció ante la profunda mirada que le dio y contuvo su sonrisa. ¡Cómo le gustaba cuando sacaba a relucir su hombre de las cavernas!—. Perdón.

—Eso está mejor. —Sus bocas se fundieron en un beso apasionado. Sabrina no sabía lo que era recibir un piquito de labios cerrados de su novio y jamás osaría quejarse por semejante tontera—. Entonces, ¿qué hacemos hoy, salimos con Julio y su novia?

—Julito —corrigió ella y lo vio girar los ojos y sonreír—. Si le gusta que le digamos Julito, ¿por qué no lo haces? Solo por pelear.

—Puede ser.

—Se han sumado Antonio y Bau también.

—Otro..., Bau. ¿Qué clase de nombre es Bau?

Sabrina lo dejó con sus bromas y siguió con sus tareas. Ahí quedó adueñado de su espacio, con los jueguitos de una consola que no le pertenecía, pero usaba como si sí. Acarició su cabello y recibió una preciosa sonrisa.

Ese hombre apasionado, imprudente, ansioso, insolente y rebelde, entre tantas otras cosas, era el hombre de su vida. Tenía claro que sin todos de esos atributos no se hubiese enamorado tan abruptamente de él.

Matías estaba demasiado concentrado en sus jueguitos como para haberse dado cuenta que de Sabrina había tomado un baño, sin embargo, al verla salir

envuelta en una toalla todos sus sentidos se despertaron. Era de tontos no aprovechar el momento y eso pensaba hacer.

Se puso de pie y caminó hacia ella sin dejar de mirar los ojos femeninos llenos de pestañas, en los que leía dudas y diversión. Mientras él caminaba hacia adelante, ella lo hacía hacia atrás. Era un excitante juego el del gato y el ratón cuando ella se ponía en ese plan de dama asustadiza.

—¿Qué haces, Matías?

—Camino lento hacia ti.

—¿Por qué? —Sabrina se derretía con esa sonrisa de lado. Era tan cruel con ella.

—Porque si fuera corriendo, te asustarías.

—¿Para qué correrías? —Matías se detuvo sonriente ante ella cuando chocó con el borde de la cama. La tenía como quería. Atrapada y excitada.

—Para atraptarte más rápido —le susurró al oído después de pasarle la lengua.

—Eso también me asusta.

—Y bien que haces, tenme miedo, mucho miedo.

El timbre sonó interrumpiendo su beso y gruñó con furia apretando el trasero de su novia que se quejó entre carcajadas.

—¿Qué demonios...! ¿Quién es? —gritó.

—Julito —le respondieron desde detrás de la puerta del departamento.

—Lo odio. ¡Ay, cuánto lo odio! Vístete rápido. No me hagas esperar. — Sabrina sonrió ante su mentiroso enojo y su frustrado intento de seducción. Eso hizo que el castigo fuera una nalgada.

Habían decidido ir a bailar, para variar. Siempre terminaban en un bar riendo hasta cualquier hora después de comer en algún restaurante, pero esta vez habían pensado en algo diferente, que pocas veces hacían. Pero había pasado lo que siempre pasaba cuando salían a esos lugares, se separaban ni bien escuchaban una canción que les gustaba. Y entonces recordaban el motivo por el que preferían organizar una comida. Era más divertida la charla y las bromas que surgían entre los hombres haciendo largo y entretenido el encuentro. Con Antonio nadie, nunca, podría aburrirse, decía Matías.

Sabrina volvió a sonreír al mirar a Antonio saltar al ritmo frenético de la música, en la pista de baile, junto con su pareja; y a Julito con la suya buscar un lugar un poco más tranquilo para moverse a ritmo, sin tanto salto ni griterío. Miraba de lejos a las aparejas analizando las diferencias entre ambas mientras

Matías, sentado a su espalda, le acariciaba los hombros.

—¿Bailamos? —Ella, ante la pregunta, se giró para quedar enfrentada a su hombre y negó con la cabeza al ver la imagen de un despreocupado Matías sentado en una butaca alta, con la espalda y los codos apoyados en la barra de bar, las piernas abiertas, para darle espacio a ella, y una sonrisa radiante. Él le guiñó un ojo ante el escrutinio.

—Primero voy al baño.

Sabrina se alejó cruzándose con una señorita que caminaba hacia él muy decidida y sonriente. Matías no respondió la sonrisa, sin embargo, a esa mujer no le importó. Una vez frente a él se paró justo en el mismo lugar que su novia había estado, entre sus piernas, y acarició sus rodillas.

—Hola. Cuánto tiempo sin verte —dijo la dama en cuestión.

—¿Te conozco? —preguntó él, en la misma posición que estaba.

—Pasamos una linda noche con mi amiga hace unos meses en su casa. — Matías hizo cálculos y recordó a una de las mujeres de ese trío al que tuvo el placer de pertenecer gracias a su amigo. Ahora cuñado.

—Algo le hiciste a tu pelo. —Recordaba que ambas eran bien rubias y esta no lo era.

—Dejé de teñirlo y lo corté un poco.

—Te sienta bien.

—Gracias. ¿Qué planes tienes para esta noche? —preguntó sin ninguna vergüenza, acariciando su pierna con rumbo hacia su bragueta, en el mismo instante que Sabrina llegaba y se acomodaba en la barra, a un costado de ellos. No hizo alarde de su presencia y supuso que ninguno de los dos la había visto.

La simple imagen de Matías con una mujer cualquiera la hacía ser más consciente de su pasado. De ese fastidioso (y difícil de digerir) pasado que él traía consigo. Uno tan diferente y hasta opuesto al suyo. Si algo le había costado asumir a Sabrina, era justamente eso: sus pocas experiencias comparadas con las tantas de él.

Desde esa noche en que se había enterado de las aventuras sexuales de su novio, había luchado con ella misma para no dejarse vencer por los celos y los miedos de ser poca mujer para un hombre tan experimentado y de gustos tan variados. Matías jamás le había expresado nada parecido, pero los bichitos de sus inseguridades no habían desaparecido de la noche a la mañana. Todavía estaban ahí intentando clavar su agujón a la primera oportunidad.

—Creo que voy a bailar con mi novia cuando vuelva, si ella no ha

cambiado de parecer —le respondió Matías a la muchacha sin dejar de mirarla a los ojos. Era tan sincero como podía.

No le encontraba atractivo a esa mujer, tal vez su cuerpo no estaba mal, pero su cara..., eso ya lo había descubierto aquella noche, no era una linda mujer. Al menos no una acorde a sus gustos, sin embargo, ante la oferta de sexo un hombre no se amedrenta, le había enseñado su padre y él había aprendido bien. No obstante, ese era el Matías de antes. Ahora estaba bien servido con su apasionada chiquita, a veces sumisa, a veces atrevida, a veces insegura, pero siempre entretenida.

—¿Y a qué hora podrías desocuparte? Puedo arreglar con mi amiga.

—No tengo intención de desocuparme. Te lo agradezco.

La mujer levantó una ceja y sonrió de lado, esperaba otra respuesta. Matías estiró un brazo y rodeando la cintura de su Sabrina la pegó a su costado. Ella se sorprendió, no sabía que él la había visto acercarse. Estaba asustada y celosísima también, pero no quería que él lo notara. Apenas si podía contener las malditas lágrimas.

—Te presento a Sabrina. Mi novia. ¿Tu nombre?

—Val —dijo la chica con la voz ronca. Estaba un poco incómoda, Sabrina podía notarlo y poco le importaba. Más incómoda estaba ella—. Bien, entonces..., un gusto volver a verte.

Matías bajó la cabeza a modo de saludo y apretó más a Sabrina contra su cuerpo. Por fin se puso de pie y besó la frente de su novia. Ella abrazó su cintura y besó su pecho.

—Perdón. No puedo volver el tiempo atrás.

Matías podía comprenderla. La conocía demasiado para saber lo que estaba pensando. ¿Qué más podía hacer que sentirse impotente? Ya había blanqueado su vida ante ella, incluyendo todos y cada uno de sus peores momentos. No quería que ella desconociera nada de lo que había sido su juventud y agradecía, ahora, su propia valentía al contárselo. Al menos no se sentía culpable también por no haberlo hecho, ya demasiado tenía con que ella hubiera presenciado ese atrevido acercamiento.

—No digas nada. ¿Te arrepientes de haberme elegido?

—Jamás. Nunca lo haré.

Sabrina se tragó los celos y las lágrimas. Confiaba ciegamente en él. Se había convencido de que la única manera de ser feliz con un hombre como él, sería confiando de esa forma. Claro que había pasado por su cabeza la idea de

dejarlo todo y abandonar esa relación ante el miedo de perderlo porque, sí, claro que había imaginado que él se aburriría de ella. No tuvo el valor. Cómo tenerlo si al verlo se le inflaba el pecho por el amor que sentía.

—¿Bailamos? —le preguntó clavando su mirada marrón en la de él. Él sonrió, besó sus labios con fuerza y mordió el inferior después de negar con la cabeza. Apretó la hermosa cara de su novia entre sus manos y suspiró. Una vez más, no podía...

—Si supiese cómo, te lo diría. —Quería tener el valor de gritar un enorme «te amo». Pero su valentía no alcanzaba.

—Lo sé. —Solo esas palabras acompañadas de una mirada tan sincera, a ella le alcanzaban—. Yo también te quiero.

Matías no había podido olvidar aquella noche.

Habían pasado ya unas semanas y la culpa de esas lágrimas retenidas seguía creando las pesadillas que lo despertaban por las noches. Pesadillas en las que la veía a ella cerrando una puerta y dejándolo fuera de su vida.

Nunca había creído en premoniciones ni en el destino, sin embargo, ese sueño repetido durante varias noches seguidas y siempre con el mismo final, lo tenían confuso y temeroso de que algo pasara.

A todos esos nervios escondidos se le sumaba la noticia de la vuelta de Iván y, por primera vez en su vida, estaba celoso. Qué patético se sentía. Celos del hermano de su novia, su amigo. ¡Santo cielo, qué idiota era!

Podía imaginarla lejana y rechazando sus visitas para estar con Iván. Y hasta estaba enfureciendo de antemano al saber que los viernes y sábados ya no podría dormir con ella. Era difícil de digerir que, la vuelta de su gran amigo, le produjera tantos sentimientos encontrados. Tenía tantas ganas de verlo como de mantenerlo lejos.

Sabrina estaba feliz con la idea de volver a tener a su hermano en casa. Sin embargo, también tenía miedo de los cambios que eso originaría en su noviazgo. Eran todos adultos, estaba claro, no obstante, la amistad de los dos hombres, se presentaba como una barrera, moral podría decir, ante ella. No podía compartir su habitación con el amigo de su hermano, tuviese la edad que tuviese, era una situación incómoda. No lo había podido hacer con Juan, mucho menos con Matías. Tampoco podían tener todas las demostraciones de cariño ni dejarse caer, en cualquier momento, en esa atracción a la que estaban acostumbrados. Lo había imaginado más de una vez y estaba segura de que, al principio, al menos, no podría hacerlo. Cerró los ojos recordando los besos

de Matías, eran casi impúdicos y demasiado prepotentes. Adorables y excitante también. Sonrió al agregar esos dos adjetivos y se contuvo de seguir agregando otros más. No, no podría... Y esas manos curiosas que la tocaban sin importar el lugar o la compañía... No, Iván se avergonzaría por ella, estaba segura. Si ella no podía entender cómo ese hombre, con una sola mirada, la impulsaba a hacer todo lo que hacía, mucho menos su hermano.

Era inevitable que a Matías le pasara algo similar con la vuelta de Iván. Después de notar alguna respuesta diferente cuando hablaban del tema, Sabrina creyó inteligente dedicarle el tiempo necesario a aclararlo. Lo habían conversado intentando convencerse de que nada cambiaría y que se adaptarían a su presencia con el correr de los días, sin embargo, desde entonces, su novio estaba... raro, aunque era una palabra poco descriptiva de la realidad porque estaba mucho más que raro.

—Sabri, no le veo otra solución —dijo de pronto Matías sin dejar de acariciar la espalda desnuda de su mujer.

Estaban tendidos en la alfombra del *living* frente al televisor, simulando ver una película. Tapados con una frazada, desnudos y saciados. Sabiendo que sería una de las últimas noches locas por unos días. Iván llegaba mañana.

—¿A qué? —Un bostezo la sorprendió.

Era bastante tarde como para estar despiertos, pero Matías había hecho de su cuerpo un parque de diversiones y se había tomado su tiempo para hacerle el amor, entretenido con cada parte de ella.

—¿Quieres casarte conmigo? —Sabrina se incorporó apoyando el codo en la alfombra y acariciando el pecho de su novio.

—¿Y tú? ¿Quieres casarte conmigo? ¿Realmente, es eso lo que quieres? — Ella sabía que no. Era una decisión que involucraba toda una vida, la vida de ambos, al menos así lo veía ella. No era justo que por la incertidumbre de lo que pasara ante los cambios previstos, y por su ansiedad, él se apurara a pedírselo.

—Quiero tenerte para mí, como hasta ahora. Quiero poder besarte, hacerte el amor. No cuidarme de que un intruso nos interrumpa si quiero abrazarte. No esperar estar solos para contarte algo que me haya pasado en el día. —Fue bajando su tono de voz en la medida que ella se ponía de pie y comenzaba a vestirse con uno de sus feos pijamas. Algo no estaba bien.

—Con intruso te refieres a mi hermano, ¿cierto?

—Supongo..., sí. Entre otros. —Se estaba poniendo nervioso. No lo había

pensado demasiado, pero analizándolo mientras hablaba, casarse no parecía una idea tan descabellada como ella lo intentaba hacer ver, podía adivinarlo en sus ojos—. Quiero esto. Nuestra intimidad. No quiero que las cosas cambien.

—Nada va a cambiar, Mati. No, al menos, drásticamente. Tendremos que adaptarnos un poco y no veo que la solución sea tomar decisiones tan a la ligera y sin pensarlas antes.

—Entonces tu respuesta es no —dijo Matías.

Estaba al borde de estallar en un violento enojo. Podía perfectamente entender la negativa de ella y era tan responsable la decisión que no la ponía en tela de juicio. Sin embargo, su enfado nacía de una mezcla de varias cosas, entre ellas celos, miedos y una inseguridad que desconocía y que, egoístamente, canalizaba en esa furia que estaba arrasando con su cordura. Se puso de pie y tomó su ropa con un brusco movimiento. En dos segundos estuvo vestido.

—¿Qué he hecho mal, Sabrina?

—Nada. —Ella no esperaba una reacción semejante. No habían tenido grandes discusiones y esta era, como poco, sorpresiva y casi infantil.

—Sí, algo está mal. ¿No he dicho las palabras necesarias o justas? ¿No tengo flores o un anillo? ¿No hay música? ¿No te he dicho cuánto te amo antes de proponértelo? ¿Es eso? Algo no está bien para ti. ¿Qué es? Ya me reclamaron por mucho sexo y por pocas palabras lindas... ¿qué es esta vez?

—Nada, Mati. No te pido ni te reclamo nada. Es solo que no me parece el momento.

—¡Mentira! —gritó, eufórico, cegado por sensaciones desconocidas.

No podía parar. Estaba siendo rechazado por la mujer que amaba y su orgullo de macho alfa estaba magullado, herido, sangrando por el miedo irracional de perderla. No soportaba la idea. No, a ella no podía perderla; antes la abandonaba.

—Matías —susurró Sabrina, casi al borde de las lágrimas. Era un hombre desconocido el que estaba gritándole. Su mirada negra y tenebrosa, brillaba con una llama interna que le desconocía.

—No te preocupes. Te entiendo. Era demasiado bueno para ser cierto.

—Por favor, calmémonos.

—No. —Caminó los pasos necesarios hasta la puerta, pero ella lo tomó del brazo susurrando su nombre—. Déjame solo. Necesito... necesito estar

solo... Sí, eso necesito.

Sabrina se quedó con las manos vacías y mirando la puerta cerrada. Se había ido dando un portazo y dejándola, como mínimo, sorprendida. ¿Qué había pasado? ¿Por qué semejante arrebató?

Una lágrima recorrió su mejilla y luego otra y otra más. Comenzó a hipar, a gemir y a sentirse devastada y sola. Se abrazó a sí misma dejándose caer al suelo, llorando sin consuelo. No entendía, no podía asimilar lo ocurrido y tenía miedo, un ciego terror de que no volviera a ella.

Matías caminaba rápido, bufando como un toro embravecido. No le importaba dejar el auto en la calle, después volvería por él. Prefería el viento en la cara, caminar, correr, gritar..., hubiese querido poder gritar.

No se atrevió a pensar sus razones para semejante enojo. Solo se dijo a sí mismo que ella no lo quería lo suficiente como para aceptar casarse, y estaba tan susceptible que había sido demasiado fácil convencerse.

Llegó a su casa y se metió en la cama con sus auriculares puestos, aturdido por la música y las propias mentiras inventadas como razones válidas para alimentar su enojo, y se quedó dormido.

Ese domingo, como anestesiado, salió con la bicicleta, recorrió kilómetros en silencio y con la mente en blanco. Esquivó las preguntas de su madre y hermana, ignoró el llamado de su cuñado y programó una salida con sus amigos. Esos que sabía que la pasaban en grande con sus cervezas con alcohol y sus fechorías nocturnas. Esos que gustaban de las mujeres divertidas, de faldas cortas y escotes pronunciados, las que alguna vez supo mirar y agradecer al mundo porque existiesen.

Pero, como nada en su vida estaba resultando como quería, ya en el pub, medio entonado con algunos tragos encima y poca conciencia, se topó con Iván. No lo esperaba ahí.

Sabía que había llegado de su viaje. Se lo esperaba ese mediodía y hasta había pensado en ir al aeropuerto a buscarlo, sin embargo, así como lo había pensado había desterrado la idea.

Después de la discusión, Sabrina había trasnochado entre llanto y espera. Matías no había vuelto, ni había respondido su único mensaje de texto.

«Llámame cuando quieras», le había escrito.

¿Qué más podía hacer? Ella no era quien había terminado una relación maravillosa con un golpe de puerta, la que había gritado, ni se había enojado. Ella solo había escuchado boquiabierta, y todavía no entendía lo que había

pasado. Había recibido una catarata de palabras gritadas, sin motivo aparente, sin razones válidas, sin explicación alguna.

Había recogido a Iván en el aeropuerto y lo había abrazado fuerte y con exagerado llanto. Otra vez ese maldito llanto. Nadie malinterpretó esas lágrimas y hasta bromas recibió. Pero su hermano gemelo no era tonto y la conocía demasiado. No era cierto que podía adivinar sus pensamientos, como le hacían creer a los demás con su famoso juego de adivinar nombres, colores y números, pero sí podía presentir su dolor y su angustia.

—¿Qué ha pasado? —Sabrina elevó los hombros para dar a entender que nada y una mirada recriminadora la hizo retroceder—. No me mientas.

Y entonces le contó lo que suponía que había entendido del confuso episodio con Matías.

—¿Y qué piensas que puede estar pasando por su cabeza?

—No lo sé, Iván. Desde que supimos que volvías está distinto. No quería perder lo que teníamos y tenía miedo de que tu presencia modificara las cosas. Supongo que más o menos lo mismo que me pasaba a mí.

—No soy un monstruo. No pienso inmiscuirme entre vosotros. Los veo bien y son grandes para cometer sus errores, o no. Porque espero de corazón que esto no sea un error.

—Y no lo era. Pero ya no sé... Ahora, no sé qué pensar —dijo al borde del llanto otra vez, pero fue más fuerte esta vez, reteniéndolo—. Iván, no puedo aceptar casarme porque sí.

—Claro que no, gruñona.

Y después de esa conversación, Iván la había dejado en casa de sus padres, acompañada al menos. Necesitaba hablar con su amigo, porque de alguna manera se sentía responsable de esa ruptura imprevista. No lo era y lo sabía, aun así, lo habían puesto en un papel de villano totalmente inmerecido y todo por sus propias inseguridades, así lo entendía Iván. Sin embargo, entender no era aceptar.

—Amigo, qué sorpresa —dijo un alcoholizado Matías, simulando más intoxicación de la real. Porque estaba demasiado consciente todavía. Hubiese preferido estar perdido y mucho más ante la mirada inquisidora de Iván.

—Nos vamos. —No hubo negativas ante la orden de Iván, tampoco lugar para ellas.

—No quiero ir a tu departamento —negó Matías al ver que ahí estacionaba.

—Mi hermana está en casa de mis padres. ¡Cagón! Eso eres, ¿no? Un cagón que no se anima a enfrentarla.

Ante semejantes palabras dichas con la mirada clavada en la suya y sin ningún tono de broma, Matías no pudo responder.

Sí, eso era, un cagón. Uno bien grande que no se animaba a enfrentar al amor de su vida para disculparse por su arrebató. Para contarle sus miedos. Para declararle su amor.

—No quiero haber tirado todo por la borda. Estaba enojado, tenía miedo. Tengo miedo.

—Y entonces le pides matrimonio y como dice que no, porque su razón tiene, te enojas, gritas y con una pataleta de nene caprichoso te vas y la dejas sola.

—Más o menos, ese es el resumen, sí.

—No me culpes a mí, Matías. Yo no voy a meterme entre vosotros. Tenéis más de treinta años y sabéis lo que queréis, ¿o no?

—Sí. La quiero a ella, ¡por todos los santos! y más de lo que sé decir, por eso no acepto que no me quiera.

—¿La escuchaste decir que no lo hace? —Negó con la cabeza y era tan cierto, ahora sin el velo del enojo estaba tan claro. Ella lo quería, ¿cómo podía dudarle? Sin embargo, lo había hecho—. ¿La dejaste hablar?

—No, tampoco. Y basta de tirarme tierra encima. No hagas leña del árbol caído. Me equivoqué. ¿Acaso no te pasó con Renata, señor perfecto?

—Sí, me pasó con Renata —dijo, ya casi con una sonrisa en los labios. Ese era su amigo, el que pensaba y luego actuaba, no al revés.

Enamorado como estaba de Renata y poniéndose en su lugar, podía entender que no pensara con la cabeza fresca. «Las mujeres ensordecen a los hombres», pensó, y no estaba tan alejado de la verdad. Miró fijo a su amigo, Matías estaba ensordecido y tan cambiado.

—¿No piensas darme un abrazo de bienvenida?

Matías apretó los hombros de Iván y las posteriores palmadas en la espalda fueron bastante auditivas. A esas palmadas le siguió un golpe en las costillas y otro de palma abierta en la cabeza.

—Te lo mereces, por cagón.

—Me lo merezco por eso y otras cosas.

Hablaron por horas y se pusieron al día.

Ya casi amanecía cuando se tumbaron en las camas disponibles del

departamento. Matías se acostó en la que, hasta la noche anterior, había sido su testigo de charlas, pasiones y estallidos. Olió el perfume de la piel de Sabrina que estaba impregnado en la almohada, y en él mismo, ese que era tan dulce como su mirada marrón oscurecida por esa cantidad de pestañas maravillosas.

Se odió. Era un hombre inmaduro todavía. Creyó haber crecido lo suficiente para poder mantener esa relación a flote y, sin embargo, le faltaba demasiado todavía. Ella merecía algo mejor. Un hombre sabio, uno sensible, que la entendiera, la acompañara y no la vulnerara ni la sometiera. Sonrió con picardía, eso no era tan así porque a ella le gustaba ser sometida de alguna manera, en algún aspecto de la relación él era el que mandaba. Claro que no en todos, pensó, solo en los juegos calientes como el infierno con los que ella lo tentaba, y otra vez se puso serio.

Giró en la cama para ponerse boca arriba y se cubrió los ojos con el brazo. Después de un suspiro profundo se quedó dormido, por fin.

Así lo encontró Sabrina, a media mañana, cuando ella regresaba a casa. Lo miró por largos minutos debatiendo su accionar. Hasta que decidió que un café le vendría mejor que una nueva discusión y cerró la puerta para encaminarse a la cocina.

—Bien, gruñona. Esto es así —dijo Iván sorprendiéndola y abrazándola por lo hombros mientras besaba su frente—. Ese pobre infeliz que descansa en tu cama está devastado. No sabe lo que hace porque una señorita, la mejor de todas, lo tiene bien agarradito de sus...

—¡Iván!

—Es la verdad, de todas maneras, no se portó bien. Dale una buena tunda, no lo perdones fácilmente. Que aprenda que, con mi hermana, o hace las cosas bien o no las hace. Me voy a casa de Renata, almuerzo ahí y, no te preocupes, llamo antes de volver. No quiero imágenes impresionables en mi cabeza.

Sabrina sonrió y lo vio partir. No sabía qué esperar cuando se despertara su bello durmiente. Una pelea, una despedida, un pedido de disculpas, un...

—Buen día.

Matías estaba despeinado y con la camisa arrugada fuera del pantalón, descalzo y con los ojos hinchados, además de nervioso y con la mirada clavada en ella. Estaba hermoso, pensó Sabrina y sirvió otro café para él.

—Buen día.

—Sabri... ¡Qué desastre soy! Enséñame.

—Lo siento, no puedo hacerlo. Yo tampoco sé.

—¿Alcanza un abrazo? —preguntó, porque eso era lo que quería hacer.

Dejó el café sobre la mesada y tomó el de ella para hacer lo mismo. Eran dos personas inútiles en relaciones serias, pensó y la abrazó, rogando que eso fuera suficiente, por lo menos para comenzar.

Los brazos de Sabrina le apretaron la cintura con más fuerza de la esperada y él hizo lo mismo con sus hombros. Sus labios se pegaron a la cabeza de ella y no los alejó más. Le dio decenas de besos en ese lugar mientras ella sorbía sus lágrimas.

—Dime algo, chiquita —pidió por fin. Cuando el llanto ya no se hacía escuchar.

—Estúpido.

—Agrega lo que quieras.

—Idiota. Ansioso, inseguro, miedoso. —Levantó la cara para mirarlo a los ojos y él sonrió—. Quiero escuchar un pedido de perdón. Me va a hacer bien, porque tú me gritaste, dudaste de mi amor y me dejaste sola. Además, no puedo perdonarte así de fácil, me aconsejó Iván que te hiciera sufrir. —Matías rió con una carcajada que más que de diversión era de alivio.

—Perdón, chiquita. Soy todo lo que has dicho y otras cosas más seguramente, aun así, eres la mujer de mi vida. No quiero perderte.

Ella asintió, y recordando las palabras de su gemelo, tomó su taza y se fue a sentar al sofá en absoluto silencio.

—¿Sabrina? ¿Y ahora qué? —Matías la siguió y se sentó a su lado. ¿Qué había hecho mal ahora?—. La vio tomar algunos tragos de ese brebaje caliente que ella adoraba y bufó. Otra vez estaba inseguro.

Ella dejó la taza sobre la mesa baja y se subió a horcajadas de su novio. Acarició su desconcertado rostro, rasgo por rasgo, incluso su pelo, pensando una vez más en cómo no había visto toda su belleza desde el principio. Pero tenía bien claro que su amor le había cambiado la perspectiva.

Matías estaba fascinado por ella, por su mirada y sus labios. Esas caricias suaves lo estaban poniendo en un estado de enamoramiento tal que, ya quería volver a pedirle matrimonio, y esta vez lo haría seguro de estar en lo correcto. Ella le besó la punta de la nariz y la frente. Nunca ninguna mujer le había besado la punta de la nariz, tal vez su madre cuando era un niño, pero eso no contaba porque los besos de su madre no le despertaban sensaciones como las de tener mariposas en el estómago.

—Me gustaría mucho casarme contigo, aunque más adelante. Necesitamos más tiempo para conocernos y afianzar esta relación. Una convivencia puede enamorarnos más, sí, o nos puede llevar a odiarnos.

—¿Eso piensas? —Matías estaba desconcertado con esas palabras, él nunca podría odiarla.

—Sí, porque somos muy distintos. No puedo adivinar cómo será. Sin ir más lejos, nunca habíamos tenido una discusión grande y tampoco una reconciliación.

—Es cierto, Sabri. Tienes razón, en todo, incluso en que somos diferentes. Tanto que yo estoy seguro de que nuestra convivencia sería genial. Apuesto a nosotros desde el mismo día que supe que te quería para mí. Te veo en mi futuro, Sabri.

—Y yo te imagino en mis planes.

—Entonces, ¿cuándo nos casamos? —preguntó entre risas y haciéndole cosquillas.

—No es necesario ir tan rápido.

—Me gusta la velocidad —dijo mordisqueándole el cuello, había extrañado hacerlo y estaba poniéndole demasiado entusiasmo, hasta le dejaría una marca.

—Eres como un niño impaciente, todo lo quieres ya.

—Eso es cierto. —Sácate esta porquería, dijo tirando de la camiseta de mangas largas—. No era mi idea ponerme de novio con la mujer más inteligente de la ciudad y mucho menos la más pensante, me gustaban las insensatas.

—Lo siento, la elección ya está hecha —dijo Sabrina quitándose también el sostén ante la ardiente mirada oscura de su diablillo personal.

—Eres insoportable. ¿Entonces no nos casamos?

—¡Por Dios! —exclamó ella ante sus palabras y los mordiscos en sus pechos. Ya estaba clavando sus uñas en la espalda de él, ahora también desnuda.

—Bien, entonces, tengamos un hijo —dijo recostándose sobre su cuerpo. Riendo a carcajadas. Amaba a su mujer y se lo estaba por demostrar, con casamiento o sin él, la quería a su lado.

—¡Matías! —lo reprendió ella entre risas también.

La reconciliación sería deliciosa, Sabrina lo sabía bien. Su hombre tenía una particular forma de decir te amo y en eso estaba cuando lo miro a los ojos

y lo sintió en su interior.

—Quiero mis besos de café, chiquita.

Matías nunca imaginó sentirse entusiasmado por una noticia semejante, pero así estaba, además de ilusionado. Y más se entusiasmaba al pensar que por fin sus ideas retrógradas lo iban abandonando de a poco. Tal vez fuera por el escaso tiempo que pasaba con su padre. Escaso era mucho decir en realidad. Había pasado a verlo una vez porque se había enterado que no estaba bien de salud y solo porque su esposa se lo había pedido. También hubo una segunda vez, y al verlo, necesitó decirle en la cara que lo sabía todo y que se tomaría su tiempo para analizar qué cambiaría en la relación de ambos. La tercera y última vez había sido porque él quería contarle que su matrimonio estaba pasando por una crisis bastante dura.

No le había caído bien saber que la pareja con esa mujer estaba al borde de la separación, era su padre después de todo y no quería que sufriera. Sin embargo, una vocecita muy bajita dentro de él, opinaba que merecido se lo tenía por engañarla.

Y su madre también se tenía merecida su nueva ilusión.

Había tomado su bicicleta para hacer algo del ejercicio que no había podido hacer en la semana, tenía que contarle a Sabrina la nueva noticia. Esto de tener novia, trabajo y amigos consumía su tiempo libre sin dejarle demasiado para sus gustos. Si al menos a Sabrina le gustase ir a nadar con él, pero la única vez que lo habían intentado se habían pasado la tarde charlando con Bautista en vez de nadar y lo peor había sido que Antonio no había querido perderse la reunión y había aparecido en la piscina con su buen humor inagotable y su verborragia incontrolable. Así era imposible.

—Hola, ya me parecía raro que no hubieses llegado —le dijo Iván a modo de saludo cuando le abrió la puerta.

—Esta noche es la revancha. No te estás arrugando, ¿cierto? —le respondió Matías del mismo modo, refiriéndose a sus torneos de jueguitos en la consola.

—No te tengo miedo. Sabri cocina mientras te gano, así de fácil te veo. Renata trae una torta de chocolate que es mortal.

—¿Tu hermana?

Las cosas, con Iván de vuelta, habían salido mejor de lo pensado por todos. Los meses pasaban y todo encontraba su lugar y su rumbo. Él no se metía entre ellos ni opinaba si no le pedían opinión y compartían muchas

actividades en pareja. Las demostraciones de cariño de a poco habían comenzado a surgir sin molestias para nadie y la amistad de los hombres no había sufrido cambio alguno. En cambio, las de las madres sí. Estaban unidas como uña y mugre.

—Está en la cama todavía. Sigue remolona desde ayer. Pídele que deje de tomar esos malditos trabajos agotadores. Se acostó a las dos de la mañana. Me voy a casa de mis padres, papá dice que se le desconectó un cablecito del televisor... —dijo cerrando la puerta y girando los ojos. Si no era un cablecito, era un enchufe o un botón mal apretado, pero siempre había algo malo en su televisor. Su padre no congeniaba con la tecnología.

Sabrina estaba analizando sus posibilidades. Dejaba su cómoda postura abrazada a la almohada, boca abajo y sin abrir los ojos intentando caer en garras del sueño otra vez, o se levantaba a tomar su desayuno tardío. Tal vez podía esperar a la hora del almuerzo y prepararse una ensalada. Esa era una buena opción.

—Buen día, novia. —Sabrina apretó la cara contra la almohada, se acababa su descanso. Sintió a Matías caer a su lado sin ninguna preocupación de aplastarle un brazo en el proceso. La abrazó por la cintura y le plantó un brusco y largo beso en los labios. No pudo no sonreír, él creía que ella era de su propiedad. Lo que él quería, él tomaba.

—¿Qué haces aquí, novio?

—Tengo una noticia. ¿Te vas a levantar? No te veo con ganas.

—No las tengo. Estoy parsimoniosa. —Sonrió al escucharla mientras se sacaba sus zapatillas y la camiseta para meterse dentro de las sábanas con ella.

—Pero... ¿qué demonios es esto? —gritó Matías, casi sin respiración.

—¿Qué? —preguntó Sabrina asustada y tratando de incorporarse.

—Ni se te ocurra moverte —gruñó quitando las sábanas de un solo movimiento—. ¿El pantalón? No importa no me lo digas. —Matías sonrió con picardía ante la imagen y agradeció su suerte sabiendo que Iván no estaba en casa. No se quejaba de esos eróticos y espantosos pantalones de pijama, pero esta prenda tan minúscula perdida entre las fabulosas nalgas de su novia eran un espectáculo aún mejor.

Sabrina recordó su nueva adquisición, esa que solo usaba para cuando él no la veía y se quiso morir de la vergüenza.

—Matías, por favor —le dijo intentando por segunda vez darse vuelta.

—No, no. Por favor, pido yo. Esto es precioso, chiquita —le dijo en un susurro al oído—. Me gusta mucho.

Las manos de Matías parecían manos de panadero amasando ese trasero tentador, casi desnudo. Ella no tenía ni idea de lo provocadora que se le hacía a él esa parte de su cuerpo en esa posición y con esas pocas prendas. Hasta quería morderla y dejarle los dientes marcados.

Sabrina era consciente de la mirada de su novio clavada en uno de, lo que ella consideraba, sus peores defectos. Junto con sus rodillas, su pancita y alguna que otra cosilla. Estaba expuesta a su escrutinio y era una embarazosa e inquietante situación, sin embargo, él la hacía sentir perfecta y desinhibida. Apenas si podía respirar imaginando esa mirada suya tan oscura e íntima.

—Permiso, te voy a desnudar.

No era un pedido de permiso exactamente, sino un aviso de que lo haría. Y eso hizo, quitándole la camiseta y, sin dejar de besarle la espalda y esas dos montañas carnosas, se quitó sus prendas también.

Sus manos volvieron de inmediato al cuerpo de su mujer que casi temblaba de ansiedad y con sus palmas abiertas intentaba abarcar todo a su paso, acariciando con suavidad y firmeza a la vez.

—Creo que te voy a regalar muchas de estas tangas. Una de cada color.

—Pensé que te gustaría más mi ropa interior de siempre. —Se sentía tan sensual que no podía creerlo. Hasta movió su trasero un poco más para tentarlo.

—Me gusta mucho, pero estas son un poco más eróticas y me ponen tan... tan... —Suspiró ante falta de una palabra que no sonara fuerte. Se recostó sobre ella y se frotó con ganas de terminar con su necesidad tan rápido como pudiese—. Así me ponen.

—Entiendo —dijo ella riendo.

Sin aviso alguno, con un puño la tomó del cabello y le estiró el cuello para robarle un beso. Suspiró excitada, ese poderío masculino podía con ella.

—Levanta este culo para mí. —Ella no tuvo tiempo de quejarse. Unos dedos largos y conocedores de donde tocar se metieron entre sus piernas robándole un gemido. Contoneó su cuerpo gozando de esas caricias mientras él observaba todos los movimientos. Quería aplaudir la destreza erótica de su mujer, era maravillosa sumida en el placer. Con un brazo la levantó hasta dejarla apoyada en las rodillas y gruñó ante la vista—. Preciosa y mía—dijo en voz baja. Sabrina gimió bajito avergonzada, pero segura de dejarse hacer lo

que fuera por él.

Matías entró en ella lentamente y con los ojos cerrados. Escucharla era más que suficiente. Con un profundo jadeo llegó a destino y golpeó con fuerza contra ella, una vez, dos, tres y varias más hasta que la sintió tensarse y gemir sin control. Con una mano entre las hebras de cabello Matías le levantó la cara y la observó. Era tan bella, con esos labios entreabiertos y la mirada perdida. Le dio un beso rápido para verla sonreír después.

—¿Te gusta?

—Me encanta —dijo entre gemidos casi dolorosos.

Siempre sería así con él. Una intensidad que jamás había vivido con nadie. Él le robaba la cordura, la vergüenza. Quedaba a su merced y era muy placentero que así fuera. Sentirlo dentro de ella, mientras la debilitaba y le impedía moverse tirando de su pelo y clavando esos fuertes dedos en su carne, era fantástico, tan íntimo, tan diferente. Podía llorar de placer, estremecerse y gritar, pero se contenía. Un nuevo golpe de cadera y un apretón de esos dedos que marcaban su piel la obligaron a rendirse. Estaba en ese perfecto límite de la resistencia que solo le permitía sentirlo a él, y el mundo quedaba afuera.

—Escucha esto, chiquita, escucha... es perfecto —pidió con voz ronca y agitado.

Otro golpe de cadera sonó claro y luego un gemido y un jadeo. Matías estaba exhausto, su cabeza era una revolución de imágenes y sensaciones. Adoración tenía por su perfecta y tímida mujer. Su corazón era un golpeteo constante, como un tambor. Ella derribaba todos sus muros, rompía con todo lo que conocía de él mismo. ¿Cómo podía sentir ternura en un momento tan caliente como ese?, pero era ella, sus ruiditos, sus movimientos, sus miradas y sus permisos quien lograba todo. Tiró de su cabello un poco más y sonrió al encontrarse con su mirada. Estaba a punto de volar con y por ella.

Sabrina se ahogó en su placer, gimió alto. Necesitaba exorcizar su necesidad. La cadera de él no daba tregua, entraba y salía con fuerza, con furia. El momento era perfecto, la posición, el sonido, las sensaciones, él y sus manos fuertes, esa mirada...

—Te quiero, Matías —susurró mientras su cuerpo se abandonaba a las exigencias del de él.

Liberó su placer junto con ese susurro, su pecho se hinchó cuando lo escuchó a él gruñir en su oído y apretar sus dedos. Era suya, en cuerpo y alma, le pertenecía por haberla liberado, por enseñarle a gozar de esa forma. Y él

era tan propio que apenas si podía creerlo. Un beso suave en su cuello y un mordisco electrizante fueron la respuesta. Con eso él acarició su alma y le declaró su amor, ella lo sabía.

Se dejó caer hacia adelante y él cayó encima de ella para luego rodar y quedarse a su lado. Se miraron y sonrieron. Él tenía el cabello húmedo y los ojos rojos por el esfuerzo, ella las mejillas coloradas y el pelo hecho un desastre, enredado.

—Ha sido hermoso escucharte —dijo Matías retirando un mechón de su frente y acariciando su cara después.

—No quería decirlo en voz alta —respondió ella. No quería que pensara que estaba obligándolo a decir lo que ella sabía que no podía.

—Te perdono. —Rio con ella y se abrazaron—. Vamos a acelerar un poco eso del casamiento, ¿qué te parece? —La respuesta de ella fue un pellizco en la cintura y una carcajada de ambos—. Yo no he venido a esto.

—Yo no lo he provocado.

—Eso es una mentira enorme, pero también te perdono por eso. Tengo algo que contarte. Estoy contento.

—Ajá, bien. Contento. ¿Y por qué? —le preguntó ella comenzando a vestirse.

—Por tu nueva ropa interior —respondió señalando la prenda que se estaba poniendo y se incorporó para vestirse también—. Además, porque mamá está saliendo con alguien.

—¡Aurora! —gritó Sabrina sonriendo, y se sentó en la cama para escuchar sin perderse detalle.

—Es un vecino. Ya lo conocíamos, pero recién ahora aceptó una invitación a salir y parece que se gustan y todo eso... Es viudo y sin hijos, creo.

—Es maravilloso. —Lo abrazó por la cintura y lo miró a los ojos—. ¿Cómo estás con esto?

—Bien. No puedo creerlo, pero me gusta la idea. —Él acarició el largo cabello desordenado de su intuitiva novia y besó su frente—. Y papá se está por separar. ¿Está mal pensar que se lo merece? ¿Me convierte eso en un mal hijo o en una mala persona?

Ella negó con la cabeza y lo abrazó con fuerza.

No, no era una mala persona. Era una que no sabía lidiar demasiado bien con sus sentimientos, aunque estaba aprendiendo.

Los meses pasaron y llegaron los casi dos años de noviazgo.

Aurora tuvo su revancha con la vida y se enamoró de su vecino. No se casaron ni convivieron. «No mientras mi hijo viva conmigo», había dicho la mujer y Matías había empezado a buscar un departamento para mudarse ni bien se había enterado. Aurora se puso tan furiosa que Matías tuvo que repensar su decisión.

La relación de su padre con su segunda esposa fracasó, como era de esperar. Pero, como también era de esperar de un hombre que no sabía ni servirse un vaso de agua solo, ya estaba con aquella tercera mujer que recibía sus regalos desde hacía tanto tiempo. Matías no pudo mantenerse demasiado lejos. Era su padre y así lo aceptaba, cada tanto iba de visita por pocos minutos y nunca quiso conocer a esa nueva amante.

Iván y Renata estaban en plenos preparativos de su boda. Antonio y Bautista, después de una ruptura corta, pero dramática, habían decidido convivir y Julito estaba feliz con la noticia de su paternidad.

Sabrina había sido convencida por varios miembros de la familia, incluido Matías, de dejar algunos de sus trabajos para poder disfrutar de la vida y de su juventud. Había empezado con algo de ejercicio para no ver pasar su nuevo tiempo libre entre película y película, o libro y libro. Aunque había preferido hacer yoga, no nadar como Matías le había pedido de mil formas.

Una nueva semillita estaba sembrándose en su interior al ver crecer a sus sobrinos y a los de Matías. La pancita de la novia de Julito no colaboraba demasiado y así descubrió sus ganas de ser madre. Ya era hora, pensó, al decir en voz alta su edad. Ya pasaba de los treinta y hasta entonces no había tenido ni un poquito de ganas. Sin embargo, ahora sí, y lo atribuía a su nuevo estado de enamoramiento por la vida, por el amor... por Matías.

Ese pequeño anhelo naciente no era para compartir con cualquiera y se animó nada más que con su cuñada, quien solo sonrió y la abrazó.

—Cuando esas ganas llegan, nada ni nadie las puede contener —dijo y volvió a sonreír mirando a sus hijos.

—No sé si Matías quiere ser padre.

—Lo que Matías quiere, es ser esposo. —Era el turno de Sabrina de sonreír recordando la infinidad de veces que, entre bromas y risas, su novio le había preguntado si le faltaba mucho para tomar la decisión de casarse con él.

Esa misma tarde, en el parque, mientras ella le limpiaba las manos a su sobrino para poder evitar que mancharan su ropa con helado, él le había preguntado si se casaría con fiesta o sin ella. Ya no sabía con qué excusa sacar

el tema.

—No lo he pensado. Supongo que, con una fiesta enorme, de muchísimas personas. Quiero a todas las personas que alguna vez conocí brindando conmigo el día de mi boda —había respondido ella.

—OK —había dicho Matías, asustado. No esperaba esa respuesta. Su idea era gastar todo ese dinero en un fabuloso y recordable viaje de luna de miel, no en una fiesta multitudinaria.

Sabrina no quería una fiesta enorme, pero quiso hacerle una broma y vaya que logró intimidarlo. Lo miró en silencio y a punto estuvo de largar la carcajada, no pudo hacerlo porque uno de los niños, el más pequeño, se cayó del tobogán y comenzó a llorar.

—A casa, enano. Ya están cansados —había dicho el atento tío, cargándolo entre sus brazos y un poco atónito todavía con esa conversación que lo alejaba un poquito de sus sueños.

El viaje en auto había sido silencioso, tanto que los cuatro niños se habían quedado dormidos. Primero dejaron a los hijos de Carmen y luego pasaron por casa de Frank. Ahí no había sido fácil negarse a la invitación a comer.

—Bueno, Sabri. Creo que es suficiente por hoy —dijo Matías apareciendo en la cocina y robando sus últimos sorbos de café.

—Creo que tienes razón, Amanda —respondió Sabrina al comentario sobre que Matías quería ser esposo.

Y esa misma noche, enredados bajo las sábanas y semidormidos, Sabrina le propuso casamiento a Matías. Tirando por la borda todas las ideas antiguas y algo machistas que alguna vez él pudo tener.

Organizaron una fiesta un poco menos popular de lo que Sabrina había pronosticado en broma. La familia y los amigos eran suficientes para ellos. Hubo comida, baile y brindis varios.

—No puedo creerlo, hijo. Una mujer no le pide casamiento a un hombre, ¿qué clase de...?

—Ella lo hizo, papá. Y es única en su clase. Es quien llevará los pantalones en casa —aseguró sonriendo mientras la veía envuelta en su vestido de novia y con un recogido perfecto en su cabello largo. El maquillaje era impecable y resaltaba sus ojos de una manera que a él le provocaba suspiros. Había llegado el momento de robarla para tenerla a solas. —Nos vemos a la vuelta de mi luna de miel, viejo.

Caminó hasta su esposa y la abrazó desde atrás, envolviéndole la cintura y

clavando sus dientes en ese maravilloso cuello perfumado.

Ella giró su cabeza y sonrió estremecida, nunca ese gesto podría pasar desapercibido para su piel. Lo mínimo era que se le erizaran todos los vellos del cuerpo. Lo mínimo.

—Hora de secuestrarte, esposa.

—Primero saludo a mis pa... —Él la miró con ese gesto que a ella le impedía hasta pensar y tiró de su mano para arrastrarla por las escaleras—. No puedo correr con tacones, Mati.

Sin decir ni una palabra le quitó los zapatos y los tomó en la mano libre para, con la otra, guiarla escaleras arriba. Eran solo dos pisos lo que separaban el salón de fiestas que habían alquilado en uno de los hoteles más hermosos de la ciudad, con la suite nupcial que los esperaba como él había organizado. Con cervezas sin alcohol en la heladera y café caliente recién hecho, además de una rosa roja de tallo largo.

—Ya está por amanecer —dijo Sabrina acercándose al ventanal con vista a la gran ciudad. Se sentó en la mullida alfombra recostando su espalda contra el lateral de la cama y aceptó la taza de café que su esposo le entregaba. Él tomaría una de sus bebidas mientras tanto y ella sonrió, no esperaba otra cosa.

Matías se acostó con la cabeza en su regazo. Ella le acarició el cabello y la cara con una suavidad única. Sus miradas estaban ancladas una con otra. En toda la relación había habido un par de «te quiero» dichos por ella, a él no le hacían faltas las palabras para demostrar su amor. En esa mirada cargada de ilusiones de un futuro juntos, de sentimientos que parecían eternos y de millones de te quiero gritados a viva voz, se reflejaba el amor de ambos. No necesitaban más.

—Parece que lo hicimos, por fin —dijo él.

—Siempre supiste que este día llegaría. —Matías asintió sonriente y la besó—. Chiquita tus labios calientes y tu lengua con este sabor... Me encanta, tu boca es adictiva.

—Y la tuya, fría y atrevida, es peligrosa.

—Tengo un regalo de casamiento para los dos.

Se incorporó para tomar de la mesita de luz una caja negra y se la puso en las manos a su mujer. Esa sonrisa traviesa y esos maravillosos ojos negros asustaron a Sabrina que, con una terrible incertidumbre, abrió la caja y suspiró.

—Una cinta... —dijo acariciándolas con sus dedos. Era de seda y tan

suave como un muñeco de peluche.

—Con esto te voy a vendar los ojos y alguna otra vez, también te voy a mantener las manos atadas.

Ella lo miró y en el abismo de sus ojos se podía adivinar ese fuego que ella conocía tan bien. Era el fuego de la pasión que los arrinconaba sin piedad alguna, embriagador, implacable y poderoso.

Los párpados de Sabrina bajaron y un sonrojo en las mejillas desenmascaró su imaginación. En su cabeza ella ya estaba como él la describía, tendida en la cama, desnuda...

Matías suspiró y hundió sus dedos en el hermoso peinado de ella. Apretó su puño y tiró hacia arriba, ella entreabrió los labios y gimió.

—Mírame —ordenó.

Y ella lo miró. Eternos segundos de pura seducción.

—Dame uno de tus besos de cerveza.

—Prefiero decirte que te amo.

Matías nunca creyó que esas palabras pudieran salir de su boca de una manera tan natural y tan sentida. Sus ojos brillaban, los de ella se habían opacado y lo entendía. Sabrina estuvo a punto de sonreír y derramar una lágrima de felicidad. Era un enorme paso el que su esposo había dado y había sido hacia ella y no lo haría sentir incómodo ante ese arrebato. Además, nunca necesitó de las palabras para ser consciente de su amor.

—Y yo sigo prefiriendo tus besos de cerveza.

FIN



































































































Sobre la autora

Ivonne Vivier nació en 1971 en una ciudad al noroeste de la provincia de Buenos Aires, aunque actualmente reside en Estados Unidos. Está casada y tiene tres hijos adolescentes.

Como madre y esposa un día se encontró atrapada en la rutina diaria y se animó a volcar su tiempo a la escritura.

Dese entonces disfruta y aprende dándole vida y sentimientos a sus personajes a través de un lenguaje simple y cotidiano, y lo que comenzó como una aventura, tal vez un atrevimiento, hoy se ha convertido en una pasión y una necesidad. Su primera novela, *Besos de café y cerveza*, publicada bajo el sello *Bookit*, del grupo Editorial LxL, llega para quedarse con nuestro corazón.

